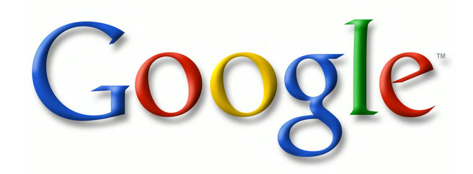
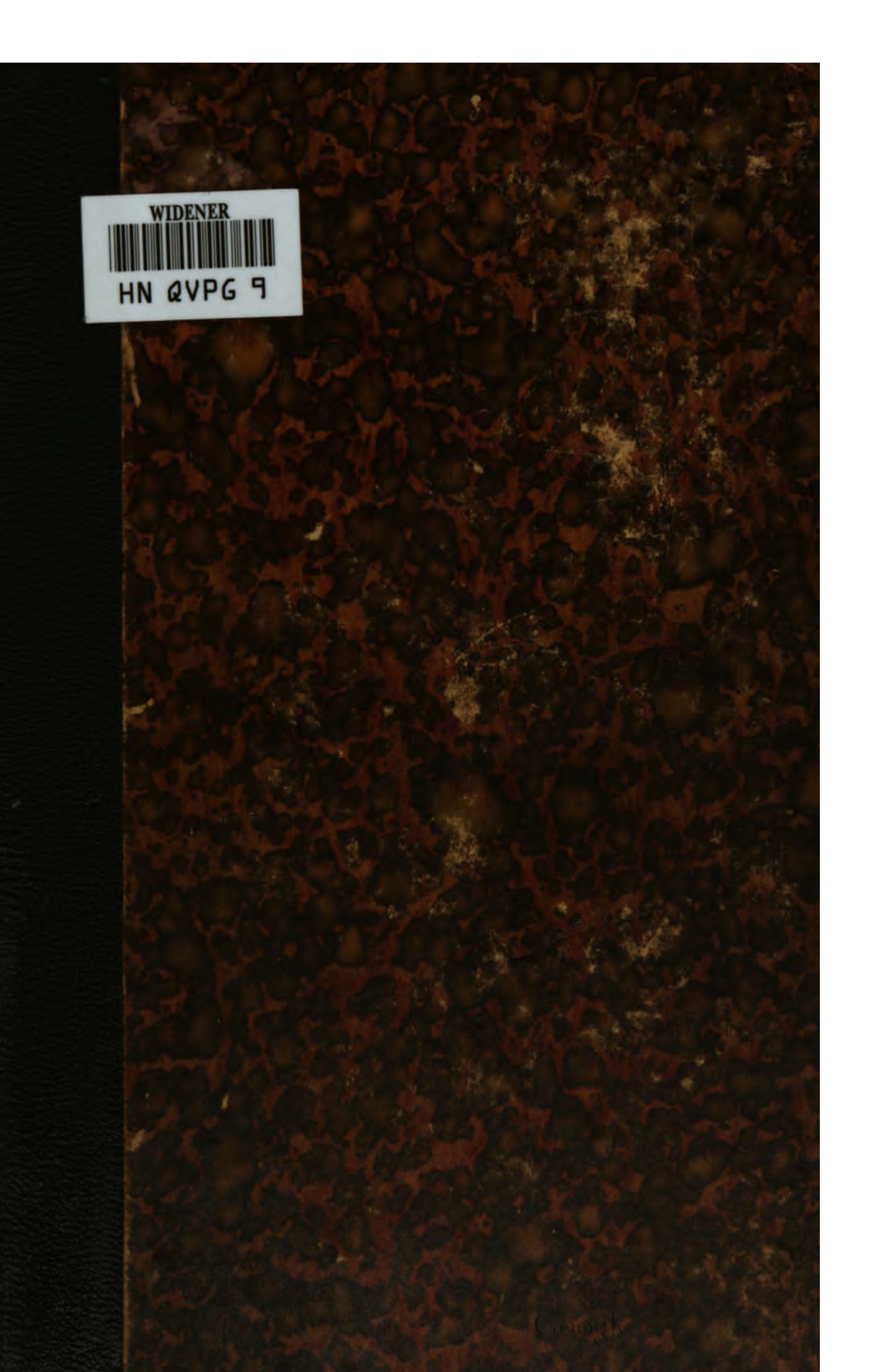
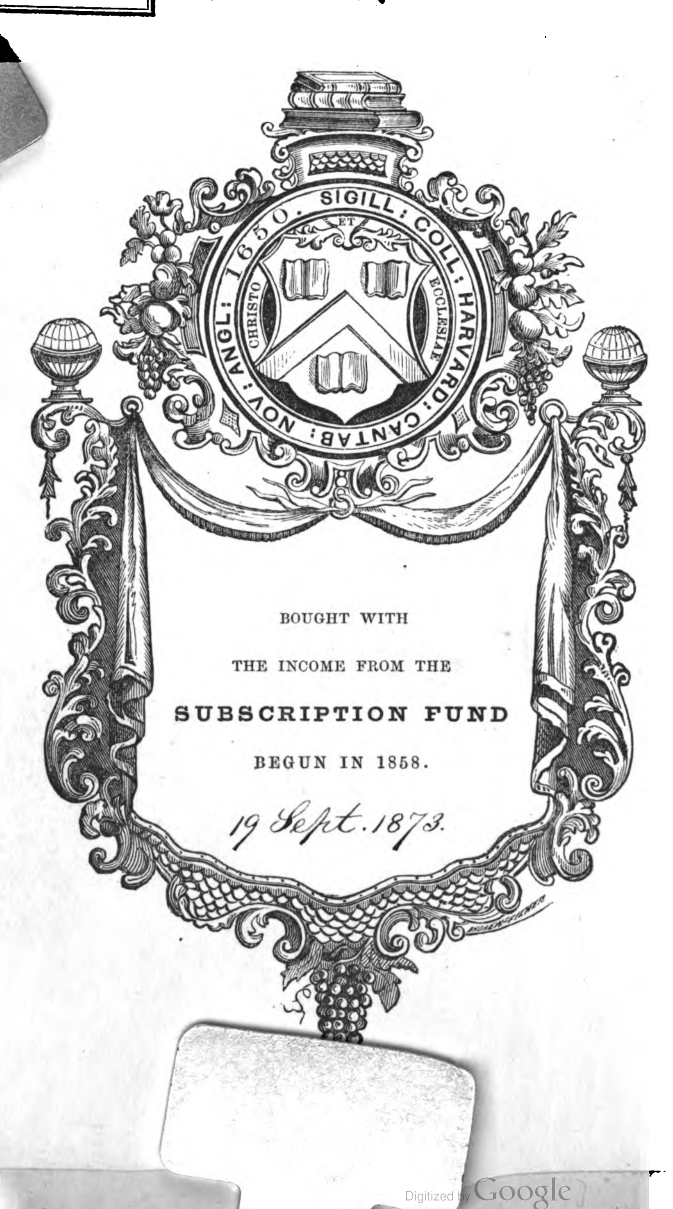



WIDENER
HN QVPG 9


SIGILL: COLL: HARVARD: CANTAB: NOV: ANGL: 1650.
CHRISTO
ET
ECCLESIAE
BOUGHT WITH
THE INCOME FROM THE
SUBSCRIPTION FUND
BEGUN IN 1858.
19 Sept. 1873.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XIX.

6

CUENTOS POPULARES

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA. y la Quintana.



LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1866.

1873, Sept. 19.
Subscription Fund.

ECHEMOS UN PARRAFO.

AL SR. D. JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

El párrafo que vamos á echar, querido Pepe, no será largo, pues solo tiene por objeto decirte por qué he dado el nombre de CUENTOS POPULARES á los que contiene este libro, qué es lo que entiendo por literatura popular, y por qué escribo cuentos en lugar de escribir novelas ó comedias ó artes de cocina.

Ya sé que tú estás muy al cabo de estas cosas; pero.... á tí te lo digo, suegra, entiéndolo tú, mi nuera.

Dos son las razones que he tenido para llamar populares á estos cuentos; primera razon: la de que muchos de ellos andan en boca del pueblo, de donde yo los he recogido para darles un poco de verosimilitud, un poco de color literario, un poco de intencion, y no me atrevo á decir que un poco de gracia; segunda razon: la de que casi en todos he empleado el estilo liso y llano del pueblo, la locucion popular, el lenguaje plagado de modismos mas convencionales que gramaticales y mas expresivos que elevados, con que el pueblo español expresa las ideas mas abstractas y explica las cosas mas intrincadas.

Si el estudio profundo, hecho durante muchos años con singular aficion, del modo de sentir y del modo de hablar de nuestro pueblo, me diera derecho á decir que conozco perfectamente cómo siente y cómo habla el pueblo español, me seria muy grato hacer aquí uso de ese derecho; pero ya que no me le dé, séame lícito al ménos decirte que me sucede con la lengua popular lo que á la generalidad de los españoles con la lengua española: si no la sé lo bastante para enseñarla, la sé lo bastante para hablarla.

Siempre he creido que el escritor de costumbres lo primero que debe estudiar es el lenguaje del pueblo, y al decir el lenguaje del pueblo, quiero decir el lenguaje familiar de todas las clases en que la sociedad se divide; pero este estudio es cosa muy secundaria para muchos de nuestros escritores.

Creen muchos de nuestros escritores que el lenguaje popular se imita perfectamente estropeando las palabras, poniendo términos bárbaros en boca de los rústicos de todas las localidades, convirtiendo la *s* en *z* cuando los que hablan son andaluces, y la *o* en *u* cuando los que hablan son gallegos ó asturianos. Me parece este un lamentable error, porque lo que caracteriza el lenguaje popular no es la construccion de la palabra, sino la construccion de la frase. Por otra parte, todo buen lector da á cada personaje la pronunciacion y el tono que le corresponde. Si entre mis lectores hay alguno que no tiene esta precaucion, le aconsejo que la tenga, pues aunque yo escriba con todas sus letras la palabra *salado*, puesta en boca de una manola de Lavapiés, el lector debe pronunciarla suprimiendo la *d*.

Por mi parte, siempre me he impuesto este precepto: hablar como habla el pueblo, en tanto que el pueblo no falte á la gramática. Yo sé que la señora Rita y la señora Isidra

no andan generalmente con tantos repulgos gramaticales como en el diálogo suyo que encontrarás á continuacion de este proloquillo ó dedicatoria, y sin embargo, cuantas personas las conocen me han asegurado que creen estarlas oyendo cuando leen el diálogo que yo les cogí al vuelo para trasladarle á este libro con el título de *Las vecinas*.

Pero con esta digresion, en que insensiblemente me he metido, despues de explicarte por qué llamo CUENTOS POPULARES á estos cuentos, olvido la segunda parte de mi programa, que es decirte lo que yo entiendo por literatura popular.

A pesar de que siempre he tenido por fácil explicar lo que se concibe y se ve claramente, es muy posible que los reducidos límites que he señalado á esta introduccion, no me permitan cumplirte aquella promesa.

En mi concepto, la literatura popular podria definirse de este modo: *aquella literatura que por la sencillez y la claridad de su forma está al alcance de la inteligencia del pueblo.*

Pero ¿cómo se mide la inteligencia del pueblo para hacer á este una literatura que no le esté demasiado ancha ni demasiado estrecha? Cuestion es esta que hace tiempo traté yo de resolver como habrás visto en uno de mis CUENTOS DE COLOR DE ROSA donde se encuentran estas líneas:

«El pueblo español es un buen hombre, que sabe leer y escribir medianamente y..... pare usted de contar. — ¿Y cómo has averiguado eso? — Muy fácilmente. En la escala de la sabiduría española he tomado un hombre de cada escalon: los he mezclado y reducido á polvo en mi mortero intelectual; de este polvo he formado barro; con el barro me he puesto á modelar una figura humana, y me ha resultado

un hombre, bellísimo sujeto, eso sí, pero que solo sabe leer y escribir medianamente.»

Insisto en que este es el pueblo español, y entiende que hablo del pueblo, y no del populacho, porque léjos de tener por un bellísimo sujeto al populacho que pega á las mujeres y los niños, y se emborracha, y blasfema, y maltrata á los animales, y desobedece á la autoridad, y odia á los que son mas felices que él, y dice pestes, por ejemplo, de tí porque tienes mucho talento y porque hablas y escribes admirablemente, le tengo por muy bestia y muy bribon.

El efecto de palabra es proporcionado á la claridad y rapidez con que la comprende aquel que la escucha. Si este no la comprende, no llega á su corazon. Si tarda en comprenderla, llega á su corazon fria. Para que haga efecto en su corazon, es menester que llegue á él caliente. Para que llegue caliente, es menester que no se detenga entre la boca que la pronuncia y el corazon á que se dirige.

Ahora bien; si esto, como creo, es cierto, y el pueblo español es un buen hombre que solo sabe leer y escribir medianamente, habrás de convenir en que literatura popular tiene que ser sencillísima y clara en su forma, sin que esto obste á que sea intencionada y aun profunda en su fondo.

Hay en España catorce millones de habitantes para quienes la literatura, lean ó escuchen, es inútil si no es sencillísima y clara en su forma.

Estos catorce millones de habitantes, si no entienden lo que leen, no gozan ni aprenden leyendo. Si no gozan ni aprenden leyendo, no leen. Si no leen, no compran libros. Y si no compran libros, ya me entiendes tú, querido Pepe, que los escribes tan doctos y tan hermosos como el que acabas de bautizar con el nombre de *Cartas trascendentales*.

Pero á la literatura popular no basta la sencillez de forma; necesita reproducir la naturaleza, porque si no la reproduce, no habrá en ella verdad, y si no hay verdad, el pueblo no la creerá, y si no la cree, el pueblo no la sentirá. Por mi parte, pongo tal empeño en estudiar la naturaleza, para que haya verdad en mis cuadros, que temo me acuses de nimio, y te rias de mí, al leer los dos ejemplos que te voy á citar.

Una cruelísima noche del mes de Enero, escribia yo en un piso cuarto de la calle de Lope de Vega, número 32, el cuento que titulé *De patas en el infierno*, y como me ocurriese un detalle, que consistia en explicar las alteraciones que experimenta el sonido del agua, miéntras se llena de esta un cántaro en la fuente, me encontré con la dificultad de que no habia estudiado nunca estas alteraciones, ni en mi casa habia en aquel instante, agua suficiente para estudiarlas. Por la mañana, á primera hora, habian de ir de la imprenta á recoger el cuento, y me era indispensable dejarle terminado aquella noche. ¿Sabes lo que hice para salir de mi apuro? A las tres de la madrugada, arrostrando la oscuridad y la lluvia y el viento, fuí á la fuentecilla de la plazuela de Jesus, con un cántaro bajo la capa, y pasé allí un cuarto de hora, escuchando el sonido del agua que caia en el cántaro.

Poco tiempo despues me preparaba á escribir el cuento campesino, que tiene por nombre *Las siembras y las cosechas*, y entraba en mi plan la descripcion del amanecer en el campo. Muchas veces habia visto yo amanecer en el campo, pero necesitaba contemplar y estudiar nuevamente aquel hermoso espectáculo para describirle con exactitud, y una madrugada, mucho ántes de rayar el alba, acompañado de Luis de Eguilaz y Eduardo Bustillo, fuí á los cerros de Vicálvaro,

donde si buenos estudios hicimos, buen susto nos dieron unos rateros que nos acometieron navaja en mano, *creyendo que éramos gente de reloj.*

Durante tres ó cuatro años he escrito tres ó cuatro tomos de cuentos, y durante ese mismo tiempo he tropezado con tres ó cuatro mil personas que me han estimulado á seguir cultivando este género de literatura. Sin embargo, he tropezado tambien con una que tal vez por aplicar la frase vulgar «déjese usted de cuentos» me ha aconsejado que no los haga.

— ¿Qué se hace usted? me pregunto.

— Cuentos, le contesté.

— Hombre, déjese usted de cuentos, y escriba cosas formales.

— Lo consultaré con la almohada, dije mudando de conversacion, y en efecto lo consulté con la almohada aquella misma noche.

La almohada me dijo lo que ya me habia dicho otras veces: que siguiera haciendo cuentos.

Confiésote, querido Pepe, que creo impropio de un hombre barbado el gastar tiempo contando cuentos como los del *Amigo de los niños,* porque esa es literatura cuyo monopolio debe dejarse á las madres de familia; pero tambien te confieso que si mis cuentos fueran buenos, me creeria tan honrado con ser su autor como con serlo de altisonantes poemas épicos ó libros de profunda filosofía. La cuestion es si los cuentos son buenos ó malos; que en cuanto al género literario, le tengo por importante y bueno. En Alemania, en Francia, en Inglaterra, en los Estados-Unidos han alcanzado altísima reputacion literaria escritores que como Hoffmann, Conscience, Dickens y Poe, apénas han cultivado mas género literario que el cuento. Y apénas hay un escritor, desde Cervántes á Fernan

Caballero, desde Voltaire á Dumas, desde Schiller á Frederica Bremer, desde Goldsmith á Bulwer, que no haya escrito cuentos. En el cuento cabe todo lo que cabe en la literatura: moral, ciencias, artes, historia, costumbres, filosofía, en una palabra, todo, todo cuanto abraza el saber humano.

Si vuelvo á encontrar al que me hizo consultar nuevamente á la almohada, y me vuelve á decir que me deje de cuentos, y escriba cosas formales, le contestaré que no sabe lo que se pesca; pero si me dice que me deje de cuentos porque los hago malos, le escucharé con respeto, y consultaré á la almohada nuevamente.

Varias son las razones que he tenido para escribir tres ó cuatro tomos de cuentos: primera, mi conviccion de que este género de composicion literaria es bueno; segunda, mi aficion á la literatura popular, que tiene su mas genuino representante en el cuento; tercera, la necesidad de dedicarme á trabajos literarios cortos y amenos como descanso de otro género de trabajo con que adquiero el pan nuestro de cada dia; y cuarta y última, la de atender á necesidades del momento con el producto material de cada cuentecillo; porque has de saber que cada cuentecillo de los que contienen los tres ó cuatro tomos de ellos que hasta hoy llevo escritos, encierra para mí el recuerdo de una tristeza y una alegría, es decir, la tristeza de una necesidad por satisfacer, y la alegría de una necesidad satisfecha.

Estas son, en compendio, mis ideas acerca de la literatura popular. A su sombra ha nacido este humilde libro que te ofrece como recuerdo de la fraternal amistad que nos une hace cerca de veinte años,

ANTONIO DE TRUEBA.

INDICE.

LAS VECINAS.

¡Atencion y mano al boton!.... Ahora van ustedes á oir una de las conversaciones que suelen tener desde ventana á ventana la señora Isidra y la señora Rita, mujeres las dos como Dios manda, mejorando lo presente. No es menester dar pelos y señales de ellas, porque todos ustedes las tienen vistas y revistas. Con estas advertencias, y con decir que las ventanas á donde se asoman dan al patio y están una enfrente de otra, estamos al fin de la calle.

— ¡Chiquirritito! ¡Hermoso! Si tu ama no te cuida, nadie se acuerda de tí.

— Buenas noches, señora Isidra.

— Señora Rita, buenas noches. No la habia visto á usted. Voy á entrar este animalito, porque las noches se van poniendo frescas, y no sea que le haga daño el sereno.

— Hija, hace usted bien en cuidarle. Lo que ese animalito de Dios ha cantado hoy no es para dicho.

— Sí señora, es una alhaja. ¡Chiquirritito de su ama! ¡Mire usted, mire usted cómo aletea de gozo! En cuanto alguno de casa se acerca á la jaula, el pobrecito se deshace. Señora, los animalitos, fuera del alma, son como las personas: toman ley al que los trata bien.

— ¡Ay, señora Isidra, cuántas personas hay que no hacen otro tanto!

— Mi pariente se muere por los bichos: así que entra en casa, ya se sabe, lo primero que ha de hacer siempre es ir á dar un vistazo al pájaro. ¡Pues no digo nada mis chicos!

— ¡Ay, hija, no se parecen á mi pariente! El año pasado teníamos la casa perdida de ratones, y me dió la gana de pedir un gato á la señora Antonia. ¡Creerá usted que apénas vino mi pariente y le vió, cogió al animalito del rabo, y le estrelló contra la tapia!

— ¡Ave María purísima, qué judiada!

— El otro dia sa entró en casa un perrito de aguas, tan limpito y tan mono que daba gloria de Dios el verle. Pues, hija, nunca hubiera entrado el animalito, porque apénas le vió aquel, lo tiró un badilazo que le rompió una pierna.

— ¡Calle usted por Dios, señora, que da coraje el oir eso! ¡Bendito sea Dios que le ha dado á una un marido, pobre, eso sí, pero con un corazon de oro!

— ¡Ay, señora, qué dichosas son ustedes! De soltera está una con el pio pio de casarse; se casa una, y entónces es cuando empieza Cristo á padecer.....Hija, le aseguro á usted que yo daria un ojo de la cara por verme soltera, aunque tuviera que volver á servir, que no se me haria tan cuesta arriba como ántes de casarme. Es verdad que hay que sufrir, porque los amos al fin son amos. Que los señores gruñen porque quieren que una haga las cosas al vuelo; que la señorita compromete á una poniéndola de centinela miéntras habla con el novio; que el señorito se propasa con una; que el aguador va con los chismes á la señora cuando una ahorra uno, dos ó medio en la compra; que pasa una la pena negra para meter al novio en casa: pero, hija, eso de tener asegurado el pan nuestro de cada dia, y dormir á pierna suelta sin mas que cumplir con su obligacion, es muy hermoso!

— Tiene usted razon, señora; pero cuando se da con un hombre como mi Paco, ya es harina de otro costal.

— Ya que habla usted del señor Paco, ¿ha venido ya?

— ¡Toma, pues podia estar á estas horas fuera de su casa un hombre de obligaciones! ¡Hace poco que vino en gracia de Dios!

— Pues, hija, obligaciones tiene el mio, y aun está por allá.

— ¡Qué me dice usted, señora!

— Lo que usted oye.

— Pues ya las doce de la noche no han de dar.

— ¡Déjeme usted por Dios, hija, que me está llevando el demontre! ¡En llegando el sábado es cosa de desesperarse una!

— Pues, hija, ustedes se tienen la culpa.....

— Calle usted por Dios, señora, que estoy harta de predicarle, y saco lo que el negro del sermon.....

— Si hiciera usted lo que yo.....

— Pero, señora, ¿no está harto de ver que así que Dios anochece no para una de dar cabezadas, cansada de lavar, de coser, de la cocina, de lidiar con esas criaturas, que son el enemigo malo?

— ¡Si no es eso, señora, si no es eso! Lo que usted debe hacer los sábados.....

— Hija, créame usted, yo no puedo hacer mas que lo que hago. Los sábados, y los domingos, y todos los dias de la semana le estoy sermoneando: «¡Mira, Juan, que te vengas á casa cuando salgas del trabajo! ¡Mira que no estamos para bromas de taberna! ¡Mira que las cosas se van poniendo por las nubes! ¡Mira que esas criaturas están en cueritos vivos! ¡Mira.....

— Pero óigame usted, señora. Lo que debe usted hacer los sábados es.....

— Si le digo á usted que no puedo hacer mas que lo que hago.....

— ¡Canario, déjeme usted hablar, que no soy costal!

— Hable usted, señora.

— Lo que debe usted hacer los sábados es lo que yo hago: irse hácia el taller á la hora de la cobranza y coger fresquito el jornal de la semana. Hija, ya sabemos lo que son los hombres por buen aquel que tengan: si una no les tira de la rienda, en cogiendo el jornal se juntan con cuatro malas cabezas, y que vamos á echar unas copas, que ya podias convidarme á buñuelos, que á qué no eres hombre de jugar conmigo un cuarto de cabrito, se gastan la mitad de lo que una está esperando como el santo advenimiento, y luego

para nosotras son los apuros, porque á ellos hay que dárselo cocido y amasado. Luego, hija, los jornales son cortos y las necesidades de una casa son largas: que la compra por la mañana, que el carbonero, que el aguador, que el casero, que el cuartito de especia, que el hilo, que el tabaco, que el traguillo de cuando en cuando, porque al fin el que trabaja y no va á la taberna, no ha de beber siempre agua.....se gasta una un sentido, y por mas vueltas que le da no le sale la cuenta...Ya ve usted, señora, qué milagros puede hacer una con ocho reales que gana mi Paco.....

— Señora, diez y seis gana el mio, y aquí nos tiene usted, á él sin mas que lo puesto, á mí descalcita de pié y pierna, y á los chicos poco ménos que como su madre los parió. Luego el casero y el carbonero y que sé yo cuántos mas no dejan la ida por la venida; porque, hija, ¿qué han de hacer los hombres, si hace un siglo que no ven un cuarto? Y por remate de fiesta, ni una noche siquiera nos acostamos en paz y gracia de Dios. De modo, que me voy quedando sequita, porque ni como, ni duermo, ni sosiego. Le digo á usted, señora, que se podia sacar una novela con lo que á mí me pasa.

— Pero, hija, ¿por qué no hace usted lo que digo? ¿Por qué no se va usted hácia el taller el dia de cobranza?

— ¡Calle usted por Dios, señora! ¡Buenas pulgas tiene mi pariente para eso! Puede que me reventara de una patada.....

— ¡Ave María! ¿Le habia de pegar á usted, señora?

— ¡Ay, hija, bien se conoce que no sabe usted de la misa la media! Mañana hará ocho dias me puso el cuerpo á golpes mas negro que mi vestido.....

— ¡El Señor nos asista! ¡Jesus, qué pícaro de hombre! Y no hay un presidio.....

— Señora, poco á poco, que mi marido no ha robado nada á nadie! El tiene mala cabeza, eso sí, y se deja llevar de otros calaveras, pero hombre de bien á carta cabal, lo es.

— ¡Calle usted, calle usted por los clavos de Cristo, que se necesita ser pan candeal para sacar todavía la cara por él!

¡Ay, señora, si es verdad, como dicen los confesores, que en el platillo donde pesa las almas el bendito san Miguel se ponen las lágrimas que una derrama en esta vida, ¡cuánto tenemos ganado para con Dios las mujeres de los pobres!

— Es verdad, señora Isidra, y sobre todo las que no hemos dado con un hombre como el de usted.

A la señora Isidra se le saltan de alegría las lágrimas que enjuga con el cabo del delantal. No teniendo á su lado á su marido ni á sus hijos para desahogar en ellos su ternura y su dicha, acaricia con la mano al pajarito, y esclama:

— ¡Bendito sea el Señor, que tanta dicha me ha dado sin merecerla! Mi Paco, señora Rita, vale mas dinero que pesa. El no entiende de letra ni de nada; pero le sale de dentro el ser bueno, y lo es; porque lo que él dice: los hombres y las mujeres se casan para llevar juntos las penas de este mundo, que son carga muy pesada para uno solo, y el hombre, que es el mas fuerte, tiene que arrimar el hombro al lado que mas pesa la carga, y á mas de eso, sostener á la mujer cuando vacila, y darle la mano cuando cae. Un dia fuimos al campo mi pariente y mis chicos y yo, y cate usted, hija, que un señor de gaban y todo, no se sabe por qué, principia á dar bofetadas á una pobre señorita. Mi Paco, que no puede ver hacer daño á una mosca, y que se pelea con el lucero del alba viendo una cosa así, va allá con mi chiquitin de la mano, y le dice al caballero: — Caballero, aunque usted perdone, ¿le parece á usted que seria una mala partida el que usted ó yo principiásemos á bofetadas con esta criatura? — Ya se ve que lo seria, contestó el caballero. — Pues ha de saber usted, dijo mi pariente, que tan mala partida es pegar á una mujer como pegar á un niño, porque las mujeres son niños grandecitos, y Dios ha criado á los hombres para amparar á los niños, que no para maltratarlos. Hija, á mí un sudor se me iba y otro se me venia, pensando que el caballero lo iba á tomar por donde quema; pero figúrese usted cómo nos quedaríamos todos, cuando le vemos alargar la mano á mi pariente, saltándosele las lágrimas y diciendo: — Tiene usted razon, y la leccion que usted me

ha dado no se me olvidará en toda la vida. La señorita, que ve esto, alarga la mano al caballero, como perdonándole; se marchan de bracero tan contentos como unas pascuas, y nosotros nos quedámos que ni en la gloria. ¡Hija, si no es porque habia gente delante me como á besos á mi Paco!

La señora Rita se echa á llorar esclamando:

— ¡Ay, señora, señora! qué poco talento tenemos la mayor parte de las mujeres, que queremos á los hombres por la buena cara, y no por la buena alma!

— ¡Eh, señora! Usted no tiene la culpa de lo que le pasa. Esas son cosas que Dios hace, y hay que armarse de paciencia, que mas pasó su Divina Majestad por nosotros. Pues lo que yo hago los sábados, que á eso iba, es irme á la caidita de la tarde hácia el taller, así como quien no quiere la cosa, para salir al encuentro á mi Paco, y venirnos juntos á casa, porque por lo mismo que él es mas bueno que el pan, hay que evitar que le distraigan cuatro picaronazos, que, como dijo el otro, quien quita la ocasion quita el peligro. Eso no, ir yo á coger el dinero en casa del maestro, no lo hará jamas Isidra Martinez, que eso seria poner colorado á mi Paco, y la mujer, honra ha de dar al marido, que no se la ha de quitar. Pues, señora, nos venimos juntitos á casa viendo las tiendas, y gracias á eso no llega descabalado el jornal de la semana, porque, hija, á mi Paco todo se le antoja para su mujer y sus chicos. — Mira, ¿quieres que le compremos una pelota de esas á Juanito? — No, que ya le hice yo el otro dia una de paño que bota hasta el techo. — Mujer, ese pañuelo que llevas á la cabeza está ya hecho una criba; ¿quieres que compremos uno de estos que hay en este escaparate? Hijo, déjate de pañuelos, que este está casi nuevo. — Vamos, golosita, que no te vendria mal un par de bollitos de estos. — No, hijo, que en esta bollería cuecen mal las pastas. — Mira qué afileteros tan preciosos hay aquí. Espérate que voy á tomar uno para la Pepita. — Déjalos, hombre, que yo e daré uno de los mios, que son mas fuertes. — ¿Quieres que entremos en esta horchatería á beber un vaso de limon? — No, hijo, que me he atracado de agua esta tarde. — Así me

traigo á casa á mi Paco; ¿pero sabe usted lo que hacemos antes de subir? Tomamos media libra de escabeche y media docena de huevos, y miéntras hago yo una tortilla que se comeria usted los dedos, baja la chica por una botella de vino, y cenamos como unos príncipes. Así es que mis chicos toda la semana me están preguntando: madre, ¿cuándo es sábado? madre, ¿cuándo es domingo? El domingo nos levantamos todos temprano, se mudan mi Paco y mis chicos... Eso no, galas no llevan, porque, hija, de donde no lo hay, no se puede sacar; pero han de ir siempre remendaditos y limpios como el sol de Dios. En seguidita se va todo el mundo á misa; luego preparamos una cazuelita de arroz con lomo ó bacalao, y nos vamos á comerla al campo, como hicimos mañana si Dios quiere hará ocho dias. Hija, ¡están aquel San Antonio de la Florida, y aquella fuente de la Teja, que da bendicion de Dios el ir por allí! ¡Lo que mis chicos corrieron por aquellas praderas! ¡Lo que su padre loqueó con ellos, como es tan padrote y tan!....¡Los dichos que se le ocurrieron á mi Paco, como es tan decidor! ¡Lo que hizo reir con esa gracia que Dios le ha dado, aunque me esté mal el decirlo, á unos bueno señores que estaban á nuestro lado! ¡Lo que yo misma reí, y salté y brinqué en aquel campo! Hija, vergüenza debiera darle á una el loquear así á su edad, que ya no es una ninguna chiquilla; ¡pero qué se le ha de hacer, hija! Cuando el gozo le brinca á una en el cuerpo, hay que brincar tambien. A la caidita del sol, compramos naranjas á los chicos, mi Paco y yo nos agarramos del brazo como unos enamorados, y tomamos el camino de Madrid, mis chicos rodando las naranjas, y mi Paco y yo cantando mas alegres que unas pascuas floridas.

— ¡Esa, señora Isidra, esa es la dicha, y lo demas es cuento! ¡Eso es vivir como Dios manda, y no como nosotros vivimos!

— Hija, lo que dice mi Paco: bastantes penas y trabajos da Dios en el mundo sin que uno los aumente con riñas y tonterías. El hombre y la mujer no se casan para aumentar las penas, que se casan para disminuirlas. Señor, ¿que hay

un apuro cualquiera? Vamos á hacer por salir de él en paz y gracia de Dios, poniendo cada uno lo que esté de su parte... Pero, hija, á todo esto, es mas de media noche, y yo me estoy aquí charlando como una cotorra, sin recordar que mañana domingo tengo que madrugar para arreglar la familia menuda. ¡Mire usted, mire usted que despavilado está este animalito de Dios! ¡Chiquirritito! ¡Mire usted cómo se deshace! Lo que decíamos ántes, hija: los animalitos, fuera del alma, son como las personas.

— Ay, no, señora Isidra! ¡Los animalitos toman ley á las personas que los tratan bien, y todas las personas no hacen eso!

Paco dice desde la cama con acento cariñoso:

— ¡Isidra! ¿Qué haces al sereno, hija? ¿No ves que vas á coger un resfriado?

— ¡Allá voy, querido, allá voy! ¡Tú no sabes estar sin mí. Hijo, eres lo mas maridote!.....

Juan llama á la puerta de la calle echando cada *pecado* que tiemblan las carnes, y su mujer, la señora Rita, le contesta:

— Voy á abrir al instante.

— Yo sí que te voy á abrir á tí en canal de una patada. Abre, hija de una..... Abre, grandísima.....

Anton el de los cantares, que por si ustedes no le conocen, es un pobre ciego que ve algo, se arrodilla en su triste habitacion despues de haber oido la conversacion de sus dos vecinas y esclama con lágrimas en los ojos:

— ¡Oh santo arcángel Miguel! ¡Sí, sí, echa en el platillo de los descargos las lágrimas de dolor de la mujer del pobre brutal y malo, y echa tambien en el mismo platillo las lágrimas de alegría de la mujer del pobre delicado y bueno!

LA OBLIGACION.

I.

— ¡Señor marques!

— ¡Oh señor don José!

— ¿Cómo va esa humanidad?

— Hombre, no me siento muy bien.

— Usted, señor marques, no quiere creerme, y su salud lo paga. Lo que á usted le hace falta es salirse á dar un paseo todas las mañanitas miéntras dure el buen tiempo.

— Salgo la mañana que tengo gana de salir, y la que no, como me ha sucedido hoy, me estoy en casa.

— Eso no es entenderlo, señor marques. Impóngase usted la obligacion de salir todos los dias, y verá que bien le va.

— ¿Que me imponga la obligacion, dice usted?

— Eso mismo.

— Pues eso precisamente es lo que yo no quiero hacer; porque si me impongo la obligacion de pasear todos los dias, acabaron mis paseos.

— ¡Vamos, vamos, es usted incorregible! Tiene usted una filosofía tan particular, que nadie puede con usted.

— ¡Qué quiere usted, amigo! Genio y figura hasta la sepultura. Pero, hablando de otra cosa, ¿á qué debemos la dicha de ver por aquí á usted, que tan caro se vende?

— A que necesito un favor de la buena amistad de usted.

— Ya sabe usted que deseo servirle con el alma y la vida.

— Lo sé, señor marques. ¿Se acuerda usted de Perico, aquel muchacho por quien le hablé hace tiempo?

— ¿El hijo de Romero?

— Justamente. Su padre, como usted sabe, era uno de mis mejores amigos. Cuando murió le prometí que no abandonaria á su hijo, y así lo hice: me llevé á casa á Perico, que entónces tenia diez años, le di la educacion que pude, y le dediqué á una carrera decente: pero el muchacho, á pesar de que nada tiene de tonto ni le falta buena voluntad, adelantaba poquísimo en sus estudios. Yo, que tambien tengo mi filosofía, aunque muy diferente de la de usted, vi que Perico era uno de aquellos hombres cuyo carácter se aviene malditísimamente con la uniformidad de ocupaciones que proporciona una carrera determinada, al paso que se puede sacar gran partido de ellos imponiéndoles trabajos variado y no sujetos á método. Con que, amigo mio, entónces me dije: — No obliguemos á este muchacho á tomar pulsos ó hacer pedimentos toda su vida, porque de seguro se le morirán los enfermos ó perderá los pleitos.

— Es decir, que usted se convenció de que bastaba imponer al muchacho una obligacion, para que no la cumpliera ó la cumpliera mal.

— Justamente: observé su carácter especial, y quise valerme de esta observacion para enderezar por buen camino á mi protegido. Muchacho, le dije un dia, no vuelvas á cátedra, que yá te buscaremos ocupacion que cuadre mas á tus inclinaciones. El chico siguió dócilmente mi consejo; pero está hecho un moceton como un castillo, y por mas que he hecho, esta es la hora, señor marques, que no he podido proporcionarle una ocupacion en que gane siquiera una peseta.

— Pues, amigo mio, repito á usted lo que le dije cuando en otra ocasion me habló usted en favor de ese muchacho: ese muchacho dejará mal al que se interese por él.

— Yo le aseguro á usted que no, señor marques. Está el pobre que se le cae la cara de vergüenza al ver que tiene diez y ocho años y no gana para el agua que bebe. En casa nada le falta, es verdad; sabe que aunque no somos ricos, nunca nos ha dolido el pan que le hemos dado; no ignora que le queremos, como lo prueba el que hace unos pocos

dias he desembolsado algunos miles de reales, suscribiéndole en la sociedad de padres de familia para que no vaya á tomar las armas si le toca la suerte; pero como es un chico pundonoroso y agradecido, por lo mismo que nosotros le damos pruebas de cariño, se avergüenza mas de no hacer nada.

— Conociendo usted mis ideas respecto al trabajo obligatorio, puede usted calcular la confianza que tendré en que ese muchacho cumpla con exactitud sus obligaciones.

— Repito á usted que las cumplirá.

— Repito á usted que no.

— Pues bien, á la prueba me remito. Es preciso que haga usted un sacrificio por mí: es preciso que proporcione usted al pobre Perico una ocupacion en su casa, ó valiéndose de sus buenas relaciones.

— Verá usted cómo todo es inútil.

— Verá usted cómo no lo es.

— Pues bien: diga usted al chico que se venga por aquí mañana, y yo le proporcionaré ocupacion.

— Así lo hará. Y doy á usted un millon de gracias. Continúe usted leyendo sus periódicos, que yo voy á dar al pobre Perico la satisfactoria nueva de su colocacion.

— Vaya usted con Dios, amigo mio.

— Lo dicho, señor marques; impóngase usted la obligacion de dar un paseito todas las mañanas, y verá usted que bien le va.

— Todo ménos imponerme obligaciones.

II.

— ¿Perico?

— Mande usted, don José.

— Vamos, alégrate, que vas á dejar tu oficio de paseante en corte.

— ¡Qué me dice usted!

— Digo que el marques ha consentido al fin en colocarte en su casa.

— ¡Qué dicha, Dios mio! ¿Pero es verdad eso, don José? No me engañe usted, porque seria matarme el que despues de esta alegría que me vuelve loco, fuera todo una broma.

— No hay broma que valga, Perico; mañana te vas á casa del marques, y desde luego quedarás colocado.

— ¡Ay don José de mi alma! ¡Cómo podré yo pagarle á usted la dicha que me porporciona!

— Siendo hombre de bien, cumpliendo con tu obligacion.

— ¡De rodillas cumpliré con ella si es preciso! ¡Usted no sabe lo pesada que me era la vida! ¡Tener ya diez y ocho años y no ser útil para ganar una peseta! Cuando voy por la calle, me parece que todos me apuntan con el dedo diciendo: ese es un vago que á pesar de ser un mozo como un varal, no gana para la sal que come. Cuando veo pasar por ahí todos los dias pobres jornaleros que van á ganar cinco ó seis reales trabajando todo el dia, envidio su suerte, como ellos pueden envidiar la de un rey. Cuando alguien me pregunta qué oficio ó qué ocupacion tengo, quisiera confundirme siete estados bajo tierra. Un dia, olvidando mi triste posicion, hablé de amores á una muchacha á quien veia por primera vez, y como me preguntara cuál era mi modo de vivir, huí sin atreverme á contestar, aturdido, confundido, cayéndoseme la cara de vergüenza.

— ¡Ea, pues lo pasado, pasado. Tú sabes que en mi casa nunca te ha faltado que comer, ni te faltará si por desgracia no lo ganas. Conozco que en efecto á un muchacho de tu edad debe serle bochornoso el no tener oficio ni beneficio, y si deseo que te coloques, es por tí, no por nosotros. Mañana á las diez te vas por casa del señor marques, te enteras de tu obligacion, y á cumplirla como hombre de bien, que los que lo son, por mas que en contrario se diga, nunca son mas dichosos que cuando pueden decir: este pan que como y esta ropa que visto, sen el fruto de mi trabajo, me basto á mí mismo, no soy un zángano en la colmena del mundo.

— ¡Ah! ¡qué razon tiene usted, señor don José! Nadie lo sabe como yo, pues hasta la bondad y la delicadeza de usted contribuyen á confundirme mas y mas, y á hacerme sentir doblemente mi inutilidad.

— Ea, con que, lo dicho, Perico.

— ¡Gracias!..... ¡un millon de gracias, señor don José!

— (¡Pobre muchacho! ¡Pues no se le saltan las lágrimas!)

III.

— ¡Señor marques!....

— ¡Hola, muchacho!

— ¿Cómo está vuecencia?

— Vamos pasando, hombre. Siéntate.

— Mil gracias, señor marques.

— ¿Con que tú deseas ocupacion, no es verdad?

— Señor, esa será mi mayor dicha.

— Pues esa dicha yo te la voy á proporcionar. ¿En qué quieres tú ocuparte?

— Señor, en cualquiera cosa: la ocupacion mas penosa ó mas humilde será para mí una dicha inmensa.

— Bien. Me agradan tus buenos deseos. ¿Ves aquellas vidrieras que están abiertas al otro lado del patio, y corresponden á la escalera principal?

— Sí señor, ya las veo.

— Es preciso que vengas á abrirlas todas las mañanas á las ocho en punto, pues las cierra el portero todas las noches.

— Está muy bien, señor: á las ocho en punto estarán abiertas todas las mañanas. Y despues, ¿en qué quiere vuecencia que me ocupe?

— En nada mas; esa es tu única obligacion. Ahora vamos á ver qué recompensa quieres.

— Señor, ese trabajo no merece recompensa ninguna.

— La merece, y yo quiero dártela. Ganarás doce reales diarios.

— Señor, yo no puedo admitir recompensa tan crecida por un trabajo que no merece nombre de tal.

— Nada, nada, doce reales diarias ganarás en mi casa; que yo quiero pagar bien á todo el mundo.

— ¡Gracias, señor, gracias!

— ¿Con que estás contento?

— ¡No lo he de estar, señor! ¡De rodillas serviré á vuecencia por la dicha que me proporciona!

— Ea, con que ya lo sabes: tu obligacion precisa es venir todos los dias á las ocho en punto á abrir esas vidrieras, y luego irte donde mas te acomode.

— Dios bendiga á vuecencia....!

— Lo dicho, Pedro. Hasta mañana.

— ¡Hasta mañana, señor!

— (¡Va llorando de alegría! Sin embargo.....¡hum!)

IV.

Primer dia.

Perico, que ha pasado la noche soñando con las vidrieras, y despertado sobresaltado creyendo que ha pasado la hora de abrirlas, se levanta al amanecer, á las seis se presenta en la portería del marques, á las siete y media pone la mano en la falleba de las vidrieras, y abre estas á la primera campanada de las ocho.

Segundo dia.

Perico, que ha soñado con las vidrieras, aunque no se ha despertado creyendo que pasaba la hora de abrirlas, se levanta á las seis; á las seis y media se presenta en la por-

fería; á las siete y media se acerca á la vidrieras, y las abre á las ocho en punto.

Tercer dia.

Perico, que ya no ha soñado con las vidrieras, se levanta á las siete; á las siete y media se va á la portería; al dar la primera campanada de las ocho, sube al descanso de la escalera, y al dar la última, cumple con su obligacion.

Cuarto dia.

Como Perico gana doce reales diarios, puede ir alguna que otra vez al teatro. Anoche fué, y como con este motivo se acostó tarde, mandó que le llamaran á las siete, temeroso de faltar á su obligacion. La criada le ha llamado tres veces; pero son las siete y media y Perico no se ha levantado aun. Vuelve la criada á llamarle. Perico tiene mucho sueño y no se levanta. ¡Que van á dar las ocho! le dice la criada. Perico se levanta refunfuñando y echa á correr á la portería. Al dar la última campanada de las ocho, sube de tres en tres los escalones, y abre las vidrieras. El marques, que esperaba reloj en mano detras de las cortinillas de la ventana de enfrente, se sonríe murmurando. — ¡Bien dije yo!

Quinto dia.

Perico se dirige á la portería como una exhalacion, porque acaban de dar las ocho. Abre las vidrieras, y el rostro del marques sonríe detras de las cortinillas de la ventana de enfrente.

Sesto dia.

Perico oye las ocho en su casa, y parte como un cohete atropellando á cuantos encuentra á su paso; pero de repente se detiene y dice con la altivez de un héroe de coturno: — Estoy rebajando mi dignidad de hombre, por tomar las cosas

tan á pecho. Si no llego á las ocho, llegaré á las ocho y media. Perico sigue su camino tranquilamente, y abre á las ocho y media las vidrieras. El rostro del marques, cada vez mas burlon, aparece en la ventana de enfrente.

— Perico, dice el marques, pasa á mi habitacion.

Perico obedece temblando como un azogado, y proponiéndose no volver á incurrir en falta si tiene la dicha de que el marques se contente con echarle una reprimenda.

— Perico, ¿cuál es tu obligacion diaria?

— Señor, abrir las vidrieras á las ocho en punto.

— ¿Y la has cumplido exactamente?

— Sí, señor.

— ¿Todos los dias?

— Algunos me he descuidado un poco.

— ¿Y por qué motivo?

— Señor, tengo algunas otras ocupaciones.....

— No lo extraño, porque vivir en Madrid cuesta mucho, y tu sueldo es pequeño. De hoy en adelante, en lugar de doce reales ganarás veinticuatro, y con eso no tendrás necesidad de atender á mas quehaceres que los de mi casa. Cuidado con que vuelvas á descuidar tu obligacion: á las ocho en punto han de estar abiertas las vidrieras.

— Descuide vuecencia, y perdóneme una falta que á la verdad es imperdonable, siendo vuecencia tan bueno y tan generoso para conmigo.

Perico sale de casa del marques esclamando:

— ¡Veinticuatro reales diarios! .....¡Qué dicha, Dios mio! ¡No, no tendrá su excelencia necesidad de volver á reprenderme.

Como Perico gana veinticuatro reales diarios, se ha hecho todo un elegante. ¡Qué pantalon! ¡Qué frac! ¡Qué chaleco! ¡Qué todo!

Perico se retiró anoche muy tarde, porque estuvo en la tertulia de A.....donde le ha presentado su amigo B.....

— ¡Señorito, que son las siete!

— ¡Señorito, que son las siete y media!

— ¡Señorito, que van á dar las ocho!

— ¡Por vida de....! ¡Ni á las ocho y media abro hoy las vidrieras! No me volverá á suceder esto.

Como Perico gana veinticuatro reales diarios, estuvo anoche en el teatro, despues fué á cenar al café Suizo, y se retiró á las dos de la mañana.

— ¡Por vida de mi señorito!.... ¡Señorito, que son las ocho!

— ¡Las ocho! ¿Por qué no me has llamado mucho ántes!

— Si le he llamado á usted veinte veces.....

— ¡Van á ser cerca de las nueve cuando abra yo hoy las vidrieras!.....¡Vamos, si no tengo perdon de Dios!.... ¡Pero tambien es mucho fastidio eso de que todos los dias ha de hacer uno la misma cosa y á la misma hora!

Perico abre las vidrieras á las nueve ménos cuarto. El marques se asoma á la ventana y le llama á su habitacion.

— Perico, esto ya pasa de castaño oscuro. Cada dia está tu obligacion mas descuidada. Anteayer abriste las vidrieras á las ocho y cuarto, ayer á las ocho y media, y hoy á las nueve. Perico, ¿cómo te descuidas así?

— Señor, como no tengo reloj, y los de Madrid andan tan desacordes, que cuando el de la Puerta del Sol da las ocho, el de Palacio suele dar las ocho y media.....

— Tienes razon, Perico, tienes razon. Si yo hubiera caido en eso, ni tú hubieras tenido el disgusto de faltar á tu obligacion, ni yo el de verme mal servido..... Esta repeticion es muy segura: como que costó seis mil reales, sin contar la cadena que vale dos mil. Tómala, que yo te la regalo para que abras las vidrieras guiándote por ella.

— ¡Gracias, señor marques, gracias! Sirviendo á vuecencia de rodillas no le pagaré en mi vida las bondades que le debo.

— Cumple con tu obligacion, que eso me basta.

VI.

Como Perico gana veinticuatro reales y tiene repeticion de seis mil, y cadena de dos mil, asiste á las tertulias de tono. Anoche asistió á la de C..... donde le presentó su amigo E.....

Como en la tertulia de C..... se juega por via de pasatiempo, Perico perdió anoche en ella el poco dinero que llevaba, y ademas sobre su palabra ocho mil reales, para cuyo pago tiene que vender hoy la repeticion y la cadena que le regaló el marques.

Como Perico vino anoche tan tarde de la tertulia de C....., y con la desazon que le causó lo que perdió en el juego, no ha podido quedarse dormido hasta el amanecer, duerme como un liron, por mas que la criada le grita qne han dado ya las ocho.....

Por fin, Perico se levanta y se dirige á la portería; pero no atropella á nadie corriendo, aunque están dando las nueve, porque eso..... ¡oh! eso, como dice muy bien, seria rebajar su dignidad de hombre!

Por fin abre las vidrieras.

El marques se asoma á la ventana y le llama á su habitacion.

— ¡Perico! le dice, he suprimido el destino que desempeñabas en mi casa.

— Perdóneme vuecencia.

— Nada tengo que perdonarte: basta *imponer* al hombre una obligacion para que se le haga pesada y no la cumpla exactamente, á no ser que esté dotado de una gran rectitud. En tí se ha cumplido ese fatal destino de la humanidad.

Don José, que estaba oculto en un gabinete inmediato, sale á aumentar los interlocutores de esta escena.

— Señor marques, dice, á la salud de usted convienen los paseos por la mañana; pero no se *imponga* usted la obligacion de darlos, porque entónces..... adios, paseos!

VII.

Pocos dias despues don José retiraba de la depositaría del ayuntamiento la suma por que habia suscrito en la sociedad de padres de familia al mozo Pedro Romero.

Pocos dias despues el mozo Pedro Romero entraba en el depósito de quintos de Leganes.

Pocos dias despues empezaba á cansarse de hacer la misma cosa.

Pocos dias despues le daban cada palo que cantaba el misterio, porque descuidaba su obligacion.

Pocos dias despues á fuerza de lapos empezaba á acostumbrarse á hacer todos los dias una cosa misma.

Y pocos dias despues escribo yo esto, no con la arrogante pretension de resolver un problema moral, sino con la modesta intencion de consignar un hecho que cada cual puede utilizar como mas le plazca.

Sin embargo, confieso que yo, á pesar de todos los ejemplos, no me hubiera afiliado tan dócilmente como don José en la secta filosófica del marques. Yo hubiera dicho:

— Señor marques, ¡ni por esas, que yo conocí á un pobre muchacho que por espacio de diez años pasaba el dia resignado y alegre vendiendo clavos detras de un mostrador, y la noche dejando vagar su alma por el cielo de la gloria y la poesía.

JAUN-ZURÍA.

I.

Gran número de guerreros, con el carcaj á la espalda, llena el atrio del palacio de Témora, residencia de los reyes de Erin*), y los bardos cantan al son de las arpas de oro, las hazañas que han glorificado en la guerra y en la caza al valeroso Morna, soberano de las verdes islas cercadas de olas azules.

Las arpas de los bardos callan, los guerreros se ordenan en dos largas filas, las puertas del palacio se abren, y aparece en ellas el anciano Morna, en medio de sus hijos Lémor y Armin.

El pueblo que se acerca á contemplar á su rey, le aclama con infinito amor, que Morna es *el amado de todos*, segun la significacion de su nombre en el armonioso idioma de las verdes islas.

Canos tiene el rey cabello y barba, pero la nieve de setenta inviernos no ha conseguido aun cuervar aquellos miembros de atleta, desarrollados en el trabajo y la sobriedad.

Tambien tiene el pueblo amorosas aclamaciones para los príncipes que acompañan el anciano; que hermosos de cuerpo y alma son Lémor y Armin.

Lémor tiene la tez blanca como la nieve que corona las cimas del Cármora, el cabello dorado como los rayos del sol, y los ojos azules como la flor del lino.

*) Irlanda.

Se alejan, se alejan de Témora seguidos de los guerreros y bendecidos de las mujeres, los ancianos y los niños que los siguen con la vista y el corazon, hasta que se pierden en la espesura de Lena.

No van á la guerra, no; que las mujeres no lloran al verlos partir.

El jabalí de ásperas cerdas y prolongados colmillos es el enemigo con quien van á lidiar en los bosques de Lena.

Hélos, hélos que ya se dispersan en la espesura, así que los perros que los siguen de cerca, anuncian la presencia del monstruo de los bosques.

El rey va por un lado, y Lémor y Armin por otro.

La bocina de los ojeadores anuncia tambien la aparicion del jabalí.

El jabalí corre, corre, corre destrozando con sus formidables colmillos cuantos perros osan acercarse á él, y rechazando con su áspera y cerdosa piel cuantas flechas se le disparan.

Lémor se ha separado ya de su hermano como ántes se habia separado de su padre, y hace una hora que los cazadores se fatigan recorriendo el espeso bosque, sin poder rendir á la fiera.

La bocina anuncia á Lémor que esta se dirige hácia donde él está, y el hermoso cazador prepara su arco.

Agítase la maleza á corta distancia; la espantosa cabeza del monstruo se deja ver, y la flecha de Lémor parte silbando.

Un doloroso quejido resuena en la espesura, y Lémor se lanza á acabar con la fiera, pero la fiera no está allí donde el príncipe encaminó su flecha, y el quejido se repite á algunos pasos mas allá.

Avanza Lémor, y al apartar la maleza de donde sale el quejido, un grito de inmenso dolor se exhala de su pecho, que su padre, el rey de las verdes islas, el amado de todos, y de nadie tanto como de Lémor, yace allí moribundo, atravesado el noble pecho por el dardo partido del arco de Lémor!

Lémor demanda auxilio para su padre, invoca la proteccion del cielo para el moribundo anciano, procura devolver á este la vida, que se va, que se va por instantes, y llora al ver su impotencia, y siente en su alma la desesperacion.

II.

Ya regresan al palacio de Témora los príncipes de las verdes islas, y los guerreros que fueron con ellos á las selvas de Lena; pero los bardos que salieron á su encuentro cuando los vieron asomar por los lejanos oteros, no pulsan las arpas de oro, ni glorifican con cánticos de alabanza á los cazadores.

Silenciosos y tristes llegan cazadores y bardos, y al saber la causa de su silencio y su tristeza, las mujeres y los ancianos y los niños atruenan el espacio con sus lamentos. Morna, el amado de todos, torna sin vida conducido por sus guerreros en un lecho de ramas fúnebres, y Lémor y Armin parecen próximos á morir de dolor.

Los ancianos, jefes de las tribus de Erin, se congregan al siguiente dia en Témora, y despues de conferenciar largo rato, comparecen ante Lémor, heredero de la soberanía de las verdes islas.

— ¡Príncipe! le dice el mas anciano de los jefes, aunque nuestras leyes condenan á muerte al parricida, tú no debes morir, porque si tu flecha ha herido á tu padre, no la ha dirigido tu voluntad; pero no debe ceñir una corona, ni vivir entre nosotros el que está manchado con la sangre de su padre y de su rey. La corona de Morna descansará en la frente inmaculada de Armin. Mañana al alborear, te esperará en el puerto una nave aparejada y provista de cuanto necesitas para tu sustento. Aléjate en ella para siempre de nuestras islas, y que el cielo te ampare donde quiera que los vientos te lleven.

Lémor acata la decision de los jefes de las tribus, y se entrega á merced de los vientos y las olas, sin mas compañía que su dolor, su esperanza en el cielo, que sabe su inocencia, y dos leales servidores que quieren participar de su desdicha.

La nave, falta de diestro piloto, vaga dias y dias, y aun meses, por las soledades del océano, juguete de las irritadas olas y de los vientos desencadenados.

La sed devora á Lémor y sus servidores, que no pueden llevar á sus labios mas agua que la de la mar salada; pero hé aquí que cuando ya la última esperanza de descubrir un continente, cualquiera que él sea, los abandona, descubren allá muy léjos, entre las brumas, unas costas cubiertas de verdes montes, y empujan, empujan su nave hácia aquella tierra de bendicion.

Aquella tierra es la habitada por los cántabros, por la raza de gigantes á quienes cinco siglos há no pudo domar todo el poder de Roma, la señora del mundo.

Ya se acerca la nave á la costa. Hermoso es, mas hermoso aun que las islas de Erin, el continente que el príncipe y sus servidores saludan llenos de júbilo.

Los desterrados saltan de la nave y prorumpen en gritos de alegría, porque á la sombra de unos verdes y seculares castaños, brota una caudalosa fuente, clara como las cristalizaciones de las grutas del Drumanar.

El agua calma el ardor que los devora. La tranquilidad acude á su alma y el sueño á sus ojos. Reclínanse en un recuesto cubierto de flores, y quedan profundamente dormidos.

III.

¿A dónde va el *echeco-jauna**) de Bustuna, que abandonando el cultivo de sus campos, desciende á las desiertas playas de Mundaca, seguido de los que le acompañaban en el trabajo? ¿A dónde va el *echeco-jauna?*

*) Amo de casa.

Ha visto desde la altura una navecilla vagando sin gobierno y chocando contra las rocas, y como es compasivo y hospitalario, corre, corre, vuela á socorrer á los náufragos que supone luchando con la muerte en la ribera.

Detiénese al bajar al llano, y le imitan los que corrian en pos de él. Tres extranjeros duermen cabe la fuente, á la sombra de los castaños, y el *echeco-jauna* y sus compañeros detiénense á velar su sueño.

Los hijos de las verdes islas despiertan, y preguntan al *echeco-jauna*, cúya es la tierra á donde el viento y las olas han arrastrado su nave.

Y al saber que es la tierra de los invictos cántabros, alzan sus ojos al cielo para dar gracias á Dios, que los ha traido á la patria de los primeros héroes del universo.

Bajo el techo de Bustuna hallan hospitalario asilo los desterrados de Erin; pero pronto se sabe en las montañas euskaras que mora en ellas un hijo de reyes, y el anciano Lekobide, el caudillo de los eskaldunac y descendiente de aquel otro glorioso caudillo del mismo nombre, que humilló la soberbia de los Césares y celebran los cantos populares vascos, envía mensajeros al príncipe de Erin, para ofrecerle su hogar en el valle de Padura.

Lémor contempla la felicidad suprema de la tierra, al llegar á la morada del caudillo vascongado.

Una aureola de gloria circunda la anciana frente de Lekobide, y otra de castidad y hermosura la frente juvenil de Luz, la hija del jefe de los eskaldunac.

Meses há que Lémor se sienta en el escaño del hogar de Lekobide. Meses há que pugna por abandonar el valle de Padura, porque buen caballero y buen cristiano, se avergüenza de vivir en el ocio, miéntras los hijos de Agar huellan la santa cruz allende el Ebro. Meses há que quiere ir á ofrecer su brazo al valeroso conde de Castilla; pero siempre le detienen los ruegos de Luz y de Lekobide, y mas que todo, una fuerza misteriosa que reside en su corazon.

Los ejercicios guerreros y la caza le entretienen. Cuando alejándose de Padura, se encamina á las altas montañas que

dominan el valle, para perseguir allí al jabalí ó al gamo, Luz se asoma á la ventana entristeciéndose mas, cuanto mas se aleja el estranjero, y el estranjero torna la vista buscando á Luz en la ventana.

IV.

Los eskaldunac son libres, libres como las brisas y los pájaros de sus montañas.

No tienen señor á quien rendir vasallaje, ni mas leyes que las escritas en la conciencia de sus ancianos, que juzgan al delincuente y dirimen las contiendas á la sombra del santo árbol de Guernica.

Fuera de las jerarquías de la virtud y la inteligencia y la ancianidad, solo hay una jerarquía en la tierra de los eskaldunac.

Los eskaldunac eligen un caudillo que esté siempre dispuesto á conducirlos al combate cuando el extranjero invada su libre tierra, y ese glorioso título concedieron á Lekobide há mas de media centuria, atendiendo á su virtud, á su inteligencia, á su valor y á su glorioso nombre.

Un dia, congregados los patricios euskaros bajo el santo roble de Guernica, recordó uno de ellos que Lekobide era anciano, é impotente, por lo tanto, para acaudillar las huestes eskaldunac el dia que el extranjero invadiese la patria. Entónces un patricio centenario habló de este modo á la asamblea:

«Quince años hacia que Léyalá, el perro mas valiente y leal de nuestras montañas, vigilaba dia y noche á la puerta de su amo.

«Leyalá es viejo., dijo un dia el *echeco-jauna*, y aquella noche un nuevo guardian ocupó el puesto en que Leyalá habia encanecido.

«El raposo, ahuyentado hacia quince años por Leyalá, que

le sentia desde léjos, vino aquella noche, sin que el perro jóven le sintiera, y comió las gallinas del *echeco-jauna.*

«Y Leyalá, que habia dejado cabizbajo y triste el helecho en que dormia hacia quince años á la puerta de la casería, para que un estraño ocupase su puesto, apareció muerto la mañana siguiente, aunque el *echeco-jauna* le habia preparada un lecho mas blando y mas abrigado que aquel en que descansaba hacia quince años.»

Así habló el patricio centenario, y nadie ha recordado desde entónces que Lekobide es anciano.

Tampoco Lekobide lo recuerda, que la juventud de su alma no le deja pensar en la ancianidad de su brazo.

Pero hé aquí que un sordo rumor y una agitacion inusitada muchos años há, se estiende por los valles y las montañas euskaras, y numerosos corredores, con la indignacion en el alma, llegan á la puerta de Lekobide, esclamando:

— *¡Quidaria!* *) un ejército formidable asoma por las cordilleras de Orduña, y ¡ay de los eskaldunac si el *irrinzi* **) no se oye pronto en nuestras montañas!

— ¡Rayo de Dios! grita Lekobide encendido en ira. Suenen las cinco bocinas en los cinco montes euskaros, que no llegarán al árbol Malato los que en son de guerra osan pisar nuestros libres solares. ¡Dadme la cota y la lanza que me acompañan en el combate setenta años há!

Lekobide se viste la acerada cota ¡y su cuerpo se encorva bajo el peso de la armadura!

Lekobide empuña la lanza ¡y su brazo se niega á sostenerla!

Entónces el glorioso caudillo recuerda su ancianidad, y tiembla, y cae lleno de desaliento y desesperacion en el poyo de la puerta.

Y entre tanto la alarma cunde por las montañas y los valles euskaros, y ya muchos guerreros vascongados bajan el valle de Padura, pidiendo á su glorioso caudillo que los conduzca al combate.

*) Caudillo.

**) Grito de guerra.

Un rayo de esperanza ilumina de repente la venerable faz de Lekobide.

— Príncipe de Erin! esclama el anciano dirigiéndose al hijo de Morna, toma mi cota y mi lanza, y ocupa mi lugar al frente de las legiones eskaldunac.

— Señor, contesta Lémor, yo pelearé contra los enemigos de la tierra que tan generosa hospitalidad me ha dado, pero será confundido con tus guerreros. Busca caudillo mas digno que yo de conducir tus guerreros al combate.

Todos los eskaldunac que han bajado al valle de Padura unen sus ruegos al de Lekobide; pero el modesto príncipe de Erin insiste en marchar á la pelea confundido con los mas humildes lidiadores.

— Serás miéntras vivas el caudillo de los eskaldunac, que yo soy impotente para serlo, dice Lekobide con universal asentimiento; pero Lémor continúa rehusando el glorioso título que se le ofrece.

— Hijo de reyes eres, y mereces mandar vasallos, esclaman los ancianos de veinte valles, reunidos ya en el de Padura. La libre tierra euskara te da su señorío si consientes en acaudillar sus huestes.

El príncipe de las verdes islas rehusa el señorío de los eskaldunac.

Y en tanto, nuevos corredores llegan anunciando que el ejército enemigo ha pasado el árbol Malato, y baja como mar embravecida arrasando cuanto se opone á su paso.

— ¡Oh príncipe de Erin! esclama Lekobide, si por mis venas corriese sangre de reyes, yo te diria: acaudilla las legiones eskaldunac, arroja de nuestra tierra el estranjero, y al tornar del combate te sentarás en mi hogar, y te daré el nombre de hijo.

Lémor dirige á Luz una mirada llena de amor y ansiedad, y como si en el rostro de la doncella hubiese leido la respuesta que anhelaba su alma, esclama vistiéndose la cota y empuñando la lanza de Lekobide:

— ¡Anciano! que Dios me deje sentar en tu hogar y oir de tus labios el nombre de hijo!

V.

En los cinco montes mas altos de la tierra libre, resuenan las bocinas, y el *irrinzi* contesta á aquel belicoso sonido en todos los valles y en todas las montañas.

Todo varon bastante fuerte para lanzar un dardo ó blandir una espada, ó una lanza, ó una hacha, abandona presurosamente su hogar, y se encamina hácia el valle de Padura, cuyas hondonadas y cumbres apénas pueden ya contener los millares de eskaldunac que van acudiendo al llamamiento de la patria.

Y no es fuera de razon este llamamiento, que los enemigos son muchos y ya se acercan al valle de Padura como desafiando al caudillo de los eskaldunac que saben tiene allí su morada.

El ejército que invade las montañas euskaras no se compone, no, de aquellas esforzadas legiones castellanas y leonesas que tantas veces plantaron la cruz de Cristo sobre las tiendas musulmanas, ni le acaudillan reyes de Leon ni condes de Castillo. Compónese de viles aventureros que infaman el nombre cristiano desde el Ebro al Tajo, y le acudilla *Ordoño el Malo*, el villano usurpador de la corona de Sancho el Craso, que, arrojado del trono leonés, quiere ahogar su despecho en la noble sangre de los eskaldunac, y levantar en las montañas euskaras un nuevo trono en que sentarse.

El ejército vascongado, acaudillado por Jaun-Zuría, como denominan los eskaldunac al príncipe de Erin, sale al encuentro del extranjero que asoma ya por las montañas que dominan el valle de Padura, y Sancho de Estequiz, el señor del Duranguerado, deja sus palacios de Tarira para acaudillar á los durangueses, que ansían ir á pelear al lado de sus hermanos, los de la raza euskalduna, y vuela al lado del príncipe.

Trabado está el combate, y su espantoso fragor atruena las ántes pacíficas montañas euskaras.

Espesas nubes de dardos oscurecen el sol. Enormes rocas

arrancadas por el hercúleo brazo de los eskaldunac, se desploman sobre las huestes de Ordoño, desordenándolas, y espantándolas, y aplastándolas. El hacha, y la lanza, y la espada de los patricios vascos, siembran de cabezas estranjeras é inundan de sangre los peñascales de Padura.

Pero la desesperacion de Ordoño, que es inmensa, hace supremos esfuerzos para reanimar el valor de los aventureros, y aun se mantiene indecisa la victoria.

— ¡Muera (exclama Ordoño) el caudillo de los eskaldunac, y el triunfo será mio!

Y corre al encuentro de Jaun-Zuría, que á la par lidia y rige su ejército en lo mas recio de la pelea.

El hijo de los reyes de Erin sale á su vez al encuentro del ambicioso jefe de los invasores, y cierra con él en descomunal batalla.

La lanza de Lekobide, manejada con fuerza de titan por el príncipe de Erin, traspasa el pecho de Ordoño, que espira dando un rugido de desesperacion que resuena en las montañas de Padura como el del leon herido. Pero ¡ay! una piedra lanzada por los enemigos hiere la noble frente del señor del Duranguesado, por cuya vida daria la suya propia el príncipe de Erin!

El desórden es espantoso en las ya mermadas legiones extranjeras que huyen, huyen pavoridas por donde bajaron, señalando su huella con sangre y fuego.

Los eskaldunac las siguen hasta las cordilleras de Orduña, y allí, cansados ya de matanza, y viendo libre y feliz como nunca á la patria, tornan á descansar y á celebrar su glorioso triunfo á la sombra del árbol Malato.

VI.

Cerca de diez siglos han pasado desde que los eskaldunac, acaudillados por el desterrado de Erin, hicieron estremecer de gozo á la patria en los campos de Padura.

Si quereis visitar aquellos campos, no busqueis en el mapa el nombre de Padura, pues trocaron este nombre por el de Arrigorriaga, que en el rico y venerable idioma euskaro, equivale á *piedras encarnadas*. Las rocas de que están erizadas las montañas de la antigua Padura, conservaron por mucho tiempo el color de la sangre que derramaron en ellas las hordas de Ordoño el Malo; y hé aquí por qué la antigua Padura trocó este nombre en el de Arrigorriaga.

Dirigíos á la iglesia parroquial del valle de Arrigorriaga, y allí, junto á la pila del agua bendita, veréis un sepulcro de piedra. Preguntad á los sencillos aldeanos quién yace en aquel sepulcro, y os contestarán, latiendo su corazon al recuerdo de las glorias de la patria, que allí yace un príncipe llamado Ordoño, que intentó robar sus libertades al pueblo vascongado, y fué muerto por Jaun-Zuría, el primer señor de Vizcaya.

Examinad luego los empolvados archivos del templo, y si sabeis la inmutable y eterna lengua de los eskaldunac, unos carcomidos y amarillentos pergaminos os dirán que en aquel templo se unieron la hija de Lekobide y el hijo de un rey de Erin.

CASILDA.

I.

Era el rey de Toledo el moro Almenon, con quien el rey de Castilla don Fernando el *Grande* mantenia cordial amistad.

Este rey moro tenia una hija muy hermosa y compasiva, llamada Casilda.

Una esclava castellana contó á la hija del rey moro que los nazarenos amaban á su Dios, y á su rey, y á sus padres, y á sus hermanos, y á sus esposas.

Tambien contó la esclava á la hija del rey moro, que los nazarenos nunca quedan huérfanos de madre, porque cuando pierden á la que los concibió en sus entrañas, les queda otra, llamada María, que es una madre inmortal.

Pasaron años, pasaron años, y Casilda fué creciendo en cuerpo y en hermosura y en virtud. Se le murió su madre, y envidió la dicha de los huérfanos nazarenos.

En los confines del jardin que rodeaba el palacio del rey moro, habia unas lóbregas mazmorras, donde gemian, hambrientos y cargados de cadenas, muchos cautivos cristianos.

Sucedió que un dia fué Casilda á pasear por los jardines de su padre, y oyó gemir á los pobres cautivos. La princesa mora se echó á llorar sin consuelo, y tornó al palacio, lleno su corazon de tristeza.

II.

A la puerta del palacio encontró Casilda á su padre, y arrodillándose á sus piés, le dijo:

— ¡Padre! ¡señor padre! en las mazmorras de allende los jardines gime muchedumbre de cautivos. Quítales sus cadenas, ábreles las puertas de su prision y déjalos tornar á tierra de nazarenos, donde lloran por ellos padres, hermanos, esposas, amadas.

El moro bendijo á su hija en el fondo de su corazon, porque era bueno y amaba á Casilda como á la niña de sus ojos.

El pobre moro no tenia mas hija que aquella.

El pobre moro amaba á Casilda porque era su hija y porque era ademas la viva imágen de la dulce esposa cuya pérdida lloraba hacia un año!

Pero el moro, ántes que padre, era musulman y rey, y se creia obligado á castigar la audacia de su hija.

Porque compadecer á los cautivos cristianos y pedir su libertad, era un crímen que el Profeta mandaba castigar con la muerte.

Por eso ocultó la complacencia de su alma, y dijo á Casilda con airado semblante y voz amenazadora:

— ¡Aparta, falsa creyente, aparta! ¡Tu lengua será cortada y tu cuerpo arrojado á las llamas, que tal pena merece qnien aboga por los nazarenos!

E iba á llamar á sus verdugos para entregarles su hija.

Pero Casilda cayó de nuevo á sus piés demandándole perdon en memoria de su madre, ¡de la reina cuya muerte lloraba Almenon hacia un año!

El pobre moro sintió sus ojos arrasados en lágrimas, y estrechó á su hija contra su corazon, y le perdonó, diciendo:

— Guárdate, hija mia, de pedir otra vez por los cristianos, y aun de compadecerlos, porque entónces no habrá misericordia para tí; que el santo Profeta ha escrito: — «Exterminado será el creyente que no extermine á los infieles.»

III.

Cantaban los pájaros, era azul el cielo, era el sol dorado, se abrian las flores, y el aura de la mañana llevaba al palacio del rey moro el perfume de los jardines.

Casilda estaba muy triste, y se asomó á la ventana para distraer sus melancolías.

Los jardines le parecieron entónces tan bellos, que no pudo resistir á su encanto, y bajó á pasear su tristeza por sus olorosas enramadas.

Cuentan que el ángel de la compasion, en forma de hermosísima mariposa, le salió al paso y encantó su corazon y sus ojos.

La mariposa volaba, volaba, volaba de flor en flor, y Casilda iba en pos de ella sin conseguir alcanzarla.

Mariposa y niña tropezaron con unos recios muros, y la mariposa penetró por ellos, dejando allí inmóvil y enamorada á la niña.

Tras aquellos recios muros oyó Casilda tristísimos lamentos, y entónces recordó que allí gemian, hambrientos y cargados de cadenas, los pobres nazarenos, por quienes en Castilla lloraban padres, hermanos, esposas, amadas.

Y la caridad y la compasion fortalecieron su alma é iluminaron su entendimiento.

Casilda tornó al palacio, y tomando viandas y oro, tornóse hácia las mazmorras, siguiendo á la mariposa, que volvió á presentarse á su paso.

El ora era para seducir á los carceleros, y las viandas eran para alimentar á los cautivos.

Oro y viandas recataba con la falda de su vestido, cuando al volver una calle de rosales tropezó con su padre, que tambien habia salido á distraer allí sus melancolías.

— ¿Qué haces aquí tan temprano, luz de mis ojos? preguntó el moro á su hija.

La princesa se puso colorada como las rosas que mecia á su lado el aura de la mañana, y al fin contestó á su padre:

— He venido á contemplar estas flores, á oir trinar estos pájaros, á ver el sol reflejarse en estas fuentes, y á respirar este ambiente perfumado.

— ¿Qué llevas envuelto en la falda de tu vestido?

Casilda llamó desde el fondo de su corazon á la madre inmortal de los nazarenos, y respondió entónces á su padre:

— Padre y señor, llevo rosas que he cogido en estos rosales.

Y Almenon, dudando de la sinceridad de su hija, tiró de la falda del vestido de la niña, y una lluvia de rosas se derramó por el suelo.

IV.

¡Pálida estaba la niña, pálida como las azucenas de los jardines del rey moro, su padre!

Cuenta la historia que apénas quedaba sangre en las venas de Casilda, porque todos los dias coloraba, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

Pálida estaba la niña, y el rey moro se moria de pena viendo morir á su hija.

La ciencia de los médicos de Toledo no acertaba á devolver la salud á la princesa, y entónces Almenon llamó á su corte á los mas afamados de Sevilla y Córdoba.

Pero si impotente habia sido la ciencia de los primeros, impotente era tambien la ciencia de los segundos.

— ¡Mi reino y mis tesoros daré al que salve á mi hija! exclamaba el pobre moro, viendo á Casilda próxima á exhalar el último suspiro.

Pero nadie acertaba á ganar su reino y sus tesoros, que la sangre continuaba colorando, arrojada á borbotones, la sarta de blancas perlas que brillaba entre los labios de la princesa.

— «¡Mi hija se muere! escribió el rey de Toledo al rey de Castilla. Si en vuestros reinos hay quien pueda salvarla, que venga, que venga á mi corte, que yo le daré..... mis reinos, mis tesoros, y hasta le daré mi hija.»

V.

Por los reinos de Castilla y de Leon sonaban pregones anunciando que el rey moro de Toledo ofrecia al que devolviera la salud á su hija, su reino y sus tesoros, y hasta la hija cuya salvacion anhelaba.

Y cuentan que un médico venido de Judea se presentó al rey de Castilla ofreciéndole tornar la salud á la princesa mora.

Y era tal la sabiduría que brillaba en las palabras de aquel hombre, y tal la fe que inspiraba la bondad que resplandecia en su rostro, que el rey de Castilla no vaciló en darle cartas, asegurando á Almenon que le enviaba con ellas el salvador de la princesa Casilda.

Apénas el médico venido de Judea tocó la frente de la niña, la sangre cesó de correr, y el color de la rosa empezó á asomar en las pálidas mejillas de la enferma.

— ¡Tomad mi reino! exclamó Almenon loco de alegría y llorando de agradecimiento.

— Mi reino no es de este mundo, respondió el médico venido de Judea.

— ¡Tomad mi mayor tesoro! repuso el rey de Toledo, designando al médico su hija.

Y haciendo una señal de aceptacion el médico, extendió la mano hácia Castilla, y dijo:

— Allí hay unas aguas purificadas que han de completar la salvacion de la vírgen musulmana.

Y al dia siguiente, la princesa Casilda pisaba la tierra de los nazarenos, acompañada aun del médico venido de Judea.

VI.

Casilda y el médico venido de Judea caminaban, caminaban, caminaban por la tierra de los nazarenos, y al fin se detuvieron á la orilla de un lago de aguas azules.



El médico tomó algunas gotas de agua en el hueco de la mano, y exclamó derramándolas sobre la frente de la princesa.

— *¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo!*

Y la princesa sintió un bienestar inefable, parecido al que allá en su niñez le habia contado la esclava nazarena que sentian los bienaventurados en el paraíso.

Y sus rodillas se doblaron, y sus ojos se fijaron en la bóveda azul del cielo, y en torno suyo resonaron dulcísimos *hosannas*, que la hicieron volver la vista á su alrededor.

El médico venido de Judea no estaba ya á su lado, que cercado de vívidos resplandores se elevaba hácia la bóveda azul del cielo.

— ¿Quién eres, señor, quién eres? exclamó la princesa atónita y deslumbrada.

— Soy tu esposo, soy el que dió la salud á la hija de Jairo, que padecia el mal que tú padeciste; soy el que dijo: «Cualquiera que dejase casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó mujer, ó hijos, ó tierras por mi nombre, recibirá ciento por uno, y poseerá la vida eterna.»

En la orilla del lago azul que hoy llaman de *San Vicente*, y está en tierra de Briviesca, hay una pobre ermita, donde vivió solitaria la hija del rey moro de Toledo, que hoy llaman *Santa Casilda*.

EL PRÍNCIPE DESMEMORIADO.

I.

Poniendo un poquito de lo que contaba Gracian Dantisco, otro poquito de lo que contaba la difunta mi abuela, y otro poquito de lo que yo me sé, voy á contar un cuento que esternille de risa á los bobos.

Ea, pues, mucho oido, sobre todo los sordos de orejas y de entendimiento, que solo al diablo toleraré que sea sordo, para que no me venga con canciones de si soy embustero ó dejo de serlo.

Han de saber ustedes que el rey Perico y su mujer la reina Mari-Castaña tenian un hijo casadero, que era la envidia de las chicas de la corte. El príncipe Andana, que así se llamaba el primogénito de tan afamados soberanos, tenia novias á porrillo; pero tenia tambien trazas de morir soltero, porque su memoria era tan infeliz que su alteza se enamoraba hoy, y por mas que se hiciese un nudo en el pañuelo y tomase unos palitos de pasas, mañana no se acordaba ya de que estaba enamorado.

— ¡Pero, señor, decian el rey Perico y la reina Mari-Castaña, ¡qué haremos para que á este chico no se le vaya el santo al cielo!

Consultaron á los médicos mas afamados de la corte, y los médicos, que eran un pozo de sabiduría, tuvieron una junta magna, en la que, despues de sérias y profundas discusiones, acordaron que el príncipe Andana se ausentase de la corte para que con las memorias que recibiese de parientes y amigos, pudiese echar un buen remiendo á la suya.

Este sabio dictámen llenó de gozo al rey Perico y á la reina Mari-Castaña, que llenaron á su vez de cruces y calvarios el pecho de los sapientísimos doctores.

El príncipe Andana se dispuso á viajar por esos mundos de Dios.

Su augusta madre creyó que debia cantarle la cartilla, ántes que emprendiese el viaje, para que no fuese víctima de la inexperiencia propia de sus pocos años. ¡Ah! se me olvidaba decir que el príncipe no tenia mas que treinta y cinco.

— Niño, le dijo su madre, es menester que mires lo que haces. No degrades tu soberana estirpe con amorcillos de tres al cuarto, y luego nos vengan con «aquí las puse.»

Dicho esto, le preparó una tortilla con patatas, que era lo que habia que comer; se la colocó entre dos medias libretas, se la envolvió en un periódico político, y anda, chiquito, que ya vas aviado, le despidió, derramando tantas lágrimas, que aquel dia el ayuntamiento se ahorró los gastos de regado de las calles.

¡Váyanse muy noramala todos los amores donde está el amor maternal!

El príncipe Andana emprendió su viaje. Mucho sintió las lágrimas de su madre; pero no las pudo llorar, porque las olvidó apénas volvió la esquina.

Anduvo, anduvo, anduvo, hasta que tuvo hambre. Entónces se metió en un ventorrillo, y como era tan desmemoriado, el infeliz olvidó la tortilla maternal, que debia estar tan rica, y se dió una pechada de jamon y pan tierno, que ya, ya!

Al salir del ventorrillo se le olvidó á su alteza pagar la cuenta, y el ventero tuvo que contarle entre los parroquianos de gorra; porque ..... ¡vaya usted á pedir cuentas á un príncipe!

¡Ah! si su augusta madre lo hubiera visto, ya le hubiera dado á su alteza para castañas, porque aunque sus majestades eran mas pobres que las ratas, no les gustaba que su chico quedase mal en parte ninguna.

Anduvo, anduvo, anduvo el príncipe Andana, y en cuanto encontraba una chica guapa se enamoricaba de ella, y.....

¡compadézcanse ustedes de este jóven imposibilitado en la flor de su edad de acordarse de que es príncipe, y de que no debe degradar su soberana estirpe con amorcillos de tres al cuarto!

A la orilla del mar habia una viña guardada por un guarda, que por mas señas tenia una hija arrogante chica.

El príncipe Andana entró por uvas, y como el guarda le sorprendiese pica que pica, le cogió por el faldon de la levita, y, cataplum, le zambulló en el mar.

El remedio propinado por los sabios doctores de la corte del rey Perico y la reina Mari-Castaña, empezó entónces á surtir efecto. El príncipe habia recibido aquella mañana, y tenia en el bolsilllo, una carta de sus augustos padres, en que estos le enviaban memorias de todos los parientes y amigos, y hé aquí que, gracias sin duda á esto, su alteza recordó que sabia nadar.

Nadaba el príncipe como un perro de aguas, cuando fué descubierto por la tripulacion de un barco que rondaba aquellas costas, y cátenle ustedes recogido por un buque y conducido por esos mares afuera, miéntras el guarda y su hija le gritaban desde la orilla, el guarda riendo y la chica llorando:

— ¡Vuelve por uvas, vuelve por uvas!

II.

Erase el Gran Turco un abuelito que apénas podia con los calzones, y el maldito de cocer, que no veia ya gota, se empeñaba en que los médicos le habian de devolver la vista, porque le gustaban aun las chicas, y se despepitaba por ver una del rechupete que le acababan de traer de Circasia.

¡Qué lástima de..... Vamos, si estos señores mayores se vuelven á la edad de los niños!

Pues, señor, dále que le das el tal turco con que iba á abrir en canal á sus médicos de cámara si no le devolvian la vista.

Los médicos de cámara se echaron á buscar quien los ayudase en su peliaguda tarea, y al fin averiguaron que un bajá de tres colas tenia en su cortijo un médico cristiano, que en un abrir y cerrar de ojos curaba la ceguera hasta á los enamorados.

El médico cristiano compareció en la corte del Gran Turco.

Todos los grandes hombres tienen manías muy singulares. El médico llamado á la corte del Gran Turco tenia nada ménos que tres manías: la de echarla de pollo, la de blasonar de noble, y la de creerse mas galan que Gerinéldos.

— Mira, le dijo el Gran Turco, cuando compareció á su presencia, si me quitas la ceguera te doy el oro y el moro; pero si no me la quitas, juro á brios Baco Balillo, que te cayó la lotería.

— ¡Aprieta, manco! dijo para sí el médico, ¿qué va á que este bruto hace conmigo alguna barbaridad?

Cocimiento de flor de saúco por aquí, agua blanca por allá, el médico cristiano se las pelaba por devolver la vista al Gran Turco; pero quiá, el Gran Turco veia ménos cuantos mas mejunjes le daba.

— ¿Ve vuestra alteza algo? le preguntó un dia despues de aplicarle un reactivo de infusion de guindilla.

— ¡Qué canario he de ver! contestó el ciego echando por aquella boca cada terno que se estremecia la tierra. Lo que veo son las estrellas con esos mejunjes con que me estás sobando. Ya me tienes hasta los pelos con tu ignorancia, y te prevengo que si para mañana á estas horas no me pones en disposicion de ver á una chica que me acaban de traer de Circasia, te doy una paliza que ni la paz y caridad te levanta.

El médico se retiró aterrado con aquella sentencia, y pasó la noche aguzando el entendimiento, á ver si encontraba medio de anularla, ó cuando ménos dilatar su ejecucion.

— Por aquí, se dijo, hay gentes de todas las religiones, pero no se encuentra un cristiano ni para un remedio. Voy á decir al abuelo que el único medio de curarle la ceguera consiste en darle una untura de manteca de cristiano, adere-

zada con ciertas yerbas que solo yo conozco; pero que, como es difícil encontrar un cristiano á quien sacarle las mantecas, hay que aguardar á que la casualidad le proporcione. Así iré dando largas á la paliza, y ántes que se pueda echar mano á la víctima por mí designada, ya habré encontrado medio de tomar las de Villadiego.

Contento el médico con el ingenioso recurso que habia encontrado en su talentazo, se presentó la mañana siguiente al Gran Turco.

— Señor, le dijo, he dado con un remedio tan eficaz, que aplicársele á vuestra alteza y ver perfectamente sin gafas ni nada, todo va á ser uno.

— ¿Qué demonche me cuentas, hombre?

— Lo que oye vuestra alteza.

— Vamos, vamos á ver qué remedio es ese.

El médico explicó al Gran Turco cuál era el remedio infalible que habia para devolverle la vista.

— Nada, nada, pues á buscar inmediatamente un cristiano que esté bien gordo, y á sacarle las mantecas, que estoy rabiando por ver á esa chica.

— Señor, el remedio es infalible, pero es muy difícil adquirir el ingrediente que entra en él, porque en la actualidad no hay cristiano alguno en Constantinopla.

— Pues no ha de haber, hombre! Y en último caso.... qué diantre, si no se encuentra otra cosa, echaremos mano de tí.

El médico pegó un brinco al oir estas palabras, y dándose un puñetazo en la frente,

— ¡Ah, bruto, se dijo á sí mismo, me alegraria que te sacasen las mantecas como á un marrano, para que otra vez no fueses tan bestia!

— Pero, hombre, qué es lo que estás ahí rezando? preguntó el Gran Turco, echando mano á una charrasca que tenia al lado.

— Nada, señor, ès que..... mi manteca no sirve, porque ha de ser de un cristiano jóven.....

— Hombre, pues tú no eres viejo.

— Qué, señor, si tengo ya mas años que Matusalen, y ademas, necesitamos un cristiano noble.....

— Justo y cabal, noble como tú.

— ¡Qué he de ser yo noble!

— Hombre, no te hagas el chiquito, pues tú mismo me dijiste ayer que procedes de la nobleza mas esclarecida de tu país.

— Si mi abuelo estuvo en presidio.

— ¿Eso qué le hace? Con tal que tu padre fuera cumplido caballero.....

— Sí, buen caballero me dé Dios, cuando le azotaron sobre un burro.....

— Será todo lo que tú quieras, hombre, pero finura suple nobleza de sangre.

— ¿Fino yo, señor? Si soy lo mas grosero que come pan, si.....

— Vamos, hombre, no seas tan modesto. Y sobre todo, qué caramba, en este mundo no se han de pedir las cosas tan completas.. Quiere decir que con tu manteca no será la medicina tan eficaz como con la de otro cristiano; pero, ¡qué le hemos de hacer si no se encuentra otra cosa! Cuando no hay solomo, longaniza como. Si no basta una untura, anda con Dios, me darán un par de ellas, y estamos al fin de la calle. Lo que importa es que yo vea á esa chica, que me tiene ya chalado.

El médico se despidió de su alteza, temblándole las piernas como campanillas, y poniéndose á sí mismo de bruto y de salvaje, que no habia por donde cogerle.

III.

El Gran Turco habia enviado á uno de los piratas mas afamados de su imperio en busca de un cristiano, cuyas mantecas fuesen á propósito para confeccionar el ungüento consabido; pero el buque pirata no volvia, el médico cristiano

se bañaba en agua rosada, y al Gran Turco se le llevaban doscientos mil demonios, porque el pobre, es natural, tenia unos deseos atroces de poder ver á la chica circasiana, que en efecto era cosa buena.

Pero héte que al fin aparece el bruto del pirata, llevando cautivo nada ménos que al príncipe Andana, hijo del rey Perico y de la reina Mari-Castaña.

La alegría del Gran Turco rayó en locura al recibir tan buena nueva.

Así que el médico cristiano hubo examinado al cautivo:

— Vamos á ver, le dijo el Gran Turco, echa mano al chisme que llevas en el estuche, y sácale las mantecas á nuestro hombre; que esta tarde misma he de ver á esa chica que me tiene hecho un arrope.

— Señor, contestó el médico, trinando con aquel suceso que le ponia en el doble aprieto de cometer un asesinato y largar la pelleja; tenemos que andar con mucho cuidado para que no se lleve la trampa la cura. El cautivo trae la sangre muy alterada con el berrinche que le ha causado su cautiverio, y ademas está en los huesos, porque la corajina le ha quitado las ganas de comer. Dejemos que se serene y engorde un poco, que el que mucho abarca poco aprieta.

— ¡Voto á brios con las dilaciones! exclamó el Gran Turco hecho un vinagre. Canasto, hombre, ¿no te he dicho que estoy rabiando por ver á la chica esa?

— Pues no la verá vuestra alteza si el ungüento no se hace como Dios manda.

— Bien, hombre, bien, canasto. Que descanse y engorde el cautivo lo que á tí te dé la gana. Pero, con franqueza, ¿tú estás seguro de que veré á esa chica?.....

— ¡Pues no lo he de estar! Pero no hay mas remedio que esperar un poco.....

— ¡Si esperaran tanto las liebres! En otro tiempo poco me hubiera importado esperar; pero ahora estoy ya tan viejo, que si te descuidas un poco..... á burro muerto la cebada al rabo. Vamos á ver, ¿qué te parece que hagamos para que el cautivo crie buena sangre y engorde?

— Proporcionarle todas las comodidades y distracciones posibles.

— Hombre, muy bien pensado. Veo que tienes talento. Manda de mi parte que le den la mejor habitacion que haya en palacio.

— La mejor es la que está al lado de la de la chica circasiana.

— Pues esa; y así tambien se distraerá y engordará viendo á esa chica, que me han dicho da gloria de Dios el verla.

El médico se retiró á cumplir las órdenes del Gran Turco, admirándose de lo pedazo de bruto que era el abuelo.

IV.

En efecto, el cautivo fué alojado en una habitacion, que me rio yo de la que dieron á Lanzarote «cuando de Bretaña vino.»

El médico tenia la conciencia ancha; pero aun así se le hacia cargo de conciencia el consentir que se sacasen las mantecas á su correligionario.

Así es que despues de enterar á este de la que se le armaba, le aconsejó que aunque se comiese los codos de hambre, viviese siquiera á media dieta á fin de no engordar, porque si engordaba, no necesitaba preguntar de qué mal habia muerto.

— ¡Caracoles, dijo para sí su alteza, soliman se me vuelva si pruebo yo bocado miéntras esté entre estos brutos!

Llegó la hora de comer, y le sirvieron una comida de padre y muy señor mio; y como el infeliz era tan desmemoriado, se puso aquel cuerpo de chuletas y Valdepeñas, que ¡bendito sea Dios!

Despues de comer se asomó á la ventana del patio á fumar un cigarro, y cate usted que ve á la vecina asomada á la ventana de enfrente echándole unos ojillos mas retunantes...

Porque es de advertir que la chica circasiana se acaba tambien de levantar de la mesa, y..... qué demonio! ¿por qué no se ha de decir? habia tirado dos ó tres buenos latigazos al Valdepeñas para no acordarse del bruto del Gran Turco.

Entre aquello de — «por esos ojos iria yo á presidio», y lo de «buenas alhajas están ustedes los hombres», el príncipe Andana y la chica circasiana se pusieron aquella misma tarde á partir un piñon.

Esta cancion se repitia todas las tardes, y el vecino y la vecina estaban cada vez mas derretidos.

Al médico se le llevaban los demonios viendo que el príncipe engordaba como un marrano, e iba á ser preciso hacerle la operacion.

— Pero vamos á ver, le decia el Gran Turco, ¿está ya ese muchacho en disposicion de..... tú ya me entiendes? Porque no hay que moler, que yo estoy rabiando por ver á la chica esa.....

— Señor, contestaba el médico, hay que esperar un poco mas, porque como estaba en los huesos pelados.....

— Pero hombre, ¿no ve á la chica?

— Sí señor que la ve; pero.....

— ¡Qué pero ni qué camuesa, hombre! Si la ve, por fuerza debe haber engordado de satisfaccion. Te prevengo que para de hoy en ocho dias, que es mi santo y quiero divertirme en grande, me he de dar la untura, y he de hallarme en disposicion de ver á la chica esa. Con que ya lo sabes: esta semana he de untarme.

— ¡Sí, no te untes! dijo para sí el médico, resuelto á echar mano de todo el talentazo que Dios le habia dado para dilatar, ó mas bien, aumentar la flacura del príncipe.

Pasó aquella noche cavila que cavila, y al fin dió con lo que buscaba.

El médico recordó dos cosas: que él estaba gordo como un cebon cuando andaba haciendo telégrafos á una chica de quien estaba enamorado, y que así que se casó, se puso como un fideo, por la mucha sangre que le queman á uno las señoras mujeres así que las trata de cerca.

— Nada, nada, se dijo, proporcionaremos á nuestro hombre medio de hacer todos los dias tres ó cuatro ratitos de tertulia á la vecina, y así disminuirán aquellos carrillos de monja boba que va echando, que de ventana á ventana no puede la vecina armarle camorra, y de silla á silla ya es harina de otro costal.

Y fué á poner por obra su gran pensamiento, diciéndose: — Pero señor, ¡qué hijo de tanto talento parió mi madre!

V.

Dirán ustedes, lectores de mi alma: ¿pero es posible que haya habido un médico tan poco conocedor del corazon humano como ese?

Yo les diré á ustedes: en situaciones de brocha gorda, ¡qué conocimiento del corazon humano, ni qué calabazas ha de haber!

El plazo fatal terminaba, y el príncipe Andana cada vez estaba mas gordo, porque léjos de hacer malas migas la circasiana y él, cada vez estaban mas amartelados. El médico hubiera querido ocultar al Gran Turco que el cautivo estaba de buen año; pero no habia tu tia, porque el abuelo pasaba diariamente la mano por el lomo al cebon.

En tal apuro, médico, príncipe y circasiana celebraron junta para acordar lo que se habia de hacer.

El príncipe pidió y obtuvo la palabra, porque tenia que decir mucho; pero no pudo hablar, porque se le olvidó lo que iba á decir.

El médico la obtuvo en seguida, pero como no habia taquígrafos que tomasen nota de su discurso, se ignora lo que dijo.

Solo se sabe por el acta, que la circasiana pronunció con los ojos un magnífico discurso, durante el cual su alteza dió tan escandalosas muestras de entusiasmo, que hubo necesidad de llamarle al órden.

En resumidas cuentas, la asamblea acordó tomar el tole hácia tierra de cristianos á la hora en que todos los gatos son pardos.

Al llegar esta hora, ya, estaba á la orilla del mar un barco esperando á los deliberantes.

— Váyanse ustedes por allá, así como quien no quiere la cosa, dijo el médico á sus protegidos, que voy á dar una dedadita de miel al abuelo para que no sospeche nada hasta que nos hayamos largado con viento fresco.

— Que no tarde usted mucho.

— Las narices tardaré.

El médico entró á ver al Gran Turco, que para matar el tiempo, tan pesado y fastidioso cuando uno no ve tres sobre un burro, estaba jugando con el rabo de la minina.

— ¿Cómo está vuestra alteza?

— Hombre..... así, así, no estoy muy católico.

— ¿Pues qué le pasa á vuestra alteza, aunque sea mal preguntado?

— Qué domonios sé yo, hombre; se me figura que no voy á levantar cabeza miéntras no vea á esa chica.

— Mañana la verá vuestra alteza.

— ¡Qué me cuentas, hombre!

— Lo que vuestra alteza oye.

— Mira, no me engañes, que yo tengo malas pulgas, y si una vez se me atufan las narices, ya estás aviado!

— Le digo á vuestra alteza que mañana, si Dios quiere, la verá, y si no, consiento que me hagan mas tajadas que pelos.....

— Bueno, hombre, bueno; al buey por la palabra, y al hombre por el as.....digo por..... Vamos, si con la alegría que me das con tan buena noticia no sé lo que me pesco.

El médico se despidió del Gran Turco, so pretexto de que iba á preparar los chismes para la operacion del dia siguiente, y tomó la rauta hácia la playa, tarareando, para hacerse el disimulado, aquello de:

Eres turco, y no te creo,
aunque digas la verdad.

Llega á la orilla del mar, y..... ¡oh dolor! se encuentra con que el barco iba ya que no le alcanzaba un galgo.

Como el príncipe Andana tenia una memoria tan infeliz, habia olvidado al pobre médico y encargado el señor Eolo que soplara de firme. La chica habia querido ayudar la memoria de su alteza; pero como donde hay patron no manda marinero, se habia contentado con decir: No nos metamos en camisa de once varas, y vaya mi novio á creer que le corrijo la plana. El que venga atras, que arree.

Las pestes que el médico echó por aquella boca al ver la partida serrana que le habian jugado, no son para contadas.

— ¡Vaya un príncipe decente! gritaba desde lo alto de una roca. Vaya un novio que se ha echado la poca vergüenza que va con él! Anda, marrano, así te diesen garrote!

— Déjame, dijo el príncipe poniéndose hecho un toro al oir estos insultos, déjame, que voy á volver atras, y le voy á romper el alma á ese pillo.

— Por Dios, Andana, exclamó la circasiana deteniéndole; no te pierdas, que tienes, digo que vas á tener hijos, y él es un pelagatos que nada tiene que perder.

Al fin el príncipe se apaciguó, olvidándosele lo que acababa de oir, y el barco siguió adelante como alma que lleva el diablo.

VI.

El médico se puso á echar sus cuentas, cuando á la luz de la luna vió desaparecer el barco entre las brumas lejanas.

— ¿Qué demonios me hago yo ahora? se dijo. Por el mar no hay escapatoria, por tierra tampoco, porque ya han cerrado las puertas de la ciudad, y por las murallas no se puede saltar sin romperse el bautismo. Por supuesto, mañana me aprietan el pasapan ó hacen salchicha conmigo. ¡Quisiera yo ver en mi pellejo al mas pintado.....! Nada, lo mas sencillo es ir á meterme en lo caliente, y mañana salga el sol por Antequera.

Así diciendo, el médico se volvió á su habitacion, se acostó, y con la pena que tenia sobre su alma, se quedó profundamente dormido.

Una hora despues empezó á oirse un rumor sordo en palacio, este rumor se fué extendiendo por la ciudad, y al cantar los gallos, habia tomado todas las proporciones del que atruena las ciudades cuando se celebra en ellas una gran fiesta ó estalla una gran revolucion.

Simultáneamente ocurrieron un extraordinario suceso en la habitacion del médico y otro en la playa.

Una turba inmensa derribó las puertas de la habitacion del médico, arrebató á este de la cama en calzoncillos y todo, dando estrepitosos gritos, cuyo sentido ignoro, porque se daban en turco muy revesado, y le llevó de calle en calle y de plaza en plaza en un carro, que no sé si era triunfal ó de la limpieza, pues la noche estaba como boca de lobo.

Al mismo tiempo un barco se hacia dos mil pedazos contra las rocas de la playa, y un hombre y una mujer que venian en él se salvaban, el hombre nadando como un perro de aguas, y la mujer agarrándose á él como una lapa, que esto lo saben hacer con primor las señoras mujeres, aunque no sepan nadar. La multitud corrió momentos despues al encuentro de los náufragos, los colocó en un carro como el del médico, y los paseaba de calle en calle y de plaza en plaza, dando cada berrido, por supuesto tambien en turco revesado, que se hundia la tierra.

Al fin amaneció Dios, y se vió que los carros eran triunfales, y los que iban en ellos nada ménos que el médico cristiano y el príncipe Andana con su novia.

Como el príncipe tenia una memoria tan infeliz, no habia podido recordar por dónde se iba á su tierra, y andando de ceca en meca, el barco habia vuelto á dar el batacazo en el punto de partida.

Al fin pareció un diccionario de la lengua turca, y se comprendió que el pueblo gritaba:

— ¡Vivan los salvadores de la patria! ¡Vivan los que nos han librado del tirano!

Sí, sí, la ovacion era justa, el entusiasmo era legítimo, y la salvacion de la patria era cierta.

Como las paredes oyen, las del cuarto del Gran Turco habian oido escapar á la chica circasiana, con sus cómplices el príncipe y el médico cristiano, y se habian apresurado á contárselo á su señor. Y el pobre abuelo, que como él habia dicho al médico momentos ántes, no andaba muy católico, habia pegado un estallido al saber tan triste nueva. Y el pueblo habia adivinado á quiénes se debia la muerte del tirano y la salvacion de la patria.

¡Ah! ¡el pueblo tiene muy buena nariz!

VII.

El médico cristiano fué recibido con los brazos abiertos por el príncipe Andana, que como tenia memoria tan infeliz, ya no se acordaba de aquellos requiebros que el médico le echó desde la roca. El médico por su parte reconoció que el barco se habia desbocado, y que aunque así no fuera, el príncipe no le habia jugado partida serrana alguna, porque por algo se dice: «el que venga atras que arree», y «el último mono se ahoga.»

Las cortes turcas acordaron dar una buena propina, como recompensa nacional, á los tres heróicos salvadores de la patria, que recibieron en virtud de este acuerdo cada uno un navío de tres puentes cargado de onzas de oro. ¡Eche usted onzas!

Pocos dias despues pasaba lo siguiente en la corte del rey Perico:

Multitud de gallegos y asturianos conducian talegos de peluconas del muelle al palacio real.

La reina Mari-Castaña hacia una tortilla con tropezones de jamon.

Los médicos de cámara trinaban porque los habia desbancado un médico venido de extranjis.

Y en la catedral se leian unas amonestaciones, y las mejores chicas de la corte tomaban fósforos al saber que el novio se llamaba Andana.

La reina Mari-Castaña y una vecina estaban al dia siguiente tomando el sol á la puerta.

— Señora Mari-Castaña, dijo la vecina, ¿con que se nos casa el chico grande de vuestra majestad?

— Sí, hija, á Dios gracias; que nosotros ya pensábamos que ese chico no iba á tener salida por su cabeza de chorlito.

— ¿Y qué tal es ella?

— Es una chica que no tiene pero, mejorando lo presente.

— Pues, señora, eso es lo que necesitan los hombres: una mujer como Dios manda, que tenga habilidad para todo....

— Hija, tocante á eso, esta es un prodigio. Figúrese usted si tendrá habilidad, cuando cuenta mi chico que en una junta, ó yo no sé qué que tuvieron, echó tan solo con los ojos un discurso que se quedaron todos convencidos. Eso sí, canario, los ojos los tiene como dos soles.

— ¿Y de dónde es ella?

— Es de..... aguarde usted que me acuerde...., de cerca de Asia, ó una cosa así. Ello es hácia los moros.

— ¿Y qué tal ha vuelto el chico en lo tocante á memoria?

— Hija, como apénas le han llegado las cartas que se le han escrito, ha traido poca mejoría.

— Cómo ha de ser, señora? en este mundo no hay gusto completo.

— Ande usted, hija, no hay que tener pena por eso. Ya le avispará la franchutilla, que nosotras las señoras mujeres nos pintamos solas para eso.

— Y mucho que sí. Ea, señora Mari-Castaña, que Dios los haga bien casados, y que vuestras majestades lo vean con salud.

LOS CONSEJOS.

I.

— ¿Vecina, vecina?

— ¿Qué se ofrece, Sr. Anton?

— ¿Me hace usted el favor de un poquito de sal?

— Oro molido que fuera. Pero qué, ¿se va usted á meter á cocinero?

— Cá, no señora: es que me he encontrado en la calle un cuento bastante sosito, y voy á ver si le sazono un poco.

— ¡Qué cosas tiene usted!..... Pero, en fin, sea para lo que sea, ahí tiene usted, y si hace falta mas......

— Muchas gracias, vecina.

— No hay de qué darlas, Sr. Anton.

Pues, señor, este era un soldado, á quien llamaban Juan Cavila, no porque cavilase mucho, sino porque viendo que no cavilaba nada, el capitan de su compañía, con quien estaba de asistente y que le queria mucho, le estaba cencerreando siempre:

— «Juan, cavila!»

Juan Cavila tomó la licencia, y se dispuso á volver á su pueblo, que estaba muy léjos, muy léjos, y donde tenia á su mujer; porque es de advertir que, como siempre fué muy poco aficionado á cavilar, se casó muy jóven con la hija del sacristan de su pueblo, sin considerar que podia sucederle lo que en efecto le sucedió, es decir, que podia caer soldado, y pasar él y su mujer la pena negra en siete años de separacion.

Juan bailaba de gozo por dos razones: la primera, porque iba á ver á su mujer, á quien no habia visto hacia siete

años; y la segunda, porque volvia á su pueblo con treinta mil reales.

El que Juan tuviera mujer no necesita explicaciones, porque mujer se encuentra fácilmente; pero el que tuviera treinta mil reales sí que las necesita, porque treinta mil reales no se encuentran con tanta facilidad como mujer.

Estaba Juan con su compañía de guarnicion en Jaca, y su amo le envió al Pirineo con una carta para un oficial de carabineros que andaba por allí.

— Pero, señor, dijo Juan, me voy á perder en aquellas soledades porque no sé el camino.

— Donde quiera que fueres haz lo que vieres, le contestó su amo.

Juan emprendió su camino con el fusil al hombro para su seguridad, y con este consejo en la memoria para su guia, y hala, hala, hala, llegó al pié de un monte.

Hacia mucho calor, y se sentó á la sombra de un árbol para descansar y para ver si iba por allí álguien que le indicase el camino que habia de seguir.

Alzó la vista al pico, y descubrió á un hombre que caminaba por la altura, llevando de la rienda dos caballerías cargadas.

— Donde quiera que fueres haz lo que vieres, me dijo el capitan. Veo que aquel arriero va por la cumbre del monte, y por consiguiente por allí debo ir yo, dijo para sí Juan, y tomó cuesta arriba miéntras el arriero desaparecia al otro lado de la montaña.

Al llegar á la cumbre é ir á descender por la ladera opuesta, se encontró de manos á boca con el arriero de las dos caballerías, que estaba descansando á la sombra de unos árboles.

El arriero, que vió de repente asomar un soldado á seis pasos de distancia, dejó las caballerías y echó á correr espantado por aquellos matorrales abajo.

Juan cayó en la cuenta de que el fugitivo era un contrabandista, y tomando de la rienda las caballerías, continuó su camino con ellas hasta dar con el oficial de carabineros, á quien llevaba la carta de su amo.

Las caballerías estaban cargadas de riquísimas telas de contrabando, y Juan se embolsó pocos dias despues la tercera parte del valor de la presa, que la ley destina al aprehensor.

Hé aquí de dónde procedian los treinta mil reales que tenia Juan Cavila en poder de su capitan cuando tomó la licencia.

II.

Juan Cavila ha trocado el chopo por una vara de ídem, el correaje por una cinta de seda, y la cartuchera por un canuto de hojalata.

Héle que entre triste y alegre va á despedirse de su capitan, triste porque quiere á su capitan mucho, y alegre porque quiere á su mujer mucho mas.

— Hola, ¿con que ya estás de marcha?

— Sí, señor, mi capitan, si usted no manda otra cosa.

— Juan, cavila, cavila mucho, porque todo se necesita para vivir.

— Mi capitan, si me diera usted de despedida dos ó tres consejos de los buenos, me hacia usted hombre.

— Vamos á ver, ¿qué vida piensas tú hacer en tu pueblo?

— Vivir como Dios manda con mi mujer y con mi suegro.

— ¿Tu suegro es hombre que sabe vivir?

— ¡Qué sé yo que le diga á usted, mi capitan! Estudió para cura, y cuando estaba ya para ordenarse, se cortó la cabeza casándose, como yo, con una chiquilla que se murió cuando nació mi mujer. Como le tiraba la iglesia, se hizo sacristan del pueblo; pero debe andar á la cuarta pregunta, porque, como dice el adagio, el dinero del sacristan cantando se viene y cantando se va.

— Y tu mujer ¿vive con su padre?

— Regularmente vivirá.

— Qué, ¿no lo sabes de cierto?

— No, señor.

— Pues qué, ¿no te escribe?

— *En* jamas, mi capitan.

— ¿Y cómo es eso?

— Porque *dende* que tomé el chopo no sabe por dónde ando.

— ¿Y por qué no le has escrito?

— Porque no sé.

— Pero hombre, cualquiera te hubiese hecho el favor....

— Sí, señor, mi capitan; pero como para *ditar* las cartas hay que cavilar.....

— ¡Juan, cavila; que si no, erés hombre perdido!

— Mi capitan, como me diera usted un par de consejos de ley, yo me las campanearia como cuando cogí el contrabando de márras.

— Los consejos buenos valen mucho dinero.

— Ya lo sé, mi capitan, que el que me dió usted en Jaca me valió treinta mil reales.....

— Pues hagamos un trato. Yo te daré un consejo bueno; pero me has de dar por él diez mil reales de estos treinta mil que te tengo guardados.

— Canario, mi capitan, mucho es diez mil reales.....

— Pero si no vas bien aconsejado, vas á perder el dinero y quizá la vida.

— Tiene usted razon. Déme usted el consejo, y rebaje usted los diez mil reales.

— Pues el consejo es este: *si hallas un atajo, dá al camino un tajo.*

— No se me olvidará ese consejo, mi capitan. Si me diera usted siquiera otro.....

— No tengo inconveniente, pero te cuesta otros diez mil reales.

— Es muy caro, mi capitan.

— Ya sabes que mis consejos producen treinta mil reales cada uno.

— Verdad es. Venga otro consejillo, y quédese usted con otros diez mil reales, si no puede ser ménos.

— El segundo consejo es este: *en lo que no te importa, la lengua muy corta.*

— ¡Valiente consejo es este, mi capitan! lo ménos me vale cien veces mas de lo que me cuesta.

— Pues mira, todavía te falta otro para ir completamente aviado.

— Ya podia usted dármele de añadidura.

— Lo que te daré de añadidura, si me das por él el dinero que te queda, será una onza de oro para el camino, y tres tortas muy ricas para que las comas con tu mujer y tu suegro así que llegues á casa.

— Eso sí que no, mi capitan: quedarme como quien dice sin un *calé* siendo *propetario* de treinta mil reales, no me hace tilin.

— ¿No has oido decir que á las tres va la vencida?

— Sí que lo he oido.

— Pues aplica el cuento.

— ¡Canario!..... Pero vamos, mi capitan, que no ha de tener usted palabra de rey.

— Mira, Juan, no seas tonto: el dinero de nada te sirve, porque con la cabeza que tú tienes te lo roban, lo pierdes ó lo malgastas ántes de llegar á tu pueblo, y los consejos no te los pueden robar, ni los puedes malgastar, ni los puedes perder.

— Eso, canario, tambien es cierto. Déme usted otro consejo, y que se lleve la trampa el dinero que me queda.

— Pues oye el tercer consejo: *ántes de hacer nada, consulta con la almohada.*

— Mi capitan, no entiendo bien ese consejo, porque de seguirle, no podria uno ni fumar un cigarro sin pasar noche por medio.

— Hombre, no has de tomar el consejo tan al pié de la letra. Quiere decir, que ántes de decidir una cosa grave, como por ejemplo, vengar una ofensa, lo medites mucho.

— Ya, ya lo calé, mi capitan.

— Ea, pues ahí tienes una oncita de oro para el camino y estas tres riquísimas tortas, que no has de empezar hasta que llegues á tu casa, para que las comais entre tú, tu mujer y tu suegro, á torta por barba.



— Gracias, mi capitan, y quede usted con Dios.

— Juan, cavila, cavila, y..... buen viaje.

III.

Juan Cavila, apénas partió, tomó un *asiento de sombra* en una galera que se dirigia á su país, y caminaba, caminaba con su morral á la espalda, y en la memoria su tesoro de consejos, resuelto á poner estos en práctica cuantas veces se le presentase ocasion.

Al llegar al pié de una larga cuesta por donde subia la carretera dando rodeos, Juan recordó el consejo «si hallas un atajo, dá al camino un tajo», y vió llegado el momento de ponerle en práctica.

— Hasta luego, que yo me voy por aquí, dijo al ordinario.

— Mire usted que ni las cabras pueden subir por ahí.

— No hay atajo sin trabajo.

Y Juan trepa, trepa por el atajo, salió nuevamente á la carretera, y se sentó á la orilla de esta para esperar á la galera y descansar.

La galera tardaba mucho, y Juan renunciaba ya á esperarla cuando la vió al fin venir, y esperó.

Pero cuál no fué su sorpresa al ver llegar al mayoral con el rostro ensangrentado, al zagal con un brazo roto y á los viajeros llenos de contusiones, y lamentándose mayoral, zagal y viajeros del percance que les habia ocurrido!

El percance era que en la revuelta del camino les habian salido unos ladrones, los habian apaleado y les habian robado cuanto llevaban.

Juan Cavila lloró pensando en su capitan, cuyo consejo le habia salvado de aquel terrible percance, y continuó su camino.

Como echara por todos los atajos que á su paso se ofrecian, se adelantó muchísimo á la galera, y calculando mal el tiempo para llegar á una buena posada, le cogió la noche en un extenso despoblado.

Al fin descubrió cerca del camino un ventorrillo, y aunque tenia el ventorrillo muy mala traza, determinó pasar la noche en él.

Tran, tran á la puerta del ventorrillo, y un hombre mal encarado salió á abrirle, con un candil en la mano.

— ¿Hay posada?

— Sí, señor.

Juan pasó y se sentó á la orilla del hogar, donde el ventero, única persona que el licenciado veia en la venta, estaba guisando una liebre.

Juan tuvo intenciones de preguntar al ventero cómo vivia solo en aquel desierto, pero se acordó del consejo «en lo que no te importa, la lengua muy corta», y se limitó á preguntarle si podria darle algo que cenar.

— Cenaremos juntos esta liebre, pan y vino, contestó el ventero.

Cuando la liebre estuvo guisada, el ventero puso una mesita junto al hogar, fué á un rincon de la cocina, levantó una trampa y gritó en tono imperioso:

— ¡Sube!

Aunque Juan era valiente, como todos los brutos, los pelos se le erizaron al ver y oir aquello, porque todas las terroríficas historias de venteros asesinos que habia oido en su niñez acudieron á su imaginacion.

Su terror subió extraordinariamente de punto cuando vió asomar por el boqueron que acababa de abrir el ventero un horrible esqueleto cubierto de asquerosos andrajes, y cuyos hundidos ojos le contemplaron como espantados.

El esqueleto era una mujer, que se acurrucó tímidamente cerca de la trampa.

Juan Cavila iba ya á preguntar al ventero quién era aquella desventurada mujer, y por qué se hallaba reducida á tan miserable situacion; pero recordó el consejo de su capitan, y se calló la boquita.

Ventero y licenciado se pusieron á cenar, el primero tranquilo, el segundo sobresaltado, y ambos sin hablar una palabra.

El ventero arrojaba de vez en cuando al esqueleto un mendrugo de pan y un hueso, que el esqueleto devoraba con ansia.

Al terminar la cena el ventero se levantó, arrojó de un empellon el esqueleto á la cueva, cerró la trampa con la tarabilla que tenia por la parte exterior, y volvió á sentarse tranquilamente junto al hogar.

Juan Cavila se vió nuevamente asaltado por la tentacion de preguntar al ventero por qué trataba así á aquella desdichada mujer; pero volvió á acordarse del segundo consejo de su capitan, y volvió á tragarse la saliva.

Poco despues ventero y licenciado se acostaron.

¿Pero ustedes creen que el licenciado pegó los ojos en aquella noche con el cerote que tenia sobre su alma? ¡Las narices pegaria!

Juan Cavila, por primera vez de su vida, pasó la noche cavilando.

Así que Dios amaneció, pagó, y tomando el hatillo, se dispuso á partir.

— Con que, ¿qué tal ha pasado usted la noche? le preguntó el ventero.

— Tan ricamente.

— ¿Va usted contento de mi casa?

— ¡Vaya si voy!

— ¿No le ha chocado á usted ninguna cosa?

— ¿Quiere usted callar, hombre?

El ventero se arrojó á Juan Cavila con los brazos abiertos, y Juan Cavila retrocedió espantado y preparándose á la defensa.

— No tema usted, amigo mio, exclamó el ventero casi llorando de gozo; déjeme usted darle un abrazo, que usted es el hombre que yo buscaba hace cuatro años, que usted ha traido la paz á mi casa, que usted ha salvado á la humanidad!.....

El tono con que el ventero decia esto era tan tranquilizador, que Juan se dejó abrazar y besar del ventero.

Lo que Juan Cavila, por mas que cavilaba, no podia com-

prender, era cómo él habia podido salvar á la humanidad; pero no tardó el ventero en disipar sus dudas.

— Mi mujer y yo vivíamos en paz y gracia de Dios en un pueblo cercano, cuando por mezclarse los vecinos en nuestros asuntos, empezámos á desavenirnos y á tener cada dia una pelotera que se hundia la casa. De estas peloteras resultó que mi mujer me fué aborreciendo, y un dia le sorprendí una carta, de la que resultaba que estaba próxima á serme infiel. Entónces, medio loco de rabia, juré vengarme de mi mujer y *matar á todo el que se mezclase en los asuntos de mi casa, hasta el dia en que diese con un hombre que de ningun modo se mezclase en ellos.* Me vine á esta soledad, encerré á mi mujer en la cueva, y hace cuatro años que he permanecido aquí, y he matado y enterrado en la prision de mi mujer á cuantos hombres han entrado en mi casa, como hubiera matado y enterrado á usted si como los demas se hubiera mezclado en mis asuntos, preguntándome lo que no le importaba.

Y miéntras Juan permanecia como estático entre el horror que le inspiraba aquel hombre y el peligro de que le habia salvado el consejo de su capitan, el ventero corrió á la trampa, la abrió, y gritó con cariñoso acento:

— Sube, querida, sube, que ya estás perdonada, que ya han concluido tus penas y las mias, que ya estoy libre de mi juramento, que ya vas á dejar para siempre tu calabozo y tus harapos, que ya nos vamos á nuestra hermosa casa del pueblo, que ya voy á pegar fuego á esta casa maldita.

Y el espectro salió de la cueva llorando de alegría, y el ventero, despues de sacar de una arca un rico vestido, empezó á despojar al espectro de sus harapos para reemplazarlos con aquel hermoso traje, en tanto que Juan Cavila se alejaba de la venta sin haber salido aun de su espanto y su asombro.

Al trasponer Juan una colina donde se perdia de vista la venta, volvió la vista atras y vió que la venta era presa de las llamas, y un hombre y una mujer, apoyándose la mujer

en el hombre, se dirigian hácia un pueblo cuyo campanario se divisaba allá á lo léjos.

IV.

Juan Cavila, estremeciéndose de gozo, descubrió al fin el campanario y oyó tocar á la oracion las campanas de su pueblo.

El autor de este cuento sabe por propia experiencia lo que se siente al ver tras una ausencia larga el campanario que nos ha dado sombra y las campanas que nos han dado alegría en la niñez; pero no se atreve á profanar este santo y dulce pensamiento, explicándole superficialmente en un cuento de tres al cuarto, que ya le ha consagrado un libro, salpicado, si no con perlas de su ingenio, con lágrimas de sus ojos.

El gozo de Juan Cavila se vió muy pronto turbado por el temor.

— ¡Quién me dice á mí, exclamó Juan, que mi mujer no ha muerto, ó que no es ya indigna del amor de un hombre de bien!

Esta última duda le lastimó aun mas que la primera.

¡Ah! ¡qué egoista y qué archiegoista es la pícara humanidad!

Era ya de noche cerrada, pero hacia una luna muy hermosa.

La casa de Juan, ó mejor dicho, la casa del sacristan, estaba á la entrada del pueblo. Parte de su fachada principal daba á un huerto. En este huerto habia una frondosa mata de avellanos, y en esta mata se emboscó Juan con objeto de observar quién salia de su casa, ó quién entraba, ó quién hablaba en ella.

De repente la puerta se entreabrió, y apareció en ella un cura, que embozándose en su capa, dijo cariñosamente á una mujer:

— «Hasta luego, querida!» y se alejó.

Juan echó mano á una navaja de muelle, de que se habia provisto en el primer pueblo que encontró, pasado el consabido ventorrillo, y vaciló entre coser primero á navajadas al cura ó coser á su mujer; pero de repente se acordó del consejo de su capitan, «ántes de hacer nada, consulta con la almohada», y se detuvo, resuelto á no emprender negocio tan grave como la venganza de su honra, hasta el dia siguiente.

Para no malograr su esperanza necesitaba disimular.

Saltó del huerto á la puerta, y llamó á esta.

Su mujer bajó á abrir, y reconociéndole inmediatamente, se abrazó á él haciendo mil extremos de ternura.

Juan correspondió á aquellos extremos haciendo de tripas corazon.

— ¡Ingrato! exclamó su mujer; siete años sin escribirnos, sin decirnos si eras muerto ó eras vivo!

— Lo mismo has hecho tú.

— Embusterazo, que mi padre y yo te hemos escrito mas de veinte cartas, y á ninguna has contestado.

— Porque no las he recibido.

— Pues poníamos en el sobre á Juan Fernandez.

— Pues todos me llaman Juan Cavila.

— ¡Qué graciosos con los motes!

— ¿Y á dónde dirigiais las cartas?

— A donde se halle.

— Pues yo siempre he estado en ese pueblo.

— Ehí, qué gracioso!..... ¿Traerás gana de cenar, no es verdad?

— Así, así.

— En cuanto venga padre, cenaremos.

La mujer de Juan, que era muy jóven aun, acabó de arreglar la cena, y puso la mesa.

En aquel instante llamaron á la puerta, y la jóven tomó el candil, diciendo: «será padre», y bajó á abrir.

Calcúlese la rabia de Juan al ver subir la escalera, regazándose el manteo, á un cura que le pareció el mismo que habia visto salir un cuarto de hora ántes.

Echando noramala los consejos de su capitan, metió mano á la navaja, cuando de repente lanzó un grito de alegría, y arrojando al suelo la navaja, corrió á estrechar en sus brazos al recien venido.

El recien venido era su suegro, el antiguo sacristan, que se habia ordenado de cura durante su ausencia.

Sentáronse todos á la mesa para cenar, y Juan sacó las tres tortas que le habia regalado su capitan, y se puso á contar lo de los consejos que le habian costado treinta mil reales.

A su suegro no le parecieron del todo caros los consejos; pero á su mujer se la llevaron los diantres al saber que pudiendo traer treinta mil reales, no traia un cuarto.

¡Vaya usted á hacer comprender ciertas cosas á las señoras mujeres!

Sin embargo, las señoras mujeres no tienen pelo de tontas.

— Ea, dijo Juan, probemos estas tortitas de mi capitan, que me dijo eran riquísimas.

Y al ir á partir la suya, se encontró dentro diez mil reales en oro!

Su mujer y su suegro se apresuraron á partir cada cual su torta, y cada cual vió brillar en sus manos diez mil reales en oro tambien.

Inútil es decir que la cena fué alegre, sabrosa, sazonada...

Lo que no está sazonado, lo que sigue tan sosito como lo encontré en la calle, es este cuento; porque..... ¡ah! ¡qué cabeza la mia!..... se me ha olvidado echarle la sal que me dió la vecina.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

I.

En 1859 me encajoné en la diligencia de Madrid á Bilbao, y hala, hala, Marota! arría, arría, Coronela! me encontré, despues de diez horas de caminata, al otro lado del puerto de Somosierra.

Está mandado, con razon, que los carruajes no corran dentro de las poblaciones. La diligencia que á mí me conducia, creyó, al pasar por Boceguillas, que pasaba por Madrid, y creyó por lo tanto que podia burlarse impunemente de la ley corriendo á todo correr, aunque despachurrase á todo bicho viviente; pero un hombre en mangas de camisa corrió tras ella, gritando al mayoral que parase y aflojase la multa.

Aquel hombre era el alcalde de Boceguillas, pero el mayoral ignoraba tal cosa, y le preguntó:

— ¿Quién es usted para mandar con tanto fuero?

— Soy la reina, contestó el alcalde, indignado de que por chaqueta mas ó ménos se desconociese su autoridad.

— Con que, la reina, eh? repuso el mayoral con la risa del conejo, aflojando veinte reales.

— Sí, señor, la reina, repitió el alcalde con altivez.

El mayoral, que sabia mi profesion de escritor, se volvió á mí, y me dijo:

— Ponga usted algo de esto en los papeles.

— ¿Y qué he de poner?

— Que ha visto usted á la reina en mangas de camisa.

El catedrático Reparos me interrumpe, preguntándome

por la moraleja de esta anécdota; pero por tan poca cosa como una moraleja, no hemos de reñir:

Fabio, Cervántes ha di-
en hermoso castella-
que no es alcalde divi-
hombre en mangas de cami-
porque descubre lo huma-

Yo iba modestamente alojado en la rotonda. Como el movimiento del carruaje, allí mucho mas sensible que en la berlina y el interior, me desencuadernaba los huesos, iba trinando contra mi mala suerte, que no me habia permitido desembolsar algunos duros mas para gozar de la comodidad de mis vecinos, cuando vi que un hombre, que corria echando los bofes para alcanzar la diligencia, se encaramó en el estribo, á riesgo de romperse el bautismo.

Esto era á la salida de Búrgos.

El del estribo sonrió de gozo al ver que habia conquistado aquel ambicionado puesto.

— Buen amigo, le pregunté, ¿qué tal va usted ahí?

— Tan ricamente, me contestó.

Entónces me pareció que los asientos de rotonda eran mas blandos y el movimiento del carruaje mas suave.

— ¿Pues no le tenia á usted mas cuenta caminar á pié que no ir ahí en pié como las grullas y expuesto á descrismarse de una caida?

— Si le digo á usted que aquí va uno como un príncipe; y luego, ¿quién anda á pié catorce leguas que hay desde aquí á Villarcayo?

— Hola, con que va usted á Villarcayo? Es usted de allí?

— No, señor, soy de Búrgos, y voy á la feria que hay mañana en Villarcayo.

— ¿Y qué tal feria es esa?

— Yo estuve en ella hace cinco años, y fué muy buena.

— Pues será una casualidad que no tenga usted que volver á pié.

— Yo le diré á usted; la venida no me da cuidado, por-

que voy á comprar una mulilla para revenderla en Búrgos y ganarme uno, dos ó medio, y ya ve usted que trayendo caballería, no ha de venir uno á pié.

— Tiene usted razon.

En esto el zagal notó que iba un *asiento de sombra,* y arreó al burgales un latigazo que le hizo ver las estrellas y caer como un sapo en medio de la carretera.

El asiento de rotonda y el movimiento del carruaje me iban pareciendo cada vez mas blandos.

Entre la polvareda que dejaba en pos de sí la diligencia, distinguí poco despues al pobre burgales, que corria, jadeante y con el rostro ensangrentado, á alcanzar nuevamente el carruaje, de cuyo estribo volvió á apoderarse al fin.

Al pasar por Cernaula, corte de las brujas de Castilla la Vieja, una turba de chiquillos empezó á gritar en el tono de «otro toro»:

— A la traseeeera! á la traseeeera!

Nuevo latigazo del zagal y nueva caida del ya magullado burgales.

— Vecino, me preguntó, sacando la cabeza por la ventanilla, uno de los que iban en el interior, ¿qué tal va usted ahí?

— ¡Tan ricamente! le contesté.

El burgales volvió al estribo, el zagal volvió á cascarle las liendres, y repetiéndose esta funcion de legua en legua, llegámos á Encinillas, donde paró la diligencia por mudar el tiro y comer los viajeros. El del estribo desapareció á la entrada del pueblo.

Como oyésemos otro viajero y yo que en Encinillas habia una fuente muy buena, y llegásemos muertos de sed, preguntámos dónde estaba la fuente, y fuimos en su busca.

En efecto á orilla de la carretera brotaba un manantial tan copioso como fresco; pero el polvo y la inmundicia que esparcian sobre él los carruajes y las caballerías, le enturbiaban lastimosamente.

El burgales estaba allí lavándose la sangre y el polvo que desfiguraban su cara.

— Pero hombre, le dije, estará usted molido con los latigazos que ha recibido y los zaparrazos que ha dado en todo el camino.

— Sí, señor, que he pasado las penas del purgatorio; pero ande usted, que á la vuelta me desquitaré yendo como un señor en mi mula. Descanso aquí esta noche, y mañana con la fresquecita me planto en Villarcayo, pues ya no falta mas que un paseito de dos leguas, que me las ando yo por debajo de la pata.

— ¿Qué tal es esta fuente?

— Lo que es el agua.....

— Mejor agua que la de Encinillas no la hay en Madrid, con ser Madrid, me contestaron oficiosamente, interrumpiendo al burgales, unos palurdos que estaban entre unas matas cercanas mondando con la navaja unas varas de chopo.

Probámos el agua, y á pesar de estar turbia, la hallámos en efecto muy buena.

— Pero hombre, observé á mi compañero de viaje, ¡qué desidia la de estos pueblos! Vea usted qué les costaria arreglar un poco esta fuente.....

— Qué quiere usted, caballero? dijo el burgales, olvidando como yo á los de las varas, los de aquí son muy brutos.

No habia acabado de decir esto cuando ya tenia encima de su alma un varazo que le dobló, y si no tuvo dos, fué porque apretó á correr como alma que lleva el diablo.

II.

Indignado yo con aquella agresion, empecé á reconvenir á los palurdos; pero el que habia sacudido el polvo al burgales me replicó:

— Mire usted, caballero; si le gusta á usted la fuente, beba, y si no le gusta, cállese el pico y adelante; que si la fuente es mala, poco le importa á usted, que una vez solo acude á ella, comparado con lo que nos importa á nosotros, que acudimos toda la vida. Pase que del pueblo de donde

es uno se hable mal cuando uno no lo oye; pero, canario, hablar á las barbas de uno, no puede pasar. El que quiera que los de Encinillas le respeten, que respete á los de Encinillas. Y ademas, canario, ustedes los señores *madriliegos*, que han estudiado tanto, debieran saber que el pueblo donde uno ha nacido, es como aquel que dice, su padre y su madre, y aunque uno haga una barbaridad por defenderle....., que canario, algo se le ha de perdonar, que á cada uno le tira lo suyo.

— Tiene usted mil razones, le contesté, pensando que acaso mas de cuatro veces se habria podido decir, al oirme hablar de mi pueblo:

— «Ese parece de Encinillas.»

Pedí á los aldeanos mil perdones por la murmuracion de que los habia hecho objeto, y mi compañero y yo nos dirigímos hácia el parador á buscar la bucólica.

Una porcion de gente formaba semicírculo delante de un poyo que habia á la puerta del parador, soltando tremendas carcajadas al oir á un hombre que gritaba iracundo y desesperado:

— ¡Por vida del Calendario y del grandísimo ladron que le compone!!.....

Acerquéme al corrillo, y con sorpresa me hallé con que el que daba aquellas voces, y era objeto de la curiosidad y la algazara públicas, era el burgales consabido.

El pobre hombre se tiraba de los pelos, daba patadas, apretaba los puños, rechinaba los dientes, movia de derecha á izquierda la cabeza, miraba al cielo, echaba sapos y culebras por la boca, y repetia:

— ¡Por vida del Calendario de Cristo padre y del ladron que le compone!.....

— Buen amigo, le pregunté, ¿qué le pasa á usted, hombre?

— ¡Qué me ha de pasar! lo que no le pasa á nadie en este mundo. Que hace cuatro años quitaron la feria de Villarcayo.

— Pero hombre, y entónces ¿por qué ha venido usted á ella?

— Porque ese grandísimo ladron de Calendario sigue trayéndola.

— Le está á usted bien empleado por hacer caso de Calendarios.

El burgales, sin escucharme, continuó echando pestes por aquella boca contra la humanidad entera, pues Calendarios los hacemos todos.

Yo los estaba haciendo acerca de las excelencias de la comida que me esperaba en el comedor, cuando oí con espanto la voz de

— ¡Al coche! ¡Al coche!

— ¡Amigo, nos ha doblado usted! le dije al mayoral.

— Yo qué culpa tengo si ustedes se han ido por ahí á pensar en las musarañas miéntras los demas viajeros comian? Pero ande usted, caballero, que usted bien puede tirar hasta Valmaseda con el almuerzo de Búrgos y la merienda que lleva en las bolsas del coche. Si fuera usted como un señor mayor, todo lleno de cruces y calvarios, que va en el cupé..... El demontre me lleve si el pobre abuelo ha probado gracia de Dios desde que salímos de Madrid, á no ser un cacho de pan y un trago que yo le he dado, diciéndole, para que lo tomase sin avergonzarse, que se lo daba para que no tuviera necesidad de bajar del cupé.

Cogí la merienda que en efecto llevaba en las bolsas del carruaje: y le dije al mayoral, dándosela con disimulo:

— Tome usted, y déselo á ese pobre señor, como que es cosa de usted.

Los ojos se me arrasaron en lágrimas, diciéndome á mí mismo:

— Miserable de tí, jóven, robusto y sin merecimientos, que te impacientas y te quejas por no haber hecho una comida casi superflua, cuando tan cerca de tí desfallece de hambre un hombre cargado de años y de condecoraciones, que serán probablemente la recompensa de toda una larga vida consagrada á la humanidad ó á la patria!.....

Una diligencia llegaba en direccion opuesta á la en que yo iba. El burgales, que aun permanecia sobre el poyo, sin

saber qué partido tomar, corrió lleno de alegría hácia ella, y se colocó en el estribo de la rotonda: pero el carruaje dió una violenta sacudida al salvar una piedra, y el pobre hombre fué arrojado al suelo, si bien se levantó en seguida y echó á correr para recobrar nuevamente su incómodo y peligroso puesto.

En aquel instante me colocaba yo en mi asiento, que me parecia henchido de finísima pluma.

En aquel instante partia á escape la diligencia, que me pareció deslizarse sobre una capa de suavísima arena.

Y en aquel instante recordé estos versos del insigne Calderon de la Barca:

«Cuentan de un sabio, que un dia
tan pobre y mísero estaba,
que solo se sustentaba
de unas yerbas que cogia.
¿Habrá otro, entre sí decia,
mas pobre y triste que yo?
y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo
que otro sabio iba cogiendo
las yerbas que él arrojó.»

LA ZORRA Y EL LOBO.

I.

Al pié de un monte estaba una aldea, y cerca de la aldea se juntaban dos caminitos que bajaban del monte.

Tocaban á la oracion en el campanario de la aldea, y la luna brillaba ya en el cielo sereno y azul.

La luna llena me recuerda la calva de un amigo mio que se la unta con clara de huevo para que brille. La calva brilla: lo que no brilla es la inteligencia de los que se untan la calva con clara de huevo.

Por uno de los dos caminitos bajaba un lobo.

En tiempo del rey Perico hablaban los animales, y como pasó en aquel tiempo lo que voy á contar, nadie extrañará que el lobo bajase diciendo:

— Pues canario, yo no vuelvo al monte sin sacar la tripa de mal año. Las liebres y los conejos abundan en el monte; pero le ven á uno y..... ¡écheles usted un galgo! Allí cada oveja anda con su pareja, y la pareja es el pastor, que si uno se descuida, le desloma de un garrotazo. En mi vecindad vive una zorra, por la cual se me hacen los dientes agua, porque la última vez que la vi, hará quince dias, estaba como una pelota; pero no hay que pensar en echarle el guante, porque es muy corrida. Los únicos seres vivientes á quienes puedo acercarme son los lobos; pero como dice el refran, sin andar en repulgos gramaticales, un lobo á otro no se muerden. Veamos si en esta aldea hay algo que echar á perder, porque yo tengo mas hambre que un maestro de escuela.

Esto bajaba diciendo un lobo como un borrico, por uno

de los dos caminitos, en tanto que por el otro bajaba diciendo una zorra:

— Desde allá arriba estoy todo el santísimo dia oyendo cacarear á las gallinas de esta aldea, y es mucha gaita semejante música cuando es una aficionadilla á las gallinas y los huevos. Mas fijo que el sol, les meto mano esta noche, y salga el sol por Antequera. Casualmente me vienen de perilla algunos cuartitos de gallina para reponerme de mi último parto, que me ha dejado en los huesos, y para que mis pobres chiquitines tengan leche en abundancia que mamar.

Los dos caminitos se juntaban bajo unos árboles, donde la zorra, que llegó la primera, se paró á arreglar su plan de ataque á las gallinas. Tenia ya arreglado el plan, partiendo del principio de que mas vale maña que fuerza, ó en otros términos, de que la inteligencia triunfa siempre de la fuerza bruta, cuando cate usted que ve llegar al lobo.

El lobo dió un salto de alegría al verla; pero vió su gozo en un pozo cuando notó que no tenia mas que pellejo y huesos.

— ¿Usted por aquí, vecino? le dijo la zorra aparentando agradable sorpresa. ¿Cómo va de salud?

— De salud bien, pero de tajadas mal, contestó el lobo en tono seco y siniestro.

— Pues hijo, júntese usted conmigo, que como de vigilia hace quince dias.

— Pues hace quince dias estaba usted muy gorda y muy buena.

— Qué habia de estar buena, si he tenido un embarazo mas fastidioso.....

— Ya; ¿con que, estaba usted embarazada?

— Sí, hijo; parí la semana pasada, y por cierto que tuve un parto atroz. Le aseguro á usted que no sé cómo lo cuento. Y como una tiene para regalarse como se necesita en estos casos, me he quedado como un fideo.

— Sí que está usted muy flaca; pero así y todo me gusta usted, porque á mucha hambre no hay pan duro.

— ¡Ande usted, burlon! Si tendrá usted ciento que le gusten mas que yo.....

— Ya verá usted si me gusta ó no me gusta.

Y el lobo, abriendo una enorme boca, se lanzó hácia la zorra.

— ¿Qué va usted á hacer? exclamó esta retrocediendo espantada, y comprendiendo que no eran intenciones amorosas las que animaban al lobo.

— ¿Qué voy á hacer? A merendármela á usted en ménos que canta un gallo.

— Pero, hijo, si estoy en los huesos pelados.....

— Algo es algo.

— ¡Qué gana de broma tiene usted!

— De lo que tengo gana no es de broma, sino de comer...

— Mire usted si le faltará á usted donde llenar la tripa, teniendo tanta fuerza y tanto talento.....

— En esta pícara tierra el que tiene mas talento tiene mas hambre.

— ¡Y qué razon tiene usted, hijo! pero.....

— Dejémonos de peros y de camuesas, y vamos al grano: el grano á que yo quiero ir es usted, que me va á servir de merienda mas pronto que la vista.

— Si estoy como la espina de santa Lucía.....

— Esa no es cuenta de usted.

— Compadézcase usted siquiera de una pobre madre....

— Me estoy muriendo de hambre, y la caridad debe empezar por uno mismo.

— Ya ve usted cómo van á quedar, si yo les falto, aquellas pobres criaturitas.....

— Ea, ménos conversacion y al avío, que ya me va usted cargando con su cháchara y sus lamentaciones.

— Pues bien, dijo la zorra dejando el tono suplicante, y revistiéndose de toda la dignidad y la altivez capaces de una zorra; no me opongo á que usted me sacrifique á su desordenado apetito; pero si la zorra es dueña de resignarse al sacrificio, la madre tiene el deber sagrado de hacer á usted la última súplica.

— Pues hágala usted y no muela, que yo tengo ganas de molerla á usted entre mis dientes. ¿Qué súplica es esa?

— Yo, hasta que estuve fuera de cuenta, bajaba todas las noches á este pueblo, y me ponia de queso hasta alcanzarlo con el dedo.

Al lobo se le alegraron los ojillos al oir esto.

— ¿Y cómo se las componia usted?

— Muy fácilmente. Uno de los ricachones del pueblo hace provision de quesos para todo el año, y los guarda en un pozo seco que tiene en el corral. De la polea del pozo está colgado aun el cubo que se usaba cuando el pozo tenia agua; yo saltaba las bardas del corral, bajaba al pozo con ayuda del cubo y la maroma, me ponia de queso á reventar, y me volvia tan campante á casa llevando para aquel, que es viejo y no lo puede ganar, y para los chicos, que aun no sirven mas que para comer, una buena rebanada de queso. Ahora bien: lo que le suplico á usted es que se venga conmigo, y en lugar de comer huesos y piltrafas, comerá riquísimo queso.

— Pero, ¿y si el queso se ha acabado ya?

— ¡Qué se ha de haber acabado, hombre! Y si se ha acabado, siempre está usted á tiempo para comerme á mí.

— Pues me conformo. Eche usted delante, y la advierto que si trata de escaparse ó jugarme alguna otra pillada, cuenta sin la huéspeda, es decir, sin mis piernas, que á Dios gracias las tengo aun muy ligeras.....

— Hombre, hágame usted mas favor.....

— ¡Es que usted es muy zorra!

II

Todo iba quedando en silencio en al aldea.

La luna llena continuaba brillando en el cielo sereno y azul.

Todavía ladraba alguno que otro perro, y todavía embalsamaban el aura los perfumes de las magras que en algunas casas se freian para cenar.

El ladrido de los perros hacia al lobo y á la zorra acortar el paso; pero el perfume del jamon aguzaba su apetito, y les daba ánimo para seguir adelante.

El lobo estaba tan entusiasmado con el queso, que por perfume de queso tomaba el perfume del jamon. ¡Lo que son las preocupaciones!

Los perros fueron acabando de ladrar, y el jamon fué acabando de freirse.

Entónces el lobo y la zorra apretaron el paso y llegaron al pié de la tapia del corral consabido.

— Como me pesan las carnes ménos que á él, dijo para sí la zorra, no seria malo que me apresurase á saltar dentro, á ver si ántes que él saltase me largaba con viento fresco por la tapia del otro lado.

E hizo ademan de saltar cuando el lobo estaba aun á algunos pasos de distancia de la tapia; pero el lobo se plantó á su lado de un solo brinco.

— ¿Qué iba usted á hacer, grandísima.....?

— ¡Nada, hombre!

— Le voy á comer á usted las ancas para que salte usted la tapia con mas facilidad......

Y el lobo fué á tirarla un bocado en la parte posterior.

— ¡Qué chillo!..... dijo la zorra en voz baja.

Y el lobo, comprendiendo el peligro que ambos corrian si la zorra chillaba, desistió de su temerario intento, é hizo señas á la zorra para que saltase.

La zorra saltó y el lobo saltó tras ella.

Todo estaba solitario y despejado en el corral.

A un extremo del corral se alzaba el brocal del pozo con su polea y su cubo, tal como la zorra le habia descrito.

La zorra se asomó al brocal del pozo y vió que la luna se reflejaba, ancha, amarilla y hermosa, en el agua que el pozo tenia, aunque en poca cantidad, pues era por el mes de agosto.

— ¡Somos felices! exclamó volviendo la cara al lobo. Todavía queda un queso como una rueda de molino. Mire usted, mire usted, qué hermoso!

— ¡Caramba si lo es! dijo el lobo asomándose á su vez, y brillando sus ojos de alegría y de gula, tanto como brillaba en el agua la luna, que él tomaba por un queso.

— Y ahora, ¿qué dice usted, desconfiadote?

— Que es usted mujer, digo, zorra de palabra.

— Con que, ahora colóquese usted en ese cubo, baje al pozo y atráquese á lo pavo.

— ¡Sí, eh! ¡usted cree que me mamo el dedo! ¿Qué mas quisiera usted que yo bajase al pozo para tomar usted el tole entre tanto y dejarme con una cuarta de narices! Quien va á bajar es usted, y si no baja por bien, baja de cabeza.

— Pues bajaré con mucho gusto y fina voluntad.

— Y cuidadito con que no le clave usted el diente al queso, porque entónces le tiro á usted un cantazo que la despachurro.....

— Ande usted, malicioso, que por desconfiado no le puede ayudar Dios.

La zorra se metió en el cubo, y en un decir tilin se encontró en el fondo del pozo, cuya agua apénas la llegaba á la pantorrilla.

— ¡María santísima, qué grande y qué rico es! exclamó.

— Pues avíe usted y arriba con él.

— Si no puedo con él, que pesa mas que yo.

— Pues hágale usted dos pedazos y súbale en dos veces.

— Está muy curadito, y como no tengo cuchillo, no le puedo partir. Bájese usted y le subiremos entre los dos.

— Y ¿cómo he de bajar?

— ¡No es usted poco torpe! Como bajé yo: colocándose en ese cubo que subió conforme bajaba el mio.

— Pues allá voy.

El lobo subió al pretil del pozo, y desde allí salió al cubo.

Como el lobo pesaba cuatro veces mas que la zorra, el cubo bajó con él rápidamente, y con la misma rapidez subió el otro cubo en que estaba encaramada la zorra en el fondo del pozo.

Al ver que él bajaba y la zorra subia, el lobo se comió la partida, y empezó á renegar hasta de la madre que le habia parido; pero se tranquilizó un poco pensando en el queso, que se puso á buscar con ansia.

— ¿Dónde está el queso? preguntó á la zorra, que le miraba sonriendo, apoyada de pechos en el pretil del pozo.

— ¿El queso? contestó la zorra. Me le llevo yo para aquel y los chicos, que no le pueden ganar.

— ¡Ah zorra! exclamé el lobo aullando de soberbia.

Pero la zorra no oyó este grosero insulto, porque se encaminaba á un gallinero de una cuadra inmediata, ahogando el remordimiento de su conciencia con el siguiente raciocinio:

— Realmente he sido cruel con él, sin duda por aquello de que «el que con lobos anda á aullar se enseña»; pero anda, que si esta noche llueve y se llena de agua el cubo que queda arriba, empujando un poquito el cubo hácia abajo y empujando otro poquito el lobo hácia arriba, el lobo se salvará y su muerte no pesará sobre mi conciencia.

Esta lógica ha venido tranquilizando muchas conciencias desde los tiempos del rey Perico.

LA
BALLENA DEL MANZANARES.

I.

La moral de este cuento es que léjos de ser cierto aquel latinajo *vox populi, vox Dei*, el pueblo es un bobalicon que comulga con ruedas de molino y de una pulga levanta una mula. Vean ustedes si en los cuentos cabe moral, á pesar de que dice uno de los héroes de Fernan Caballero que son reideros y nada mas. ¡Reideros! porque lo fuera este daria yo toda la moral que contiene.

Pero dejémonos de paja, y al grano, al grano, que la paja tal vez la quiera Alvar el del portillo de Gilimon.

Erase por el tiempo de no sé qué rey, y á la sazon estaban en todo su auge los órganos de Móstoles.

Digamos ántes de todo lo que eran estos celebérrimos órganos.

En Móstoles, villa situada tres leguas al poniente de Madrid, habia un cosechero de vino que ganaba el oro y el moro con la venta al pormenor del rico producto de sus viñedos, que ocupaban todo el terreno, de una legua, que se extiende entre Móstoles y el rio Guadarrama.

La plaza de Móstoles declina de poniente á oriente, y nuestro cosechero tenia en la manzana de la parte alta su bodega, y en la manzana de la parte baja el despacho de vino.

Este despacho consistia en un gran salon lleno de bancos y mesas, y el vino de la bodega se trasladaba á él por una serie de tubos, que pasaban por debajo de la plaza y remataban en el despacho, semejando la tubería de un órgano.

Los precios y las calidades de los vinos eran tantos cuantos tubos tenia el órgano, de lo cual se colige que, aunque el órgano no fuese de catedral, los bebedores tenian una viña con tener tanto en que escoger. Así era que, particularmente los dias festivos, el camino de Madrid á Móstoles era una romería.

Los que venian eran el mas triste ejemplo de la degradacion á que puede llevar el vino á la humanidad; pero los que iban, á pesar de que veian y aun olian este triste ejemplo, no se volvian atras.

En vista de esta prueba histórica de la inutilidad del ejemplo, ¡quién demonios se rompe los cascos por engalanar sus cuentos con ejemplos ni moralejas!

La historia de los órganos de Móstoles consigna, sin embargo, una cosa muy consoladora para los que ansiamos tener fe en la bondad de la humanidad. Una legua ántes de llegar á Móstoles está el pueblecillo de Alcorcon, cuya existencia, segun la tradicion y la etimología, se remonta á los tiempos de la dominacion mahometana. Habia en Alcorcon un pobre alfarero que solo sacaba de su industria lo que le valia una carga de pucheros que vendia cada semana en Madrid, y aquel hombre, que conservaba buen sentido á pesar de vivir una legua de los órganos de Móstoles, dijo un dia para su coleto (creo que eran coletos los que entónces se gastaban):

— Un dia con otro pasarán por aquí doscientos hombres en peregrinacion á la ermita del dios Baco. Por lo corto, siempre ha de haber entre ellos veinticinco que abriguen en su pecho el santo amor á la familia, y si yo pongo á la orilla del camino un puesto de jarras y pucheros, venderé al dia veinticinco pucheros ó jarras que me comprarán para llevar un trinquis á su familia. Probemos, pues, que me voy á poner las botas.

En efecto, se puso las botas el alfarero, pues vendia tantos pucheros y jarras como sacaba á la venta, en vista de lo cual todos sus vecinos se metieron á alfareros; y de aquí viene el haber dado á Alcorcon la alfarería tanta fama como á su vecino Móstoles los órganos.

Es, pues, altamente consoladora y honrosa para la humanidad la deduccion que de esto se saca; el amor á la familia está tan agarrado al hombre, que, por mas que el hombre haga eses y se le doblen las piernas y no pueda con su alma, ese santo y sublime amor no se le cae.

El cosechero de Móstoles se hizo un dia la siguiente reflexion, muy triste para la humanidad madrileña:

— Los madrileños que no vienen á soplar en mis órganos, no vienen porque están seguros de que si vinieran, soplarian tanto, tanto, que no podrian volver á casa por su pié, siendo el camino tan largo. Acortemos el camino y habremos vencido esta dificultad. Y ¿cómo le acortamos? Muy fácilmente: poniendo una sucursal de mi bodega en el puente de Segovia, adonde acudirán todos los que no se atreven á venir á Móstoles. Los que vienen seguirán viniendo por la sencilla razon de que en Móstoles no hay rio y en el puente de Segovia sí.

En efecto, el cosechero puso (no digo que organizó, porque la sucursal no tenia órganos) una sucursal en el puente de Segovia, y empezó á acudir á ella un gentío inmenso, á pesar de que por allí pasaba el rio.

Repito, pues, que el vino no se trasladaba al despacho del puente de Segovia por medio de tubos como al despacho de Móstoles, sino por medio de cubas, que, segun se iban desocupando, iba el encargado de la sucursal amontonando en una praderita que mediaba entre la sucursal y el rio.

Los parroquianos decian que desde que se estableció la sucursal un poco mas abajo del puente de Segovia, el rio llevaba ménos agua que por el puente de Segovia por el puente de Toledo; pero eh! ¿quién hace caso de borrachos?

II.

En el portillo de Gilimon, mirador mucho mas modesto que el de las Vistillas, pero desde el cual se descubren perfectamente las riberas del Manzanares, desde el puente de

Segovia hasta las últimas praderas del Canal, vivia por aquellos tiempos un tal Alvar, que gozaba de gran celebridad en Madrid.

Alvar era la verdadera gacetilla de la villa: no habia incendio, ni asesinato, ni robo, ni paliza, ni casamiento, ni bautizo, que él no supiera ántes que los incendiados, ó los asesinados, ó los robados, ó los apaleados, ó los casados, ó los bautizados.

Dar el primero una noticia triste ó alegre era para Alvar la felicidad suprema.

Ver Alvar desde su ventana, que daba al paseo de los Melancólicos, que un ladronzuelo arrebataba la capa á un melancólico, y salir desempedrando las calles del Madrid del Sur, pregonando el robo, no para tener el gusto de que acudiesen á perseguir al ladron, sino para tener el gusto de dar la noticia ántes que nadie, todo era uno.

Pero la manía de Alvar no consistia solo en la novelería, que consistia tambien en pretender que sus ojos, ó su oido, ó su inteligencia, nunca se equivocaban.

Una tarde, víspera de San Isidro, discurrian dos vecinos suyos sobre si al dia siguiente se le mojarian ó no las polainas al Santo, y oyendo Alvar la disputa, se acercó á dar su opinion con la seguridad con que siempre la daba: su opinion era que al dia siguiente no se le mojarian al Santo las polainas.

Como los vecinos sabian que el santo labrador es tan aficionado á solemnizar su fiesta, mojando la tierra, como los madrileños á solemnizarla mojando la palabra, pusieron en duda el pronóstico de Alvar, y este, que era soberbio y vanidoso á mas no poder, cogió tal berrinche que á poco mas la emprende á palos con los vecinos.

Una hora despues empezó á llover á mares, y no lo dejó en toda la noche, con gran mortificacion del desmedido amor propio de Alvar.

Al amanecer, el Manzanares bramaba de coraje por no tener á mano á los que le habian llamado aprendiz de rio y otras picardías por el estilo, y Alvar se plantó de pechos á la ventana para ver la riada, y para ver si el Manzanares

hacia alguna cosa que mereciera contarse, pues el pobre Alvar rabiaba por desquitarse del *fiasco* que habia hecho metiéndose á almanaquista.

El encargado de la sucursal del cosechero de Móstoles oyó aquella misma mañana un gran ruido hácia la praderita interpuesta entre su ventorrillo y el rio, y al asomarse á la ventana vió que el rio acababa de invadir la pradera y se llevaba las cubas vacías.

De dos saltos se plantó á orilla de la furiosa corriente, y empezó á hacer sobrehumanos esfuerzos á ver si podia salvar las cubas; pero las cubas continuaban navegando rio abajo.

El tabernero, ya junto al puente de Toledo, cuando iba perdiendo toda esperanza de rescatarlas y se cansaba de seguirlas, vió á la orilla opuesta á dos de sus mejores parroquianos y les hizo señas para que se lanzaran al rio á detenerlas; pero los parroquianos le contestaron, tambien por señas, que no se atrevian. Era tal el ruido del rio, que no era posible entenderse mas que por señas; pero el tabernero creyendo que aquel par de borrachos no se resistirian á lanzarse al agua, si les decia que del agua sacarian vino, empezó á gritarles con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Una va llena! ¡Una va llena!

Oir Alvar este grito, exhalar otro de sorpresa y alegría, y lanzarse á la calle, todo fué uno. En cuatro minutos recorrió el barrio gritando:

— ¡Una ballena en el Manzanares! ¡Una ballena!

Y en seguida tomó la puerta de Toledo y corrió hácia el rio para tener la gloria de ser el primer madrileño que viese la ballena que bajaba por el Manzanares.

Entre tanto, Madrid estaba alborotado, porque aquella sorprendente noticia habia corrido con la celeridad del relámpago desde la puerta de Toledo á la de Santa Bárbara, desde la puerta de Alcalá á la de Segovia, y desde el Salitre á las Maravillas.

Y el pueblo de la coronada villa del oso, armado de escopetas, de redes, de hachas, de ganchos de trapero, de

piquetas, de espadines, de agujas de enjalmar, de leznas, de cuchillos, de navajas de Albacete, de navajas de afeitar, de sierras, de demonios colorados, afluia en inmenso tropel, estrujándose y pisándose y despachurrándose hácia el Manzanares, cuyos bufidos creia ser los del enorme cetáceo.

Alvar, que llegó á la orilla del Manzanares un poco ántes que los dos mas ligeros, vió al tabernero que habia anunciado la aparicion de la ballena, al pié de un gran ribazo contemplando sus cubas, que desaparecian allá á lo léjos entre los tumbos de la corriente.

— ¿Por dónde va la ballena? le preguntó con ansia indecible.

— ¿Qué ballena? replicó el tabernero.

— ¡Otra te pego! ¿No has gritado que iba por el rio abajo una ballena?

— No hay tales carneros. Lo que yo he dicho es que de las cubas que me lleva el rio, *una va llena.*

— ¡Rayo de Dios! exclamó Alvar bramando de cólera. ¡Yo te enseñaré á no pronunciar la V como se pronuncia la B! ¡Toma y anda á burlarte de la cabra de tu madre!

Y enarbolando el baston empezó á medir las costillas al tabernero, que gritaba:

— ¡Socorro! ¡que me matan! ¡que me dan de palos!

En aquel instante asomaron al ribazo los dos primeros curiosos de las inmensas turbas que se agolpaban hácia el rio.

— ¿Quién da ahí de palos? preguntaron los segundos, que no alcanzaban aun á ver el sitio de la paliza.

— Alvar da, Alvar da, contestaron los que lo veian.

Y esta voz, con una pequeña modificacion, recorrió en un instante la multitud hasta la puerta de Toledo.

La pequeña modificacion consistia en haberse convertido la frase Alvar da, en el sustantivo (¡Dios nos libre!) albarda.

El pueblo de la villa del oso tornó inmediatamente á sus hogares, reconociendo que merecia empinarse á un madroño por haber creido que el Manzanares arrastraba una ballena cuando arrastraba una albarda.

Y cuentan que el mismo Alvar formó desde aquel dia tan pobre idea de sí propio, que cada vez que oia á las verduleras de Leganés decir: ¡Arre, borrico! lo tomaba por una alusion personal.

No sin razon sospechábamos que pudiera convenirle la paja con que va techado este cuento, cuya moral es, lo repetimos, que léjos de ser cierto aquel latinajo *vox populi, vox Dei*, el pueblo es un bobalicon que comulga con ruedas de molino y de una pulga levanta una mula.

LAS ANIMALADAS DE PERICO.

I.

Perico era muy arrimadito á la cola, y desde niño empezó á dar pruebas de ello.

— Hijo, le decia continuamente su madre, eres lo mas bestia que yo me he echado á la cara!

Y aunque la buena señora era una santa, jamas se acusó en el confesonario de haber levantado ningun falso testimonio á su hijo.

Perico, cuando otros chicos le jugaban alguna partida serrana, en vez de cascar las liendres á los otros chicos, se las cascaba á sí mismo, dándose en la cabeza cada puñetazo que veia las estrellas, lo cual hizo decir mas de una vez al señor cura:

— Ese chico saca tendencia endemoniada al suicidio, y será milagro que el mejor dia no dé un susto á su familia.

Ya era Perico mozalvete, pero cada vez mas bruto, cuando dió una prueba mas de que las tendencias que en él habia observado el señor cura, léjos de menguar habian crecido.

El señor cura, Perico y otros vecinos estaban sentados bajo un árbol á la puerta de la iglesia, esperando la hora de misa, cuando pasó por allí la Robustiana, que era una moza de seis dedos sobre la marca (la marca de las buenas mozas es cinco piés) con su cántara en la cabeza, cantando:

No tengo miedo á la muerte
aunque la encuentre en la calle,
que sin licencia de Dios
la muerte no mata á nadie.

— Esas coplas, dijo el señor cura á la Robustiana, son las que debeis cantar, y no las desvergonzadas que aprendeis de los novios.

— Pues esa copla, replicó Perico, me parece á mí una barbaridad, con perdon de usted, señor cura.

— ¿Y por qué?

— Porque dice que sin licencia de Dios no puede uno morir.

— Y dice una verdad como un templo.

— ¡Qué ha de decir verdad!..... Pongo por caso que á mí me dé la gana de matarme, me mataré aunque Dios no me dé licencia para ello.

— Pues no te matarás si Dios no quiere que te mates.

— Sí, que soy yo manco para pegarme un tiro y levantarme la tapa de los sesos, si se me pone en la mollera!

— Calla, calla, majadero, y no digas animaladas, que el poder de Dios está sobre todas las armas y sobre todos los brazos.

— ¿Pues qué va á que hay una cosa que Dios no puede hacer?

— Dios lo puede todo.

— ¡Cá!......Dios no puede hacer, pongo por caso, que lo que ha sucedido no haya sucedido.

— Sí puede hacerlo.

— ¿Cómo?

— Siendo como es omnipotente, ó lo que es lo mismo, siendo el que lo puede todo.

Perico, como era tan testarudo y tan negado, iba á replicar al señor cura, pero el sacristan tocó á misa, y el señor cura se apresuró á levantarse y entrar en la iglesia para revestirse.

II.

Perico no tenia ya padre ni madre ni perrito que le ladrase.

Sus padres le habian dejado una casa, vieja sí, pero muy grande y muy provista de grano, de vino, de ropas, de muebles,

de alhajas, y hasta de dinero; pero Perico, á fuerza de holgazanear, y derrochar y hacer animaladas, habia dado fin de todo, y se encontraba casi con las paredes peladas.

Ademas estaba enamoradillo de la Robustiana.

Una mañana se levantó de un humor endiablado, y empezó á discurrir del modo siguiente:

Ya no hay vino en mi bodega, ni trigo en mi panera, ni dinero en mi gaveta, y..... francamente á mí no me gusta trabajar. ¿Qué demonio me hago yo sin tener sobre que caerme muerto?..... Eh, poco á poco, que sobre que caerme muerto no me falta. Las piedras que hay debajo del balcon de mi casa son muy ricas para caer uno sobre ellas y romperse el bautismo. Dice el señor cura que sin licencia de Dios no puede uno matarse. Ya verá el señor cura si voy yo á andar pidiendo licencias á Dios para romperme la crisma desde el balcon abajo. Nada, nada, doy el salto mortal, y así me libro de la miseria y de los desdenes de la Robustiana, que nunca me ha querido dar ni siquiera un apreton de manos.

El bruto de Perico se dirigió á la sala y..... á la una! á las dos! á las tres! hizo la animalada de saltar por el balcon, que estaba de par en par abierto.

Pero caten ustedes que en aquel instante pasaba la Robustiana por debajo del balcon, y al ver á un hombre volar por el aire, abre sus robustos brazos y recibe al hombre en ellos.

El bruto de Perico, léjos de caer sobre las losas de la calle, cayó en los brazos de una buena moza, que le trató con mucho mimo, creyendo que por ella hacia aquella animalada.

III.

Perico ya no estaba enamoradillo de la Robustiana, que estaba enamorado como un bruto, porque.....vamos, el mimo con que le habia recibido en sus brazos, cuando trató de desnucarse, le habia llegado al alma.

Perico, pues, padecia dos males: falta de dinero y sobra de amor.

Por esta razon discurrió una nueva animalada para poner término á sus males.

— Vamos á ver, se dijo, de qué modo me las voy á componer. ¿Tirándome por el balcon? No, porque ya he visto que ese salto no es decisivo. ¿Levantándome la tapa de los sesos de un pistoletazo? Tampoco, porque no tengo pistola ni dos ó tres duros para comprarla. ¿Colgándome de una viga? Ah, já! ya di con lo que buscaba.

Cogió en seguida un cordel de cáñamo, casi el único mueblo que conservaba de la herencia paterna, le ensebó perfectamente, ató uno de sus extremos á una viga, hizo una lazada corrediza en el otro extremo, se subió en una silla, se echó el lazo al pescuezo, pegó una patada á la silla, y quedó en el aire haciendo remolinos.

Perico era muy gordo, porque los brutos engordan que es una bendicion de Dios, y con su enorme peso retemblaba el techo como si amenazase ruina.

De repente la viga, que estaba como yesca, se troncha, cae Perico al suelo, y con él un pedazo de techo, haciendo un ruido metálico de doscientos mil demonios.

Perico, que se habia desvanecido, vuelve en sí al oir aquel ruido, porque aquel ruido era capaz de resucitar á un muerto; mira en su derredor, y ve la habitacion cubierta de onzas de oro, nada ménos que del reinado de Cárlos III.

Resulta, pues, que sobre la viga habia un enorme depósito de onzas, y que estando la viga resentida con muchísima razon de que pasasen años y mas años sin que nadie pensase en aliviarla de aquella pesada carga, soltó esta en cuanto se le presentó ocasion.

Perico atracó de onzas la gaveta de la sala, completamente vacía hacia ya mucho tiempo, y á pesar de que las consecuencias del cordel se dejaban sentir en su garganta, respiró con desahogo por primera vez desde que gastó el último duro de la herencia paterna.

— Ahora, se dijo, ya soy rico, y por consiguiente la Robustiana no me encontrará feo.

¿Han visto ustedes atrocidad mayor que la de suponer que

las onzas de Cárlos III pueden influir en el amor de las mujeres? Si digo que el tal Perico reventaba de bruto!

IV.

Perico estaba cada vez mas enamorado de la Robustiana; pero la Robustiana le daba cada bufido que le dejaba helado.

A la madre de la chica no le disgustaba del todo Perico, pero se la llevaban doscientos mil de á caballo cuando Perico, á las mil y quinientas de la noche, iba con su guitarra y su voz de becerro á cencerrear bajo la ventana de la chica, porque la buena mujer fué tan aficionada á serenatas cuando jóven, que las detestaba cuando vieja por la sencilla razon de que no la dejaban dormir.

Para que cesaran las serenatas queria que su hija se casase con Perico, y solia decir á su hija:

— Pero mujer, ¿por qué no sacas cuanto ántes de penas á ese muchacho?

— Señora, contestaba la chica, ¿cómo quiere usted que me decida á casarme con él para quedarme viuda el dia ménos pensado?

— Eh, si ya se le ha quitado la manía de matarse.

— Sí, pero el mejor dia revienta de bruto.

La madre de la Robustiana convenia en que el temor de la chica era fundado, y guardaba silencio hasta el dia siguiente, que se levantaba trinando contra Perico y su hija, porque Perico no la habia dejado dormir con sus *animaladas*.

Las animaladas eran un género de poesía con que Perico habia enriquecido nuestro Parnaso.

Una noche estaba Perico dále que dále á la guitarra junto á la ventana de su desdeñosa novia; pero su novia no salia á la ventana. Perico entonó la siguiente *animalada:*

«Si en lugar de nacer rosas
naciera en tu cara yerba,
ningun borrico del pueblo
me ganaria á pacerla.»

El perro Rasgabragas parecia ser el único que en casa de la Robustiana no se hacia el sordo á la animalada de Perico, pues ladraba como si una cuadrilla de ladrones estuviese asaltando la casa.

Perico entonó esta otra animalada, procurando dominar con su voz la de Rasgabragas, que la tenia atronadora, como que era un perro como un borrico:

«Si me oye cantar tu madre,
y ¿qué es eso? te pregunta,
contesta: «No haga usté caso,
que es un burro que rebuzna.»

Lo único que se oyó en casa de la Robustiana fué el ladrido del perro cada vez mas furioso, y la voz de la vieja que echaba pestes contra el cantor.

Perico guardó silencio hasta que dejó de oir refunfuñar á la vieja, y entonó la tercera animalada, persuadido de que al oirla saltaria de la cama la chica, y saldria al fin á la ventana.

«Tu ventanita es pesebre,
tú eres, si te asomas, pienso,
yo soy burro que el hocico
alargo para comerlo.»

La esperanza que Perico fundaba en esta animalada no salió fallida: la ventana se abrió, y Perico, advertido por el ruido, pues la noche estaba oscura, se lanzó hácia ella loco de alegría.

— A ese, Rasgabragas! gritó la voz de la vieja, y el perro se tiró de la ventana como una fiera.

Perico quiso huir; pero apénas volvió la espalda, Rasgabragas hizo presa en las suyas, dejándolas en tan lamentable situacion, que..... mas vale callar.

V.

Perico estaba desesperado con la perrería que le habian hecho en casa de la novia la noche anterior, y se puso á razonar del modo siguiente:

— «Está visto que la Robustiana no me quiere, y si no me quiere la Robustiana, ¿de qué me sirve la vida? De estorbo es de lo que me sirve, y á los estorbos se les da un puntapié y andando. Es verdad que en la gaveta de la sala tengo todavía una buena provision de amarillas; pero ¿de qué demonio me sirven las amarillas, si las mujeres, como son el diablo, huyen de la moneda porque está la cruz en ella? Está visto que lo que me conviene es levantarme la tapa de los sesos de un pistoletazo. Y me la levantaré como un señor, quiera Dios ó no quiera, que yo no necesito echarle memoriales para disponer de mi cuerpo, que es mio y muy remío. A Dios gracias, ahora no carezco de pistola como la otra vez, y habrá aquí una de sangre y huesos y sesos despachurrados que meta miedo.

Despues de este sesudo razonamiento (le llamo sesudo porque en él se trató de sesos), Perico aguardó á que llegase la noche para que el hecho fuese mas sonado (con el silencio de la noche suenan mas los tiros), y cuando creyó que todos los vecinos del pueblo estaban ya en lo caliente, cargó una pistola, y se dispuso á hacerse la consabida operacion; pero...

— No sea el demonio, dijo, que todavía ande álguien por ahí y suba al oir el tiro, y si no he acabado de morir, me ponga cuatro paños calientes, y al fin resulte que he gastado pólvora en salvas.

Así diciendo, dejó la pistola sobre la mesa del comedor, que era el sitio elegido para matadero, fué á la sala, abrió el balcon, miró si habia álguien en la calle, y viendo que no habia nadie, se volvió dentro, sin acordarse de cerrar el balcon, porque no tenia la cabeza para nada sino para hacérsela salchicha de un pistoletazo.

Iba ya á disparar, cuando se le ocurrió pensar en su alma, que es lo último en que piensan los brutos.

— De mi cuerpo, dijo, ya sé lo que va á ser, y dispongo de él como me da la gana; mas ¿qué será de mi alma? ¿Pero por qué, canario, me he de devanar los sesos pensando en ella si no es mia? Mi alma es de Dios, y Dios hará de ella lo que se le antoje, que cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo.

Despues de esta reflexion, tan lógica como todas las suyas, Perico se aplicó á la frente el cañon de la pistola, y se le aplicó de tal modo para que no fallase el tiro, que si en aquel instante le hubiese separado, se hubiese visto en la frente un redondel encarnado, y se le hubiera podido cantar á Perico aquello de

Una estrella en la frente
tiene mi burro.

— ¡A la una! ¡á las dos! ¡á las tres! exclamó, y cataplum, sonó una detonacion y Perico cayó al suelo; pero en la habitacion no se vieron sesos, ni sangre ni huesos, y sí solo pedazos de yeso que cayeron del techo y de las paredes, y una porcion de pedacitos de hierro y madera.

Comprimido el aire dentro de la pistola, por haber apoyado Perico el cañon en la frente sin dejar lugar á espansion, la pistola habia reventado, y Perico solo habia experimentado una contusion en la frente.

Casi al mismo tiempo de oirse la detonacion en el comedor, se oyó un ruido muy distinto en la sala.

Perico volvió en sí inmediatamente, y al dirigirse á la sala á buscar otra pistola, se encontró con la gaveta de las onzas de Cárlos III medio descerrajada y desparramados en el suelo y en el balcon, sombreros, un puñal, una palanqueta, un formon y otros chismes, de todo lo cual resultaba que unos ladrones habian entrado por el balcon que Perico se dejó abierto, que trataban de meter mano á las onzas, creyendo que Perico dormia, y que al oir el tiro creyeron que se le habia disparado á ellos, y echaron á correr mas que á paso.

Perico, al ver aquello, pensó en Dios así muy por encima, y dijo para sí:

— Como hay Dios, sabe usted que á poco me divierto esta noche! Si tarda un poquito mas en sonar el tiro, me encuentro con la pistola echada á perder, con un chichon en la frente, y sin dos cuartos para mandar rezar á un ciego. Sabe usted que el lance era para pegarse un hombre un tiro!

Miéntras Perico se entregaba á estas prudentes reflexiones, los vecinos acudieron, sospechando que habia hecho alguna barbaridad, y Perico no tuvo mas remedio que vivir para ver.

VI.

Al llegar aquí de mi cuento, recuerdo el siguiente que me contó uno de los chascarrilleros mas afamados.

Un hombre estaba aburrido por várias razones: porque padecia no sé qué mal, para cuya curacion le habian aconsejado los médicos que tomase baños fluviales, que no queria tomar, porque de resultas de haber estado una vez á punto de ahogarse, habia tomado tal asco al agua, que cuando iba al campo y estaba la yerba húmeda llevaba botas de montar para preservar del agua las piernas; porque tenia en la cara un tumor que los facultativos querian reventarle y él no se atrevia á dejar reventar, y porque siendo muy aficionado á caza y pesca, casi siempre se volvia á casa con la chistera ó el morral vacío, y su mujer le quemaba la sangre hiriéndole en su vanidad de cazador y pescador, que era la mayor de sus vanidades.

Un dia se fué de caza, y despues de pasarse el dia tiro por aquí, tiro por el otro lado, se volvia á casa con unos cuantos pajarillos, y pareciéndole ya oir á los zumbones cuando entrase en el pueblo: ¡Qué barata va á valer mañana la caza!

Tiró á un pajarillo, que se marchó haciéndole burla, y en seguida volvió á cargar la escopeta; pero como estaba tan caviloso y quemado, se le olvidó volver la baqueta á su sitio y continuó su camino poco á poco, porque los demonios de

las botas de montar no le dejaban correr y le exponian con frecuencia á dar un batacazo.

Pasaba una banda de perdices, y como se distrajese mirando si se ponian á tiro, tropezó en una piedra y cayó al suelo, disparándosele, al caer, la escopeta.

— ¡Muerto soy! exclamó sintiendo un fuerte dolor en la cara; pero cuál no seria su gozo cuando al reconocerse para ver si el tiro le habia levantado la tapa de los sesos, se encontró con que un cachito del piston le habia reventado el tumor de la cara, que ya no le dolia con la evacuacion del pus, y que ninguna otra herida habia recibido!

Fué á cargar nuevamente la escopeta, y encontrándose sin la baqueta, recordó que la habia dejado en el cañon, y empezó á buscarla por aquellas inmediaciones.

Calcúlense su sorpresa y su alegría cuando encontró la baqueta, y ensartadas en ella nada ménos que seis perdices como seis patos ó *canards,* que dirian los franceses! Resulta que al dispararse la escopeta, la banda de perdices pasaba por allí y la baqueta ensartó, como quien no quiere la cosa, media docenita de ellas. ¡Qué ricas para escabechadas..... digo para comidas!

Loco de contento mi hombre con el tumor destripado y las perdices por destripar, continuó su camino de prisita, porque iba anocheciendo, tenia que ir por la orilla del rio, y el rio le hacia muy poca gracia.

Pero cate usted que al pasar — parece que lo hace el demonio! — por junto á un pozo que le llamaban el pozo de las liebres, porque en tiempo de verano, como entónces lo era, bajaban las liebres á beber en aquel pozo, pega un resbalon á causa de las condenadas botas de montar, y al agua, patos.

Despues de bregar por espacio de media hora con el agua, que apénas el pobre hombre se acercaba á la orilla volvia á arrastrarle hácia lo mas hondo, consiguió acercarse á un ribazo, donde al trasluz veia dos matitas que mecia de cuando en cuando el viento.

Al fin trepó por el ribazo y se asió á las matitas, que, echándose hácia atras apénas las asió, le ayudaron á subir.

Las matitas que no habia soltado — un demonio soltaria! — eran dos liebres como dos terneros, que el afortunado cazador se guardó en el morral despues de retorcerles el pescuezo.

Como las botas de montar naturalmente se habian llenado de agua, el cazador se dispuso á quitárselas para desaguarlas. Tira de ellas, y..... ¡oh asombro de los asombros y alegría de las alegrías!..... empezaron á salir truchas, anguilas, barbos, lobinas, en fin, cuanta pesca Dios crió, de modo que nuestro hombre tuvo que llamar á un gallego para que le ayudase á llevar la caza y la pesca que en ménos de una hora habia hecho.

Y al dia siguiente, se encontró con que habia desaparecido completamente el mal para cuya curacion le aconsejaban los facultativos baños de rio.

VII.

El cuento del cazador tendrá gracia y todo lo que se quiera, pero me guardaré yo muy bien de contársele al público, porque francamente, es ya abusar y querer que el público comulgue con ruedas de molino. El público es un señor muy respetable.

Las animaladas de Perico ya son otro cuento, y por eso voy á seguir contándolas.

Perico estaba cada vez mas enamorado de la Robustiana; pero la Robustiana, siguiendo el ejemplo de su madre, le soltó el perro una noche, y Rasgabragas, tira por quí, tira por allí de los calzones de Perico, dejó á este poco ménos que como su madre le parió.

Cuando Rasgabragas se llevaba el último jiron de las de Perico, la cruel Robustiana se asomó á la ventana, candil en mano, para ver qué maña se daba su perro á hacer hilas; y al dia siguiente dijo á su madre que estaba decidida á casarse con Perico.

¿Qué vió la Robustiana á la luz del candil para que tan súbita trasformacion se verificara en su corazon de pedernal? !Qué habia de ver! que Perico padecia mucho por ella, y era ya hora de sacarle de penas. ¡Ah! ¡la compasion puede mucho en el corazon de las mujeres!

Pero es el caso que al dia siguiente de la nueva perrería, Perico ignoraba la resolucion de la Robustiana, y solo sabia que si el agravio que la primera vez se le habia hecho reclamaba un pistoletazo en su cabeza, el que se le habia hecho la segunda reclamaba una descarga de metralla en todo su cuerpo.

Perico determinó, pues, suicidarse definitiva, sólida y perfectamente, de modo que ni Dios ni Santa María se lo pudiesen impedir.

Echóse á discurrir el medio de realizar esta última animalada, y al fin se dijo, muy satisfecho de su inventiva:

Me colgaré de un árbol; pero puede romperse la cuerda; pero por si se rompe la cuerda me pegaré un pistoletazo al lanzarme al aire á hacer volatines; pero por si me falta la pistola me comeré ántes una cajita de fósforos; pero por si se rompe la cuerda y falta la pistola y son poco activos los fósforos, me ahorcaré de un árbol que dé sobre el mar. Así, aunque Dios no quiera, me he de salir con la mia. Ya verá el señor cura si necesita uno andar pidiendo licencia á Dios para matarse.

Dicho esto, Perico se proveyó de una buena cuerda, de una buena pistola y de una buena caja de fósforos, y se dirigió á la orilla del mar.

Habia un árbol que con motivo de un hundimiento de terreno habia quedado inclinado sobre el agua, y á una de las ramas de aquel árbol ató Perico fuertemente un extremo del cordel. Hecha esta operacion, se ató á su cuello con un nudo corredizo el otro extremo, se zampó la cajilla de fósforos, que le debieron saber á rejalgar, preparó la pistola, y se lanzó al aire, disparando esta á su cabeza al dar el salto; pero inmediatamente cayó al agua, porque la bala, en vez de dar en la cabeza de Perico, dió en la cuerda y la cortó. Las

olas se agitaban furiosas bajo el árbol, y Perico desapareció entre ellas; pero poco despues unos pescadores que habian acudido al oir el tiro, vieron que entre las olas, que iban á morir en una playa cercana, se agitaba un cuerpo al parecer humano, y yendo allá extrajeron del agua á Perico, vivo aun, si bien con mucha agua en el cuerpo. Pusiéronle de costado, y le oprimieron para que arrojase el agua, y Perico, no solo arrojó el agua, sino tambien con ella la racion de fósforos que se habia manducado.

Aun no habia vuelto en sí, cuando la Robustiana, que habia echado á correr apénas le dieron noticia del suceso, llegó y le tomó en sus robustos brazos y le prestó los auxilios mas eficaces.

Un mes despues se casaron Perico y la Robustiana, confesando Perico que nadie se muere sin licencia de Dios, pero en lo demas, siguiendo tan bruto como le habia criado su Divina Majestad.

Por supuesto que el respetable público no hará la atrocidad de colocar el casamiento de Perico con la Robustiana entre *las animaladas de Perico.*

EL CAMINO TORCIDO.

I.

Víctor era dependiente principal de una tienda de lencería en la calle de la Montera.

No tenia mas educacion literaria que la que habia adquirido en la escuela de su pueblo, en el periódico político á que su principal estaba suscrito, y en los libros y papeles que compraba al peso para envolver; pero como no tenia pelo de tonto, *sacaba* á las muchachas cada *verso*, y escribia cada carta de amor que las volvia locas.

Víctor tenia la estatura de un perro sentado, y miéntras con un ojo miraba á Vizcaya, con el otro miraba á Málaga. Así era que si las muchachas perdian el juicio al leer sus cartas y sus versos, le recobraban al ver su facha.

En el cuarto segundo de la casa de enfrente de la tienda de Víctor vivia un oficial del ministerio, que tenia una hija de diez y seis años, hermosa como un serafin.

Veinte veces habia declarado Víctor su atrevido pensamiento á Elisa, que así se llamaba la vecina; pero otras tantas habia recibido de ella unas calabazas tan gordas que le aplastaban el corazon.

A pesar de eso, Elisa siempre que salia á misa con la criada entraba á la tienda de Víctor, porque Víctor le proporcionaba novelas que le gustaban mucho, y le decia chicoleos que le gustaban mucho mas.

El que á las muchachas no guste un novio feo no quita que les guste oir á un feo decirles: — «¡Qué remonísima es usted!»

II.

Era un domingo por la mañana, y un arrogante mozo, vestido con suma elegancia, andaba, paseo arriba, paseo abajo, por la calle de la Montera, acera de la izquierda, que era en donde estaba la tienda de Víctor.

Víctor, que estaba en la puerta de la tienda viendo á las muchachas que pasaban á misa á San Luis, y diciendo á cada una su quisicosa, si era guapa porque era guapa, si era fea porque era fea, vió al buen mozo, y dijo para sí, mas quemado que un pisto manchego:

— Calla, apuesto á que ese anda haciendo el oso á la vecinita de enfrente, pues me parece que ha mirado á sus balcones.

En efecto, el buen mozo habia mirado, por casualidad ó con determinado objeto, á los balcones de Elisa, en el momento en que esta, ya con la mantilla puesta para salir á misa, se acercaba á la vidriera, y levantaba la cortinilla para ver qué tiempo hacia.

Miéntras Elisa bajaba la escalera con su criada, pensando en el arrogante mozo, á quien acababa de sorprender mirando á sus balcones, el arrogante mozo vió que se acercaba á él otra personita del sexo hermoso, que al pasar, pronunciando el nombre de Fernando, se le sonrió como diciendo: — «Aquí me tienes ya», y á quien siguió hasta la iglesia de San Luis.

III.

Elisa salió á la calle seguida de su criada, y haciéndose la disimulada recorrió con la vista de arriba abajo la acera de enfrente, buscando en vano al buen mozo.

— Vecinita, la dijo Víctor desde la puerta de la tienda; hable usted á los amigos, que *pasion* no quita *conocimiento.*

Víctor pronunció con retintin las palabras que van en letra bastardilla.

— ¡Ya te veo venir! dijo para sí Elisa, y cruzó la calle alzando donosamente el vestido para enseñar una enagua bordada con mil primores y un piececito que hizo exclamar á Víctor:

— ¡Así me diera usted cien patadas!

Las demas cosas que á Víctor le ocurrieron al ver aquella enagua y aquel pié pusieron á Elisa coloradita como un clavel; pero no la disgustaron, porque la única reconvencion que tuvo para el mancebo fué un — «¡Ande usted, burlon!» acompañado de una sonrisa y un gesto monísimos.

— ¡Que sea enhorabuena! la dijo Víctor con maliciosa sonrisa.

— ¿Por qué dice usted eso?

— Porque tiene usted buen gusto.

— ¿En qué?

— En su querer.

— Si yo no tengo á quien querer ni quien me quiera.

— Vaya, vaya, no se haga usted la disimulada.

— Vámonos, que Víctor es capaz de hacer burla de un entierro.

— Venga usted acá, doncella, dijo Víctor dirigiéndose á la criada. Diga usted á su señorita que saque pronto de penas al galan que ronda su calle, porque el pobre lo merece, pues es arrogante chico, y toda la mañana se ha llevado esperando á que saliera el sol por los balcones de enfrente.

— ¡Víctor, que no sea usted burlon! le interrumpió Elisa, haciendo un delicioso pucherito de niña que de gusto no acierta á llorar.

Y tomó acera arriba, ocultando la risa con el abanico al oir á Víctor exclamar:

— ¡Bendito sea lo bueno!..... ¡Ay! si á porrazos se conquistara el amor de las chicas rubias, ¡dónde estaria ya el buen mozo que hace el oso en la calle de la Montera todas las mañanas!

IV.

— La tonta esa, dijo Víctor así que se alejó Elisa, puede que se haya figurado que ese buen mozo pasea la calle por ella. Yo tambien lo creia al principio; pero ya he visto que esperaba á otra. Y el caso es que esa chica me gusta cada vez mas, sobre todo desde que he sabido que es de su padre la casa donde vive. La casita esa vale cerca de un milloncejo, y siendo la Elisa hija única, hace un bonito negocio el que se case con ella. Vamos á cuentas: la Elisa me ha dicho veinte veces en mis barbas que no me quiere porque soy muy feo, y nunca ha querido leer mis cartas ni mis versos. Es una lástima que no haya leido siquiera una carta mia, porque ella, que es tan novelesca, de seguro se enamora de mi alma, y á trueque de obtenerla no repara en el cuerpo. Todo fardo de rica holanda viene envuelto en arpillera, y aceptamos la arpillera, aunque de nada vale, para obtener la holanda. La arpillera del fardo humano es el cuerpo, y la holanda es el alma. Vamos á ver cómo hacemos ver á Elisa que este fardo tiene rica holanda dentro. Yo mostraré á esa chica con mis cartas tesoros de amor, de poesía y de felicidad, que la hagan avergonzarse de haber reparado en si el cuerpo es feo ó es hermoso, y cuando mi alma haya aparecido á sus ojos tan grande que no la deje ver el cuerpo, le diré que aquella alma es la de Víctor, y aceptará agradecida y dichosa la rica holanda, pidiéndome perdon por haber reparado en la tosca arpillera.

Víctor reflexionó un ratito mas buscando el medio de conseguir que Elisa leyera sus cartas, porque ya sabia por experiencia que la niña de sus pensamientos no las habia de leer, miéntras supiese que eran suyas.

— Si mis cartas van anónimas, se dijo, es muy posible que tampoco las lea. Si van á nombre de un desconocido, corren el mismo peligro..... ¡Ah! ya encontré lo que buscaba, añadió con una sonrisa de satisfaccion. Ella ha fijado la atencion en ese caballero que paseaba por aquí esta mañana,

y de seguro leerá con avidez y delicia mis cartas si la hago creer en ellas que quien se las dirige es ese.

Víctor entró en seguida en el bufete, y se puso á escribir como un Tostado.

V.

Víctor leyó lo siguiente, que acababa de escribir en un riquísimo plieguecillo de cantos dorados:

«Señorita: hace mucho tiempo que quiero á usted y no me atrevo á decírselo, por mas que en mi pasion nada haya que no sea santo y puro. Extraño á la versatilidad y á las galanterías de los círculos sociales en que la mayor parte de la juventud madrileña pasa la vida, porque he creido mas noble, mas digno, mas honrado, pasar mi juventud entregado al estudio para honrar un dia á mi familia y á mi patria, desconozco las frases que están de moda para lisonjear y enamorar á las mujeres, y para expresar los sentimientos á aquella en quien he puesto los ojos y el corazon con la esperanza de unir mi suerte á la suya, y hacerla en mi hogar objeto de un culto tan sincero, si no tan santo, como el que tributo á Dios en el templo.

«Ayer me atreví á alzar los ojos á sus balcones de usted, y tuve la dicha de verla á usted, y quizá la de que usted reparase en mí. Hoy, alentado por esta dicha, y no pudiendo ya resistir al deseo de revelarle mis sentimientos, escribo á usted, y le suplico se digne contestarme por el conducto de que me valgo para dirigir á usted estas líneas.

«Si soy tan dichoso que obtenga el beneplácito de usted para volver á escribirle, entónces mostraré á usted mi alma tal como es, y podrá usted juzgar si es ó no digno de su angelical cariño su humilde y apasionado esclavo, Q. S. P. B.

Fernando.»

— ¡Bien está! exclamó Víctor al acabar la lectura de su carta. Cortita; pero para muestra basta un boton.



En seguida cerró la carta, salió á la puerta, y con la mano hizo seña para que se acercara, á un mozo de cordel llamado Perico, que hacia los mandados de la tienda, y que se ponia constantemente junto á la iglesia de San Luis.

— ¿Qué hay, D. Víctor? tenemos que llevar algun fardo?

— El fardo que tienes que llevar pesa muy poco. Escucha.

Y Víctor, bajando la voz y llevando al mozo á un rincon de la tienda, continuó:

— ¿Tú conoces á la criada de la señorita del cuarto segundo de ahí enfrente?

— ¿A la Celedonia? ¿Pues no la he de conocer? Malos pellizcos le tiro todas las mañanas cuando va á la compra á la plazuela del Cármen! Guapa es la criada, pero no le digo á usted nada la señorita..... Mil demonios me lleven si no iba yo á presidio por.....

— Cállate, hombre, y no digas barbaridades. Cuando la Celedonia vaya mañana á la compra, la dices que un caballero muy buen mozo te ha dado esta carta, y se la das para que con mucho secreto se la entregue á la señorita.

— Mire usted, D. Víctor, que la Celedonia es muy escamona, y no va á querer tomarla.....

— Se la das con este napoleon.

— Eso ya es otra cosa, D. Víctor, pero aun así y todo....

— Y si consigues que la carta llegue á manos de la señorita, te ganas tú otro napoleon.

— Don Víctor, será usted servido.

— Pero cuidado con que la Celedonia ni nadie huela que te he dado yo la carta.

— Pierda usted cuidado.

— Y si la Celedonia te lleva la contestacion, le dices que vas á entregarla al caballero buen mozo y me la traes con mucho disimulo.

— No me diga usted mas, D. Víctor, que los mozos de cordel entendemos mas que los señoritos de estas cosas.

VI.

El mártes por la mañana Perico se acercó á la tienda de Víctor como para matar el tiempo.

— Malo va esto, D. Víctor, que no sale un viaje en todo el dia de Dios.

Víctor salió á la puerta como para hablar con el mozo, y este le dió con mucho disimulo una cartita.

Un instante despues Víctor se ponia á leer en el bufete, estremeciéndose de gozo, lo que sigue:

«Caballero: jura usted que me ama y no tengo motivo para dudar de sus juramentos; pero ya puede usted considerar que una jóven honrada tiene que pensarlo mucho ántes de entregar su corazon. Confieso que vuestros sentimientos me agradan y que vuestra persona es mas de lo que yo merezco, pues os vi el domingo cuando mirabais á mis balcones, pero ántes de darle á usted el sí, quiero que me mostreis el alma como me lo ofreceis en vuestra apreciable que tengo á la vista. Yo, caballero, no he amado nunca porque soy aun una vírgen inocente; pero pongo por testigos á los astros que me están mirando, de que mi corazón y mi alma serán por entero del hombre á quien dé mi mano al pié de los altares. Disimule usted la mala letra, que con la emocion no sabe lo que escribe vuestra *Elisa.*

«P. D. Digo lo de los astros, porque escribo esta por la noche al irme á la cama.»

El gozo se le cayó un poco en el pozo á Víctor al leer esta carta.

— Dios mio, dijo para sí, esta chica que hablando es tan mona y tan discreta, es tonta de la cabeza escribiendo. ¡Qué mescolanza del usted y del vos! ¡Qué frases de la literatura del género tonto! ¡Qué salidas de pié de banco!..... Pero poco á poco, seamos razonables y justos. El fondo de esta carta es sensato y bueno. Lo malo es la forma. El conjunto

de forma y fondo tiene su arpillera como el conjunto de cuerpo y alma. No reparemos en la arpillera, que es la forma de esta carta, y aceptemos la tela fina, que es el fondo. Además, ¿qué bellezas ni conveniencias de estilo puede uno exigir á una niña de diez y seis años, á una vírgen inocente, como ella dice, hija única del dueño de una casa que vale cerca de un millon? Nada, nada: sigamos la novela, pero no en el estilo del primer capítulo, sino en el del segundo, para que haya unidad de estilo entre el de ambos colaboradores.

VII.

Siento en el alma no haber podido obtener copia de la multitud de cartas que siguieron á las dos que he dado á conocer.

Como el amor enaltece la inteligencia, y cuanto mejor se siente, mejor se escribe, las cartas de Elisa progresaban en estilo conforme el amor progresaba en el corazon de Elisa.

En esta correspondencia ardiente y apasionada no faltaba una palabra, una frase, una idea, una imágen poética ó amorosa, de las que usan aquellos que acuden al vocabulario del amor y la poesía artificiales para expresar sus sentimientos.

Allí se hablaba:

De contar los latidos del corazon.

De si Víctor grababa ó dejaba de grabar el nombre de Elisa en la corteza de los árboles.

De que derramaria el que viviera flores y lágrimas sobre la tumba del que hubiera muerto.

De que todo hablaba de amor á Víctor, la fuente que murmura, el pájaro que canta, etc., etc.

De que nacian flores donde pisaba Elisa.

De que ama el pez, ama el ave, ama la fiera.

De los ensueños que cercaban á Elisa en el blando lecho.

De la casita en el bosque.

De pobre pero limpia mesa.

Del fiel alano.

De que las zagalas tendrian envidia á Elisa.

De las avecillas que vendrian á coger el gran oen su mano.

De tejer guirnaldas.

De ver triscar á los corderillos.

De mirarse en el espejo de la clara fuente.

De las avecillas que se besan juntando los picos.

De que Víctor tenia envidia del céfiro que agitaba el caballo de Elisa.

De cuándo el sueño cerraba los párpados de Víctor.

De lo que diria el pasajero al ver la tumba de ambos amantes.

De fe jurada al pié de los altares.

De rival afortunado.

De dorada miel y blanca leche.

De dos cuerpos y un alma.

Allí se llamaba doctor al médico, lecho á la cama, mansion de los muertos al campo santo, laúd á la guitarra, templo del Señor á la iglesia, claustro al convento, casta Diana á la luna, luz febea al sol, acero á la navaja, himeneo al casamiento, y tálamo nupcial á la cama de matrimonio.

Por último, allí no habia sustantivo sin adjetivo; pues así como la soga va siempre tras el caldero, el fúnebre iba siempre tras el ataúd, el hórrido tras el espectro, el fiero tras el desden, el matador tras el veneno, el frio tras el sepulcro; y siempre se advertia que los ángeles eran del cielo, las vírgenes castas, las mariposas pintadas, las tórtolas viudas, los pajarillos parleros, las ovejas mansas, las palomas blancas, las fuentes cristalinas y los lagos azules.

VIII.

Elisa recordaba ya con vergüenza y horror aquel tiempo en que no le gustaban los hombres feos, y esta trasformacion era obra de Víctor, que poco á poco, así como quien no quiere la cosa, habia ido demostrándole que solo era propio y digno de las almas vulgares el reparar en la arpillera en

que está envuelta la holanda, y Elisa fiaba tanto mas en la opinion de su amante, cuanto que á sus ojos no era interesada, como lo hubiera sido de saber Elisa que quien sostenia aquella opinion era el renacuajo de Víctor, y no el gallardo Fernando.

«¡Ay! (la decia Víctor en una de sus cartas), anoche, apénas el benéfico sueño cerró mis cansados párpados, vino á agitar mi alma enamorada un horrible ensueño! Soñaba yo que una fatal dolencia me habia arrebatado esta que tú llamas mi gentileza, y pensé morir de dolor considerando que ya no me amarias falto de la belleza física, que mas de una vez me has dicho te enamoraba. ¡Qué será de mí, cielos, si un dia se realiza tan hórrido ensueño!»

Elisa contestaba á Víctor, ó mejor dicho, á Fernando:

«Desecha, amado mio, esas fúnebres ideas que te agitan. Si un dia olvidé tu alma para pensar en la hermosura física de que pródigamente te dotó natura, perdona á tu insensata amante ó clava un agudo puñal en mi amoroso pecho.»

Mis lectores habrán notado que ya se hablaban tú por tú ambos amantes. ¡Pues no que no! ¿En qué novela ó drama del género *sublime* no adoptan los amantes, desde la primera vez que se ven ó se escriben, el *tú*, ó cuando ménos el *vos*, aunque vivan en la calle de la Montera?

— El *vos*, me dirá el catedrático Reparos, que no conoce las novelas ni los dramas del género *sublime*, no se usa en nuestra sociedad.

— ¿Qué tienen que ver los usos de nuestra sociedad con las novelas ó los dramas?

— ¡Pues no han de tener que ver! El escritor debe pintar la sociedad tal cual es.

— La pinta tal cual en su concepto debe ser.

— Pues que empaquete sus pinturas para cuando la sociedad sea tal cual él la pinta.

— Vaya, vaya, déjenos usted en paz, señor catedrático, y sigamos nuestro cuento, que cuando el respetable público aplaude al ver en el teatro que un galan se arrodilla á los piés de una dama, á quien tal vez habla por primera vez,

bramando como un becerro: «¡Carlota, yo te amo!» ó cuando ve que los galanes no se dan barro á mano á besar las de las señoras, el respetable público sabrá lo que se hace.

El cuento es que Víctor iba gastándose un sentido con su correspondencia amorosa. Porque ya se sabe, cada carta le costaba dos napoleones como dos soles, y si no, no llegaba á su destino, por franqueo incompleto.

Perico se habia echado capa de diez duros, y la Celedonia mantilla de veinte.

Pero la casita de enfrente valia cerca de un milloncejo de reales.

IX.

Elisa estaba loca de amor y se desesperaba con no ver á su amado mas que con los ojos del alma.....

— ¡Zape, que se me va pegando su estilo!

Un dia tuvo intenciones de poner por epígrafe á su carta esta coplilla:

Cartas van, cartas vienen
por el correo.....
¿Qué hago yo con las cartas
si no te veo?

Otro dia pasó un mal rato oyendo á la Celedonia cantar:

Muchos con la esperanza
viven alegres:
muchos son los borricos
que comen verde;

porque creyó que esta copla era una alusion personal.

La pobre chica se iba quedando en los huesos pelados, tanto que su padre se alarmó, y despues de interrogarla inútilmente para saber la causa de su desmejoramiento, determinó que la viera el médico que habitualmente asistia á la familia.

El médico vió á Elisa, la interrogó, tentó por aquí, pulsó

por allí, sospechó esto, barruntó lo de mas allá, y sacó en limpio que no se sabia el mal de la chica.

— ¡Para ese viaje no necesitábamos alforjas! dijo muy quemado el padre de Elisa, y añadió para sí:

— Yo recuerdo que mi difunta, que esté en gloria, nunca queria confesarse con ninguno de los curas que venian de visita á casa. Las muchachas muchas veces tienen que revelar á los médicos secretos que les causan tanto rubor como los que revelan al confesor. ¿No es posible que esa chica no quiera revelar los suyos al médico, porque el médico viene de visita á casa? Nada, nada, haremos que venga un médico desconocido, y se encierre con ella en el gabinete, á ver si le saca del cuerpo el secreto de su mal.

Al dia siguiente encontró en la Puerta del Sol á un médico conocido suyo, y le dijo:

— Yo tengo una hija de poco mas de diez y seis años, y sin que sepamos qué es lo que tiene, se va desmejorando, desmejorando de tal modo, que me va poniendo en cuidado. El médico que asiste en casa desde que murió mi esposa, no ha podido conseguir que la chica le hable con franqueza, sin duda porque las muchachas tienen reparo en confesar sus secretos á los médicos conocidos. Yo quisiera que usted se llegase por casa, y cogiendo por su cuenta á Elisa, averiguase qué es lo que tiene.

— Con mucho gusto, contestó el médico, que era un jóven muy amable.

— Pues ahí tiene usted las señas de casa, dijo el oficial del ministerio, dándole una tarjeta.

El médico hizo un pequeño movimiento de sorpresa al leer las señas, y cada cual siguió su camino, que la mañana estaba demasiado fresca para pararse mucho en la calle.

X.

La Celedonia conocia ya de vista á D. Fernando, el novio de su señorita, á quien de vez en cuando solia ver pasar por

la calle de la Montera, pero dicho se está que nunca se habia atrevido á hablarle.

— ¡Qué hombre! decia una mañana saliendo á la compra. Cartas van, cartas vienen, y que la pobre señorita se consuma y se vuelva tísica por no ver á su novio mas que en papel! Si no fuera por temor de que la señorita le eche enhoramala y no pueda yo acabar de reunir para el vestido de gro y el pañuelo de crespon y el miriñaque de jaula, todo el dia le estaba cantando á la señorita:

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.

No, lo que es si por casualidad le veo por ahí, le hablo y le digo cuántas son cinco.

La Celedonia encontró á Perico en la esquina de la iglesia de San Luis, y recibió de él una cartita, un napoleon y un pellizco.

Al volver á casa con la compra, posó la cesta sobre una silla del recibimiento para tomor aliento y colgar en la puerta el picaporte que se habia llevado, cuando tilin tilin, la campanilla.

La Celedonia abrió, y figúrense ustedes cuál no seria su sorpresa cuando ve entrar al novio de su señorita, al buen mozo, al mismísimo D. Fernando en cuerpo y alma!

— Vamos, dijo para sí la Celedonia, esto es que la señorita le ha visto pasar, y como su papá ha salido, le ha hecho señas para que suba. Las señoritas van aprendiendo de nosotras las criadas á meter el novio en casa.

— *En tuavía* no le he dado la carta. Ande usted, désela usted, y así la recibirá de mejor mano, dijo sonriendo y en voz baja al caballero, poniéndole disimulada y precipitadamente la carta en la mano.

El caballero, aturdido, sin saber lo que la muchacha le decia ni lo que le daba, se guardó la carta sin pedir explicaciones de aquel misterio, porque Elisa, que desde la sala

habia oido preguntar por la señorita, preguntaba á su vez desde el pasillo quién era el que estaba en el recibimiento.

— ¡Fernando!! exclamó loca de contento Elisa al reconocer en el recien venido á su amante, á quien estrechó la mano con embriaguez.

El caballero se quedó como petrificado por la sorpresa al verse llamar por su nombre y tratar con aquella familiaridad por una señorita á quien nunca habia dirigido la palabra, si bien ya mas de una vez habia fijado la atencion en su hermosura.

— Vaya, vaya, dijo para sí, el mal que tiene esta desgraciada era fácil de averiguar: ¡está loca! ¡Qué lástima, señor, tan jóven y tan hermosa! Pero esta carta que me ha dado la criada y esas palabras que me ha dicho, ¿qué significan? ¿Si seré yo quien está loco?

Elisa creyó que el temor hacia enmudecer á su amante.

— No temas, Fernando, le dijo, que papá ha salido, y si viene estando tú aquí, dices que vienes á pedirle mi mano...

El médico (pues ya el ménos perspicaz habrá comprendido que aquel caballero era el médico con quien el padre de Elisa habia hablado momentos ántes en la Puerta del Sol), el médico, repetimos, sin dejar de afirmarse en su opinion de que la jóven estaba loca de remate, manifestó á Elisa, adoptando el tono de familiaridad de esta, que venia como médico á visitarla, á peticion de su padre.

Elisa continuaba hablando al médico en el tono de amante, y el médico creyendo un deber de humanidad el seguir la corriente á aquella loca ó monomaníaca, se guardó de desengañar á Elisa, pero queriendo tomarse tiempo para leer el papel que tenia en el bolsillo, y para reflexionar á solas con un poco de calma sobre lo que pasaba, dijo á Elisa que iba á visitar á un enfermo de mucho peligro, y que ántes de media hora estaria de vuelta, pues solo habia subido por saber que Elisa estaba sola, y para darla la satisfactoria nueva de que su padre les proporcionaba ocasion de verse y hablarse.

Elisa se conformó con esta explicacion, y el médico salió

de la casa, no sin que la Celedonia, al abrirle la puerta se tomase la libertad de tirarle un pellizco, diciendo:

— Tome usted, por lo que ha hecho rabiar á la pobre de mi señorita con su cobardía. ¡Buenas alhajas están todos los hombres! Con el mejor enciendan un horno.

XI.

El médico, apénas salió á la calle, se apresuró á abrir la carta que tenia en el bolsillo con sobre á Elisa.

La carta era de Víctor, y porque yo diga esto, no salte el lector con que si quiero dos cuartos por la noticia.

La carta estaba firmada por *Victor*, y no por *Fernando*.

Y hé aquí su contenido:

«Amada Elisa: mi vida ó mi muerte dependen de la manera con que acojas esta carta. Cien veces, cuantas pasaste á mi tienda, te confesé mi amor, y siempre le rechazaste, y siempre te negaste á leer una carta mia. ¿Por qué? Tú misma me lo dijiste muchas veces con noble franqueza: porque soy feo, porque reparabas en mi cuerpo, sin pensar en lo que podia ser mi alma. Si ve mi alma, dije, quizá se enamore de ella; pero para verla necesita leer mis cartas. Busqué el medio de que mis cartas no fuesen por tí rechazadas, y no encontré otro mejor que el de suponer que te las dirigia un jóven, cuyo nombre oí por casualidad, y en quien por casualidad habias tú reparado, complaciéndote en creer que tambien él habia reparado en tí. Hoy, que conoces mi alma, y creo que la tienes por lo bastante grande y hermosa para olvidar la fealdad y la ruindad del cuerpo en que se encierra, arranco la venda que habia colocado en tus ojos, y te pido de rodillas que me perdones. ¿Recuerdas lo que canta Manrique el trovador cuando está preso?

«El amor es mi delito,
y en el amar no hay baldon.»

El canto de Manrique interceda por tu amante. *Víctor.*»



Todo lo comprendió Fernando al leer esta carta.

— ¿Qué *faciendum?* se dijo. Esa chica es guapa, parece buena, es de buena familia, y está locamente enamorada *de mí.* Si la desengaño, quizá se muera de pena y de vergüenza. ¿Me *conviene* casarme con ella? Sí. ¿*Debo* casarme con ella? Sí. Ahora pensemos en el que tiraba la piedra y escondia la mano, que por las señas debe ser el Cacaseno de la tienda de enfrente. ¿Falto á los deberes de hombre honrado suplantando al que me ha suplantado? No. El que tan villanamente ha jugado con una niña honrada y crédula y un caballero pundonoroso, ¿merece un ejemplar castigo? Sí. Me caso, pues, y así acabo de olvidar á aquella artificiosa coqueta que me daba una cita para su ida á San Luis, y á otro la daba para su salida.

El médico volvió á casa de Elisa, con quien se expresó como si las cartas de Víctor hubieran sido suyas.

Pocos momentos despues llegó el oficial del ministerio, á quien Fernando confesó su amor á Elisa, y el que le concedió la mano de Elisa con mucho gusto y fina voluntad.

XII.

Unos cuantos dias hacia que Víctor andaba cabizbajo, porque Elisa no le contestaba.

Perico se presentó en la tienda, y llamó aparte á Víctor.

— Don Víctor, le dijo, mil demonios me lleven si el que se fia en mujeres no merece que le echen el acial.

— ¿Por qué dices eso?

— Por lo que le pasa á usted.

Víctor se amoscó al ver que el asturiano se mostraba enterado de sus desgracias amorosas.

— ¿Y quién te dice á tí, pedazo de animal, que á mí me pasa nada malo? ¿No te ha dado la Celedonia carta ninguna?

— ¿Qué carta me ha de dar si me ha dicho que la monuela de su señorita se casa hoy mismo?

— ¿Que se casa hoy??? repitió Víctor con tres interrogantes, y poniéndose como la cera.

— Justo y cabal. Miéntras le hacia cara á usted, se la hacia tambien á otro.....

Perico se interrumpió al ver que paraban unos coches á la puerta de la casa de enfrente.

De uno de aquellos coches bajaron Elisa y Fernando, radiantes ambos de felicidad, porque acababan de casarse.

— Mire usted, mire usted, D. Víctor, continuó Perico, aquel buen mozo que le da la mano para bajar del coche, es el que le ha desbancado á usted; pero no le dé á usted cuidado, que ella lo pagará. Don Víctor, el que va por camino torcido ....

Víctor no escuchaba ya al ganapan: se habia ido á la trastienda, y allí calculaba si le tendria cuenta echarse un cordelito al cuello, dar cuatro zapatetas en el aire, y agur!

— ¿Y qué resolvió por fin?

— Por fin resolvió vivir para ver.

— ¿Y qué ha sido de él?

— ¡Qué ha de ser! ¿Ven ustedes á ese que hoy con un nombre, mañana con otro, escribe pestes de las mujeres? Pues ese es Víctor.

LA MUJER DEL ARQUITECTO.

I.

Si fuera lícito añadir una bienaventuranza á las ocho del catecismo, yo añadiria lo siguiente:

«¡Bienaventurados los que se casan con una mujer prudente, que de ellos será la felicidad doméstica!»

Y si fuera lícito ilustrar con notas históricas las bienaventuranzas, yo pondria á la novena la siguiente nota histórica:

A mediados del siglo XIV sitiaba el bastardo Don Enrique de Trastamara á Toledo, que se defendia tenaz y valerosamente, fiel al rey apellidado por unos Cruel y por otros Justiciero.

Muchas veces los valientes y leales toledanos habian atrevesado el magnífico puente de San Martin, una de las joyas arquitectónicas mas preciosas y mas útiles que poseia la ciudad monumental, y lanzándose sobre el real de D. Enrique, establecido en los Cigarrales, habian causado sangriento destrozo en la hueste sitiadora.

Para impedir la repeticion de tales salidas, D. Enrique determinó destruir el puente de San Martin.

El puente, como hemos dicho, era una joya preciosa, de las muchas que formaban el cinturon de la ciudad de los mártires, de los concilios y de los caballeros; pero ¡qué valor tienen los monumentos artísticos ó históricos á los ojos de los ambiciosos politícos que sueñan con sepultar su puñal en el corazon de un hermano para sentarse en el trono que este ocupa!

Sabido es que los Cigarrales de Toledo, á cuya celebridad tanto han contribuido Tirso y otros de nuestros grandes poetas,

son multitud de cercados que encierran lindas casas de recreo, jardines y huertos, poblados de hermosos árboles frutales.

Una noche los frondosos árboles de los Cigarrales fueron talados por los soldados de D. Enrique, y amontonados sobre el puente de San Martin.

El alba empezaba á despuntar, cuando un vivísimo resplandor alumbró los huertos devastados, las ondas del Tajo, las ruinas del palacio de D. Rodrigo, y la torrecilla árabe que hoy reproducen aun las ondas del rio, y á cuyo pié es fama que se bañaba la hija de Don Julian cuando el desdichado rey puso los ojos en su funesta hermosura.

Una inmensa hoguera ardia sobre el puente de San Martin, y el estallido de los fuertes sillares labrados con todos los primores del cincel que creó las maravillas de la Alhambra, parecia el lastimero quejido del arte oprimido por la barbarie.

Los toledanos, despertados por aquel siniestro resplandor, corrieron á salvar el hermoso puente de San Martin de la inminentísima ruina que le amenazaba; pero corrieron inútilmente, porque un espantoso crujido que resonó lúgubremente en las hondonadas y revueltas del Tajo, les advirtió que el puente no existia.

¡Así era en efecto! Cuando el sol vino á dorar las cúpulas de la ciudad imperial, las doncellas toledanas que bajaban al rio á henchir sus cántaros de agua fresca y cristalina, tornaban con los cántaros vacíos y el alma indignada y triste, porque la corriente del Tajo se precipitaba turbia é hirviente, arrastrando en sus furiosos remolinos las ruinas del puente de San Martin, humeantes aun.

La indignacion popular no tuvo entónces límites, porque el puente de San Martin era para los toledanos el único paso directo á aquellos centenares de paraísos denominados Cigarrales, que heredaron de los árabes al heredar la pasion que estos tenian por las huertas y jardines. Su valor, que se iba debilitando, cobró inesperados brios, y el real de Trastamara no tardó en verse sañudamente embestido por los sitiados, que hicieron huir á los sitiadores, cuya sangre regó á torrentes los Cigarrales.

II.

Habian pasado muchos años desde que el fratricida de Montiel destruyó el puente de San Martin.

Reyes y arzobispos habian mostrado gran empeño en verle reemplazado por otro que le igualase en hermosura y solidez; pero el ingenio y la constancia de los mejores arquitectos cristianos y árabes no habia conseguido satisfacer el ardiente anhelo de los toledanos, porque la rápida corriente del rio arrastraba andamios, y cimbra y puente, ántes que los gigantescos arcos de este fuesen terminados.

D. Pedro Tenorio, uno de los grandes arzobispos á quien, como dice el Sr. de Latour en su precioso libro denominado *Toledo y las orillas del Tajo*, debe Toledo casi tanto como á sus reyes, echó pregones por todas las ciudades y villas de España, así cristianas como árabes, convocando arquitectos capaces de reedificar el puente de San Martin.

Un dia, un hombre y una mujer, completamente desconocidos, penetraron en Toledo por la puerta del Cambron, y despues de examinar las ruinas del puente de San Martin, alquilaron una casa deshabitada, no léjos de las mismas ruinas. Pasadas pocas horas, el hombre se encaminó al palacio arzobispal.

A la sazon conversaba el arzobispo con muchos prelados, y sabios y caballeros, que se complacian en rodearle contínuamente, atraidos por su sabiduría y su virtud. Su alegría fué grande cuando uno de sus familiares le anunció que un arquitecto llegado de luengas tierras solicitaba la honra de comparecer en su presencia.

El arzobispo se apresuró á dar audiencia al forastero.

Era este jóven aun; pero la meditacion, y quizá los infortunios, le habian tornado anciano ó poco ménos.

Despues de devolverle benévolamente el saludo, Don Pedro le ofreció un asiento frente por frente del suyo.

— Señor, dijo el forastero, mi nombre, que debe seros completamente desconocido, es Juan de Arévalo, y de profesion soy arquitecto.

— ¿Os trae por ventura el pregon que por toda España hemos mandado echar llamando arquitectos bastante diestros para reedificar el puente de San Martin, que en lo antiguo daba paso desde esta noble ciudad á allende el rio?

— Ese pregon me trae á Toledo.

— ¿Conoceis las dificultades que ofrece la reedificacion del puente de San Martin?

— Las conozco, señor, y me creo capaz de vencerlas.

— ¿Dónde habeis estudiado?

— En Salamanca.

— ¿Y cuáles son las fábricas que acreditan vuestra pericia?

— Ninguna.

El arzobispo hizo un gesto de disgusto y desconfianza. El forastero lo notó, y se apresuró á añadir:

— Soldado durante mi mocedad, obligáronme las dolencias á dejar la azarosa vida de las armas, y tornando á Castilla, mi patria, dediquéme con ardor al estudio de la arquitectura, primero con la teoría y luego con la práctica.

— Siento mucho que no podais señalar fábrica alguna que acredite vuestra inteligencia.

— Algunas hay sobre el Tórmes y el Duero que honran á otros, y debieran honrar al que os importuna.

— No os comprendo.

— Era yo pobre y oscuro, y solo encontré donde ganar pan y honra, renunciando á otros la honra y contentándome con el pan.

— Duéleme mucho que no tengais medios de asegurarnos que si fiamos en vos, no fiaremos en vano.

— Uno tengo que espero os satisfaga.

— ¿Y cuál es?

— Mi vida.

— Explicáos.

— Cuando desaparezca la cimbra del arco mayor del puente de San Martin, el arquitecto que le haya dirigido estará sobre la clave del arco.

— Acepto el trato que me proponeis.

— Y yo le cumpliré, señor.

El arzobispo estrechó la mano del arquitecto, y este se dirigió á su casa dando visibles muestras de alegría.

La mujer que habia llegado con Juan de Arévalo, á Toledo, jóven aun y hermosa á pesar de los padecimientos que habian trabajado su hermosura, le esperaba con ansia á la ventana, y salió presurosa á su encuentro.

— ¡Catalina, mi Catalina! exclamó el arquitecto, abrazando con alegría á su esposa, entre estos monumentos que decoran á Toledo, habrá uno que trasmita á la posteridad el nombre de Juan de Arévalo.

III.

Ya no podian los toledanos decir al acercarse al Tajo por aquellas escarpadas rocas y aquellos derrumbaderos, donde en otro tiempo se ostentaban en artificiosas ramblas los jardines de Florinda, «aquí fué el puente de San Martin»; que el puente de San Martin, si bien afianzado aun por sólidos andamios y cimbras, se alzaba ya sobre las ruinas del antiguo.

El arzobispo D. Pedro Tenorio y los mismos toledanos colmaban de ricos presentes al afortunado y hábil arquitecto que habia conseguido cerrar los tres arcos del puente á pesar de las furiosas avenidas del rio y de lo gigantesco y atrevido de la fábrica.

Víspera de la fiesta de San Ildefonso, patron de la ciudad, Juan de Arévalo anunció al arzobispo, que para dar por terminada su obra, solo faltaba quitar las cimbras de los tres arcos, cuyos huecos ocupaban complicados y fuertes andamiajes de madera de pino.

La alegría del arzobispo y del pueblo fué grande. La separacion de los andamios y cimbras en que se apoyaba aquella enorme masa de sillares delicadamente labrados, era prueba peligrosísima; pero la tranquilidad con que esperaba la terrible prueba el arquitecto comprometido á esperarla colocado sobre el arco central del puente, inspiraba á todos plena confianza.

La solemne bendicion é inauguracion del puente de San Martin se anunció para el siguiente dia con pregones y el repique de todas las campanas de Toledo; y los toledanos, desde las alturas que dominan la cuenca del Tajo, contemplaban con regocijo y emocion sus hermosos Cigarrales, que durante muchos años habian permanecido tristes, solitarios, casi abandonados, é iban á recobrar desde el dia siguiente su antigua animacion y su hermosura.

Cerca de anochecer, Juan de Arévalo subió á los andamios del arco central del puente con objeto de dejarlo todo dispuesto para la operacion que la mañana siguiente debia verificarse. Cantaba alegremente conforme los recorria; pero de improviso desapareció el canto de sus labios y la alegría de su rostro, y se encaminó á su casa lleno de tristeza y desaliento.

Catalina, su mujer, salió á recibirle llena de contento y amor; pero una horrible palidez cubrió su rostro al notar la que cubria el rostro de su marido.

— Oh, Dios mio, exclamó llena de espanto, ¿vienes enfermo?

— No, Catalina mia! contestó Juan procurando disimular su desaliento.

— ¡No me lo niegues, que tu rostro lo revela!

— La tarde ha sido muy fria y el trabajo excesivo.....

— Ven, ven cerca del hogar, donde el calor y la cena te tornarán la salud y la alegría.

— ¡La alegría!..... murmuró Juan con profundo dolor, miéntras su mujer se ocupaba en preparar la cena junto al fuego en que ardian secas astillas de encina.

Juan hizo un gran esfuerzo para vencer su tristeza y su inapetencia, pero le hizo inútilmente.

— Por primera vez en tu vida me ocultas un pesar! le dijo Catalina. ¿Acaso no te parezco ya digna de la confianza y el amor que siempre te he merecido?

— Catalina, no me agravies dudando del amor que te tengo.

— No puede haber amor donde no hay confianza.

— Respeta por tu bien y el mio el secreto que te oculto.

— Tu secreto es un dolor muy profundo, y quiero saberle para procurar aliviarle.

— ¡Aliviarle! ¡es imposible!

— Para un amor como el que yo te tengo no hay imposibles.

— Pues bien: mañana perderé honra y vida, que se derrumbarán al rio con la fábrica que con tanto afan y tantas esperanzas he alzado!

— ¡No, no! exclamó Catalina estrechando en sus brazos á su marido con intenso amor, y ahogando dentro de su corazon el dolor que aquella revelacion le causaba.

— Sí, cuando mi confianza en el triunfo era mayor, he descubierto que un error en mis cálculos va á sepultar mañana en el Tajo el puente y el que le ha ideado y dirigido.

— El puente bajará á las ondas, no tú, amor mio, que yo pediré de rodillas al noble cardenal que no te consienta cumplir tu horrible promesa.

— Vano será que lo pidas, porque aunque acceda á tu ruego, yo no quiero vida sin honra.

— Vida con honra tendrás, dijo Catalina con resolucion.

IV.

Cantaban ya los gallos.

Catalina aparentaba dormir, y su marido, rendido por el dolor y el trabajo, dormia hacia algunos instantes por mas que su sueño fuese una especie de pesadilla.

Catalina se levantó procurando no hacer ruido ni aun con su aliento, y se dirigió á la cocina.

La ventana de la cocina daba hácia el Tajo y Catalina se asomó á ella.

La noche estaba muy oscura y algunos relámpagos brillaban de vez en cuando.

Hácia la cuenca del Tajo no se oia mas ruido que el de la corriente del rio y el del viento que silbaba en el andamiaje del puente de San Martin.

Catalina volvió á cerrar la ventana procurando tambien no

hacer ruido alguno. Entre los tizones medio apagados del hogar escogió uno y se dirigió con él á la calle, aun sin atreverse á respirar.

¿A dónde iba? ¿Llevaba aquel tizon encendido para alumbrarse en la densa oscuridad que la rodeó apénas salió de casa? A pesar de ser la oscuridad tan profunda y tan peligroso recorrer á oscuras el terreno á donde Catalina se lanzaba, Catalina procuraba ocultar con el manto en que se habia envuelto la lumbre que podia preservarla de caer por uno de aquellos derrumbaderos que arrostraba con un valor increible en su delicada constitucion.

Despues de muchos riesgos y muchos trabajos llegó al puente de San Martin, en cuyos arcos seguia silbando el viento y en cuyos estribos seguia bramando el rio irritado por no poder vencer aquel obstáculo de que primero le libró Trastamara y luego se habia librado él mismo repetidas veces.

Acercóse Catalina al estribo del puente y no pudo reprimir un estremecimiento de horror. Tal vez era porque se hallaba al borde de aquel abismo donde el agua rugia; tal vez porque su mano, acostumbrada solo á hacer bien, blandia en aquel instante una antorcha destructora; tal vez porque en aquel instante retumbó un espantoso trueno; tal vez, en fin, porque á los ojos de los que no comprenden los sacrificios del amor, el crímen la habia conducido allí.

Aventó el tizon que hasta entónces habia procurado ocultar y le aplicó al andamio. La madera resinosa comenzó á arder, y la llama, impulsada por el viento, trepó inmediatamente por el andamiaje envolviéndole con espantosa rapidez.

Con no menor y á beneficio de la luz de los relámpagos y la llama que envolvia ya los tres arcos del nuevo puente, atravesó Catalina el espacio que la separaba de su casa en la que volvió á entrar procurando no hacer ruido al abrir y cerrar la puerta.

Su marido dormia aun.

Catalina se desnudó á oscuras y volvió á acostarse al lado de su marido, en tanto que el fuego hacia estallar con horrible estrépito los sillares del puente de San Martin.

Poco despues un sordo y prolongado murmullo se alzó en toda la ciudad, y en cien campanarios resonó el lúgubre toque de fuego, al que siguió un estallido inmenso que arrancó á los toledanos el mismo grito de dolor que exhalaron cuando el puente de San Martin se hundió bajo la hoguera encendida sobre él por D. Enrique el Bastardo.

Juan de Arévalo despertó sobresaltado. Catalina estaba á su lado, al parecer dormida. Vistióse Juan apresuradamente é iba á lanzarse á la calle cuando comprendió con alegría que el fuego habia determinado el hundimiento del puente.

Lo mismo el arzobispo que los toledanos atribuyeron á la casualidad ó al fuego del cielo el incendio, y si gran dolor les causó la pérdida del puente, se le causó mayor aun la desesperacion en que suponian sumida el alma del arquitecto por aquella pérdida que era para él la de un gran triunfo.

Los toledanos no supieron nunca si el fuego del cielo ó el fuego casual habia destruido el puente; pero Juan de Arévalo, que siempre habia sido bueno y creia que los buenos alcanzan la proteccion de Dios, no vaciló un instante en creer que el puente habia sido destruido por el fuego del cielo.

Catalina le dijo que ella era de la misma opinion. Dios no debe tomar en cuenta una mentira á la mujer que ha salvado con ella la vida y la honra de su esposo.

El incendio del puente nuevo solo retardó un año el triunfo de Juan de Arévalo, que un año despues, dia tambien de San Ildefonso, los toledanos iban por el puente de San Martin á visitar sus hermosos Cigarrales, y el arzobispo Don Pedro Tenorio, teniendo sentado á su diestra á Juan de Arévalo, en cuyo obsequio daba un magnífico banquete, decíale á Catalina:

— Si para otros á las tres es la vencida, para vuestro esposo y amado amigo nuestro Juan de Arévalo, la vencida es á las dos.

OFERO.

I.

Hay en una colina del valle donde yo nací y pasé la niñez, un barriecillo de cuatro ó cinco casas, que lleva el nombre de San Cristóbal. En una hermosa pradera, que se extiende entre el rio y el pié de la colina de San Cristóbal, hay una ermita consagrada á San Antonio, en cuyo pórtico jugaba yo con frecuencia cuando niño.

Entre las imágenes que á traves de la verja de hierro contemplaba yo en aquella ermita, habia una que llamaba extraordinariamente mi atencion: era la de San Cristóbal, representado en forma de un gigante que atraviesa un rio, apoyándose con una mano en un árbol arrancado al parecer para servirse de él como de un báculo, miéntras con la otra mano sujeta en su hombro á un niño casi desnudo como el gigante.

O no pedí cuando niño noticias de la vida de San Cristóbal, ó si las pedí, no hubo quien me las diese, pues es lo cierto que salí del valle natal sabiendo únicamente que aquel santo gigante que llamaba mi atencion en la ermita de San Antonio, era San Cristóbal.

Al volver, pasados muchos años, á mi valle natal, empecé á recorrer todos aquellos sitios, cuyo recuerdo se conservaba mas indeleble en mi imaginacion, y me encaminé una mañana á la ermita de San Antonio.

Entónces, aunque ignoraba las muchas cosas que aun ignoro, ya habia leido el *Año cristiano* y el *Martirologio*, por los cuales sabia, entre otras cosas relativas á San Cristóbal, que este padeció martirio por la fe en Licea en el siglo III de la era cristiana. Sin embargo, me así á la verja de la

ermita como en otro tiempo, y me puse á contemplar aquellas imágenes con infinita curiosidad, y aun pudiera decir con infinita emocion.

Ya mis ojos no eran solo los del cristiano ó el curioso, que eran tambien los del artista. La imágen de San Cristóbal me parecia de una época muy anterior á las de los demas santos que se veneran en aquel templo: la primera, groseramente tallada, parecia hecha solamente para satisfacer las exigencias de la fe, y las segundas, talladas con mucha perfeccion, parecian hechas para satisfacer las exigencias de la fe y el arte.

De repente oí pasos detras de mí, y volví la cara. Un anciano, que un momento ántes habia visto cavando en un huertecillo inmediato á la ermita, llegaba al pórtico con su azada en la mano, y me saludó cariñosamente, pues tenia motivos para quererme: estos motivos eran el haberme dado en otros tiempos mas de cuatro pescozones por haberme cogido tirando piedras al campanario de la ermita para tocar por aquel nuevo método la campana.

El anciano habia sido casi toda su vida, y aun era, ermitaño de San Antonio, come allí dicen, ó santero, como decimos en Castilla mas irreverentemente.

— ¿A que acierto, me dijo, cuál de todos los santos que hay aquí te llama mas la atencion?

— ¿Cuál?

— No es San Antonio, aunque es tu santo, y parece que está hablando, ni es Santa Ana, aunque es abuela de Cristo, y tú debes querer mucho á las abuelas, pues la tuya andaba dos leguas todos los domingos para traerte la torta que te hacia y te cocia todos los sábados: es San Cristóbal.

— Tiene usted razon. Esa imágen es muy antigua, ¿no es verdad?

— Tan antigua como Adan y Eva.

— Ya podia usted contarme todo lo que sepa de ella.

— Con mil amores te lo contaré. Pero ántes de todo, dáme una pipada de ese rico tabaco que fumais los *madrileños*.

Sonreíme al oir el falso testimonio que el santero levantaba á quien provee de tabaco los estancos de Madrid, y alargando al anciano una hoja del que yo me habia apresurado á comprar al entrar en Vizcaya, consideré suficientemente pagada la siguiente relacion, de cuya forma y fondo respondemos, yo ante la ley, y su autor ante la historia y el buen gusto.

II.

«Pues señor, has de saber que allá en un pueblecillo de Francia ó no sé dónde, habia un mozo llamado Ofero, mas pobre que las ratas y mas grande que la esperanza.

Ofero, en lo tocante á religion, se habia criado como un animal, pues ni siquiera le habian enseñado que hay Dios.

Entró á servir á un vecino tan pobre como él, y si ántes pasaba las penas del purgatorio, despues pasaba las penas del infierno.

Ofero tenia cuerpo y fuerza por tres, y su amo, que ademas de pobre era avaro, no le daba de comer por uno, aunque le hacia trabajar por seis.

Un dia, cansado ya de ayunar y echar el cuajo, entró á cuentas consigo, y dijo:

— Vamos á ver, ¿qué hago yo en esta casa? Cuidado que tengo la suerte mas negra que hombre tiene en este mundo! Si sigo en esta casa un mes mas, me voy á poner como un fideo, y adios mis fuerzas y mis chichas que son todo mi patrimonio; pero si salgo de ella, ¿á dónde voy á pedir trabajo?

— ¿A dónde has de ir? le contestó un vecino que escuchaba sin que Ofero hubiera reparado en él. A mi casa, donde comerás con arreglo á lo que haya, y trabajarás con arreglo á lo que comas. ¿Te àgrada mi proposicion?

— Me agrada, contestó Ofero, y aquel mismo dia mudó de amo.

El nuevo amo de Ofero era un excelente sujeto, y no un



avaro como el otro; pero resultaba que con las mejores intenciones tenia rabiando de hambre al criado, por la sencilla razon de que tambien rabiaba el amo.

Ofero, que tenia la pícara costumbre de las personas de comedia, de hablar alto cuando estaba solo, iba una mañana á trabajar al campo, hablando del modo siguiente:

— El almuerzo que mi amo me ha dado hoy, ha consistido en una patata asada y un trago de agua fresca. Buenas estais, tripas mias, buenas, buenas!..... ¿Qué va á que mi amo me acostumbra á vivir sin comer? Vaya, que estoy divertido con los amos á quienes sirvo! ¡Suerte mas negra que la mia!..... Si uno me mataba de hambre, el otro me mata de necesidad. Caramba, esto no puede seguir así. Pero ¿cómo me las he de componer para que siga de otro modo?

— ¿Cómo? dijo una vocecita temblona que salió de una enramada que habia á la orilla del camino. Buscando un amo que te dé bien de comer.

— ¿Y dónde está ese señor? preguntó Ofero mirando hácia la enramada, á cuya sombra vió á una vieja mas fea que Picio y mas negra que la pez.

— Quien no tiene igual en cuerpo, debe servir al que no tenga igual en poder.

— ¿Y dónde está ese?

— Búscale, y le encontrarás.

— Pues á buscarle voy, abuelita; y Dios le pague á usted el consejo.

Ofero, en lugar de ir á trabajar en las tierras de su amo, emprendió un camino que conducia á tierras muy distantes, y hala, hala, se fué alejando de donde tanta gazuza habia pasado.

El hambre comenzaba á atormentarle de modo que veia ya cercano al momento en que no pudiera continuar su jornada.

— ¡Por vida de dios Baco! exclamó, sentándose casi desfallecido al pié de un castaño. Reniego de mi negra suerte!... ¿Quieren ustedes apostar á que me muero de hambre ántes de encontrar amo alguno á quien servir?

— ¡Abre la boca! dijo una vocecilla temblorosa como la que habia oido en la enramada.

Y al alzar la vista á lo alto del castaño, vió á la mismísima vieja de la enramada sentada nada ménos que en la rama mas alta del castaño. La vieja tenia entónces el color un poco mas claro, lo cual podia muy bien ser efecto de haberse lavado la cara.

— ¿Qué hace usted ahí, abuelita? le preguntó Ofero asombrado.

— Estudiando el mundo, contestó la vieja.

— ¡Anda salero! ¿Acaso para estudiar el mundo hay que colocarse mas alto que él?

— Y el que así no lo haga le estudiará muy mal.

— Será verdad, abuela; pero tambien lo es que yo me estoy muriendo de hambre.

— Te repito que abras la boca.

Ofero abrió una boca tan grande como la de un horno. La vieja sacudió la rama en que estaba sentada, y cayó media fanega de castañas gordas y sabrosísimas, con las cuales Ofero sacó un poco la tripa de mal año; y digo que un poco, porque Ofero tenia la desgracia de no hartarse nunca, aunque comiera hasta alcanzarlo con el dedo.

— Gracias, abuelita, dijo Ofero cuando ya se iba reponiendo con las castañas, y como no oyese el acostumbrado «no hay de qué darlas», alzó la vista al castaño, y vió con asombro que la viejecita habia desaparecido.

— ¡Vaya, dijo, y luego quieren que uno no crea en brujas!

Y en seguida continuó su camino animadísimo y fortalecido con el remiendo que habia echado á su estómago.

III.

Ofero llegó á un pueblo donde habia un gran palacio, y preguntó á qué altura estaba de poder el que aquel palacio habitaba.

— No hay en el mundo quien le iguale en poder y riquezas, le contestaron.

— Pues, señor, ya encontré lo que buscaba si ese señor me quiere tomar á su servicio, dijo Ofero lleno de alegría, y se encaminó inmediatamente al palacio.

El poderoso señor que habitaba allí aceptó inmediatamente sus servicios, porque era muy aficionado á la caza, y consideró á aquel gigante como llovido del cielo para reemplazar á su montero, que el dia anterior habia sido merendado por un oso.

— Tú traerás ganas de comer, ¿no es verdad? preguntó á Ofero su nuevo amo.

— Así, así, señor, contestó Ofero encandilándosele dos ojos de alegría.

— Pues anda al comedor, y díle al ama de gobierno que te saque la tripa de mal año.

Ofero se dirigió al comedor, y con sorpresa suya se encontró con que el ama de gobierno era ni mas ni ménos la viejecita de la enramada y el castaño, con la sola diferencia de que el color de su cara era ya mucho ménos negro.

— ¡Usted tambien por aquí, abuelita! exclamó Ofero al verla.

— Come y calla, que tu suerte lo dispone así, replicó la vieja, indicándole una mesa cubierta de ricos y abundantes manjares.

Ofero calló y comió hasta alcanzarlo con el dedo; pero, por supuesto, sin conseguir hartarse.

Siguiendo en su maldita costumbre de personaje de comedia, de hablar consigo mismo en voz alta, exclamó cuando se vió, quizá por la primera vez de su vida, con la tripa medio llena:

— ¡Bien haya mi suerte!

— ¡Gracias! contestaron á su espalda, y al volverse para ver quién le daba las gracias, se encontró solo con el ama de gobierno.

Al dia siguiente su amo y él se fueron de caza á unos espesísimos bosques que estaban á la vista del pueblo.

A la caida de la tarde se sentaron á merendar y descansar en un alto.

— Ofero, dijo el poderosísimo señor cuando hubieron despachado la merienda, es menester que nos pongamos inmediatamente en camino, porque si no va cerrar la noche ántes que lleguemos á casa.

— Señor, contestó Ofero, examinando con la vista el espacio que los separaba del pueblo, no tenga usted cuidado, que, por poco que caminemos, hemos de bajar de dia á casa.

— Eso seria si bajásemos todo derecho.

— Y ¿por qué no hemos de bajar, señor?

— Porque yo no quiero pasar por la Barranca del Diablo, que así se llama esa hondonada que ves allá abajo.

— ¿Y por qué se llama así?

— Porque dicen que habita el diablo en ella.

— Y aunque habite, ¡quién teme al diablo, señor!

— Calla, calla, Ofero, que quien no teme al diablo es un necio!..... interrumpió á Ofero su amo, temblando y poniéndose mas blanco que el papel.

— Pero, señor, ¿usted le teme?

— ¡No le he de temer!

Ofero dijo entónces para sí, pero lo dijo abandonando, quizá por la primera vez de su vida, la maldita costumbre de los personajes de comedia, de pensar en alta voz:

— ¡Hola, hola, con que mi amo teme al diablo! Pues si le teme, el poder del diablo es mayor que el suyo, y yo debo seguir al pié de la letra el consejo de la viejècita de márras, ya que con él me ha ido perfectamente hasta aquí: «Quien no tiene igual en cuerpo, debe servir á quien no tenga igual en poder.» Esto fué lo que la vieja me dijo, y esto es lo que debe servirme de regla en toda mi vida.

Ofero acompañó á su amo hasta casa; cenó magníficamente y en seguida, como quien no quiere la cosa, se salió al campo y tomó el camino de la Barranca del Diablo.

La noche estaba oscurísima; pero Ofero, aunque cayendo aquí y tropezando allá, llegó al fin al término de su jornada.

Aunque así como no tenia idea de Dios, tampoco la tenia del diablo, no dejaron de causarle algun disgusto una lucecilla de color inexplicable que distinguieron sus ojos, y un

olor á azufre que percibió su nariz al acercarse á la Barranca, pues se paró un momento exclamando:

— ¿Qué diablo de luz será aquella, y de dónde vendrá este endemoniado olor?

IV.

Ofero avanzó por la Barranca adentro, siempre guiado por aquella singular lucecilla, y al cabo se encontró á la puerta de una caverna, que era de donde la luz salia.

— *¡Deo gracias!* gritó dando en el suelo con el tronco de un roble, que se habia echado por baston para no romperse el bautismo (el bautismo era lo único que Ofero tenia de cristiano) en aquellos andurriales.

Un ruido infernal de patadas, de maldiciones y de rechinamiento de dientes, contestó á su piadosa exclamacion, é inmediatamente salió á la puerta un caballero vestido de negro, tan irritado que echaba lumbre por los ojos.

— ¿Qué se ofrece? preguntó el de lo negro en tono amenazador.

— Aunque usted perdone, caballero, ¿vive aquí el diablo?

— Estás hablando con él.

— Pues yo venia á ver si le hacia á usted falta algun criado.

— Todos se empeñan en servirme; pero..... qué diablo, tienes buena pinta y me voy á quedar contigo. Si te portas bien, milagro será que no te calces la plaza de mi secretario particular.

— ¡Gracias, señor!

— No hay de qué darlas. Pues adelante, y díle á la muchacha que te dé de cenar.

Ofero, que nunca se veia harto, no rehusó una segunda cena, y penetró en la que él creia una caverna y era un palacio soberbio.

Lo que mas le asombró fué el infinito número de personas de todas clases, edades y jerarquías que servian al diablo.

Al ver que entre los servidores del diablo habia hasta un

emperador, á Ofero no le quedó ya duda de que el diablo no tenia igual en poder.

Volviendo á su condenada costumbre de pensar en alta voz, ¿dónde estará, se preguntó, la muchacha que me ha dicho el amo me ha de dar de cenar?

Y dirigiéndose á un numeroso grupo de servidores del diablo, que se entretenian en quitarse el pellejo unos á otros, repitió esta pregunta sin que nadie le contestase.

— ¿Están ustedes sordos? preguntó muy amoscado, creyendo que tenian á ménos el contestarle.

— No haga usted caso de esos, le dijo un criado que iba de paso hácia las habitaciones interiores. Esos no ven ni oyen mas que á los que desuellan, porque están siempre pensando en las musarañas. Véngase usted conmigo, que yo le diré á usted quién es la que aquí llamamos la muchacha.

Ofero fué conducido al comedor, donde en efecto estaba la muchacha. Con indecible asombro se encontró con que la muchacha era la viejecita de la enramada, del castaño y del palacio.

La cara de la vieja era aun mas negra y mas arrugada que cuando la vió por primera vez.

— Abuelita, exclamó Ofero, ¿usted tambien sirve al diablo?

— ¿Y quién es el que no le sirve?

— Y á propósito de servir, no me vendria mal que usted me sirviera una buena cena, que el amo me ha mandado que venga á pedírsela á usted.

— Voy á complacerte.

En efecto, la abuelita sirvió á Ofero una cena abundantísima; pero Ofero tampoco se vió aquella noche harto, porque padecia hambre canina.

A la mañana siguiente, le llamó su amo y le dijo que se dispusiera para acompañarle á un pueblecito cercano, hácia donde poco despues se encaminaron ambos.

El pueblo se llamaba Valpacífico, nombre que con mucha propiedad se le habia dado, por la union y la paz que reinaban perpétuamente entre sus moradores.

El diablo iba á llevar á estos una real órden, que con su

gran influencia habia obtenido del gobierno, y por la cual se concedia á los habitantes de Valpacífico el derecho de elegir un diputado á cortes.

El único temor que el diablo llevaba era que los de Valpacífico le recibiesen con repique de campanas, cosa que le hubiera mortificado mucho, porque era un señor muy modesto, no agraviando lo presente; pero de órden suya, Ofero se adelantó á rogarles que no hiciesen tal disparate, y las campanas permanecieron calladas.

Por los mismos habitantes de Valpacífico supo Ofero que su amo era hombre tan influyente, que los ministros de todos los países le servian aunque fuese de cabeza.

Al regresar del pueblo, el diablo venia lleno de satisfaccion, y sacando el *fungueiro*, se puso á tomar un polvo.

Ofero, como he dicho, no sabia quién era Dios ni quién era Santa María, pero le invocaba muchas veces maquinalmente. Así es que al ver estornudar á su amo, se apresuró á decir:

— ¡Dios le ayude!

Si se hubiera oido llamar perro judío no se hubiera puesto el diablo tan furioso como se puso al oir decir á Ofero que Dios le ayudase.

— ¡Bribon! exclamó echando llamaradas por los ojos y temblando como un azogado; si vuelves á pronunciar ese nombre, te echo con doscientos mil demonios!.....

— Señor, usted ha de perdonar, replicó Ofero; pero cuando álguien estornuda, todo el mundo dice.....

— ¡Calla, condenado!..... le interrumpió el diablo tapándole la boca con la mano y empezando de nuevo á temblar.

Ofero calló, y ambos continuaron su camino.

Ofero habia descubierto que su amo temia á Dios, y que por consiguiente, el poder de Dios era mayor que el de su amo. En su consecuencia, determinó largarse á ofrecer á Dios sus servicios.

V.

Así que llegaron á casa Ofero y su amo, Ofero se dirigió al comedor, porque tenia una gazuza espantosa.

Allí encontró á la viejecita, cuya cara estaba ya ménos negra y arrugada que por la mañana, cosa que le sorprendió mucho, pero cosa en que se ocupó poco, porque llamaba mas su atencion una excelente comida que la vieja se apresuró á servirle.

Ofero comió mucho; pero segun costumbre, no se vió harto.

A la mañana siguiente se alejaba de la Barranca del Diablo en busca de Dios.

Atravesando campos desiertos, se encontró con unos chicos, que sin duda venian de la escuela, y les preguntó:

— Chiquitos, ¿sabeis quién es Dios?

— ¡Pues no hemos de saber! contestaron los chicos, y se pusieron á cantar en coro:

— Es un señor infinitamente bueno, sabio, justo, poderoso, principio y fin de todas las cosas.

Ofero continuó su camino lleno de alegría con los informes que acababa de recibir de su futuro amo.

Andando, andando, descubrió un profundo valle, por cuyo fondo corria un rio.

Al lado opuesto del rio habia un gran edificio con una altísima torre, en la que sonaban á la sazon unas campanas.

Ofero se encontró con un pastor que estaba apacentando su rebaño á la orilla del camino, y que al verle dirigirse hácia donde sonaban las campanas, le dijo:

— Va usted á la casa de Dios, ¿no es verdad? Bien hecho. Yo tambien iria si me fuese posible abandonar el ganado.

Ofero se llenó de gozo al saber que aquel edificio donde sonaban las campanas era la casa de Dios, la casa del amo á quien buscaba.

La corriente del rio era impetuosa y ancha, pero Ofero la atravesó con la mayor facilidad, apoyándose en el tronco de roble que se habia echado por baston.



El edificio á donde se dirigia, era un convento de frailes.

— ¿Qué se le ofrece, hermano? le preguntó el portero.

— Yo deseo servir á Dios, contestó Ofero, y le agradeceré á usted que interponga su influjo para que me admitan en esta casa.

— Muy santos son sus deseos, hermano, y por lo mismo haré lo posible para que se le logren, contestó el portero conduciéndole inmediatamente á presencia del guardian.

Ofero quedó en el acto admitido al servicio de Dios.

Lo que le asombró muchísimo fué el ver que los que servian á Dios eran pocos, y todos pobres y humildes. Ni un ministro siquiera habia entre ellos, cuando entre los del diablo habia hasta un emperador.

A la mañana siguiente, por consejo de sus compañeros, se confesó y comulgó, y al recibir la sagrada comunion, vió por primera vez de su vida completamente aplacada el hambre canina que siempre le habia mortificado.

Así que subió á su celda, se asomó á la ventana, y al pié de la ventana vió á una mujer, que le pareció la viejecita de la enramada, del castaño, del palácio y de la Barranca del Diablo; pero dudó que fuese ella, porque tenia la cara casi blanca y sin arrugas.

El guardian le llamó y le dijo:

— Hermano, todos los que servimos á Dios en esta santa casa, le servimos con arreglo á nuestras facultades: unos trabajando en la huerta, otros escribiendo libros, otros pintando cuadros, otros tocando el órgano ó las campanas, otros alabando al Señor con sus cánticos, y otros dedicándose á oficios mas humildes. En alguna de estas ocupaciones pudiera servir á Dios, pero hay una que puede desempeñar mejor que ninguno de nuestros hermanos. Muchos viajeros se ahogan al pasar el rio, á pesar de los auxilios que nosotros les prestamos; pero si se dedica á pasarlos sobre sus robustos hombres, ninguno volverá á perecer. Esté, pues, á la mira de los pasajeros que se dirigen al vado, y páselos al hombro á la opuesta orilla.

Ofero se apresuró á cumplir esta órden.

Apénas se apostó junto al rio, vió á la orilla opuesta un niño hermosísimo que intentaba pasar.

— Espera, chiquitin, le dijo, que allá voy yo á pasarte.

Atravesando el rio, colocó al niño sobre sus hombros, y apoyándose en el tronco de roble que se habia echado por baston, empezó á cortar la corriente; pero el niño pesaba como una montaña, y el pobre Ofero sudaba como un pollo, y con dificultad podia dar un paso, lo cual le llenaba de asombro.

— *Cristo, valme,* ¡cuánto pesas! exclamó.

Y el niño, que hasta entónces no habia hablado palabra, dijo:

— Cristo soy, y Cristóbal te llamarás.

De repente se sintió Ofero libre de aquel enorme peso, y vió que el niño se elevaba hácia el cielo, rodeado de vivos resplandores.

Ofero, que en las veinticuatro horas que llevaba al servicio de Dios, habia adquirido ya clara idea de los misterios de la religion cristiana, sintió su alma inundada de gozo al ver el singular favor que Dios le habia dispensado, y se encaminó á la iglesia del convento á dar al Señor gracias por aquel favor.

A la puerta de la iglesia encontró una mujer blanca, sonrosada, hermosa, llena de juventud y gracia; pero con la singularidad de que, *sin parecerse*, *se parecia* á la viejecita que tantas veces habia visto desde que salió de su pueblo.

— Hermano, le dijo sonriendo aquella hermosísima mujer, ¿estás contento con tu suerte?

— Sí lo estoy, sí, que ya mi suerte no es negra, por lo cual yo la bendigo! exclamó Ofero.

— Gracias por esa bendicion; ¡que ya era hora de que me bendijeses! dijo la hermosa jóven, y desapareció á los atónitos ojos de Ofero, que, confirmado por Cristo, se llamó desde aquel diá Cristóbal.»

Al llegar aquí el ermitaño, que se habia entretenido durante su relato en torcer la hoja de tabaco que yo le habia regalado y en llenar la pipa, aplicó á esta un fósforo encen-



dido, chupó con toda la fuerza de sus quijadas, y arrojando una bocanada de humo azulado, añadió:

— Con que ya ves que he satisfecho tu curiosidad.

— En cuanto á la vida del santo, sí; pero en cuanto á su imágen, no. Diga usted, ¿de qué materia es la imágen?

— Muchacho, ¡qué estás diciendo!..... ¿De qué materia ha de ser la imágen, si fué aparecida?

— Tiene usted razon; no me acordaba de eso, contesté, reconociendo que las cosas santas, sean toscas imágenes ó sean maravillosas leyendas, deben creerse y no examinarse.

LA ENAMORADA.

I.

Hace algunas semanas *) recorria yo aquellas hermosas aldeas que se asoman al valle del Ibaizábal, como para contemplar, con toda la inocente curiosidad aldeana, la noble, la hermosa, la rica villa de Bilbao, y las eternamente risueñas, verdes y animadas vegas de Abando y Deusto.

No quiero decir dónde pasó la mayor parte de lo que voy á contar. El dolor, aunque tenga por causa el crímen, debe ser respetado por todos, y mucho mas por los que presumimos de apóstoles de la virtud y la justicia.

La noche me sorprendió ántes de llegar á Bilbao, y me vi precisado á detenerme en una aldea, que á la vaga luz del crepúsculo, veia blanquear en la cima de una colina cubierta de castaños y nogales.

Al extremo de un sombrío nocedal se elevaba el campanario de la iglesia parroquial de la aldea.

Al penetrar yo en esta última, sonó el toque de oracion, y aldeanas y aldeanos guardaron silencio, descubriéndose la cabeza los segundos, y santiguándose y rezando por algunos instantes todos.

Hasta callaron las muchachas que con su herrada en la cabeza venian cantando de la fuente del castañar inmediato. La campana que toca á la oracion es Dios que habla á las gentes creyentes y buenas, y solo Dios puede hacer interrumpir á las muchachas vizcaínas la canta**) comenzada.

*) Escribí este cuento en el valle nativo, en Octubre de 1859.

**) Copla.

Despues de pararme, descubrirme y rezar como los aldeanos, porque es de advertir que veinte años de residencia léjos de esta hidalga tierra, que abandoné niño aun, no han bastado á hacer perder á mi corazon lo que descortésmente se llama el pelo de la dehesa; despues de imitar á los aldeanos, me adelanté por el nocedal, saludado afectuosamente por cuantas personas encontraba á mi paso.

Pregunté al fin si en la aldea habia alguna posada donde pudiera pasar la noche, y se me contestó negativamente; pero no tuve tiempo para atribularme con esta contestacion, porque apénas hubo vecino de la aldea que no se apresurase á ofrecerme con entrañable y respetuosa solicitud un asiento en su hogar.

Entre los que este ofrecimiento me hacian, figuraba un gallardo jóven, á quien sus convecinos llamaban el Mayorazgo. Vestia ménos modestamente que sus convecinos; pero su traje era el característico del país, solo que el Mayorazgo, en vez de llevar la boina azul ó blanca ó encarnada, la llevaba de color oscuro, y en vez de llevar al cuello una especie de toquilla color claro, sujeta con una sortija, ó de no llevar nada, llevaba una toquilla negra, como indicio de luto.

— Tengo derecho, me dijo aquel jóven, á pedir á usted que prefiera mi casa á la de mis vecinos, que si tienen tan buena voluntad como yo, tienen ménos comodidades que ofrecer á usted.

— Eso es cierto, contestaron todos los vecinos, y desistieron de sus instancias.

Acepté, pues, la hospitalidad que me ofrecia Miguel el Mayorazgo.

La casa de este era, en efecto, incomparablemente la mas grande y mejor de la aldea. Alzábase á un extremo del nocedal, á la parte opuesta de la iglesia. Tres de sus costados daban á una huerta cercada, orlada de parral, que por la parte exterior se apoyaba en la cerca, y la cruzaban en todas direcciones calles de frondosos árboles, muchos de ellos á la sazon cargados de fruta. La fachada principal, que era la que daba á la arboleda, tenia sobre la puerta un espacioso

balcon sombreado por dos grandes parras, y sobre el balcon habia un escudo de piedra, que entónces estaba velado con un crespon negro, señal de luto en la familia que habitaba la casa.

Apénas penetré en esta, toda la familia vino á saludarme, vestida tambien de luto.

Componíase la familia del Mayorazgo, que rayaba en los veinticinco años, de otro mozo de veintidos, de una muchacha de diez y ocho, de un muchacho de quince, y de una niña de doce.

Todos eran hermanos, y todos robustos y hermosos; allí se veia en toda su pureza el bello y gallardo tipo vascongado, de nariz aguileña, de mirada dulce é inteligente, de frente despejada, de rostro oval y algo deprimido por el extremo inferior, de tez sonrosada, de elevada estatura y de miembros verdaderamente atléticos.

Un tinte singular de tristeza parecia dominar el alma de aquellos jóvenes, desde la niña de doce años hasta el mozo de veinticinco.

El luto que todos vestian por su madre, me explicaba en parte aquella tristeza; pero habia allí otra cosa que llamaba mucho mi atencion, y yo no acertaba á explicarme; era el dolor, no estrepitoso é impaciente, sino el dolor profundo, pero resignado, infinito, pero tranquilo, que revelaba en su rostro, en sus acciones y sus palabras, la jóven de diez y ocho años, que, como si hubiese nacido predestinada al dolor, llevaba el dulce y melancólico nombre de Soledad.

He dicho que solo en parte me explicaba el dolor de aquella familia la pérdida de su madre, y voy á decir el por qué. Se llora á una madre hasta por los de corazon mas duro; pero si es eterno su recuerdo, no lo es el llanto que por ella se derrama.

Juzgo por mí á los demas: creo en Dios, y sé que mi madre murió en el Señor y pagó á la naturaleza el tributo que hemos de pagarle todos. Por eso creo dos cosas, que me dan resignacion y consuelo: que mi madre me ve aun, y que he de volver á verla.

Esto creen todas las gentes cristianas y honradas, y creyéndolo, encuentran resignacion y consuelo en su orfandad.

Honrados y creyentes eran el Mayorazgo y sus hermanos... No, no: su dolor, y particularmente el de la pobre Soledad, no podia tener por única causa la pérdida de una madre que habia muerto en el Señor.

II.

Al aceptar la hospitalidad que me ofrecieron los moradores de la casa grande, que así llamaban en la aldea á la casa del Mayorazgo, pensaba yo continuar mi camino al dia siguiente; pero tales instancias me hizo aquella familia para que permaneciese allí mas tiempo, tales fueron las simpatías que me merecian todos los habitantes de la aldea, y tal lo que esta me agradaba en todos conceptos, que ocho dias despues de mi llegada aun ocupaba yo el asiento de preferencia junto al hogar del Mayorazgo.

Otra de las cosas que llamaban mucho mi atencion era el tiernísimo cariño, las delicadas consideraciones que prodigaban á Soledad todos sus hermanos. Era para mí un espectáculo que me conmovia y consolaba el que ofrecian contínuamente aquellos robustos mancebos, convirtiéndose, digámoslo así, en niños ante el dolor de su hermana.

Puede verse sin extrañeza á los hombres naturalmente débiles y doloridos contemporizar con la debilidad y el dolor, porque ese espectáculo no es mas que el cumplimiento de la ley de la afinidad; pero ¿quién ve con ojos enjutos al hombre física y moralmente fuerte, viril, rudo, inquebrantable como las rocas que rodean el valle donde esto escribo, identificarse con la debilidad y el dolor para ampararlos y consolarlos?

Sirva de ejemplo para comprender hasta qué punto se verificaba esto en casa del Mayorazgo, lo que presencié y oí una noche.

El dia habia sido hermosísimo.

El Mayorazgo y sus dos hermanos le habian pasado trabajando rudamente en las piezas*) con sus criados y algunos obreros, y yo recorriendo las montañas con mi escopeta al hombro, mi pipa en la boca y mi catalejo al cuello.

Al sonar las oraciones en el campanario de la aldea, no encamināmos todos á la casa grande.

Amos, criados, obreros y huésped, todos cenámos juntos, sin olvidar, por supuesto, de desocupar un enorme jarro de fresco y chispeante chacolí**), que el Mayorazgo habia subido de la cubera.

Despues de dar gracias á Dios por el sustento con que nos habia favorecido, santa costumbre que yo practicaba en este país en mi niñez, y que al volver, pasados ya mas de veinte años, no he encontrado alterada, á pesar de tantas y tantas cosas como han pasado, y tantas y tantas costumbres como se han alterado en ese largo período; despues de dar gracias á Dios, repito, el Mayorazgo y sus hermanos hablaron de libros, á propósito de mi profesion, que envidiaban, ignorando las penas que la acompañan cuando se ejerce honrada y dignamente. Ellos no entendian de libros; pero su noble y delicado instinto les hacia adivinar que los libros son el sagrario donde se custodia la flor de la sabiduría y de la belleza moral, por mas que algunas veces ese sagrario se vea profanado por la ignorancia y las malas pasiones.

— ¡Usted sí que tendrá libros! exclamó el Mayorazgo.

— No tengo muchos, le contesté, porque soy pobre para adquirirlos; pero los que tengo son buenos.

— ¡Válgame Dios, qué ratos tan divertidos pasará usted leyéndolos!

— Los mejores de mi vida. ¿Y ustedes no suelen leer?

— Haga usted cuenta que no, porque como uno apénas le da sentido á la lectura, y luego los cuatro libros que hay en casa los sabemos todos de cabeza***) ....

*) Heredades.
**) Vino del país.
***) De memoria.

— ¿Qué libros tienen ustedes?

— Yo le diré á usted: la *Vida de San Ignacio de Loyola, Don Quijote de la Mancha, los Fueros de Vizcaya, la Cantabria vindicada*, y en fin, otros dos ó tres de vidas de santos. Ellos pocos son; pero decia el difunto mi abuelo que mejores no se han compuesto en España.

No me sonreí por respeto á los *Fueros de Vizcaya*, y al *Don Quijote* y á *la Cantabria vindicada.*

— Nosotros, continuó el Mayorazgo, no damos sentido á la lectura, aunque esté en letras de molde; pero nos quedamos bobos cuando lee Soledad.

Soledad se puso colorada con este elogio.

— Desde que su abuelo de usted ó su bisabuelo compró esos libros, se han compuesto otros muy buenos, y es lástima que ustedes no tengan ninguno de ellos.

— Si usted trajera por ahí alguno bueno, veria usted que bien nos le leia esta.

— Algunos buenos traigo, y deseo que ustedes los acepten para conservarlos al lado del de *Don Quijote de la Mancha,* pues de seguro no se ha de incomodar por eso el cura de márras.

— Con el alma y la vida aceptamos su regalo de usted, exclamó el Mayorazgo estrechando con efusion mi mano.

Llevaba yo en mi maleta de viaje la edicion completa de las obras de Fernan Caballero, y se la entregué á aquella buenísima familia, gozando ya con los nobles sentimientos y el purísimo deleite que allí, como en todas partes, habian de producir las creaciones de nuestro gran *fotografiador* de costumbres.

El Mayorazgo, lleno de alegría, rogó cariñosamente á Soledad que leyese en alta voz algo de aquellos libros.

Soledad, cuya tristeza se adivinaba aun á traves de la sonrisa, sonrió con una especie de gratitud, y se apresuró á complacer á su hermano, ó mas bien á complacernos á todos, porque todos los presentes unímos nuestro ruego al de Miguel.

En el libro en que Soledad leia, pintaba Fernan Caballero con toda la magia de su admirable pincel, á la mujer

buena, honrada, santa, en sus dos fases de vírgen y madre, de hija y esposa.

Conforme la triste Soledad leia, sus ojos se arrasaban en lágrimas, y su rostro se cubria de una mortal palidez. Notáronlo alarmados sus hermanos, y el mayor extendió la mano como indicándole que suspendiera la lectura; pero como Soledad continuase, Miguel se acercó á ella, fijando alternativamente la vista en el rostro de la jóven, y en la página que seguia á la que leia Soledad.

Traté de explicarme todo aquello, y dije para mí:

— «La lectura de ese libro, tan puro y bello en todos conceptos, lastima á esa pobre jóven, porque Soledad tendrá la propension que tiene la querida compañera de mi vida, que me espera impaciente en mi aldea, á ver la expresion de sus dolores y sus alegrías en los libros que lee. Sus hermanos lo comprenden, pero no la interrumpen, esperando que la lectura tome giro diferente, con cuya esperanza Miguel examina la página que sigue á la que lee Soledad.»

La doncella retratada por Fernan Caballero, iba á recibir el nombre de esposa, inocente y pura como salió de las entrañas maternales, ídolo de los mancebos, y orgullo y felicidad de sus padres y sus hermanos.

Entónces la pobre Soledad dejó caer el libro, y ella misma hubiera caido al suelo tras él, á no sostenerla Miguel en sus brazos, presa de un desmayo que parecia mortal.

Grande fué la alarma que aquel suceso produjo en la casa. Fuése á llamar al médico de la aldea, y entre tanto, Miguel, tomando en sus robustos brazos á su hermana, la condujo al lecho, donde sus hermanos y él, llorando como débiles mujeres, la prodigaban todos los cuidados y consuelos que puede prodigar á una hija la mas tierna y solícita madre.

Apénas se divulgó la noticia de que Soledad estaba gravemente enferma, casi todos los habitantes de la aldea acudieron á la casa grande ansiosos de consolar y auxiliar á la triste jóven.

Esta recobró á corto rato el sentido para deshacerse en dos torrentes de lágrimas.

Durante toda la noche, sus hermanos velaron á la cabecera de su cama.

«Si el dolor que aqueja á esa jóven, me dije, es el de haber perdido á su madre, su dolor es infundado, porque ¡cómo puede echar de ménos á su madre quien halla el amor y la solicitud maternal en cuantos seres le rodean!»

Al dia siguiente, Soledad estaba ya mejor, y la alarma de sus hermanos y sus vecinos habia cesado casi por completo.

Comprendiendo que en aquella casa existia algun misterio, y por lo tanto era embarazosa en ella la presencia de un forastero á quien era necesario ocultarlo, me dispuse á partir y partí, á pesar de cuanto se opusieron á ello Miguel y sus hermanos, inclusa la misma Soledad.

Miguel se empeño en acompañarme hasta el pié de la montaña, en cuya cima se alza la aldea.

Durante el camino hablábamos de Soledad, y mas de una vez noté que los ojos de Miguel se humedecian al expresar yo el interes que aquella triste jóven me inspiraba.

— Cuando tanto cariño y tanto interes, dije, inspira su hermana de usted á cuantos la conocen, debe ser muy buena...

— ¡O muy desgraciada! me contestó Miguel tristemente.

— Tiene usted razon, que la desgracia es título tan sagrado, como la bondad, al amor y la compasion de las almas nobles.

Miguel, al oir estas palabras que expresaban una conviccion profunda de mi alma y de toda mi vida, comprendió que en mi corazon se agitaban sentimientos semejantes á los que se agitaban en el suyo, por mas que Dios no le hubiese concedido el arte de revelarlos perfectamente con la palabra.

Sus ojos se humedecieron, y su mano buscó la mia para estrecharla.

— No quiero, me dijo, separarme de usted, quizá para siempre, con el remordimiento de haber ocultado algo á quien siente lo que siento yo. Oiga usted la historia de los dolores que debe usted haber adivinado en mi familia.

— Sí, sí, Miguel, he adivinado que los hay muy profun-

dos, por mas que no haya adivinado su causa. Cualquiera que su causa sea, yo los respetaré y los lloraré con ustedes donde quiera que me halle.

Y caminando por aquellas risueñas colinas y cañadas, donde solo la evidencia puede dar la certidumbre de que allí fructifica el dolor, Miguel me contó la historia de los de su familia.

Déjeseme prescindir de la frase anti-literaria del rudo, pero noble aldeano, y traducir sus conceptos en la mia; que si Miguel hablaba solo para que un hombre le comprendiera, yo escribo para que me comprendan los hombres, y las mujeres, y aun los niños.

III.

Hará cosa de doce años tocaban á muerto las campanas de la aldea, y un crespon negro cubria tambien desde la noche anterior el escudo de armas de la casa grande.

En tanto que la mayor parte de los moradores de la aldea acompañaban á un féretro que se acercaba ya al campo-santo, los restantes procuraban en la casa grande consolar á la pobre Catalina, que acababa de quedar viuda con cinco hijos, el mayor de trece años y el menor de algunos meses.

— ¡Santa Vírgen de Begoña! exclamaba Catalina, hecha, como sus hijos, un mar de lágrimas; ¡ten compasion de mis hijos, que ya no tienen en el mundo mas amparo que el de una débil mujer!

— Catalina, por Dios, decia una de sus vecinas, no te aflijas de ese modo, que tu casa no queda desamparada. Hijos pequeños tienes, es verdad, pero Miguel será pronto mozo, y si hasta aquí ha sido descuidado y travieso, de hoy en adelante será trabajador y juicioso, y servirá de padre á sus hermanos.

— No les servirá, no, que esa es la pena con que mi pobre Ignacio entregó anoche el alma al Señor.



Y Catalina, y sus hijos, y cuantos estaban presentes redoblaron sus lágrimas y lamentos.

De repente, Miguel, que lloraba acurrucado en un extremo de la sala, se levantó con la actitud del que ha tomado una resolucion definitiva, firme, incontrastable, se enjugó las lágrimas con el reverso de la mano, y adelantándose hácia su madre, exclamó en tono enérgico y solemne:

— ¡Señora madre! acabaron ya mis juegos, y mis descuidos, y mis travesuras, que hoy es hombre el que ayer era niño. Mis hermanos han perdido un padre, pero les queda otro tan honrado, trabajador y cariñoso como el que han perdido. Jóven soy aun, pero Dios me dará fuerzas de cuerpo y alma para proteger y consolar á mi madre y mis hermanos.

Así diciendo, Miguel se acercó á la ventana desde la cual se descubria en una colina cercana el campo-santo, cuyo dintel atravesaba en aquel instante el cadáver de su padre, y añadió extendiendo las manos hácia el campo-santo:

— ¡Padre mio! ¡descansa en paz en el seno de Dios, que yo te prometo, por la salvacion de mi alma, querer y amparar á mi madre y mis hermanos, como tú los querias y amparabas!

Catalina estrechó en sus brazos á su hijo, mezclando el llanto del dolor con el de la ternura.

— ¡Yo te bendigo, hijo de mis entrañas! exclamó. ¡Que te bendigan tambien Dios y tu padre que han de contemplar desde el cielo tus esfuerzos para amparar á tu familia, y conservar sin mancha la honra de tu casa!

En la habitacion donde esto pasaba, habia una imágen de la Vírgen de Begoña, en cuyo adorno empleaba Catalina las flores mas hermosas de aquellos campos, y á la que alumbraba constantemente con la cera mas pura de su colmenar.

Catalina se arrodilló ante aquella reverenciada imágen exclamando con la inmensa fe que atesoraba su corazon:

— ¡Santísima Vírgen de Begoña! déme diez años de vida para que al cerrar por última vez los ojos, vea ya criados á todos mis hijos. Si esta gracia me concedes, al cumplirse

ese dichoso plazo, mis hijos y yo iremos á tu milagroso santuario á llevarte la ofrenda de nuestra gratitud.

Aquellos de sus hijos que comprendian el valor de esta promesa, imitaron á su madre arrodillándose ante la imágen, y ratificaron el voto de Catalina.

Cuando enterraron á Ignacio era un sábado. Al dia siguiente, apénas se oyó el primer toque de misa, fueron acercándose al templo los habitantes de la aldea.

Las mujeres, en todas partes mas piadosas que los hombres, entraban á la iglesia conforme llegaban para asistir al santo Rosario, que el señor cura rezaba ántes de la misa, al paso que los hombres se reunian bajo los fresnos que sombreaban el campo de la iglesia para esperar allí el toque de entrada, chupando su pipa, y discutiendo los asuntos de la aldea con la gravedad que vamos á ver:

— Allí viene el señor alcalde. Milagro será que no encaje hoy alguna multa, porque viene de las llosas*) y algun seto habrá encontrado abierto.

En efecto, el alcalde atravesaba una llosa frontera encaminándose hácia la iglesia, á cuyo campo saltó por un seto atravesado por una tabla, cuyos extremos se apoyaban en dos estacas hincadas en el suelo, con objeto de formar un escalon interior y otro esterior.

El alcalde era un anciano que ni en su traje, ni en sus callosas manos se distinguia de la generalidad de los habitantes de la aldea. Su fisonomía, ordinariamente risueña, estaba entónces muy grave.

— ¡Malo! murmuró un tal Chomin**) al observar esto mismo. El señor alcalde se ha dejado en la llosa la sonrisa que llevó.

— Buenos dias, señor alcalde, dijeron todos los presentes echando mano á las boinas.

— Buenos os los dé Dios, contestó el alcalde sin perder su acostumbrada seriedad, y añadió dirigiéndose á Chomin:

*) Varias piezas comprendidas en un cercado.

**) Domingo.

— Inmediatamente vas á entregar al ministro dos pesetas de multa por el seto que tienes abierto en la pieza del regato.

— Perdóneme usted, señor alcalde, exclamó Chomin aterrado.

— No hay perdon que valga, replicó el alcalde interrumpiendo severamente al atribulado Chomin, y dando con el baston en el suelo. Así aprenderás á tener cuidado de tus setos; que no han de pagar tus vecinos descuidos tuyos. El que tenga piezas solas, es muy dueño de dejarlas abiertas, que en el pecado lleva la penitencia si el ganado entra y le come la borona; pero el que las tenga en las orillas de la llosa, ha de tener bien cerrado el seto que le corresponda, ó ha de pagar la multa. Desde que empuñé el baston no he sacado una; pero ya se acabó mi tolerancia en vista de que en vosotros no hay enmienda.

— Señor alcalde, si en esa llosa casi nadie mas que yo tiene piezas.....

— Las tienen estos, repuso el alcalde señalando á dos vecinos llamados por mote el uno Cascarrabias y el otro Araña. ¿Te parece que se pondrán contentos si por tolerar yo que tengas abierto el seto, entran las vacas á los cerdos y les desbaratan la borona? Nada, nada; dos pesetas de multa, á ver si la leccion te sirve de algo.

— Pero, señor, dijo Chomin, ¿cómo he de dar las dos pesetas si no tengo un cuarto?

— Pero tendrás una caldera que te recogerá el ministro en prenda pretoria.

Chomin estaba á punto de llorar.

— Vamos, señor alcalde, dijo Cascarrabias, perdone usted al pobre Chomin por esta vez.

— Sí, perdónele usted, añadió Araña.

— La indulgencia ha de venir á tiempo; que castigando una falta, se evitan cien.

— Pero ya ve usted que este y yo somos los únicos á quienes perjudica el descuido de Chomin, y los dos pedimos á usted que le perdone.

— Ea, dijo el alcalde, ya está perdonado por esta sola

vez. Os estaria bien empleado que os comiesen las moscas, ya que os haceis de miel.

El alcalde se dirigió hácia otro grupo en que estaban los restantes individuos de justicia, despues de recibir repetidas gracias de Chomin y los demas vecinos.

En aquel instante Catalina y su hijo Miguel, revelando el dolor en su rostro y en su traje, pasaron dirigiéndose á la iglesia.

Unos chicos estaban jugando á las nueces. Como sabian que Miguel habia sido siempre tan impertérrito jugador que no dejaba el juego hasta quedar pelocho*) ó dejar en este estado á todos sus rivales, y como creyesen que el mejor remedio contra la tristeza es la diversion, le dijeron:

— Miguel, anda á jugar á las quiérolas**).

— Jugad vosotros que sois niños, contestó Miguel gravemente, desapareciendo en seguida con su madre por la puerta de la iglesia.

Poco despues dieron el último toque, y todos los vecinos entraron á misa.

La aldea parecia desierta, porque apénas llegarian á una docena las personas que al salir el sol habian ido á misa primera á otra aldea cercana, y esas, que eran todas mujeres, estaban en casa cuidando de la comida.

No debieron echarlo en saco roto unas vacas que poco ántes pacian en una sierra inmediata, pues así que la gente entró á misa, dijeron para sí: «ahora es la nuestra», y como quien no quiere la cosa, bajaron hácia la llosa del regato, y soplándose en ella por el seto de Chomin, que en efecto estaba abierto, como habia dicho el señor alcalde, se pusieron de borona hasta alcanzarla con el dedo, una en la pieza de Araña y otra en la de Cascarrabias.

*) Sin nueces.

**) El juego así llamado es el siguiente: se toma en el hueco de la mano igual número de nueces del contrario que propias; se tiran á un hueco hecho en el suelo; si entran pares son del que tira, y si nones ó ninguna, del otro.



Las vacas eran de Chomin, á quien se las habia dado á medias*) un vecino acomodado, y por lo visto debieron decir al entrar en la llosa: — Anda, que cuando nuostro amo tiene abierto este seto, será para que entremos por él; y si tiene que pagar la borona que comamos, tambien echaremos con ella buen pelo, y cuando nos lleve á la feria de San Miguel de Zalla, le valdremos cada una un par de dobloncitos mas. Como dice la copla:

«En Sevilla maté un hombre,
Y en Cádiz perdí un costal;
Váyase lo uno por lo otro,
Que á ninguno le he hecho mal.»

Habrá quien no crea que así discurriesen las vacas de Chomin, pero no habrá quien me pruebe que esta no es la lógica de los animales.

El sol iba apretando de lo lindo, cuando héte que á las vacas de Chomin les pica la mosca y aprietan á correr hácia la aldea, no por donde habian entrado en la llosa, sino atajando por esta y estropeando con los piés tanta borona como habian estropeado con los dientes.

¡Cuando la mosca pica, váyase usted á andar con redeos!...

Las vacas de Chomin fueron justamente á salir de la llosa por el seto de frente á la iglesia, que salvaron de un salto, precisamente.... ¡parece que el demonio lo hace! en el momento en que la gente salia de misa.

Ver Araña y Cascarrabias á las vacas salir de la llosa reventando de llenas, y figurarse que habian sacado la tripa de mal año á costa de la borona de sus piezas, todo fué uno.

Tirándose de los pelos, y echando sapos y culebras por la boca, ambos corrieron á ver si su figuracion era cierta, en tanto que el pobre Chomin quedaba que se le podia ahogar con un cabello, y el señor alcalde disertaba sobre lo perjudicial que era para todos la lenidad de las autoridades.

Si desesperados habian ido á la llosa Araña y Cascarra-

*) A partir ganancias.

bias, mas desesperados volvian, porque ni vendido valia Chomin lo que la borona que habian comido y echado á perder sus vacas.

— Ni con mil reales, decian, nos paga Chomin el destrozo que sus vacas nos han hecho. ¡Justicia, señor alcalde, justicia!

— ¿Sabeis, contestó el alcalde, cuál es la sentencia que yo debiera dar ahora? Pues debiera dar esta:

Tú lo quisiste, fraile mosten,
Tú lo quisiste, tú te lo ten;

pero esta es opinion particular mia, y la opinion de la justicia es que Chomin pague por completo el daño que han hecho sus vacas.

— Pero, señor alcalde, repuso Chomin aterrorizado, si soy un pobre que no tengo sobre que caerme muerto.

— Te embargaremos hasta la camisa.

— Si aunque me embarguen á mí, y la mujer, y los hijos, y cuanto tengo en casa, vendido no vale para pagar la mitad del daño que dicen han hecho mis vacas.

— Perdiendo aprenderán esos á no sacar la cara por quien no deben.

— ¡Ay pobre de mí! exclamó Chomin, echándose á llorar como si el cielo se le viniera encima, ¡qué va á ser de mí con esta desgracia que me sucede! ¡Porqué se habrá llevado Dios á Ignacio, que me sacaba siempre de mis apuros!..... ¡Ay, si viviera Ignacio!

— ¡Ignacio vive aun para los pobres! dijo Miguel, que desde el pórtico de la iglesia se habia enterado de lo que pasaba; y acercándose á Chomin, añadió:

— Dígale usted al señor alcalde que nombre peritos para que tasen el daño que han hecho sus vacas de usted, y vaya usted á mi casa á buscar el dinero que le exijan, que si puede usted alguna vez devolvérnoslo, nos le devolverá, y si no puede, harta desgracia será para usted.

A pesar de la seriedad con que Miguel hablaba, todos los presentes y el mismo Chomin quedaron suspensos, sin saber si tomar por lo serio ó por lo burlesco las palabras

del muchacho; pero su duda no duró mucho, porque Catalina, lanzándose hecha un mar de lágrimas de ternura y alegría á estrechar en sus brazos á su hijo, exclamó:

— ¡Hijo de mis entrañas, que así sigues el ejemplo de tu padre, bendito seas!

Y dirigiéndose á Chomin, añadió:

— No, no ha muerto Ignacio, que vive aun en su hijo. El ofrecimiento que Miguel te ha hecho, haz cuenta que te le ha hecho Ignacio, y no dudes que Miguel y Catalina desean que le admitas.

Chomin no lloraba ya de temor, que lloraba de alegría y agradecimiento.

Cascarrabias y Araña contemplaban todo aquello en silencio.

— Canario, exclamó de repente Cascarrabias, humedeciéndosele los ojos, á generoso no me ha de echar á mí la pata un chiquillo como Miguel. Yo le perdono á Chomin la borona que me han destrozado sus vacas.

— Pues caramba, dijo á su vez Araña, no ménos conmovido que Cascarrabias, en lo tocante á generosidad tampoco me habeis de echar á mí la pata, Miguel, ni tú, ni ninguno de los nacidos. Tambien yo le perdono á Chomin el destrozo que han hecho sus vacas en mi borona.

IV.

El sol comenzaba á ocultarse tras los picos que dominan á San Juan de Somorrostro.

Era la víspera de San Antonio, y se notaba extraordinaria animacion en la aldea, á la que llegaban sin cesar forasteros.

Debemos hacer mencion especial de un gallardo mozo, que, montado en un caballito negro, y sin mas acompañamiento que el de su escopeta pendiente del arzon de la silla, llegó y fué á alojarse en casa del alcalde.

Las campanas repicaban alegremente, y el tamboril resonaba con no ménos alegría en el campo de la iglesia.

Tamboril y campanas anunciaban la fiesta que al dia siguiente se iba á celebrar en la aldea.

Muchas aldeanas venian de Bilbao ó Portugalete, trayendo á la cabeza cestos repletos de provisiones de boca.

Las casas de la aldea estaban como tacitas de plata, y apénas habia una donde no se hubiese sacrificado algun cordero.

La carnicería de la aldea, donde solo los sábados se mata una vaca, habia presenciado aquel dia el sacrificio de dos bueyes cebones de los mejores que engordan para morir en las fértiles llanuras de Durango.

Várias casas ostentaban sobre la puerta el ramo de borto acabado de cortar, indicando el *taponamiento* para la venta de una nueva barrica de chacolí.

Y una recua de seis machos, procedente de Rioja, acababa de dejar una docena de pellejos de clarete en la taberna de la aldea, que ordinariamente no recibia para su surtido arriba de un par de pellejos.

Algunas de las mas afamadas *chozneras* bilbaínas, disponian sus *choznas* de ramaje en el campo de la iglesia.

Y finalmente, por mas que desentonemos el placentero cuadro que vamos trazando, añadiremos que multitud de cojos, y tullidos, y mancos, y ciejos iban llegando á la aldea, con la esperanza de hacer al dia siguiente su agostillo, implorando la caridad pública en las inmediaciones de la romería.

En medio de la felicidad y la alegría que se respira en las romerías vascongadas, contrista el alma el espectáculo que ofrecen centenares de mendigos, cuyos clamores forman extraño contraste con el alegre repique de las campanas, los acordes del tamboril y los gritos de júbilo de los romeros.

¿No hay leyes en esta tierra tan sábiamente legislada, que proscriban ese triste espectáculo? Haylas, sí; pero la caridad está tan arraigada en el corazon de estos nobles montañeses, que todas las leyes de los hombres son impotentes para impedirles amparar al pobre que llega á su puerta pidiendo pan ú hospitalidad. Decidles: «Cumplís con las leyes del país rechazando á los mendigos»; y os contestarán: «pero cumplimos con la ley de Dios amparándolos!»

En la aldea donde esto escribo, compuesta de trescientas fogueras, solo hay dos ó tres personas, y esas ancianas y sin familia ni parientes, que viven de la caridad pública. A pesar de eso, todos los dias veo andar de puerta en puerta mendigos procedentes de Castilla ó de las montañas de Santander ó de Astúrias. Y el alcalde, que está obligado á no permitir la mendicidad mas que á los pobres de su jurisdiccion, es el primero que da un asiento en su hogar, y ofrece el pan de su mesa al mendigo forastero, porque dice, discurriendo con una lógica que los corazones honrados no pueden rechazar: — ¿Cómo levanto yo la vara de la justicia sobre el pobre anciano que llega á mi puerta implorando mi compasion en nombre de Dios y de mis padres que me contemplan desde el cielo?

Amaneció al fin el anhelado dia de San Antonio, y la alegría, el bullicio, el movimiento, la vida subieron de punto en la aldea, tan tranquila y solitaria los demas dias del año.

Al rayar el alba, ya de todos los hogares se alzaba en espirales el humo, formando una blanca nubecilla, que envolvia vaga y misteriosamente la aldea y los campos circunvecinos.

Por las llosas y las arboledas cercanas se dirigian á la aldea multitud de forasteros, y el tamboril anunciaba la alborada á la puerta del alcalde, del señor cura y del Mayorazgo, en tanto que repicaban alegremente las campanas.

Catalina y sus hijos se habian levantado ántes que los pájaros hubiesen comenzado á cantar en el ramaje del nocedal.

Soledad ayudaba á su madre en las faenas domésticas, que aquel dia eran extraordinarias.

Soledad era ya una muchacha de diez y seis años, cuya gracia y cuya hermosura eran el encanto de su madre y de los mozos de la aldea.

Cuando sonó el primer toque de misa primera, que por extraordinario se celebraba aquel dia, merced á la estancia en la aldea de un predicador que habia ido de Bilbao, Soledad, con ayuda de su madre, realzó sus naturales encantos

con su traje mas hermoso, y poco despues se encaminó á la iglesia robando los corazones de los mozos que esperaban á la puerta del templo el tercer y último toque para entrar á misa.

El jóven que dijimos haber llegado el dia anterior á la aldea, cabalgando en un caballito negro y sin mas compañía que su escopeta, estaba ya en el pórtico, y así que vió á Soledad, se adelantó á ofrecer á esta el agua bendita, que la niña aceptó, tomando sus trigueñas mejillas el color de la rosa, y brillando de alegría sus negros y rasgados ojos.

Algunas horas despues Catalina y sus hijos, como la mayor parte de los moradores de la aldea, oian la misa mayor, y Soledad cuidaba de la casa.

El jóven del caballito negro paseaba delante de la casa del Mayorazgo, en ocasion en que Soledad se asomó al balcon, y se acercó á saludar á la niña apénas la vió.

— ¿La han dejado á usted solita?

— Solita, que están en misa mi madre y mis hermanos.

— ¿Va usted esta tarde á la romería?

— No sé si querrá mi madre.

— Mucho sentiré que usted no vaya.

— Gracias por el buen deseo.

— No me las dé usted, que mi deseo es interesado.

— No comprendo por qué.

— Porque si usted no se divierte, tampoco me divertiré yo.

— ¿Por qué?

— Porque no iré á la romería si usted no va.

— ¡Qué engañosos son los hombres!

— No lo soy yo.

Aquí llegaban en su diálogo Soledad y el forastero, cuando empezó la gente á salir de misa, y el forastero se apresuró á decir:

— Si va usted á la romería, ¿tendré la dicha de bailar con usted?

— La dicha será mia, contestó Soledad candorosamente, retirándose del balcon.

En casa del Mayorazgo comian muchos forasteros. La co-

mida iba terminando, y la alegría iluminaba todos los semblantes, si bien el de Catalina y el de sus hijos se anublaba con frecuencia al recordar que en otro tiempo, en tal dia, ocupaba el que dormia el sueño eterno en el campo santo, que desde el comedor se descubria, el asiento que entónces ocupaba Miguel.

Como entre los que rodeaban la mesa no faltaba quien hubiese visto al forastero ofrecer el agua bendita á Soledad, esta era objeto de inocentes chanzonetas, que no por inocentes dejaban de hacerla bajar los ojos confusa y avergonzada.

— ¿Quién es ese forastero? preguntó un bilbaíno, hermano del difunto Ignacio, que se hallaba entre los convidados.

— Yo no sé, contestó Miguel. Está en casa del señor alcalde, y le llaman D. Juanito.

— Lo pregunto, añadió el bilbaíno, porque me parece haberle visto algunas veces en Bilbao con una señora.

— ¿Jóven? preguntó Soledad.

— Jóven y guapa, contestó su tio, y la conversacion giró sobre otro asunto, despues de haberse hecho algunos comentarios algo maliciosos, pero benévolos é inofensivos, sobre la pregunta de Soledad.

Esta se fué poniendo cada vez mas cavilosa y triste.

Iba entrando la tarde, y ya en el campo de la iglesia resonaba sin cesar el tamboril, se bailaba á mas y mejor, y la concurrencia y la animacion eran extraordinarias.

Tambien Soledad bailaba con D. Juanito, el forastero del caballito negro.

Soledad y D. Juan conversaban entre corro y corro. Ignoramos lo que el primero diria á la segunda; pero lo cierto es que Soledad se ponia sonrosada y bajaba los ojos, en los cuales brillaba, no obstante, la alegría.

Iba ya anocheciendo, y la animacion en la romería llegaba á su colmo.

Sonó el toque de oracion, el tamboril calló y se suspendió el baile; los hombres se descubrieron la cabeza, y mujeres y hombres quedaron inmóviles, rezando en silencio las Ave-Marías.

La romería habia terminado, y los romeros empezaron á desfilar por todas partes, entonando alegres cantares, y lanzando atronadores *sansós.*

— Mi madre andará ya buscándome, dijo Soledad á D. Juan, disponiéndose á despedirse de él.

— ¿Con que será usted constante? la preguntó el forastero.

— No lo será usted tanto.

— Yo lo seré hasta la muerte.

— Sí, en volviendo las espaldas, si te he visto no me acuerdo, como dice la *canta.*

— Soledad, me ofende usted dudando de mi palabra.

— Como mi tio vuelva á verle á usted con la señorita jóven y guapa, me lo cuenta todo.

— Si he dicho ya que su tio de usted está equivocado.

— ¿De veras?

— Se lo juro á usted.....

— Que no sea usted engañoso.

— Faltarian el cielo y la tierra ántes que faltara mi palabra.

— Pues bueno. Que vuelva usted por acá pronto.

— Como que dejo aquí el alma.

— ¡Ande usted, burlon!

— Vamos, Soledad, que ya es hora, dijo Catalina, que en efecto andaba buscando á su hija, y acababa de verla.

Don Juan estrechó la mano de Soledad. Esta le dió un hermoso clavel que tenia en la boca, y ya la habia pedido ántes inútilmente, y echó á correr á reunirse con su madre, en tanto que D. Juan se dirigia á reunirse con el alcalde, que, acompañado de los demas concejales y al son del tamboril, que tocaba la marcha de San Ignacio de Loyola, abandonaba el campo de la iglesia.

V.

Era un año despues de lo que acabo de contar.

El dia estaba muy caloroso, como que corrian los últimos de junio.

Catalina y sus hijos iban á comer en un hermoso y fresco comedor, que tenia al norte un balcon entoldado por una pomposa parra.

Soledad cosia sentada en el balcon.

— Vamos, hija, dijo Catalina, déjate de costuras y ven á comer.

— Madre, coman ustedes, que yo no tengo gana, contestó tristemente Soledad sin moverse de su sitio.

— Pero, hija, ¿tú quieres vivir del aire como los camaleones?

— ¿Qué he de hacer, madre, si no tengo gana?

— Madre, dijo Miguel, por mas que jure y perjure el médico que mi hermana no está mala, yo creo que lo está, y hay que llevarla á que la vea otro médico.

— La llevaremos á Alonsótegui.

En Alonsótegui hay un médico llamado Arregui, de quien se cuentan maravillas en la parte occidental de Vizcaya.

Soledad oyó á su madre y á su hermano con indiferencia.

— Vamos, hija, ¿qué te parece el proyecto de tu hermano?

— Que yo no quiero ir á Alonsótegui, porque da miedo y tristeza el andar por aquellas soledades de la ribera del Cadagua.

— Pero si para tí lo mismo es lo triste que lo alegre. Bien alegre estuvo la romería de San Antonio, y no hubo medio de hacerte bailar ni reir.

A Soledad se le saltaron las lágrimas, que enjugó con la costura, aparentando inclinarse para cortar el hilo con sus blancos y hermosos dientes.

— Pues mire usted, madre, si no le gusta Alonsótegui, lo mejor será llevarla á Bilbao.

Soledad se estremeció al pronunciar su hermano el nombre de la invicta villa, y sus ojos brillaron de alegría.

— ¿Qué dices, hija? ¿Quieres ir á Bilbao?

— Sí, madre, porque allí, si no me pongo buena, veré siquiera á mis tios y mis primos que tanto me quieren.

— Pues oye. Cuando murió vuestro padre, que esté en gloria, prometí á la Vírgen de Begoña ir vosotros y yo á oir una misa en su altar, si por su intercesion me daba el Señor diez años de vida para criaros y educaros. Van á cumplirse los diez años, y yo quiero cumplir mi promesa. Dentro de quince dias es la Vírgen de Begoña, y ese dia iremos todos á Bilbao, y al paso veremos un buen médico, y te quedarás una temporada en casa de tus tios, para que te distraigas y te mejores. ¿Con que te agrada mi proyecto?

— Sí, madre, sí, contestó Soledad, recobrando de pronto su alegría.

Soledad era digna de compasion. Su rostro, en otro tiempo tan sonrosado, tan alegre, tan hermoso, mostraba la huella de hondos padecimientos, cuyo orígen en vano habia tratado de adivinar el humilde facultativo de la aldea.

— Pero por Dios, ¿no me dirá usted qué tiene mi pobre hija, que se va quedando en los huesos, y está siempre muerta de tristeza? preguntaba Catalina al médico.

— Señora, contestaba este, su hija de usted padece una afeccion nerviosa.

— ¡Ay, qué pícaros males de nervios!

— Sí, señora, muy pícaros son.

— ¿Pero no hay remedio para ellos?

— Haga usted cuenta que no: tazas de tila, ejercicio moderado y distracciones, es todo lo que le conviene á Soledad..... Me equivoco, que otra cosa le convendria mas aun.

— ¿Qué?

— Casarse.

— Sí, háblele usted de eso á la hija de mi alma, cuando en la aldea no hay un muchacho á quien no haya dado calabazas.

Llegó el 15 de Agosto, y ántes de rayar el alba, Catalina y sus hijos salian de la aldea, tomando el camino de Bilbao.

Catalina y Soledad iban en artolas, en una fuerte y hermosa mula, llevando delante á su hermanita, y Miguel y el otro hermano, ambos gallardos y robustos mozos, caminaban á pié, cuidando de las caballerías.

El sol comenzaba á despuntar por encima de los altos montes, desde cuya falda la santa Vírgen de Begoña vela por la noble y cristiana villa que yace á sus piés, prestándole reverente culto.

Un prolongado y sordo rumor se oia ya en todo el delicioso y poblado valle que fecundiza el Ibaizábal, y allá arriba, hácia aquel otero donde se alza un monton de ruinas regadas con la sangre de una de las mas ilustres víctimas de nuestras discordias civiles, del hidalgo y valeroso Zumalacárregui, resonaba un alegre repique de campanas, las campanas de la Vírgen de Begoña.

Nuestros viajeros caminaban por el Ibaizábal arriba, cuando al llegar á una revuelta, desde la cual se descubren por primera vez la villa y el afamado santuario, se detuvieron.

Aquella revuelta lleva el nombre de la Salve, porque al llegar allí los piadosos aldeanos que se encaminan á la villa, descubren el santuario y se detienen á saludar á la Madre de Dios, con la mas bella y mas tierna de las oraciones cristianas.

En las apacibles mañanas de primavera y verano, los moradores de Madrid duermen, porque se acostaron á media noche ó mas tarde; pero los moradores de Bilbao despiertan al salir el sol ó ántes, porque se entregaron al descanso á las nueve ó las diez de la nochc. Así que, en tan hermosas estaciones, es muy comun ver, al salir el sol ó poco despues, á los bilbaínos mas distinguidos respirando el aroma de las flores, y las saludables y gratas auras matutinas en los paseos públicos, y particularmente en la frondosa alameda y los jardines del Arenal.

Cuando Catalina y sus hijos llegaron al Arenal, multitud de personas paseaban en aquellas deliciosas umbrías.

Todos se habian apeado en el inmediato Campo de Volantin, y en tanto que Miguel conducia las caballerías á una posada, los demas paseaban en los jardines.

De manos á boca se encontraron con un jóven, cuya presencia hizo exhalar á Soledad un grito, no sabemos si de sorpresa ó de alegría: era D. Juan.

Don Juan se acercó á saludar á los aldeanos.

Soledad, cuyas mejillas se habian teñido de carmin al verle, y cuyos ojos se inclinaban tímidamente al suelo, apénas acertó á contestar á su saludo.

— ¿Cómo no ha ido usted este año como el pasado á la romería de San Antonio? le preguntó Catalina.

— Estuve enfermo por aquellos dias, contestó Don Juan. ¿Y ustedes vienen á la de Nuestra Señora de Begoña?

— Sí señor: venimos á cumplir una promesa y á dejar á Soledad una temporada en casa de sus tios, á ver si se distrae y se mejora.

— En efecto, Soledad está un poco desmejorada.

— Ya vió usted qué hermosa estaba el año pasado por San Antonio. Pues pocos dias despues empezó á ponerse triste, triste, y tristeza ha sido, que la pobre no ha levantado cabeza desde entónces.

— Muchísimo lo siento.

— ¡Gracias! contestaron Catalina y Soledad, esta última con cierta ironía que á D. Juan no se le escapó.

Miguel venia ya al encuentro de su madre y sus hermanos, despues de dejar las caballerías en la posada, y Catalina se despidió de D. Juan.

Este dió algunos pasos al lado de Soledad, á quien dijo por lo bajo:

— Necesito probar á usted que no la he olvidado á pesar de que no he vuelto á la aldea. Todos los dias subo á Begoña á oir la misa de las seis, y allí nos veremos si usted quiere oirme ántes de condenarme.

— Subiré, si puedo, contestó Soledad, y se alejó de D. Juan siguiendo á su madre y sus hermanos.

Dos horas despues, Catalina y sus hijos estaban arrodillados ante el altar de la Vírgen de Begoña.

Abundantes lágrimas corrian por las mejillas de Soledad. ¡Quién sabe, Dios mio, los pensamientos y las esperanzas que

se agitan en el fondo del corazon de la niña, que con el alma herida por el amor y desengaño se ampara bajo el manto misericordioso de la Madre de Dios!

Despues de oir misa, de orar, de desahogar su corazon en el templo, Catalina y sus hijos recorrieron los campos que rodean el santuario.

La multitud, alegre, bulliciosa, feliz, bullia por todas partes; pero en vano los ojos de Soledad buscaron allí aquel objeto por quien eran sin duda las lágrimas que tantas veces los habian escaldado.

Llegó la tarde, y Catalina y sus hijos tornaron á la santa colina de Begoña, donde la muchedumbre era aun mayor, y mayor la animacion; pero tampoco los ojos de Soledad lograron tropezar con el objeto que ansiosamente buscaban.

Al dia siguiente, ántes de salir el sol, volvia Catalina á la aldea, dejando en Bilbao á Soledad.

VI.

El santuario de Begoña se alza en una colina que domina á la villa. A un extremo de esta, desde una plaza hermoseada por edificios notables, entre ellos el magnífico palacio donde se halla establecido el instituto de Vizcaya, arranca una prolongada escalinata que termina en la cumbre de la colina de Mallona, coronada por un cementerio, donde yace la flor de la juventud vascongada, sacrificada en aquel horrible asedio de 1836, que cubrió de gloria y de luto á la villa y á la patria.

Muchas veces de niño, yendo con mi madre á rezar á la Vírgen de Begoña, penetré en aquel cementerio, y recorrí con la indiferencia de la niñez sus calles de rosales, que no me atrevo á llamar hermosas, porque ¿cómo ha de llamarse hermosas á las enramadas donde esconde la muerte los despojos de sus víctimas?

Mas de veinte años despues, buscando por todas partes los recuerdos de mi infancia para refrescar con ellos mi cora-

zon agostado por las penas léjos del valle natal, quise penetrar en aquel fúnebre recinto. Me acompañaba un amigo, que mas feliz que yo, no ha abandonado nunca el valle donde vino al mundo, las riberas del Ibaizábal, que ama como yo los valles encartados, y al verme dirigir el paso al cementerio, se detuvo diciéndome:

— Tú, que en ese cementerio no tienes mas que recuerdos de la infancia, entra en buen hora ahí á buscar consoladoras emociones; pero déjame á mí saludar desde léjos esa triste morada de los que mas he amado en este mundo; que desde léjos pueda enviar un recuerdo á los que yacen ahí, como envío á Dios mis oraciones por ellos.

Y con lágrimas en los ojos y el generoso corazon palpitante, pronunció el nombre de cien hidalgos mancebos, sus compañeros en los juegos de la infancia y en las esperanzas de la adolescencia, gloria un dia de la opulenta y nobilísima villa, todos ellos muertos en aquella sangrienta y heróica y titánica lucha del euskera contra el euskera, del hermano contra el hermano.

— Cuando todo calla en la márgen del Ibaizábal, añadió, cuando solo interrumpen el silencio de la noche el gemido del cárabo en la fúnebre colina de Mallona y el silbido del viento en los árboles de la ribera, una fuerza misteriosa me lleva á las márgenes del rio, donde vago pensando en los que allí jugaban conmigo en la niñez, y hoy esperan en ese recinto la resurreccion universal, y cuando dirijo la vista hácia la oscura y solitaria colina de Mallona, me parece que blancos y alados espíritus se ciernen en el espacio, y con voz misteriosa y lúgubre me gritan: — «Polvo eres, y en polvo te has de tornar.»

El terror que parecia dominar al que esto me decia, habia ido comunicándoseme, y en vez de continuar hácia el cementerio, me apresuré á alejarme hácia el santuario de Begoña.

¡Por qué, Señor, no permitiste que aquellos blancos espíritus que se ciernen sobre la colina de Mallona, se alzáran á recordar á la pobre Soledad el tremendo dia del juicio, cuando la crédula aldeana, todos los dias al salir el sol, pa-

saba junto á aquella colina con direccion á las frescas enramadas de Begoña, de donde debia tornar con la túnica de la inocencia desgarrada!

Sí; todos los dias, cuando el sol despuntaba por los altos de Gangúren, Soledad atravesaba la plaza de la cruz y trepaba hácia el santuario de Begoña.

En la arboleda que precede al santuario encontraba á aquel mancebo que por primera vez hizo latir de amor su corazon, y despertó en su alma sueños de felicidad que nunca la habian conturbado.

Pasaron dias y dias repitiéndose estas citas, en que la pobre aldeana escuchaba protestas de amor, tan dulces y tan ardientes, que el sacrificio de su vida le parecia ya poco para corresponder al amor que creia haber inspirado.

Una mañana conversaba con su amado en la campa de Begoña.

Juan parecia hallarse inquieto, y como le preguntase la causa, contestó que habia hecho un verdadero sacrificio al acudir á la cita, pues á las seis necesitaba hallarse en la villa para un asunto tan importante, que en él estaba interesado su honor.

Instábale Soledad para que tornara inmediatamente á la villa, cuando Juan, que dirigia la vista hácia la colina de Mallona, se estremeció de repente.

El reloj de San Antonio Abad daba entónces la hora, y Soledad atribuyó á esta circunstancia aquel estremecimiento.

— Dan las seis y necesito separarme de tí, se apresuró á decir Juan. Es preciso que mañana nos veamos, pero no aquí.

— ¿Dónde?

— En el alto de Miraflores, á las seis.

— No faltaré.

— ¡Adios!

— ¡Adios!

Juan estrechó la mano de Soledad y tomó el camino de la villa, falto de tiempo para explicar á la aldeana por qué designaba otro sitio para la mañana siguiente.

Soledad se encaminó al santuario á oir allí misa, en tanto

que Juan, en la estrada que conduce desde Mallona á la campa de Begoña, salia al encuentro á una señora jóven y hermosa, á quien habia visto asomar en el momento en que el reloj de San Antonio Abad daba la hora.

Aquella señora lloraba cuando Juan le salió al paso.

— ¿A dónde vas, hija? le preguntó Juan.

— ¿De dónde vienes tú?

— De oir misa en Begoña.

— ¿Y hace quince dias sales al amanecer para oir misa?

— Sí.

— ¿Desde cuándo acá tan cristiano?

— Lo he sido siempre.

— ¡Ah, hipócrita!

Y la señora se echó nuevamente á llorar sin consuelo.

— Pero, mujer, ¿á qué viene ese llanto?

— Malvado, desleal, ¿así cumples tus promesas de quererme eternamente, de no querer jamas á otra?

— Pero ¿quién te ha dicho que yo quiero á otra?

— Harto me lo dicen mi corazon, tu indiferencia y la vida misteriosa que desde hace algunos dias traes.

— Te juro que ningun misterio hay en mis madrugadas. Mañana voy á emprender un largo viaje, y he querido venir á implorar la proteccion de la Vírgen de Begoña.

El alto de Miraflores está al oriente de la villa, á corta distancia de esta en la carretera de Vitoria, y en él hay una hermosa arboleda, interpolada de bancos.

A las seis de la mañana del dia siguiente, Soledad estaba sentada en uno de aquellos bancos. Miraba con impaciencia hácia la villa; pero aquel á quien esperaba no aparecia.

Una diligencia se acercaba, y ¡cuál no seria la sorpresa de la aldeana cuando vió aparecer la cabeza de Juan en la ventanilla del interior del carruaje, que paró junto al banco donde estaba Soledad.

Juan echó pié á tierra, y tomando del brazo á la jóven, la arrastró hácia el carruaje, cuyo mayoral gritaba:

— ¡Vamos, vamos, que el ganado va sudando y no conviene que se pare!

Soledad quiso resistirse, quiso pedir explicaciones de aquella especie de violencia; pero ni tuvo tiempo ni aliento para ello. Antes que la sorpresa y el temor la permitieran hablar, se encontró sentada en el interior de la diligencia al lado de Juan.

El carruaje continuó á escape en direccion de Zernoza.

Soledad y su raptor iban solos en el interior de la diligencia.

Tan pronto como le fué dado hablar, Soledad pidió cuenta á su amante de la extraña conducta que con ella observaba. Poco entendia la inocente campesina de lo que entre gentes mas cultas se llama «conveniencias sociales»; pero aun así, harto adivinaba que el proceder de Juan no era el de los hombres honrados.

Juan, empezando por confesar que su conducta se prestaba á desfavorables interpretaciones, dijo que, viéndose precisado á partir precipitadamente para Bayona, á donde le llamaban intereses que constituian toda su fortuna, no habia tenido valor para separarse de Soledad, sin cuyo amor y cuya presencia el mundo era para él un horrible desierto. Al llegar á Bayona, añadió, tan pronto como yo haya asegurado los intereses que allí tengo, y que correrian gran riesgo si mi presencia se retardase un solo dia, santificará la religion nuestro amor, y en breve volveremos honrados y dichosos á tu aldea á recibir la bendicion de tu madre.

Con tal arte, con tales apariencias de sinceridad y conviccion dió Juan estas explicaciones, que la pobre muchacha, cuyo corazon, como todos los corazones enamorados, solo anhelaba un pretexto para creer y perdonar, creyó y perdonó á su raptor.

Soledad y Juan se hospedaron en una de las principales fondas de Bayona.

Dos dias despues de su llegada, Soledad lloraba sin consuelo, porque iba creyéndose indigna del perdon y la bendicion de su madre.

Otros dos dias despues esperó á Juan horas y horas, y hasta un dia entero; ¡pero Juan no volvió!

VII.

Una tarde estaba Catalina ocupada en las faenas de su casa cuando apareció por allí la mujer de Chomin.

— Buenas tardes, Catalina.

— Buenas te las dé Dios, Juana.

— Usted tan atareada como siempre.

— ¡Qué quieres, hija! Como decia mi difunto, que esté en gloria, al que suda Dios le ayuda.

— ¡Y qué razon tenia el pobre Ignacio! Mire usted cómo nosotros á fuerza de trabajo hemos ido saliendo adelante. Bendito sea Dios, que hace diez años apénas teníamos sobre que caernos muertos, y hoy cogemos cebera para todo el año, tenemos pareja nuestra*), y ya anda Chomin por *echarse* un rebañito de ovejas y otro de cabras. Es verdad que á ustedes se lo debemos todo, porque ustedes nos dieron la mano, y....

— Calla, calla, mujer, y no vuelvas en la vida á hablar de eso.

— Es que, como dice el refran, «al que te da la mano dále el corazon.....»

— Déjate de refranes, y hablemos de otra cosa. ¿Ha venido ya Chomin?

— ¡Qué! ¿no vino por aquí esta mañana á ver si se les ofrecia á ustedes algo? Está á Bilbao.

— Pues por eso lo digo, que vino á ver si queríamos algo para Soledad.

— Sí, porque de todos modos habia de ir á verla..... No puede usted figurarse la ley que le tiene á esa chica. Es verdad que ¿quién no se la tiene en la aldea? Bien puede usted decir que, mejorando lo presente, tiene usted una hija que vale mas oro que pesa.

— ¡Hija de mi alma! Dios quiera que se me acabe de poner buena, para que vuelva pronto á casa, porque sin ella

*) Yunta de bueyes propia, y no á ganancias ó á renta, como la tienen muchos labradores de este país.

me encuentro como sin sombra, y lo mismo les sucede á sus hermanos, particularmente á Miguel.

— Ya que habla usted de Miguel, ¿sabe usted que parece mentira que haya salido tan hombre de bien y tan trabajador?

— ¿Que si ha salido? Hija, en cuanto á eso todo lo que se diga es poco. Si su padre, que esté en gloria, alzara la cabeza, volveria á morirse de alegría al ver cómo todos sus hijos honran el apellido que llevan, y lo dichosa que todos ellos hacen á su madre con su cariño, su honradez y su laboriosidad. ¡Benditos sean el Señor y la santísima Vírgen de Begoña, que tanta dicha me dan sin merecerla!.....

Y las lágrimas de alegría arrasaban los ojos de Catalina.

— Pero, calla, exclamó Juana, prestando oido á un ruido de pasos que se oia en la escalera: ahí tiene usted ya á Chomin, que le conozco en los pasos que echa con aquellas zancas largas que Dios le ha dado.

En efecto, Chomin era el que llegaba.

Algo malo debia haberle sucedido, porque traia el rostro alterado, lo cual conocieron al punto su mujer y Catalina.

— Chomin, ¿cómo te ha ido? se apresuró á preguntarle esta última.

— De todo ha habido como en botica, contestó Chomin sonriendo tristemente.

— ¿Qué ha sido? exclamó Juana con ansiedad. ¿Te has caido de la caballería?

— Ojalá que eso me hubiera sucedido ántes de llegar á Bilbao, porque así me hubiera vuelto atras y no seria correo de malas nuevas.

— ¡Vírgen santísima! exclamó Catalina terriblemente alarmada. ¿Qué le ha sucedido á mi hija? ¿Está peor? ¿Se ha muerto?

— No se ha muerto; pero haga usted cuenta que.....

— ¡Chomin, acaba por Dios, que me matas con tus vacilaciones!.....

— Pero, señora, contestó Chomin casi llorando, no ve usted que es dar un pistoletazo á una madre el decirle de manos á boca.....

— ¡Qué! ¿que ha muerto la hija de mi corazon? Dímelo, que si mi hija era el encanto de mi vida, yo me resignaré con la voluntad de Dios, imitando á la mujer fuerte de que nos hablan los sacerdotes. ¿Ha muerto mi Soledad?

Chomin hizo un gran esfuerzo para acabar de soltar la triste nueva.

— No ha muerto, no, señora; pero todo el que sabe lo que son en lo tocante á la honra los de la casa grande, convendrán en que mas le valiera á la pobre Soledad haberse muerto que haberse dejado engañar por un bribon.....

— ¡Engañada, deshonrada mi hija! ¡no puede ser, no lo creo! ¡Chomin! ¡tú calumnias á una familia en cuya honra jamas, jamas ha caido una mancha!

— Pero, señora, si yo no hago mas que decir lo que me ha dicho su cuñado de usted.

— ¿Qué te ha dicho mi cuñado? Explícate, que me estás matando con tus medias palabras.

— Su cuñado de usted, que con la pesadumbre está malo en cama, me ha dicho que la chica fué una mañana á misa á Begoña y en todo el dia no pareció. Pregunta por aquí, pregunta por allí, al fin y al cabo supo que la habian visto pasar por Zornoza en la diligencia de Vitoria. ¿Con quién dirá usted? con Don Juanito, con aquel títere que vino el año pasado á la romería..... ¡Ah, tunante! ¡qué escopetazo tan bien empleado!

Catalina hizo un esfuerzo supremo para serenarse y para dominar su dolor. Lo consiguió; pero no le concedamos por ello la apoteósis del heroismo, porque realmente no creia lo que Chomin le contaba. Era en su casa la honra una divinidad tan alta, tan augusta, tan reverenciada, que Catalina no concebia que nadie de su familia pudiese profanarla.

Quizá no falte quien diga al leer esto:

«Pobre madre, pobre aldeana, que ignoraba cuán superior es en ciertos seres la influencia de la organizacion á la influencia de la educacion. El vulgo suele decir en son de burla y censura, que tal ó cual persona *es muy enamorada,* y el vulgo no sabe que esa burla y esa censura son tan in-

justas como las que se dirigiesen á un ciego por la sola desgracia de haberle negado Dios los ojos al formarle.»

No estoy en un todo conforme con este razonamiento.

Los hijos de Catalina estaban desde ántes de amanecer echando castañas*) en un castañar lejano de la aldea.

Catalina se decidió á tomar inmediatamente el camino de Bilbao acompañada de Chomin y encargando á Juana que guardara completa reserva acerca de la desgracia que la obligaba á partir, y que explicase á Miguel y sus hermanos la precipitacion de su viaje diciéndoles que su tio estaba gravemente enfermo, y la habia enviado á llamar.

A hora bastante avanzada de la noche llegaron Catalina y Chomin á Bilbao.

Fácil es comprender la cruel ansiedad con que la primera llegó á casa de su cuñado, y cuán inmenso fué su dolor cuando ya no le quedó duda alguna de la deshonra y la perdicion de su hija.

Transida Catalina de dolor, emprendió á la mañana siguiente la vuelta á la aldea, porque temia que se divulgase la deshonra de Soledad, y Miguel corriese en busca de los culpables y derramase la sangre de la seducida y el seductor. Catalina queria dar por sí misma á sus hijos la fatal noticia para refrenar la indignacion y la venganza de Miguel, por medio de la influencia que su amor y su autoridad de madre ejercian siempre en aquel noble y generoso mancebo.

Todavía conservaba la triste madre una esperanza: la de que el seductor de su hija no seria tan malvado que se negase á devolver á Soledad, en cuanto era posible, la honra que la habia arrebatado; pero ¡ay! ni aun esta débil y triste esperanza conservó por mucho tiempo la pobre Catalina.

Atravesaban esta y Chomin el campo de Volantin con direccion á la Salve, cuando vieron que se encaminaba hácia ellos una señora con el rostro encendido por el llanto y el enojo.

Y aquella mujer llenó de injurias á Catalina despues de revelarle que era esposa del raptor de Soledad.

*) Recolectando castañas.

Despues de oir esta tremenda revelacion, Catalina no oyó mas, y si oyó las palabras injuriosas que se la dirigian, no trató de rechazarlas. ¡Qué peso podian añadir á su deshonra, á su mortal vergüenza algunas injurias lanzadas por una pobre mujer herida en su orgullo y en su corazon!

Catalina y Chomin caminaron hácia la aldea: la primera con los ojos enjutos, pero con el corazon herido de muerte, y el segundo sin poder contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos.

Así que llegó á casa, Catalina reveló á sus dos hijos mayores la desgracia que pesaba sobre la familia. Terribles fueron el dolor y la indignacion que ambos mancebos experimentaron al recibir aquella noticia; Catalina les dijo con tono solemne:

— La venganza solo es lícita á la justicia del cielo y á la justicia de la tierra. Olvidad á vuestra hermana; pero si un dia llama desamparada á vuestra puerta ó á vuestro corazon con las lágrimas del arrepentimiento, cubridla, hijos mios, con el manto del olvido y la misericordia, que á mas de ser vuestra hermana, será una criatura débil y desventurada.

— ¡Madre! contestó Miguel inclinando el rostro anegado en llanto, así lo haremos, porque Dios y usted nos lo mandan.

Catalina se acostó en seguida, al parecer algo tranquila y resignada; pero Miguel, que la conocia á fondo, dijo á su hermano:

— Vé corriendo á llamar al médico.

— No tengas cuidado, que está tranquila.

— Vé por Dios, que su tranquilidad me parece la de los muertos.

El médico vino en seguida, y dispuso que inmediatamente se llamara al señor cura.

A la mañana siguiente tocaban á muerto las campanas de la aldea, y en esta no habia nadie que no llorase encomendando á Dios á Catalina.

Aquel mismo dia se puso el crespon negro que vi en el escudo de armas de la casa grande.

VIII.

Un mes hacia que habia muerto la pobre Catalina.

En una miserable boardilla de Bayona lloraba y cosia una jóven que parecia la sombra de Soledad.

De repente se estremeció y se alzó de su asiento, espantada al oir la voz de su hermano Miguel, que pronunciaba su nombre á la puerta de la habitacion.

Miguel penetró en esta. Soledad, cada vez mas aterrada, inclinó la frente al suelo sin atreverse á mirarle, creyendo que iba á lavar con sangre la mancha que habia caido en la honra inmaculada de la familia.

— ¡Soledad! ¡hermana de mi alma! exclamó Miguel estrechándola en sus brazos con los ojos anublados por las lágrimas.

Al oir aquella voz cariñosa, al sentirse estrechada por aquellos brazos amorosos, y al sentir en su rostro el calor de aquellas lágrimas, se atrevió á fijar sus ojos en los de su hermano, y entónces reparó en que este llevaba al cuello toquilla de luto.

Iba á preguntar á su hermano qué nueva desgracia pesaba sobre su familia; pero Miguel se anticipó á su pregunta diciéndola:

— ¡Soledad! nuestra casa no tiene ya ama que la cuide y la gobierne. Ven, ven á ocupar el puesto que nuestra madre ha dejado vacante al volar al cielo.

Soledad cayó al suelo como muerta al oir estas palabras.

Su dolor debió ser tan cruel, tan profundo, tan horrible, que sin duda bastó á redimir su culpa, si es que no habia bastado el que la pobre muchacha habia sentido desde que la abandonó su infame seductor.

Soledad volvió en sí, pasado un corto rato, merced á los solícitos cuidados de Miguel, y ambos hermanos emprendieron al dia siguiente la vuelta á la aldea.

¡Con qué dolor, con qué mortal angustia, con qué inmensa vergüenza tornaba la pobre Soledad á aquella aldea que habia

abandonado noble y honrada como su madre, pura como las flores de los valles nativos!

Miguel procuró evitar á su hermana el paso por Bilbao, para evitarle la vergüenza y el dolor que debian causarle aquellos sitios que fueron teatro de sus primeros extravíos!

Atravesaron la cordillera de montañas que dominan á la invicta villa por el norte, y cuyas sendas eran muy conocidas á ambos jóvenes.

El dia era hermoso, y la animacion y la alegría reinaban allá abajo en el fondo del valle del Ibaizábal.

Unas campanas tocaban en la falda de la montaña, por cuya cúspide caminaban Miguel y Soledad. Eran las del santuario de Begoña.

Lo que Soledad sintió al oir aquellas campanas puede tal vez comprenderse, pero no puede explicarse.

Las campanas de Begoña no sonaban tristemente para los que tenian alegre el corazon ó para aquellos que en su sonido solo hallaban el recuerdo del cielo; pero para Soledad sonaban muy tristes, muy lúgubres: tocaban á muerto!

¡Ay del que tiene un negro remordimiento en el fondo del alma, que para ese las alegres alboradas de San Juan, serán las tristes vísperas de difuntos!

Soledad y Miguel siguieron, siguieron tristemente su camino hasta que desde la altura, al otro lado de un hondo valle poblado de robles y castaños, vieron surgir, en otra altura, de entre la arboleda que la coronaba, un campanario, á cuyo pié y á traves del ramaje blanqueaban algunas casas.

Aquella era su pacífica, y hermosa, y noble y honrada aldea.

El dolor, calmado un tanto al partir de Bayona los viajeros, pero exacerbado poco á poco despues, y particularmente desde que dominaron el valle del Ibaizábal, llegó á su colmo cuando Soledad descubrió el campanario de la aldea natal, cuando vió aquellas arboledas y aquellas colinas donde con el alma tan tranquila y la frente tan alta habia discurrido con las compañeras de su infancia, ante las cuales tendria ya que bajar la frente confusa y avergonzada.

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Soledad, que tuvo necesidad de apoyarse en su noble y generoso hermano para no caer al suelo abrumada por el peso de su dolor.

Ambos jóvenes continuaron lentamente su camino, Soledad deshaciéndose en lágrimas, su hermano empleando todos los tesoros de amor fraternal que encerraba su corazon para consolarla.

Era domingo.

El párroco de la aldea, que acostumbraba á leer á sus feligreses ántes del ofertorio de la misa un pasaje de la Sagrada Escritura, habia leido aquel dia la santa parábola de la mujer adúltera.

— ¡El que se crea sin mancha que arroje la primera piedra! decia con Jesus el sacerdote.

Y estas palabras despertaron mil nobles remordimientos y mil generosos propósitos en el corazon de los aldeanos: remordimientos de no haber perdonado y propósitos de perdonar.

Miguel y su hermana apresuraron el paso al llegar junto á la aldea, para atravesar esta ántes que dejase de estar casi desierta, es decir, ántes que la gente saliese de misa.

Entraron en el campo inmediato á la iglesia y hallaron en efecto la aldea solitaria.

Pero de repente se abrió la puerta de la iglesia, y el campo se vió poblado por casi todos los moradores de la aldea.

Si la culpa de Soledad habia sido grande, grande fué tambien la expiacion que en aquel instante vino á borrarla, porque nos espantaria el dolor de Soledad, si nos hubiese sido dado contemplar el fondo de aquel corazon desgarrado.

Un grito de júbilo, que no una maldicion, acogió al ángel caido y rehabilitado por el infortunio.

Soledad solo encontró compasion y amor en los moradores de la aldea.

Todos pensaron en esta, que Soledad era muy desgraciada, ninguno que era muy culpable, y ni al mas justo le ocurrió arrojarle la primera piedra.

¡Bienaventurados los que lloran, y bienaventurados los que perdonan!

DE PATAS EN EL INFIERNO.

I.

Allá arriba, allá arriba en la falda de la montaña, se ve una blanca y hermosa casería, rodeada de viñas y heredades orladas de frutales.

Dios parece haber derramado todos los años su santa bendicion sobre los frutales, y las heredades y las viñas, que el trigo y el maíz, y la fruta, y el vino se cogen allí siempre con abundancia.

Cada vez que los habitantes del valle alzan la vista á la casería, lágrimas brotan de sus ojos y bendiciones de sus labios.

¿Por qué tales bendiciones y tales lágrimas?

Pronto lo sabremos, si prestamos atento oido á la conversacion que llevan Marta y Teresa, conforme se dirigen á la fuente que brota en el castañar situado al pié de la montaña entre la casería y el valle.

Marta es una mujer de cincuenta años, que en sus tiempos debe de haber tenido buenos bigotes, y Teresa una chica de quince con unos ojos que dicen soledad tres veces, y una cara que á peso de oro es barata.

Ambas llevan la reluciente herrada de cobre en la cabeza y charlan como cotorras.

— Andemos agudas, dice Marta, que van á dar las doce, pues el sol llega ya á la cornisa del campanario, y aquel condenado á muerte se pone como un toro cuando va á comer y no encuentra agua fresca.

— ¡Pues no le digo á usted nada mi padre!

— Hija, mi marido, particularmente cuando trabaja para D. Mateo, apénas come por el afan de volver pronto á su trabajo.

— Pues haga usted cuenta que dos cuartos de lo mismo lo sucede á mi padre.

— Es verdad, hija, que todo se lo merece D. Mateo, porque miéntras él viva bien puede decirse que no habrá pobres en la aldea.

— ¡Qué razon tiene usted! Mire usted lo que ha hecho con nosotros: el año pasado apénas cogimos grano para la renta, y despues de perdonarnos la renta nos dió grano para la siembra.

— Pues lo mismo ha hecho con nosotros y con todos los inquilinos.

— Cuando ese señor muera, tienen que acompañarle mas ángeles que estrellas hay en el cielo.

— ¡Dios nuestro Señor le conserve mucho tiempo la vida! El dia que D. Mateo se muera, el cielo se vestirá de gala para recibirle; pero la tierra se vestirá de luto para darle la despedida.

— Decia el domingo el señor cura que chicos y grandes, todos en el mundo tenemos alguna mancha en la conciencia; pero yo creo que la conciencia de D. Mateo está mas limpia que la plata y el oro, porque ese bendito señor nunca ha tenido mas afan que hacer bien á todo el mundo.

— ¡Dichosa la que se case con él!!

— Y que segun decia el otro dia á mi padre, cuando se case no buscará ninguna rica, que se contentará con que sea honrada, bien parecida y mujercita de su casa.

— Pues mira, hija, para eso tú eres á pedir de boca.

— ¡Qué cosas tiene usted!

— Chica, no te pongas colorada por eso, que tú te mereces un rey de España.

— ¡Pues! ¡D. Mateo, tan rico, y tan bueno, y tan guapo, se habia de casar conmigo!

— De ménos nos hizo Dios, hija. Pues él no te tiene por saco de paja. El otro dia estaba yo á la puerta cosiendo,

y como es tan llano y tan..... vino á hablarme, cuando en esto que asomas tú, y me dice con aquella cara de risa que tiene siempre: — «Allí viene Teresa, que vale mas que todas las muchachas del concejo juntas.»

— ¡Mire usted qué burlon!

— Pues aunque lo sea, milagro será que las burlas no se vuelvan veras, con tal que quieras tú.

Teresa estaba como una rosa, y los ojillos se le habian alegrado que era una bendicion.

En estas y las otras, Marta y Teresa llegaron á la fuente.

Teresa, como la buena crianza requeria, cedió la vez para llenar á Marta.

El sol de la canícula picaba como las ortigas, y la fuente, que quince dias ántes manaba soga á soga, solo manaba ya hilo á hilo.

Al acabarse de llenar la herrada de Marta, sonaron las doce en el campanario de la iglesia parroquial del valle.

— ¡Las doce ya! exclamó Marta sobresaltada, ¡Vírgen santísima, cómo estará aquel cascarrabias para cuando yo vuelva á casa! Hija, no te espero, que tú ya sabes el camino, y esto va largo.

Teresa ayudó á Marta á ponerse la herrada en la cabeza, y Marta tomó castañar abajo.

II.

Teresa se sentó á la sombra de un castaño miéntras se llenaba la herrada, apoyó el codo en la rodilla y la mejilla izquierda en la palma de la mano y se puso á cavilar.

¿Qué era lo que cavilaba?

Vaya usted á adivinar qué demontre es lo que cavilan las muchachas casaderas cuando sin saber por qué ni para qué, se quedan como los santos de Francia!

El agua, que suena gordo cuando la herrada está vacía y va trocando la voz de bajo en voz de tiple conforme la her-

rada se va llenando, dijo á Teresa que ya era hora de plantarse la herrada en la cabeza.

Echó Teresa un ramo de avellano en el agua para que esta no se menease, arreglóse un cabezal de helecho y trató de ponerse en la cabeza la herrada; pero no alcanzaban á tanto sus fuerzas.

Por tercera vez habia tratado inútilmente de ponerse la herrada, y con los esfuerzos estaba coloradita como un clavel.

Púsose á mirar si por allí habia álguien que fuese á echar una mano, cuando cate usted que ve á Don Mateo que baja por el castañar cantando bajito y con aquella cara de pascua que usaba todos los dias.

— A tiempo llega usted, D. Mateo.

— Mas vale llegar á tiempo que rondar un año.

— Hágame usted el favor de echar aquí una mano.

— El alma y la vida echaria yo á tus piés.

— ¡Ande usted, burlon!

— No hay burlas que valgan.

— ¡A cuántas habrá usted dicho esas cosas!

— Teresa, hablemos con formalidad, que hace dias deseaba cogerte sola para eso, dijo D. Mateo, dejando el tono chancero que hasta entónces habia usado.

Teresa inclinó los ojos al suelo, aumentándose el color de sus frescas y sonrosadas y hermosas mejillas, y ya no pensó en la herrada ni en que su padre esperaba el agua fresca.

— Yo, continuó D. Mateo, soy rico, y á pesar de eso, no soy feliz, porque me falta algo.

— ¿Pues qué le falta á usted?

— Un corazon que me quiera.

— No hay en el concejo quien no le quiera á usted.

— Mucho me consuela eso; pero no me basta.

— No le entiendo á usted.

— Teresa, esa sonrisa y ese rubor con que me dices eso, prueban que me entiendes; pero aunque me entiendas, quiero hablarte mas claro. Cuando la tarde declina, cuando el silencio comienza á reinar en el valle y el sol se oculta tristemente tras de los montes lejanos, cuando el toque de oraciones suena,

y cuando veo al labrador abandonar los campos para volver á su hogar, donde llenos de amor le esperan su mujer y sus hijos, siento en mi corazon una tristeza que solo puedo explicar diciendo que se parece al deseo de hallar una alma que se comunique y se confunda con la mia. Cuando recorro los campos esmaltados de flores, cuando vago por las sombrías y verdes arboledas, cuando los pájaros cantan, cuando el cielo está azul y sereno, cuando todo se anima y embellece al soplo de la primavera, siento la misma tristeza, la misma ansia, el mismo deseo que cuando el sol se pone. ¿Comprendes, Teresa, qué sentimiento es este que en vano trato de explicar?

— Yo no sé decir las cosas como usted, pero de sobra entiendo lo que es eso.

— ¿Qué es, Teresa?

— Toma qué ha de ser, que cuando una es jóven.....

— Necesita amar, no es eso?

Teresa se puso aun mas coloradita que estaba y se sonrió como diciendo: «Esa es la madre del cordero.»

— Pues bien, continuó D. Mateo, tú puedes llenar el vacío que hay en mi corazon.

— Mire usted que soy muy pobre.

— Pero yo soy muy rico. ¿Quieres darme tu amor por mi amor y mis riquezas?

— Yo..... si mi padre quiere.....

D. Mateo, que no tenia pelo de tonto, conoció que hacer mas preguntas sobre si Teresa le queria ó dejaba de quererle era ya moler.

Una muchacha que venia por agua, apareció bajo los castaños que precedian á la fuente; y D. Mateo se apresuró á ayudar á Teresa á ponerse en la cabeza la herrada.

— Mañana mismo hablaré á tu padre, dijo por lo bajo á Teresa.

A la muchacha que llegaba á la fuente le llamó la atencion lo colorada que estaba Teresa; pero ¿á quién le habia de ocurrir sospechar ninguna picardía en Teresa, ni en D. Mateo?

¿Le gustaba á Teresa la conversacion que habia tenido con D. Mateo en la fuente?

Lo único que consigna la historia es que á Teresa le bailaban los ojillos de alegría cuando llegó á su casa, y que toda la tarde se le pasó cantando y mirando hácia la casería de la falda de la montaña.

Al dia siguiente se presentó D. Mateo al padre de Teresa, que estaba trabajando en una heredad.

— ¡Buenos dias, Santiago!

— ¡Señor D. Mateo, usted por aquí!

— Sí, señor, voy á ver si cierro el ajuste del palacio del Indiano.

— ¿Qué, se va usted á bajar á vivir en él?

— No, voy á establecer en él un hospital para los pobres del concejo.....

— ¡Bien haya usted, que despues de Dios es el consuelo y el amparo de los pobres!..... ¡Tiene usted que ser mas feliz!.....

— En su mano de usted está el que lo sea.

— ¡En mi mano! ¿Cómo?.....

— Concediéndome la de Teresa.

— ¡Qué bromista es usted, señor D. Mateo!

— No es broma, Santiago. Mas de una vez me ha oido usted decir que si llegaba á casarme habia de ser con una muchacha pobre, bien parecida y honrada.

— Sí que se lo he oido á usted.

— Pues bien, ninguna como su hija de usted.

— Pere señor D. Mateo, mire usted que mi hija..... honrada á carta cabal sí lo es, pero.....

— No hay pero que valga. ¿Quiere usted ser mi padre?

— ¡No he de querer, señor D. Mateo!..... Vamos, si parece un sueño..... si..... ¡A mi me va á dar algo con la alegría!..... ¡Bendito sea Dios que le da á uno al cabo de tantos años y tantos trabajos, lo que ni en sueño podia esperar.

Y Santiago lloraba de gozo.

Don Mateo procuró convencerle de que ni él ni su hija le

debian agradecimiento, porque Teresa valia mas que todos sus millones; pero no lo pudo conseguir.

Aquella noche, apénas habia ya en el valle quien no supiese con asombro que D. Mateo se casaba con Teresa, porque Santiago, loco de alegría, se lo habia contado á todos, y D. Mateo no se lo habia negado á nadie.

III.

Medio año hacia que D. Mateo habia pedido á Santiago la mano de Teresa, y Teresa estaba soltera aun.

Sin embargo, D. Mateo estaba cada vez mas enamorado de Teresa, y cada vez mas firme en su propósito de casarse con ella.

Si falta habia en que no se hubiese casado ya, su falta era muy disculpable. Don Mateo andaba hacia medio año ocupadísimo en dos obras muy importantes y santas, que eran la fundacion de un hospital y la restauracion de la iglesia parroquial del valle.

Don Mateo queria añadir á las satisfacciones que experimentase el dia de su casamiento, la de haber terminado aquellas dos obras, y particularmente deseaba que el templo restaurado á su costa se abriese nuevamente al culto con la celebracion de su casamiento con Teresa.

A pesar de esto, el vulgo empezaba á murmurar, porque el vulgo no comprende la lógica de ciertas almas dadas á lo que podríamos llamar supersticion de la poesía.

Poetas del corazon, que así llamo yo á los que aman los recuerdos y se enamoran de la belleza moral, hagan versos ó no los hagan, subid á la montaña un dia que llueva á cántaros y decid al vulgo que habeis subido por tener el consuelo de rezar y llorar al pié del árbol donde una mujer que os arrebató la muerte, os dijo que os amaba en tal dia y en tal hora. Veréis qué carcajada suelta el vulgo comprendiendo solamente que sin por qué ni para qué os habeis puesto como una sopa.

Necesario es confesar que el vulgo que murmuraba de D. Mateo, no iba del todo descaminado.

Oigamos cuáles eran sus murmuraciones.

— Pero chica, decia Marta á Teresa, yendo otro dia á la fuente del castañar, ahora que estamos solas hablemos un poco de tu boda, que parece el cuento de nunca acabar. ¿Sabes que yo nunca hubiera creido en D. Mateo lo que está pasando?

— Pero si no pasa nada malo.....

— Ni tampoco nada bueno. ¿Te parece justo que D. Mateo no se haya casado aun contigo al cabo de mas de medio año que ha pasado desde que pidió tu mano á tu padre?

— Si no se ha casado aun, es por un motivo muy santo y muy bueno.

— No digo que no lo sea ni que de D. Mateo ni de tí se deba temer nada que sea contra lo que Dios manda; pero desengáñate, los malos pensamientos y las malas lenguas abundan en este mundo y no falta quien se atreva á decir que D. Mateo nunca ha pensado en casarse contigo.

— Pues verá usted qué pronto se convencen de lo contrario.

— Así lo creo, hija; pero hay que convenir en que los que murmuran no van del todo descaminados, porque desengáñate tú, cuando un rico se dirige á una pobre siempre hay lugar á pensar mal, aunque el rico parezca un santo. Luego, D. Mateo, al fin es hombre, y como decia una tia mia, que por cierto murió solterona: «¡Hombres! con el mejor enciendan un horno!»

— Por mas que usted me predique y por mas que digan las malas lenguas, yo no puedo desconfiar de D. Mateo, porque sé que me quiere como Dios manda.

— Yo tambien lo sé, hija, y estoy persuadida de que es un santo, pero á pesar de eso no las tengo todas conmigo. Todos somos mortales, y figúrate tú que, lo que Dios no quiera, mañana se muriera Don Mateo. ¿Cómo quedabas tú? Perdida, porque quedabas con una nota que ya nadie te quitaba.

— En eso tiene usted razon, asintió Teresa saltándosele las lágrimas.

Pasaron dias y aun semanas, y Teresa se iba desmejorando, porque no podia echar de su imaginacion las reflexiones que Marta la habia hecho yendo á la fuente del castañar.

Una tarde, al anochecer, al retirarse D. Mateo á su casa, se detuvo, segun su costumbre, á la puerta de la de Santiago á hablar un rato con la que pronto iba á ser su familia, y anunció á Teresa y Santiago que dentro de ocho dias quedaria instalado el hospital y se abriria la iglesia para unirse en ella él y Teresa por toda una eternidad.

Aquella noche Teresa y su padre no durmieron de alegría.

Eran las ocho de la mañana del dia siguiente y á Teresa comenzó á llamarle la atencion el que Don Mateo, que era muy madrugador, no hubiese bajado ya, segun su costumbre á presenciar las obras que se hacian á sus expensas.

Miraba con cierta inquietud desde la ventana de su casa hácia el camino del castañar, cuando en vez de ver bajar á D. Mateo, vió bajar corriendo desatentado á un criado de D. Mateo.

Teresa salió asustada á su encuentro á preguntarle qué ocurria, y supo con espanto que el mozo bajaba á llamar al señor cura y al médico, porque á D. Mateo, que desde el amanecer se sentia algo malo, le habia dado un accidente y se moria.

Poco despues el valle era un valle de lágrimas, porque D. Mateo se habia muerto.

IV.

Cuando el narrador es hombre de buen criterio, no incurre en el anacronismo y la impropiedad de narrar con los modismos de lenguaje del siglo XIX sucesos del siglo XI, porque ¡dónde hay cosa mas impropia y mas ridícula que, por ejemplo, hacer que Rodrigo Diaz de Vivar declare su amor á Jimena en estos términos: — «Señorita, desde que tuve la dicha de

verla á usted en el café, arde mi corazon todo el fuego de los fósforos de Cascante y de las locomotoras del ferro-carril del norte. Dígame usted que quiere ser mi novia, porque si usted me da calabazas, me levanto la tapa de los sesos de un pistoletazo.»

El vulgo en sus narraciones incurre, sin el menor escrúpulo, en estos anacronismos y estas impropiedades, por dos motivos: primero, porque no sabe narrar de otro modo, y segundo porque, al ver á los que se tienen por maestros en el arte de narrar poner el *vos* en boca de los castellanos del siglo XIX, se cree autorizado á poner el *usted* en boca de los castellanos del siglo XI.

El vulgo del valle donde pasó lo que voy contando, me refirió lo que le pasó á D. Mateo así que cerró el ojo, y lo voy á contar en los mismos términos que me lo contaron, para que se vea hasta dónde es capaz de llegar el vulgo en punto á anacronismos ó impropiedades de lenguaje.

¡Silencio, que va á hablar el vulgo!

— ¿Y á dónde me voy yo ahora? se preguntó á sí mismo D. Mateo, así que estiró la pata. Me voy al cielo, porque ¿á dónde mejor que al cielo podemos irnos los muertos?

Como lo dijo lo hizo: hala, hala, cruzando áridos desiertos, erizados de espinas y rocos y precipicios, llegó á las puertas del cielo.

Vió que habia un letrero que decia: «Nadie pase sin permiso del portero»; pero no hizo caso del letrero, porque acostumbrado á este mundo, donde todo pasa, creyó que allí sucederia lo mismo.

— ¡Eh, caballerito! ¿á dónde se va? le preguntó un viejo que tenia una enorme calva, y en la mano un manojo de llaves.

— A ver á su majestad, contestó D. Mateo.

— ¡Pues me gusta la franqueza como hay Dios! ¿No ha visto usted ese letrero que hay en la portería?

— Hombre, déjeme usted de letreros, que esos los hay en todas, y son como la carabina de Ambrosio.....

— Pero es porque los porteros no cumplen con su obligacion.

— Si cumplieran, otro gallo les cantaria.

— ¿Qué está usted ahí hablando de gallo, grandísimo insolente? exclamó el viejo, herido al parecer donde mas le dolia.

Don Mateo, que naturalmente tenia prisa de entrar, vió que por malas no iba á conseguir el pase del portero, y se decidió á mudar de tono.

— Hombre, perdone usted si le he ofendido.

— Es que no andemos con indirectas, porque no las tolero.

— Y hace usted perfectamente. Me gusta usted porque sabe cumplir con su obligacion. Con que diga usted, ¿está su majestad?

— Sí, señor, que está.

— No se parece usted á otros porteros, que niegan á Cristo padre.

— ¡Dále bola con las indirectas!

— Dispense usted.....

— Dispensé, pero ya no dispenso.

— ¡Caramba, qué geniecillo tiene usted! Vamos, hombre, eche usted un cigarro y seamos amigos.

Y D. Mateo, sacando de la petaca un magnífico veguero, se le alargó al viejo, que, aunque no fumaba, le tomó por no hacer un desaire.

— ¿Con que desea usted ver á su majestad? le preguntó el portero en tono ya mas amable.

— Si usted me lo permite.....

— Vamos, pasaré recado á su majestad, aunque de seguro me vale una buena peluca.

— Falta le hace á usted, murmuró por lo bajo Don Mateo.

— ¿Cómo es su gracia de usted?

— Dé usted esta tarjeta.

— Hombre, dijo el portero leyendo la tarjeta, es usted tocayo de un compañero que yo tuve, y que por mas señas era escritor público. Aunque no sea mas que por eso, le voy á servir á usted.

El portero entró, y salió pasado un instante.

— Trabajillo me ha costado conseguir que su majestad le

reciba á usted tan temprano; pero al fin me ha dicho que le deje á usted pasar.

— Ea, muchas gracias, y ahí va otro cigarrito para despues de comer.

El portero abrió la mampara, y D. Mateo se coló dentro.

Quedóse D. Mateo un poco cortado al llegar á la presencia de su majestad; pero al ver que su majestad era la bondad suma, recobró aliento.

— Señor, dijo, yo venia.....

— A pedir un rinconcito por aquí, ¿no es verdad?

— Justamente, señor.

— ¡Ya! ¡cómo tonto!

— Señor, ¡á qué está uno!

— De buena gana te le concederia, porque casi, casi lo mereces; pero ántes tienes que llenar un requisito.

— ¿Cuál, señor?

— El de pasar un par de dias en el purgatorio.

— ¿Pues qué delito he cometido yo para eso?

— Has tenido entretenida mas de medio año á una muchacha honrada.

— Pero ha sido con buena intencion.

— Es que si hubiera sido con mala, irias al infierno como un señor.

— ¿Y no habria medio de echar tierra á ese pecadillo?

— Aquí no se echa tierra á nada. ¿Te parece á tí que aquí hacemos lo que por allá?

— Bien, señor, me resignaré á sufrir la pena.

— Para que veas que te estimo y que tengo en cuenta tus buenas obras, te voy á evitar el bochorno de ir de justicia en justicia como van otros.

— Dios se lo pague á vuestra majestad.

— ¿Me das palabra de honor de ir via recta á tu destino?

— Sí, señor.

— Ea, pues andando.

— Quede vuestra majestad con Dios.

— Anda con Dios, hombre.

V.

Apénas salió D. Mateo del cielo, encontró á un vecino suyo que habia muerto hacia seis dias, y á quien él creia dentro, pues todos le tuvieron siempre por un santo.

El vecino venia muy alegre.

— ¡Usted por aquí! exclamó D. Mateo asombrado. ¿De dónde se viene?

— Del purgatorio.

— ¿Y cómo le han dejado á usted salir?

— Porque he cumplido y llevo aquí la absoluta, contestó el vecino, indicándole el canuto de hojalata que llevaba al cuello pendiente de una cinta.

— Poco tiempo ha estado usted por allá.

— ¡Poco tiempo dice usted!

— Seis dias lo mas.

— Seis mil años lo ménos!

— ¡Aprieta, manso! dijo para sí D. Mateo horrorizado. Cuando seis dias se le han hecho á este seis mil años, ¡floja chamusquina habrá por allá!

Y siguió su camino.

Apénas anduvo algunos pasos, se encontró en un sitio verdaderamente extraordinario: era un campo rodeado de árboles y flores, y fecundado por cristalinas fuentes; pero allí todo era vago é indeciso, lo mismo la luz que el agua, lo mismo los árboles que las flores.

La luz era triste, las flores inodoras é incoloras, los árboles no daban sombra ni fruto, el sol no calentaba, y las fuentes, á pesar de ser frescas, ni aplacaban la sed, ni reproducian los objetos en sus ondas.

Sentíase allí un bienestar parecido al que proporciona el sueño; pero se sentia al propio tiempo un malestar parecido al que proporciona la pesadilla.

Multitud de niños vagaban en aquel campo, ni tristes ni alegres.

Don Mateo los acarició, y si no rehusaron sus caricias, tampoco dieron muestras de placer al recibirlas.

Don Mateo los dió cuartos para rosquillas, y los recibieron con indiferencia.

Don Mateo les echó á rodar naranjas, y las cogieron indiferentes tambien.

Por último, D. Mateo acudió al medio supremo para vencer la indiferencia de los niños, que es hablarles de soldados, y los niños le oyeron como quien oye llover.

Lo único que parecia conmoverlos tristemente, era el resplandor que brillaba hácia la parte del cielo.

— ¡Qué criaturas tan singulares! exclamó D. Mateo. ¡Ni en el cuerpo ni en el alma sienten calor ni frio! ¡Están como los niños del limbo!

Nuestro viajero trató de continuar su camino, y dirigió la vista al paisaje que tenia delante.

Dos caminos distintos partian desde aquel campo, siguiendo el fondo de dos distintos valles.

Ambos valles eran hermosos; pero sobre todo el de la izquierda era un paraíso terrenal.

— ¿Cuál de estos caminos, dijo D. Mateo, será el del purgatorio? Naturalmente lo será el mas florido, porque en el camino del purgatorio debe abundar la flor de la esperanza, que es la reina de las flores, y en el del infierno no puede haberla. Sigamos, pues, el camino de la izquierda, que es el mas florido.

Como lo dijo lo hizo.

Aquel camino era deliciosísimo: los piés se deslizaban por él con facilidad pasmosa.

Flores de maravillosa hermosura y frutos delicadísimos abundaban por todas partes.

Músicas deliciosas recreaban el oido.

Mujeres llenas de gracia y hermosura sonreian y provocaban al viajero, vagando por aquellos jardines ó descansando blandamente en aquellas alfombras de flores.

A la sombra de aquellos floridos pabellones, recreaban el olfato y la vista mesas cubiertas de los manjares mas delicados.

Todos los placeres que el diablo y los hombres han in-

ventado para la gloria ó la perdicion del género humano se encontraban allí.

— ¡Oh, señor, exclamó D. Mateo, cuán incomprensibles son tus obras para la mezquina inteligencia humana! El que no tenga la fe que yo tengo en tu sabiduría, y haya visto, como yo, el camino del cielo árido é ingrato, y el del purgatorio fácil y lleno de encantos, ¡cómo podrá creer que uno y otro son obra de la sabiduría suprema!

Tanta belleza, tantos placeres, tantos encantos, empezaban ya á hastiar, á marear, á cansar, á fatigar á D. Mateo, cuando de repente, á las flores sucedieron los abrojos, á los árboles frondosos, árboles agostados, á las alfombras de flores, ásperas rocas, á los floridos pabellones, horribles cavernas, á las acordadas músicas, aullidos de fieras y silbidos de serpientes.

— ¡Ya pareció aquello! exclamó D. Mateo horrorizado, con tanto mas motivo cuanto que se encontró enfrente de un edificio sombrío, por cuya puerta, mas sombría aun, salia un humo negro como la pez y apestoso como la asafétida.

De aquel edificio salia un ruido infernal de lamentos, de aullidos, de maldiciones, de amenazas, de golpes, de explosion de minas, de hervor de calderas, de crujidos de huesos, de rechinamiento de dientes, y un olor á chamusquina insufrible.

— ¡Hé ahí el purgatorio! dijo D. Mateo, y se encaminó hácia la puerta de aquel siniestro edificio.

Al acercarse á la puerta, retrocedió algunos pasos, sintiéndose sin fuerzas para atravesarla.

— *¿Quid faciendum?* se preguntó. Si no entro por buenas, es muy posible que alguno de esos gusarapos que andan por ahí me arree y me haga entrar por malas, con el ítem de algunos dias de recargo en mi condena. Por otra parte, yo, que nunca falté á la palabra dada á los hombres, ¿he de faltar á la palabra dada á Dios? Nada, nada, pecho al agua y sea lo que Dios quiera.

Así diciendo, tomó carrera, cerró los ojos, y á la una, á las dos, á las tres, se sopló en aquel antro infernal.

Tres horribles mordiscos que simultáneamente sintió en la pantorrilla, y una gran cornada que sintió en la cara, le hicieron echar el primer *pecado* que habia echado en su vida.

Abrió los ojos para ver á quién debia aquel recibimiento, y se encontró con que le habia dado los mordiscos un perro de tres cabezas que estaba junto al quicio de la puerta, y la cornada un hombreton que ostentaba en los piés y en las manos uñas de á cuarta, y en la frente cuernos de á vara.

— ¡Ya podia usted dar cornadas á la cabra de su madre, y tener atado ese perro! dijo D. Mateo al de los cuernos.

— ¡A mí no me alce usted el gallo, porque le rompo á usted el alma! ¿Usted sabe con quién habla?

— ¡Con el demonio, Dios nos perdone! ¡Qué bruto, hombre, á poco mas me saca un ojo!

Apénas habia dicho esto D. Mateo, centenares de verdugos provistos de tenazas, de sierras, de hierros candentes, de cacillos de pez hirviendo y de plomo derretido, se lanzaron á él dando horribles carcajadas.

El de los cuernos pegó con estos en la pared, y el golpe produjo un ruido espantoso, que retumbó por toda aquella horrible mansion é hizo detenerse, echando espumarajos de rabia, á todos los verdugos que se dirigian á D. Mateo.

— ¡Nadie toque á este perillan hasta que yo dé permiso para ello! exclamó el de los cuernos.

— Señor director, será usted obedecido, contestaron los verdugos humildemente, y cada cual volvió á su puesto y á la ocupacion que ántes tenia.

A pesar de la cornada, D. Mateo dió las gracias al director, porque le habia librado de todos aquellos calafates.

— No hay de qué darlas, le contestó el director. Noto en usted un no sé qué, que no tiene ninguno de los que vienen aquí, y no quiero exponerme á incurrir en el delito que purga aquel juez que ve usted en aquel tablado.

Don Mateo miró hácia el sitio que señalaba el director, y vió á un togado á quien un verdugo daba garrote, haciéndole crujir la nuez y sacar un palmo de lengua, operacion que el verdugo repetia sin cesar, pues el agarrotado quedaba

sano apénas el verdugo le daba una sangría por medio de un manojito de víboras que le aplicaba al pescuezo.

Don Mateo apartó con horror los ojos de aquel espectáculo, preguntando:

— ¿Qué delito ha cometido ese desventurado para que así se le castigue?

— Anticipó una hora la ejecucion de un condenado á muerte, cuyo indulto llegó media hora despues de la ejecucion, y por haber cercenado una hora de vida, padece una eternidad de tormento.

— Horrible es el castigo, pero tambien es justo, porque el juez mas debe pecar de indulgente que de severo.

— Hombre, hágame usted el favor de no propalar doctrina tan subversiva, que ya ha hecho perder á nuestro establecimiento negocios muy bonitos. Ayer, sin ir mas léjos, se nos escapó otro juez á quien teníamos casi asegurado, y ¿por qué creerá usted que fué? Pues se nos escapó por haber retrasado una hora la ejecucion de un reo, cuyo indulto llegó ántes del *su único hijo.**)

Unos gritos horribles de hombre y de mujer que se maldecian recíprocamente, hicieron á D. Mateo dirigir la vista hácia otro lado, y vió á una mujer y un hombre estrechamente unidos por medio de una cadena de fuego que serpeaba al rededor de aquellos dos cuerpos, que se abrasaban sin consumirse.

— Esos, le dijo el director, eran dos amantes.

— ¿Pues qué, el amor es delito?

— Yo le diré á usted. Ese mozo que usted ve era casado, y la que le acompaña, á pesar de eso no tuvo inconveniente en enredarse con él. Al morir salió nuestro hombre con la pata de gallo de que su mujer era así ó asao, y de que nunca la dejó carecer de nada; pero Dios le dijo que no habia tu tia, y nos le mandó por acá, haciendo despues lo mismo con su amiga.

*) Sabido es que al pronunciar el reo de muerte las palabras «su único hijo», del Credo, desempeña el verdugo su horrible oficio.



— ¡Oh, qué horrible consorcio!

— Tambien usted tendrá aquí una buena moza con quien compartir sus penas.

— ¡Yo!..... ¿Quién?

— Toma, Teresa.

— Teresa es tan santa y tan pura.....

— Hombre, no digo que ahora no lo sea, pero verá usted cómo viéndose con la notita que usted le ha echado encima, dice al fin y al cabo, «ya que me lleve el diablo, que me lleve en coche.»

— La conoce usted muy mal.

— Conozco á las mujeres muy bien, como que con ellas hace mi establecimiento los mejores negocios.

— Pues aunque todes duden de Teresa, á ella le bastará el testimonio de su conciencia.

— Hombre, el testimonio de la conciencia es gran cosa; pero, desengáñase usted, las mujeres necesitan un poquito mas. Y si no, ahí tiene usted á esa de la cadena, que no me dejará mentir: era la virtud misma, y se echó un novio que la queria con el fin mas santo: pero el novio, hoy por esto, mañana por lo otro, fué dando largas al casorio, hasta que un dia estiró la pata, y la pobre muchacha, viendo que ningun soltero la decia por ahí te pudras, respondió *quiero* al primer casado que la dijo *envido*.

El dolor que D. Mateo sintió al oir hablar así al director de aquella horrible morada, solo se puede comparar con el que experimentaban aquellos culpables amantes, unidos por un vínculo de fuego. Quiso preguntar al director qué pena habia cabido al primer amante de aquella mujer, pero no tuvo valor para hacer tal pregunta, porque la gravedad de la culpa ajena, era la gravedad de la falta propia.

— Ea, le dijo el de los cuernos, miéntras yo voy á aclarar ciertas dudas que respecto de usted abrigo, entreténgase usted por ahí viendo el establecimiento, porque le conviene á usted irse familiarizando con el trato que aquí se da, para que luego no le coja á usted de susto.

El de los cuernos se alejó.

Don Mateo, á pesar de que no hacia un cuarto de hora que estaba allí, y á pesar de que el único daño material que habia experimentado se reducia á los tres mordiscos y la cornada, habia padecido tanto, que le parecia haber pasado allí un siglo.

VI.

Contemos cómo mataba el tiempo Don Mateo, miéntras la telegrafía eléctrica trasmitia el siguiente despacho del director del establecimiento penal á donde le habian llevado sus pecados:

«Acaba de ingresar en el establecimiento de mi cargo un tal Don Mateo, y como no trae en la frente la señal de los réprobos, he suspendido todo procedimiento, hasta recibir las oportunas instrucciones que espero por la via telegráfica.»

Nuestros lectores habrán observado que esta comunicacion carecia del «Dios guarde» consabido. Tambien lo hemos observado nosotros, pero adelante con el cuento.

Don Mateo al verse solo, tuvo la idea de tomar la puerta, así como si saliera á ver qué tiempo hacia; pero el maldito del perro estaba en el cancel enseñando seis espantosas carreras de dientes, y mirándole con unos ojos tan airados, que parecia quererle comer vivo.

En vista de esto, desistió de su idea, y empezó á recorrer el establecimiento.

Lo primero que se echó á la cara fueron dos hombres que se daban al demonio porque se les obligaba, á uno de ellos á leer un libro, y al otro á contemplar un cuadro.

Don Mateo recorrió una página del libro, y echó una mirada al cuadro, y aunque no entendia mucho de literatura ni de bellas artes, se indignó de que tales libros se escribiesen, y tales cuadros se pintasen.

Aquellos dos hombres padecian horriblemente: ambos se retorcian de dolor, ambos gritaban, ambos maldecian, ambos pedian que se les conmutase la pena de leer el libro y con-

templar el cuadro por la de nadar en una caldera de pez ardiendo, por la de hacerse chicharrones en un horno que calcinaba las piedras en un segundo, ó por la de habitar en compañía de su suegra, que tenia una celda en el establecimiento.

— ¿Quiénes son estos hombres? preguntó Don Mateo á una especie de *cicerone* que se habia echado.

— Esos, le contestó el *cicerone*, eran un escritor y un pintor de gusto depravadísimo, y cuando murieron, Dios no tuvo misericordia con ellos, porque si los que se imponen la noble mision de deleitar á la humanidad con las perfecciones de la inspiracion y el arte, la atormentan con las monstruosidades de la ineptitud y el mal gusto, faltan completamente á su deber, y se hacen dignos de ejemplar castigo. El que Dios impuso á esos se redujo á darles la perfeccion del gusto y obligarles á contemplar sus obras.

Don Mateo comprendió, al oir esto, lo horrible del tormento de aquellos desgraciados, y lleno de profunda compasion, pensó en la suerte que está reservada á muchos de los que manejan la pluma ó el pincel en España.

— Ahora, si á usted le parece, dijo el *cicerone,* iremos á ver las calderas de Pedro Botero.

— Calla, reflexionó para sí Don Mateo, yo creí que Pedro Botero era una especialidad del infierno. Vamos, ya caigo en lo que es: aquí se da por analogía ese nombre al encargado de las calderas, por ese afan que se nota en lo secundario de tomar el nombre de lo principal, afan que ha multiplicado en España las puertas del Sol y los Tios Vivos, y en el mundo los cafés Suizos y los Humes.

Don Mateo, precedido de su guia, pasó al departamento de las calderas y vió al llamado Pedro Botero dirigiendo una tropa de operarios, feos como demonios, que se ocupaban en alimentar el fuego que ardia bajo una inmensa fila de calderas de todos tamaños en las que hervia toda clase de betunes y metales.

Un ser viviente se freia ó se cocia en cada caldera.

Don Mateo fijó su atencion en las dos primeras: en una

daba espantosos alaridos un hombre sumergido hasta el cuello en hirviente líquido, y en la otra otro hombre sumergida solamente hasta la cintura.

— ¿Quiénes son esos desventurados? preguntó al *cicerone.*

— El que está metido hasta la cintura es el tirano de una nacion, y el que está metido hasta el cuello es el libertador de la misma.

— ¿Y por qué padece el libertador?

— Porque hizo tan infeliz á la nacion con la libertad como el otro con la tiranía.

— ¿Y por qué el tirano es castigado con ménos rigor que el otro?

— Porque tuvo siquiera la virtud de la sinceridad que el otro no tuvo.

Don Mateo estaba ya quebrantado con lo que habia padecido desde que atravesó los umbrales de aquella abominable mansion, y en lugar de continuar su revista, volvió piés atras cerrando los ojos para no contemplar mas horrores.

— Pero hombre, le dijo su guia, si le falta á usted ver lo mejor.....

— No quiero ver mas, replicó D. Mateo, porque con lo que he visto estoy sufriendo las penas del purgatorio.....

— ¡Schit! le interrumpió el guia poniéndole rápidamente la mano en la boca. Cállese usted, condenado, que si el director le oye á usted nombrar ese establecimiento, ya está usted aviado!.....

— ¿De qué establecimiento habla usted?

— De ese que ha nombrado usted. El director no quiere que se le miente siquiera, porque nos quita los mejores parroquianos.....

— El que se los quitará á ustedes será el infierno.

— ¡Qué infierno ni qué calabaza, hombre, si el infierno es este!

— ¿Qué? ¿qué ha dicho usted? preguntó D. Mateo pegando un brinco y aplicando el oido con mortal ansiedad.

— ¿Es usted sordo, hombre, ó quiere usted que le regalen el oido? He dicho que el infierno es este.

No hay palabras para expresar el terror que se apoderó de D. Mateo al saber que se habia metido de patas en el infierno.

— ¡Ah! ¡yo me tengo la culpa por bruto, por animal, por estúpido! murmuraba cascándose cada puñetazo que inspiraba compasion á todos los circunstantes. Bestia de mí, que tomé el camino de la izquierda por tomar el de la derecha, sin hacerme cargo de que el camino del infierno tenia necesariamente que ser mas florido que el del purgatorio, y el del purgatorio mas florido que el del cielo!.....

Así se lamantaba D. Mateo, cuando apareció el director con un despacho telegráfico en la mano.

— Va usted á tomar el portante mas pronto que la vista, le dijo hecho un Lucifer. En este despacho se me anuncia que es usted un intruso.....

— Y tres mas que me marcharé.

— ¡Pues largo de aquí!

— ¡No tiene usted poco fuero que se diga! Por no verle á usted esa cara de demonio.....

El de los cuernos, que se conoce tenia un geniecillo endemoniado, fué á dar una cornada á D. Mateo; pero el *cicerone*, á quien este acababa de dar un napoleon, sabedor de que los napoleones son allí muy estimados, intervino, á pesar de que estaba en moda el principio de no intervencion, y el director se contentó con empujarle hasta la puerta, arrearle allí una patada en la parte posterior, y echarle el perro, que no hizo mas que desgarrarle los pantalones de una triple dentellada.

VII.

Don Mateo empezó á desandar todo el camino del infierno, porque como no habia travesía alguna para pasar al del purgatorio, necesitaba volver al punto de partida de ambos, es decir, á aquel campo singular interpuesto entre el cielo y las vias de la expiacion.

Como llevaba los pantalones rotos, temia que los niños le viesen y se riesen de él. Sin embargo, los niños estaban donde poco ántes los habia dejado, y aunque le vieron, le vieron con la mayor indiferencia.

Una idea luminosa le ocurrió al hallarse otra vez casi á las puertas del cielo.

— ¡He pasado ya, dijo, las penas del purgatorio, y quién sabe si el Señor, que es todo bondad y misericordia, querrá tenérmelo en cuenta aunque todo ha sido por torpeza mia! Ya que estoy aquí voy á apelar nuevamente á su bondad.... ¿Y, qué demonche, si me dice que no, qué puedo perder? Si me dice que no, emprenderé lleno de resignacion el camino del purgatorio y expiaré mis culpas exclamando: ¡Señor! ¡hágase tu santa voluntad!

Don Mateo compareció nuevamente ante el Supremo Juez, é impetró su misericordia, aprovechando tambien la ocasion para pedirle que la tuviera de la pobre Teresa, que quedaba en el mundo llorando y expuesta á la perdicion.

— Llegaste á mi presencia, le respondió el Señor, con una mancha que aunque leve, me impidió y me impide colocarte á mi lado; pero voy á echar sobre tí y sobre la que te llora en la tierra el manto de la misericordia. Vuelve al mundo y purifícate allí con la virtud y el arrepentimiento, que el cielo se regocijará un dia si venís á sentaros á mi diestra tú y la elegida de tu corazon.

Don Mateo se vió súbitamente sumergido en profundas tinieblas y creyó atravesar regiones desconocidas, quedando por fin en completa quietud.

Un frio glacial entorpecia sus miembros y su inteligencia.

De repente sintió caer una gota de cálido licor y posarse unos labios en su mejilla. La vida tornó, tambien de repente, á su cuerpo y á su inteligencia, y abrió los ojos confundiéndose un grito suyo con el grito de una mujer.

Hallábase en su habitacion, en la casería de la montaña, y Teresa trémula de alegría y de rubor, estaba á su lado.

La desconsolada vírgen habia penetrado en la cámara mortuoria á depositar una lágrima y un beso en la mejilla del

muerto, y el muerto habia resucitado al sentir el calor de aquel santo beso y de aquella santa lágrima.

Para la filosofía atea es inexplicable que á la voz de Jesus se alzara Lázaro del sepulcro.

Para el vulgo lo es tambien que el beso de una vírgen sin mancilla torne la vida á un cadáver.

¡Señor! ¡gracias por habernos colocado en el mundo de las creencias un poco mas arriba que el vulgo y los filósofos!

Para el vulgo, D. Mateo *volvió* de un accidente que hasta el médico creyó haberle arrebatado la vida.

Ocho dias despues, D. Mateo, á los piés del sacerdote, preparaba su alma para unirla á la de Teresa con un vínculo santo y eterno, y confió al sacerdote la maravillosa historia que acabamos de contar.

— Hijo, le dijo el sacerdote, todo eso es un sueño, un delirio de enfermo, porque Dios está demasiado alto para que pueda haber semejanza alguna entre las cosas del cielo y las de la tierra; pero bendice al que te ha dado ese sueño, porque con él te ha dado alta enseñanza que no debes olvidar.

EL PERRO NEGRO.

I.

La carretera que bajando del valle de Mena cruza las Encartaciones de Vizcaya y va á morir en Castro-Urdiales, atraviesa, apénas sale del territorio vizcaíno, unas agrestes soledades conocidas por el monte de Otañez.

La bajada es tan rápida, y los barrancos que cortan el monte son tan profundos, que solo á fuerza de revueltas ó tornos, como allí dicen, y de terraplenes y muros gigantescos se ha podido abrir cómodo paso á traves de aquel monte.

En uno de los sitios mas solitarios, es decir, en el recodo que forma el camino al atravesar el torrente que se despeña por el barranco central, hay una cruz de madera que recuerda un sangriento drama representado hace doce ó catorce años en aquella espantosa soledad.

Miguel, un alegre y laborioso guipuzcoano, apareció una mañana de primavera en el bortal*) que se extiende al otro lado del torrente, construyó aquel dia una cabaña en el sitio mas elevado del bortal, y al otro dia comenzó á talar bortos para reducirlos á carbon destinado á una de las ferrerías de Otañez, pueblo que se encuentra al salir del monte que lleva su nombre.

Miguel alegraba aquella soledad con su continuo canto, con sus piropos á las panaderas de las Encartaciones que los juéves y los domingos iban á Castro-Urdiales y con la afectuosa y amena conversacion que entablaba con cuantas personas pasaban por allí.

*) Madroñal.

Entre las panaderas encartadas que por aquella época iban á Castro, figuraba una hermosísima muchacha del concejo de Sopuerta, que montada en una excelente mula, y seguida constantemente de un perrito negro, atravesaba el monte de Otañez todos los juéves y los domingos al salir el sol, con direccion á Castro, y le volvia á atravesar cuando el sol se ponia, con direccion á Sopuerta.

La cabaña de Miguel estaba en un alto ribazo que daba sobre el camino. Todas las mañanas y todas las tardes, miéntras Miguel charlaba un rato con Agustina, que así se llamaba la hermosa panadera, el perrito negro trepaba, listo como una ardilla, por el ribazo, manducaba la racion de torta de maíz que le guardaba Miguel y se despedia de este repitiendo las fiestas con que le habia saludado al llegar.

II.

Un domingo, por la tarde, dormia Miguel en su cabaña, descansando y desquitándose de la vigilia de la noche anterior que habia pasado sacando una oya.*)

Dos caldereros franceses, con una caballería, llegaron al recodo del torrente, yendo de hácia las Encartaciones, y se detuvieron á la sombra de unas frondosas alisas que daban sobre el camino, huyendo del sol que aun calentaba de firme.

Desde aquel sitio, no solo se veia la cabaña de Miguel, sino tambien todo el resto del camino hasta cerca de la salida del monte á donde baja haciendo tornos para continuar luego por el fondo del valle, siguiendo la corriente de un riachuelo, por medio de sombríos castañares, á cuyo término se encuentran las primeras casas de Otañez.

Los caldereros tomaron de la caballería unas alforjas, dejaron la caballería paciendo en una praderita cercana, y se sentaron á merendar á la orilla del camino.

*) La oya, nombre vascongado que equivale á cama, es la leña amontonada en forma de cono y puesta en combustion para carbonizarla. Sacar la oya es retirar el carbon y apagarlo.

— El otro dia, cuando pasámos por aquí, habia carboneros allá arriba, dijo uno de los caldereros. ¿Dónde estarán hoy, que no se ve á nadie?

— Hoy, como es domingo, habrán ido á Otañez á mudarse y limpiar de cisco el gaznate con un cuartillo, contestó el otro.

— Ea, limpiemos nosotros el nuestro del polvo del camino con una magra y un par de tragos de clarete.

En efecto, los franceses metieron mano á las magras y á la bota y poco á poco se fueron alegrando.

— ¿Si estarán los carboneros durmiendo en la cabaña? dijo uno de los caldereros.

— Verás qué pronto lo sabemos, contestó el otro, y poniendo la mano en la boca en forma de bocino, gritó: ¡Ahuuu! imitando la especie de aullido con que avisa el *tortero* á los carboneros para que acudan á la cabaña á comer cuando tiene ya dispuesta la comida, que consiste en tortas de maíz, que cuece en una pala de hierro caliente, y en una olla de habas con tocino y cecina.

Nadie contestó al grito del calderero.

— No te canses, hombre, dijo su compañero. ¿No te he dicho que los carboneros están esta tarde en Otañez?

— Pues sabes que hoy está esto á pedir de boca para cobrar el pontazgo á los que pasen el puentecillo ese?

— Lo malo es que no pasa nadie.

— Calla, que me parece que álguien va á pasar.

En efecto, se oian hácia allá abajo los cascabeles de una caballería y el canto de una mujer.

Los caldereros se levantaron á mirar, y vieron que subia hácia el puente del recodo una muchacha montada en una briosa mula y seguida de un perrillo negro.

— Es una panadera, dijo uno de los franceses.

— Siempre traerá tres ó cuatro durillos.....

— Que no ganamos nosotros en tres ó cuatro dias componiendo calderas.

— ¿Sabes que es arrogante chica?

— Mejor que mejor.

— Y la mula es soberbia.

— Como la necesita un hombre de mi peso.

— Dinero, mozo y mula..... triple negocio.

Los caldereros siguieron hablando, pero en voz baja, porque ya estaba cerca la panadera.

— ¿Miguel? gritó Agustina al pasar por frente de la cabaña; pero viendo que Miguel no respondia continuó su camino.

El perrillo negro subió á la cabaña, entró en ella, hizo una fiesta á Miguel que seguia durmiendo; pero conociendo por los cascabeles de la mula que su ama se alejaba, se apresuró á bajar el ribazo y continuó tras la mula.

III.

Agustina, al pasar el puente para tomar el camino que costeaba desde allí en sentido horizontal la montaña, descubrió á los caldereros recostados contra una peña á la parte de arriba del camino, y se detuvo un momento poniéndose descolorida, como si presintiese algun mal; pero siguió adelante haciendo un gran esfuerzo para aparentar serenidad.

— Buenas tardes, señores, dijo á los desconocidos.

— Hola, buena moza, contestaron los caldereros acercándose lentamente hácia ella. ¿De dónde se viene?

— De Castro.

— Ya sabes que hay que pagar el puente.

— ¿Qué puente?

— El que acabas de pasar.

— ¿Y cuánto se paga? preguntó Agustina temblando.

— Todo el dinero que lleves, contestó uno de los caldereros lanzándose á la pobre muchacha al mismo tiempo que el otro se lanzaba al ramal de la mula.

— ¡Jesus me valga! gritó la desventurada Agustina en el momento en que uno de los caldereros, hombre de hercúleas fuerzas, la arrebataba en sus brazos al matorral de alisas que sombreaba el camino.

El perrillo negro se lanzó furioso á las piernas del que se llevaba á su ama, pero el calderero le alcanzó una fuerte patada que le hizo retroceder medio derrengado.

— ¡Valedme, Vírgen santísima!..... ¡Miguel!..... ¡Miguel!..... ¡Socorro!..... gritaba Agustina cada vez con voz mas débil.

Y entónces el perrillo negro corrió medio arrastrándose hácia la cabaña de Miguel en la que penetró dando dolorosos aullidos.

Miguel despertó con los aullidos y los arañazos del perro, y oyó los desolados gritos con que le pedia amparo Agustina.

Miguel comprendió lo que pasaba, porque al incorporarse en la cama de helecho donde dormia, vió á uno de los caldereros que sujetaba en medio del camino á la mula de Agustina y el movimiento del ramaje donde esta luchaba con el otro malvado.

Miguel se sobrecogió de terror considerando que lo ménos eran dos los que habian asaltado á la panadera, y no se atrevió á salir de la cabaña, á cuya puerta el perrito continuaba aullando desesperadamente.

Los gritos de Agustina eran cada vez mas débiles y dolorosos:

— ¡Miguel!..... ¡Miguel!..... ¡Socorro!..... ¡Que me matan!..... ¡Miguel!.....

El perro, viendo que Miguel no tomaba el hacha que estaba á la puerta de la cabaña é iba á socorrer á su ama, se alejó de aquel cobarde.

Poco despues cesaron del todo los gritos de Agustina, y Miguel vió á los caldereros montar cada uno en su caballería, volver hácia el ilso ó mojon donde empieza el territorio vizcaíno y tomar las cordilleras de Saldamendo con direccion á las montañas de la Alen.

El perrillo continuaba aullando dolorosamente en el matorral donde se habia perpetrado el crímen y donde hoy se ve una cruz de madera, junto á la cual, al anochecer del 28 de setiembre de 1859 me contó esta lúgubre historia un jóven

de las Muñecas, que es la primer aldea vizcaína que se encuentra pasado el ilso.

IV.

Miguel, así que vió alejarse á los asesinos, tomó el camino de Otañez, á cuya jurisdiccion pertenece el sitio donde se habia cometido el crímen, para poner este en conocimiento de la justicia.

Acercábase ya al valle cuando todavía, en el silencio de la noche, que era ya cerrada, seguia oyendo allá arriba los aullidos del pobre perro.

Conforme iba volviendo en sí de su terror, iba adquiriendo el convencimiento de que su conducta habia sido villana.

— Mi cobardía, se decia á sí mismo, no merece perdon de Dios ni de los hombres. ¡Miguel!..... ¡Miguel! me gritaba, en las ansias de la muerte, la pobre Agustina, y yo no tuve siquiera aliento para responder desde léjos á su clamor é infundirle esperanza y acobardar á los asesinos!.. . ¡Cómo, Dios mio, podré yo presentarme sin morirme de vergüenza, á los ojos de nadie en la tierra en que he nacido, donde el valor y la generosidad abundan tanto!!

Y Miguel sintió los ojos húmedos de rabia y vergüenza de sí mismo.

La noche se iba poniendo oscura.

Miguel llegó al puente de los castañares, y de repente vió delante de sí al perrito negro de Agustina, cuyos ojos brillaban como dos ascuas.

Miguel quiso hacer una fiesta al perro; pero el perro le gruñó rabiosamente brillando sus ojos con resplandor mas siniestro aun, y desapareció en la sombra de los castaños.

La justicia de Otañez, acompañada de Miguel, se apresuró á ir al monte para recoger el cadáver de la jóven panadera ó prestar á esta auxilio, si aun era tiempo, á cuyo efecto acompañaba al alcalde el cirujano.

Durante todo el camino, Miguel vió pasar y repasar por delante de él al perrito negro siempre gruñéndole rabiosamente y mirándole con unos ojos relucientes como carbones encendidos; pero lo mas singular de todo era que nadie mas que él veia el perro, y conforme se iban acercando al sitio del crímen, iban oyendo mas distintamente los lúgubres aullidos que daba el pobre animal al lado de su ama.

Al llegar al matorral de alisas encontraron á Agustina cubierta de heridas y al perrillo negro á su lado.

El cirujano notó que la jóven conservaba aun un resto de vida. Procuró devolverle el conocimiento y lo consiguió; pero fué por cortos instantes, pues la infeliz espiró apénas declaró quiénes la habian robado y herido.....

El perro siguió tras el cadáver de su ama hácia Otañez, y Miguel se quedó en su cabaña.

Miguel, para ahuyentar algo el miedo, encendió á la puerta de la cabaña una gran hoguera, se acostó y procuró quedarse dormido.

Cuantas veces despertó aquella noche, y desde su cama de helecho dirigió la vista á la hoguera que ardia delante de la cabaña, vió al perrillo negro junto á la hoguera, siempre enseñándole los dientes y con los ojos relumbrantes.

Así que amaneció, echó sobre las ascuas un pedazo de bacalao, *engañó* con él el pedazo de torta que la tarde anterior habia guardado, segun su costumbre, para obsequiar al perro de Agustina, y bajó al torrente á beber un trago de agua para subir en seguida al bortal á trabajar; pero al ir á echarse de bruces en un remanso que hacia el agua, vió en esta al perro negro *reguiñándole* los dientes, como en aquella tierra dicen.

Alzó la vista á las rocas de la orilla, creyendo que el perrillo estaria encaramado en alguna de ellas, y el agua reproducia su imágen; pero por ninguna parte descubrió al perro, y empezó á sentirse dominado por una especie de terror que no acertaba á explicarse.

Durante todo el dia vió pasar por su lado al perro, y aun creyó oir hácia el matorral de alisas el dolorido grito de

«¡Miguel!..... ¡Miguel!.....» con que la pobre Agustina le habia llamado en vano.

Al declinar la tarde hizo una cruz de madera, la plantó donde aun se veia la sangre de Agustina y tomó el camino de las Encartaciones.

V.

Miguel fué á los montes de Galdames, en las Encartaciones, donde hacian carbon unos amigos suyos, guipuzcoanos tambien, á quienes contó lo que le pasaba, y sus amigos le dijeron que se quedase á trabajar allí, y dos de ellos irian á concluir su tarea en el monte de Otañez. Miguel aceptó gustoso esta proposicion; pero, al ponerse el sol aquel mismo dia, vió delante de sí al perrillo negro, que le miraba con ojos centelleantes y dientes amenazadores.

La misma aparicion vino á espantarle los dias y las noches siguientes.

El terror comenzaba á trastornar la imaginacion de Miguel, cuyo espíritu no encontraba un instante de calma, ni velando, ni durmiendo.

Una tarde, al anochecer, se retiraba Miguel á la cabaña con su hacha al hombro y muy contento, porque aquella tarde no habia visto al perrillo negro; pero de repente le vió á tres pasos de distancia, como siempre rechinando los dientes y mirándole con ojos de fuego.

Lleno Miguel de ira descargó tan terrible hachazo sobre el animalejo, que le dividió en dos pedazos, y continuando hácia la cabaña, se acostó muy tranquilo, seguro de que no volveria á aparecérsele su constante y terrible perseguidor; pero al dia siguiente el perrillo se le apareció mas irritado que nunca y sin que en su cuerpo se notase lesion alguna.

Entónces el desdichado Miguel determinó huir inmediatamente de Vizcaya á ver si en Guipúzcoa se veia libre del perro, y se encaminó á Bilbao con objeto de embarcarse en uno de los vapores que viajan entre Bilbao y San Sebastian.

— Ese perrillo, le dijeron sus compañeros, debe ser el diablo, que toma la forma de perro para desesperarte. Si vuelve á aparecérsete, hazle la cruz y verás cómo desaparece.

Miguel bajó á Güeñes y tomó Cadagua abajo, resuelto á seguir, en caso necesario, el consejo de sus compañeros.

Mas arriba de Alonsótegui existe á la orilla del camino una columna de piedra rematada por una cruz de fierro, y en la columna se lee esta inscripcion: «Aquí murió D. Diego de los Hoyos. Rueguen á Dios por él. Murió en 9 de Diciembre año de 1675.» Cerca de dos siglos ha subsistido en aquella soledad aquel fúnebre monumento, sin que la codicia haya tocado la cruz de fierro, ni la irreverencia haya deteriorado de una pedrada el pedestal. ¡Bendito sea el pueblo que así respeta la memoria de los muertos y así venera el signo de la redencion!

Al acercarse Miguel á la cruz, con la boina en la mano y rezando un Padre nuestro por el que allí entregó al Señor su espíritu, vió al perrillo negro al pié de la cruz mirándole con ojos relumbrantes y dientes amenazadores.

No era, pues, el diablo quien le perseguia y le amenazaba; ¡era Dios, era su propia conciencia!

Embarcóse en Bilbao, creyendo que al ménos durante su viaje á San Sebastian no le perseguiria aquella horrible vision; pero tambien se equivocó, que al declinar la tarde, cuando el buque se acercaba á San Sebastian, Miguel vió sobre la cubierta del buque al perro negro en la amenazadora actitud acostumbrada.

VI.

Miguel habia perdido la razon, puesto que una tarde abandonó la casería paterna, situada cerca de San Sebastian, y se dirigió á la orilla del mar con ánimo de poner término á su desventura poniendo término á su vida.

En el camino se le apareció el perrillo negro, y esta nueva aparicion, que se repetia todos los dias y en todas partes, le afirmó mas y mas en su bárbara y sacrílega resolucion.



Llegó á la playa, y buscando una roca á cuyo pié las olas fuesen bastante furiosas para despedazarle instantáneamente, la encontró y trepó á ella.

Al examinar el abismo á que se iba á precipitar, y al pensar en la horrible muerte que iba á recibir, empezó á faltarle el valor para suicidarse, si es que valor puede llamarse al acto de cobardía que lleva el nombre de suicidio.

Apartó sus ojos del mar y contempló el paisaje que se extendia á su vista: á un lado la ciudad hermosa y alegre, y al otro verdes y risueños oteros, blancas caserías y floridas huertas; aquí y allí alegres cantares y repiques de campanas, y allá arriba, en torno de la ermita de la falda de la montaña, el bullicioso son del tamboril que regocijaba á la multitud, entregada á los encantos de la romería.

Miguel pensó que la vida es hermosa aun para los mas infortunados, y desistió del criminal intento de abandonarla voluntariamente.

Cuando se alejaba de la playa, oyó hácia un extremo de esta un doloroso grito, y al volver la vista vió aparecer entre las olas una hermosa cabeza que desapareció inmediatamente.

— ¡Miguel!..... ¡Miguel!..... gritó con desolado acento aquella misma cabeza, volviendo á aparecer y desaparecer entre la espuma.

Miguel se acordó al oir aquel grito del de la pobre Agustina, que para su mayor tormento no se apartaba nunca de su memoria.

Y se lanzó á las olas con la angustia y la abnegacion con que un padre se lanza á salvar á su hija.

Un momento despues apareció sosteniendo en sus brazos á una jóven, que las olas pugnaban furiosas por arrebatarle.

Larga y penosa fué la lucha; pero al fin Miguel, ensangrentado, casi sin aliento, medio muerto de emocion y de fatiga, salió á la orilla trayendo en sus brazos á la desventurada jóven, á quien acudió á prestar auxilio su familia, que la buscaba desolada.

La jóven á quien Miguel habia salvado era hija de un

rico banquero de Madrid, que lloraba de gratitud y alegría estrechando la rústica mano del que habia salvado á su hija.

Miguel emprendió el camino de su casería precisamente al ponerse el sol, á la hora en que todas las tardes se le aparecia el perrillo negro; pero el perrillo negro no se le apareció aquella tarde.

Y pasaron dias y dias sin que volviera á aparecérsele, hasta que llegó uno en que á la puerta de su casa se le apareció, no el perrillo negro, sino el rico banquero de Madrid cuya hermosa hija habia salvado, para dejarle, en testimonio de su agradecimiento, un saquito que contenia cien onzas de oro.

LA PUERTA DE BRAZO-MAR.

I.

Hay en el pintoresco puertecito de Castro-Urdiales un no sé qué, que indica al ménos ilustrado y observador que los fastos de aquella poblacion, construida sobre ásperas rocas azotadas por las furiosas olas del golfo cantábrico, deben contar hechos dignos de ser sabidos por el arqueólogo y aun por todo el que es capaz de sentir la poesía de los recuerdos. Sin embargo, ni el archivo municipal, ni el parroquial de la villa satisfacen la curiosidad del que los consulta, porque ambos han sido devastados por el fuego y quizá por la incuria de los que en tiempos ya lejanos de los nuestros debieron consignar en ellos las vicisitudes de la poblacion, ó al ménos conservar los documentos en que se consignaban algunas de esas vicisitudes. Por otra parte, inútil es pedir cuenta á la tradicion de lo que allí ocurrió en tiempos algo remotos. Algunas personas hay en la villa que han procurado inquirir la historia de aquellos muros, de aquellos templos, de aquellas fortalezas, de aquellas ruinas; pero sus esfuerzos y su buena voluntad se han estrellado en la falta de documentos y en la oscuridad, y á veces en el silencio completo de la tradicion oral.

En verdad es mucha lástima que el viajero pregunte inútilmente la historia de aquel monasterio de la edad media, cuyas ruinas se ven sobre un altísimo peñon en una de las montañas que dominan á Castro-Urdiales, y la de aquella antiquísima iglesia de Santa María, y aquel castillo, y aquel atrevido puente, y aquella ermita, que se alzan sobre el mar,

en la parte mas prominente de la península ocupada por la villa, y la del cinturon de fuertes murallas que rodea la poblacion, y la de la misteriosa puerta de Brazo-mar.

A poco mas de un kilómetro de la puerta principal de la villa, á la orilla del rio que baja del valle de Sámano, donde tal vez existió el *Amanum portus* citado por Plinio, se ve una puerta con todas las apariencias de haber estado fortalecida; todos se preguntan el objeto que aquella puerta tuvo, si la poblacion se extendió hasta allí en tiempos antiguos, ó si circunscrita la poblacion á sus actuales límites, comenzaba allí su recinto fortificado; pero nadie recibe una contestacion categórica, y generalmente esta última suposicion es la que prevalece.

El autor de este libro, aficionado á la villa de Castro-Urdiales, porque en ella están algunos de los recuerdos de su infancia y algunos de los leales amigos que dulcificaron su tristeza cuando hace poco años fué á pasar algunas semanas en aquellas pacíficas rocas, ha hojeado nobiliarios, y códices y cronicones para averiguar las antigüedades de Castro, y á este trabajo debe el poder hoy revelar el *misterio* de la puerta de Brazo-mar.

II.

Tiene la villa de Castro-Urdiales una gran semejanza con el hombre de verdadero mérito que pasa la vida haciendo heróicos esfuerzos para alcanzar el puesto que á su mérito corresponde, y aunque el triunfo no corona sus esfuerzos, sigue trabajando, trabajando sin que desmayen un instante su aliento y su fe.

Verdadero mérito tiene Castro. Si la mano del hombre perfeccionara un poco la obra de la naturaleza, Castro podria ser un excelente puerto de refugio, el mejor del proceloso y agitado golfo cantábrico. Pocos ó ninguno hay en las costas del océano ni en las del mediterráneo que en el estío ofrezcan al habitante del interior la suave temperatura y el dilatado

horizonte marítimo y las verdes montañas y los profundos y tranquilos valles que Castro y sus cercanías le ofrecen. Colocado el observador en el peñon de Santa Ana, sus ojos no se cansan de contemplar el inmenso y agitado piélago, cuya cólera parecen desafiar al occidente la península de Santoña y al oriente el cabo de Machichaco. Y si se aleja un poco de la villa, ya caminando por la costa hácia el oriente y el ocaso, ya dirigiéndose al mediodía, la espumosa ensenada de Dícido, las risueñas colinas y los tranquilos valles de Onton y Mioño, la quebrada llanura de Urdiales, las altísimas montañas de Cerredo, la apacible vega de Sámano sembrada de blancas caserías que parecen un rebaño de ovejas, cuyo pastor es el campanario que se alza en medio de ellas, las umbrías de Brazo-mar y Donbergon, los alegres campos de Santullan y la Loma, el fértil y sombrío Otañez con sus perpendiculares picos calcáreos, y sus palacios, y sus ferrerías, y sus molinos, y su fresco rio sombreado de castañares, todo esto, formando singular contraste con el furioso océano, que á veces lanza sus olas por encima de las casas de la modesta villa, le hará bendecir á Dios que tan grande se muestra en la variedad de sus obras.

La desventura pesa hace muchos siglos sobre aquel hermoso pueblo de hidalgos y de pobres y honrados pescadores, que al son del tamboril y de la alegre *vascatibia*, todos los dias, ántes de la alborada, se lanzan en una frágil barquilla al traidor océano, tal vez para no tornar á ver á los que quedan en la ribera! Incendios casuales en la edad media, incendios intencionales por las armadas inglesas en los siglos posteriores, el incendio, el saqueo y la matanza por los franceses casi en nuestro tiempo, no han bastado á abatir el ánimo y la perseverancia de Castro, que sacrificando tal vez el pan de sus hijos á su sed de progreso y honra, construyó hace treinta años una hermosísima carretera desde sus muros á cerca del Ebro; que, hace pocos, ha abierto otra hasta el territorio vizcaíno; que últimamente ha edificado un lindísimo coliseo y una hermosa lonja de contratacion, y que proyecta otras mejoras dignas de los pueblos mas cultos.

III.

Allá por los años de 1360, la poblacion de Castro-Urdiales se extendia hasta Brazo-mar, donde daba ingreso á ella una puerta defendida por saeteras y matacanes, siguiendo hasta donde despues se construyó la puerta que hoy da entrada á la villa, una larga y poblada calle en que moraban los principales mercaderes y navieros.

En aquella montaña de forma cónica que domina las marismas de Brazo-mar, habia un castillejo constantemente guarnecido por gente de armas que mantenia á sueldo Fortun Urtiz, rico hidalgo, cuya casa solariega, muy bien fortificada, estaba no léjos de aquella montaña, es decir, en Resasno, cerca de Mioño.

Los moradores de Castro-Urdiales y Fortun Urtiz de Resasno estaban perpétuamente en guerra, porque este pretendia tener derecho á imponer ciertas alcabalas á cuantas mercancías entrasen en Castro, y aquellos negaban que tal derecho tuviese.

Tuviésele ó no Fortun, lo cierto es que con ayuda de la fortaleza con que dominaba á la villa, y sobre todo, con que dominaba las vias que conducian á Castro, los servidores de Fortun cobraban alcabala á cuanto atravesaba la puerta de Brazo-mar.

Repetidas veces los castrinos atacaron el castillejo que dominaba la villa; pero defendido este por la naturaleza y por buenos, aunque pocos, ballesteros, resistió sus ataques, de que se veia libre el castillo de Resasno, pues los moradores de Castro no se atrevian á atacarle creyéndole mucho mas inexpugnable aun que el de Brazo-mar, donde al fin, en caso apurado, tenian cerca el refugio que en Resasno no hubieran tenido tan cerca.

Envalentonado Fortun Urtiz con la impotencia de los castrinos para sacudir el yugo que sobre ellos pesaba, redobló sus vejaciones, y un dia los de Castro, en el colmo de la indignacion y la vergüenza, decidieron salir de la villa para no volver sin haber alcanzado la muerte ó la venganza.

Una mañana, ántes de alborear, en ocasion en que dormian muy descuidados los defensores del castillo de Brazomar, fué de súbito atacada con inaudita saña la empinada fortaleza por cuantos moradores de Castro podian manejar un arma cualquiera, y media hora despues el castillo era presa de las llamas, y yacian muertos sus defensores.

Animados con aquella victoria los castrinos, se dirigieron inmediatamente á Resasno, y poco despues de amanecer atacaron valerosamente el castillo.

Fortun Urtiz, sus hijos, casi niños aun, sus servidores y hasta su mujer, hicieron prodigios de valor; pero el ataque los cogió tan desprevenidos y los agresores atacaron con tal ímpetu, que todos aquellos prodigios fueron inútiles.

Los castrinos penetraron en la torre de Resasno, y Fortun y su mujer, y sus hijos y sus servidores fueron degollados y la torre devorada por el fuego.

Poco despues los castrinos, dando gritos de alegría, volvian á la villa, y las campanas de Santa María entonaban el himno de la libertad y la victoria.

IV.

Hacia diez años que los castrinos habian sacudido el yugo que hacia pesar sobre su cerviz Fortun Urtiz de Resasno.

Un hidalgo de Sámano, llamado Lope de Sesano, acompañado de un niño como de diez ú once años, que le daba el nombre de padre, se embarcó una mañana en Castro-Urdiales en una nave que pocos instantes despues tomó rumbo hácia Bilbao, donde Lope y el niño desembarcaron algunas horas despues.

A la sazon era D. Tello señor de Vizcaya y tenia su residencia en Bilbao.

Lope de Sesano pidió vénia para comparecer á su presencia, y así que le fué concedida, se presentó á Don Tello acompañado del niño con quien se habia embarcado en Castro.

— Señor, le dijo, hace diez años los moradores de Castro

atacaron el noble solar de Fortun Urtiz de Resasno, y Fortun y su mujer, y sus hijos y sus servidores fueron pasados á cuchillo y entregadas al fuego sus casas; pero en aquella horrible carnicería no murieron todos los hijos de Fortun, que aun quedó uno para heredar sus nobles alientos y vengar á sus padres y sus hermanos. Honrábame Fortun con su amistad, y como su mujer enfermase y no pudiese criar á sus pechos un hijo que tenia de pocos meses, confió su crianza á mi mujer, que á la sazon lloraba la muerte de otro hijo de la misma edad. El hijo del desventurado Fortun, cuya existencia ignoraban los matadores de sus padres y sus hermanos, se ha criado en mi casa con el regalo y el amor con que he criado á mis propios hijos; pero temo que los de Castro lleguen á saber que existe aun quien vengue la sangre derramada en el solar de Resasno, y quisiera confiarle á vos, que sois noble y poderoso, y podréis educarle y ampurarle mejor que yo.

— Como hijo propio le criaré y ampararé, contestó Don Tello, conmovido con aquel triste relato. ¿Dónde está el niño que tan noble y piadosamente habeis criado y amparado?

— Veisle aquí, señor, contestó Lope, haciendo que el hijo de Fortun se adelantase hácia el poderoso señor de Vizcaya.

Don Tello hizo espléndidos regalos á Lope de Sesano, y desde aquel dia el huérfano de Resasno figuró entre los servidores mas queridos y honrados de Don Tello.

Mancebo ya capaz de blandir una lanza, siguió á su señor á las guerras de Aragon, en que Don Tello tomó la parcialidad de su hermano el rey Don Pedro I de Castilla, y de ellas volvió colmado de honras y con merecida fama de uno de los mas valerosos caballeros de aquellos tiempos.

Con licencia y grandes haberes que le dió su señor Don Tello, el hijo de Fortun casó con la hija mayor de los infanzones de Mioño, y entónces ya solo pensó en vengar la muerte de su familia y la destruccion de su casa.

Una noche, acompañado de otros caballeros de su linaje y del linaje de los de Mioño, dirigióse á los campos de Santullan, que son media legua de Castro, y poco despues em-

pezaron á reunírsele peones armados, quiénes con lanza, quiénes con ballestas, quiénes con hachas, quiénes con instrumentos de labranza, procedentes de Sámano, de Otañez, de Onton, de Valtezana, de Agüera, de Guriezo y hasta de las Encartaciones.

Antes de amanecer, aquella muchedumbre se puso en movimiento hácia Castro, y lanzándose de repente hácia el valle de Brazo-mar, embistió la puerta y los muros de la villa con empuje incontrastable.

En vano los castrinos, llenos de indignacion y espanto, acudieron á defender puerta y muros, que muros y puerta cayeron en pedazos ante la saña de los vengadores del linaje de Resasno, quienes penetraron en la villa, entraron á saco la calle mas poblada y rica, la que se extendia desde el rio hasta la puerta de hoy que da entrada á la villa, y despues de pegar fuego á aquella calle, que se llamaba de los Mercaderos, se retiraron á los altos de la Loma cuando ya las llamas dejaban reducida la villa por la banda del sur á los límites que hoy tiene.

La puerta que hoy existe en Brazo-mar *para nada sirve* segun la expresion del vulgo; pero sirve para una cosa: para reliquia y memoria de los tristes resultados de las discordias y las venganzas humanas.

El hidalgo de Resasno, no queriendo habitar una comarca que tanta sangre y estrago le recordaba, fué á poblar al valle de Arcentales, en las Encartaciones. Despues de fundar el castillo de Sobre Peñas, hizo fabricar, no léjos de allí, una iglesia, una ferrería y los molinos de las Callejuelas, de los que tomó apellido, que ha trasmitido hasta nuestros dias el noble linaje de los Mollinedos.

LA BUENAVENTURA.

(Á FELISA.)

I.

Al comenzar el año en que esto escribo, recibí por el correo interior cuatro papelitos con lindas orlas. Uno de ellos contenia tu dulce nombre, otro el mio, y los otros dos cada uno una seguidilla. Una de las seguidillas era esta:

Año mio, si quieres
verme contenta,
cuéntame un cuentecito
de los que alegran,
de los que alegran,
y de paso, las cosas
del mundo enseñan.

¿Cómo un *galan*, aunque sea tan poco galan como yo, ha de desairar á una *dama* tan linda, tan discreta y tan buena como tú?

Voy á contarte un cuento, que si no alegra á las doncellas, al ménos les dice: ¡éh, cuidadito, niñas, en ese paso, que es el mas peligroso del camino de la vida!

Ya sé que tú eres modesta y buena; ya sé que el dolor mas santo de las doncellas, el dolor de la orfandad, ha nublado tus hermosos ojos y ha hecho palidecer tus rosadas mejillas, ya sé que ciñendo aun la corona de las vírgenes, abrigas los graves pensamientos y conoces las santas inquietudes de la madre de familia; pero como voy á contarte en alta voz este cuento, no faltará entre las amigas que te rodean quien aproveche la leccion que para tí, Felisa, es excusada.

Oye, pues, cómo la doncella que camina por el mundo con la frente demasiado altanera, se expone á dar con ella en el suelo.

Cármen era una niña muy linda. Su padre era un pobre empleado con ocho mil reales de sueldo; pero á pesar de eso, Cármen, su única hija, se crió con tanto regalo y mimo como las hijas de los marqueses, porque su padre y su madre la idolatraban.

— Mi hija, solia decir su madre en el colmo de su orgullo y de su amor maternal, se ha de casar con un príncipe.

Pero la pobre señora se murió ántes de que su hija tuviera tratamiento de alteza, y su marido se fué tras ella poco tiempo despues, quedando la pobre Carmencita huérfana de padre y madre á la edad de doce años.

El cura párroco de Santa Cruz era tio de la niña, y viendo el desamparo en que esta quedaba, se la llevó á su casa y le prodigó, si no el mimo que le prodigaban sus padres, el cuidado y el cariño que su desgracia y su hermosura de alma y cuerpo requerian.

La vanidad y la ambicion de ser, si no princesa como la pobre de su madre habia profetizado, al ménos mucho mas que simplemente sobrina del cura, eran el único defecto notable de Carmencita.

Una hermosa mañana del mes de junio estaba almorzando con su tio y el ama de este, que era una mujer muy buena llamada doña Ciriaca.

El almuerzo llegaba ya á los postres. Los postres eran un platito de cerezas, de las que iba á tomar el señor cura, cuando doña Ciriaca se lo impidió, retirando precipitadamente el plato, y exclamando:

— ¡Aguarde usted, que voy á ver cuántas cerezas háy aquí!

— ¿Y para qué?

— Déjeme usted, señor, que yo me entiendo, contestó el ama contando las cerezas.

— Apuesto, dijo el cura sonriéndose, que anda en esa operacion la lotería.

— Hay ciento sesenta y cinco. Cinco veces los años de Cristo. Como llegue á encontrar en alguna lotería el billete de este número, de fijo saco un premio grande.

— ¡Pero, santa mujer, qué ha de ser usted tan boba!...

— Vamos, señor, déjeme usted, que yo sé lo que me hago. Sí, ríase usted, que yo tambien me reiré cuando me salga un terno en los números que esta mañana me ha dado el tio de los pajarracos.

— Doña Ciriaca, no sea usted tonta, eche usted en una alcancía el dinero que gasta usted en cábalas y loterías, y verá cómo se encuentra cada año con un buen premio.

— No se canse usted, señor, que yo me he empeñado en hacerme rica con la lotería, y me he de salir con ello.

— Vamos, á usted hay que dejarla ó matarla, dijo el cura, y se retiró del comedor.

— Yo creo que el tio tiene razon, dijo entónces Cármen á doña Ciriaca.

— ¡Qué sabes tú, tonta, replicó el ama en voz baja. Si llego á averiguar una cosa que me han dicho esta mañana, ya puede el gobierno preparar talegas de duros para mí.

— ¿Y qué cosa es la que necesita usted averiguar?

— Cuántos escalones tiene la escalera de la torre de Santa Cruz.

— ¿Y qué adelanta usted con saberlo?

— ¿Qué adelanto? Hacer una combinacion, en la que de seguro lo ménos me caen dos ternos.

— ¿Y quién se lo ha dicho á usted?

— Una gitana que sabe mas que Merlin.

— ¿Pues por qué no lo averigua ella y juega?

— Toma, porque á ella no la han de dejar subir á la torre á contar los escalones.

— Preguntemos al tio cuántos hay, que él debe saberlo.

— No, no me fio yo en él ni en nadie, que si se equivocan en un escalon, adios jugada. Nosotras mismas vamos á subir á contarlos.

— Ande usted, que no se va á burlar poco de nosotras el tio.....

— Nos guardaremos muy bien de decirle á qué subimos. Mira, díle que deseas subir á la torre á ver lo que se descubre desde allí, que esa curiosidad es mas propia de las niñas que de las viejas.

— Bueno, voy á decírselo.

El señor cura volvió al comedor.

— Tio, le preguntó Carmencita, ¿ha subido usted alguna vez á la torre de Santa Cruz?

— Muchas veces.

— ¡Jesus, cuánto se verá desde allí!

— Como que es el edificio mas alto de Madrid. Desde allí se descubren tres ó cuatro provincias.

— ¡Ay qué gusto! ¿Me deja usted subir con doña Ciriaca?

— Si doña Ciriaca se cree con piernas para acompañarte, subid cuando querais.

— ¡Válgame Dios, qué caprichos tienen estas niñas del dia! hizo que refunfuñaba doña Ciriaca. Subiré contigo, ya que tienes ese antojito.

Una hora despues, doña Ciriaca y Cármen emprendian la subida á la torre de Santa Cruz, contando con mucho cuidado los escalones que doña Ciriaca apuntaba de veinte en veinte en un papel con un lápiz.

Al llegar al saloncillo de las campanas, se acercaron á una de estas y asomaron la cabeza para mirar; pero ambas retrocedieron espantadas del abismo que se ofrecia á sus ojos. Sin embargo, á las tres ó cuatro veces que se asomaron, fueron perdiendo el miedo, y pudieron al fin contemplar con tranquilidad el sorprendente espectáculo de que no han gozado mil de las cuatrocientas mil personas que habitan la capital de España.

A la verdad no se comprende por qué no es la subida á la torre de Santa Cruz lo primero que procura el viajero que llega á Madrid, con ánimo de ver todo lo notable que la capital encierra.

— ¡Jesus! exclamó la inocente Cármen, dirigiendo la vista á la inmensa llanura, en cuyo centro tiene Madrid asiento. ¡Desde aquí se ve todo el mundo!

— Ni tampoco toda España, replicó doña Ciriaca, haciendo vanidoso alarde de sus conocimientos geográficos.

— ¿Y manda Isabel II en toda esa tierra?

— Y en mucha mas.

— ¡Ay, qué dichosa es!

— ¿Qué harias tú por mandar en tantas tierras?

— Yo..... me echaba de cabeza de esta torre abajo.

II.

Cármen, que hasta los diez y seis años habia sido una niña preciosa, pero nada mas que una niña, empezó, al llegar á esta edad, á experimentar tal desarrollo, que en un año se trasformó en una de las muchachas mas hermosas de Madrid.

Un muchacho de humilde porte, pero muy guapo, empezó á rondar su calle y á mirar á sus balcones. A Cármen no le parecia costal de paja, pues cuando le veia andar calle arriba, calle abajo, se acicalaba todo lo posible y se asomaba al balcon, correspondiendo con su sonrisa á la sonrisa del galan.

El señor cura lo notó, y la llamó una tarde á su cuarto.

— Hija, le dijo, ya sabes que yo te quiero como te queria tu padre, y que deseo tu dicha. ¿Quién es ese jóven que pasea la calle, y te mira y se sonríe cuando te ve en el balcon?

Cármen se puso colorada como un clavel, y balbuceó algunas palabras, negando que hubiese reparado en el rondador.

— Vamos, hija, díme la verdad y no te avergüences, que el cariño puro y honrado de los jóvenes no tiene nada de vergonzoso. ¿Te agrada ese jóven?

— Sí, señor.

— ¿Y sabes qué clase de sujeto es?

— Yo no, señor.

— ¿Cóme se llama?

— No lo sé tampoco.

— Bueno, no te apures, que yo lo sabré, y si le quieres y te quiere, y es digno de tí, te casarás con él, que eres pobre, y el dia que yo te faltase quedarias muy mal.

Al dia siguiente el señor cura puso en conocimiento de su sobrina que el jóven que rondaba la calle era un honradísimo oficial de sastre, con quien habia hablado.

Cármen guardó silencio y se quedó triste y pensativa.

— ¿Por qué te has entristecido, hija? le preguntó su tio. ¿No te agrada ya ese jóven?

— Sí, señor, pero ya ve usted, un sastre.....

— Hija, tú no eres ninguna marquesa. Lo que tú necesitas es un hombre de buenas prendas físicas y morales, que te quiera y pueda mantenerte decorosamente. Estas cualidades tiene ese jóven, y harás muy mal en rechazarle porque sea un simple artesano.

— Tiene usted razon, tio.

— Pues bien, el domingo vendrá á pedir tu mano, y espero que no le desaires.

Al dia siguiente, salieron doña Ciriaca y Cármen á ver si encontraban en alguna administracion de loterías, un cuarto de billete que tuviese el número de los cuartillos de agua que echan diariamente al vino los taberneros de Madrid, estadística que á doña Ciriaca habia proporcionado un famoso publicista que andaba á caza de datos para escribir una memoria, en que se demostrase que la escasez de agua que en Madrid se experimentaba, provenia del excesivo número de tabernas. Encontráronle en una administracion situada cerca del hospicio, y como habian llegado tan cerca de la puerta de Bilbao, aprovecharon la ocasion para irse á dar un paseo por Chamberí.

Estaba muy distraida doña Ciriaca contando los rebuznos que daba un burro, para jugar su número á primer extracto, cuando una gitana vieja y desastrada se dirigió á Cármen, diciendo:

— Rubiecica, mas rubia que el sol dorado, y resalada, mas resaladica que la sal de las salinas, tú debes tener buena

ventura. ¿Quieres que te la diga la gitanilla adivinadora de corazoncitos y cosas venideras?

Al ver que Cármen contestaba negativamente con un gesto desdeñoso, la gitana dió un paso atras para alejarse, pero al reparar en doña Ciriaca, se dirigió á ella, exclamando con alegría:

— Noble señora, *mairinica* de la pobre gitana. Dios trae á su merced por aquí, para que su merced y este pimpollo de rosa que la acompaña oigan la buenaventura.

— ¡Sí, como acierte usted tanto como cuando me dijo que jugara á la lotería el número de escalones que tiene la torre de Santa Cruz!..... replicó con sequedad doña Ciriaca.

— ¿Qué, noble señora, los contó su merced, y jugó y no sacó el terno?

— Ni tampoco el ambo.

— Pues yo le juro á su merced por las estrellas del cielo, que son cosa muy alta, que si no ganó, contó mal los escalones.

— Los conté desde el primero al último.

— Pues debió su merced contarlos desde el último al primero, que eso le dijo esta gitanica, que no engaña á nadie.

— ¿Pero no era la cuenta igual?

— ¡Cómo habia de ser, noble señora!.....

Doña Ciriaca, cuya inteligencia era tan débil y tan oscura, que se anublaba por completo y se embrollaba en cuanto se la esforzaba un poco, se puso á calcular si el número de escalones empezando á contar desde arriba, era el mismo que empezando á contar desde abajo, y viendo que se confundia, desistió de su cálculo, y se arrepintió de haber dudado de la infalibilidad de la gitana.

— ¿Con que decimos la buenaventura á este montoncico de sal y canela?

— Sí, sí, dígasela usted, contestó doña Ciriaca.

— Eh, dejémonos de tonterías, dijo Cármen, retirando su blanca y hermosísima mano, que queria coger entre sus manos secas y negras la gitana.

— ¿Tontería le llamas á mi *cencia,* serafin del cielo? Cin-

cuenta años hace que digo la buena ó mala ventura á cuantos y cuantas quieren saberla, y nunca mi *cencia* ha errado.

Cármen miró á doña Ciriaca como pidiéndole consejo, y doña Ciriaca la aconsejó que se dejara decir la buenaventura, porque en efecto la ciencia de la gitana era infalible.

La gitana tomó la mano de la muchacha, y dijo señalando con su descarnado dedo las rayas de la mano de Cármen:

— Esta rayica que saca la barriga, aunque salen á mirársela la puntica de arriba y la puntica de abajo, es una *E*, y quiere decir *empleo*. Estas dos rayicas que se juntan por las puntas de un lado como los que bien se quieren, y se separan por las del otro como los que se aborrecen, son una *A*, y significan *alto*. Manojito de hebras de oro, buena ventura tienes, que te casarás con un hombre que tendrá el empleo mas alto de la córte de España.

Los ojos de Cármen brillaron de alegría y orgullo, y los de doña Ciriaca se inundaron de lágrimas de ternura y de alegría.

— ¡Ves, hija, ves, qué bien decia tu madre, que esté en gloria, que te habias de casar con un príncipe! exclamó doña Ciriaca abrazando y besando llena de enternecimiento á Cármen. ¡El empleo mas alto de la corte!..... ¡Tu novio será lo ménos ministro ó cosa así!

Doña Ciriaca y Cármen llegaron á casa tan anchas que no cabian en las enaguas (entónces no se gastaban miriñaques), y lo primero que hizo Cármen fué decir resueltamente al tio que no se casaba con el sastre, porque ella no se peinaba para hombres que tuviesen empleo tan bajo.

Poco despues se asomó al balcon para entregarse allí á su dulcísimo sueño de gloria, y vió parado en la acera de enfrente al oficial de sastre, que la miraba con su acostumbrada sonrisa.

Cármen, en vez de contestar á aquella sonrisa con otra, se puso mas séria que un entierro de pariente pobre, y dando una terrible rabotada, se quitó del balcon.

III.

Pasaban meses y aun años, y Cármen estaba cada vez mas hermosa. En paseo, en el teatro, en los bailes, donde quiera que iba, la cercaba un tropel de adoradores de oreja, que este nombre merecen todos esos moscones que zumban en torno de la mujer hermosa, que quizá ven por primera vez. Con frecuencia oia declaraciones de amor, que no tomaba por lo serio, tanto porque esperaba mucho, fiada en la prediccion de la gitana, que tenia muy presente, creyendo cada vez mas en ella, cuanto porque aquellas declaraciones no se la hacian con la formalidad que debe exigir toda muchacha juiciosa y honrada.

Un jóven muy elegante y guapo la dirigió algunas palabras, no de amor, sino de pura galantería, en un concierto á que asistió con doña Ciriaca, y al dia siguiente se encontró con una carta de aquel mismo jóven, que en toda regla pretendia su mano, diciéndola que su posicion era buena y desahogada, pues era dueño de uno de los mejores establecimientos de comercio de Madrid.

Cármen y doña Ciriaca determinaron celebrar junta para discutir aquel grave asunto con la detencion que merecia, pero se guardaron muy bien de convocar á ella al señor cura, porque no siendo este sabedor de la prediccion de la gitana, que se habian abstenido de revelarle, porque el buen señor no creia en tales predicciones, y llevaba muy á mal que los demas creyeran en ellas, habia de opinar á ojos ciegos y sin admitir discusion, por que Cármen prometiera inmediatamente su mano al comerciante.

Encerráronse ambas en un cuarto, tomaron asiento, y Cármen, despues de leer el documento que iba á ser objeto de sus deliberaciones, preguntó á doña Ciriaca:

— Con que, ¿qué le parece á usted?

— ¿Te gusta á tí el muchacho?

— Sí que me gusta, porque es muy fino y muy buen mozo.

— Pues á pesar de eso, harás muy mal en casarte con él.

— ¿Por qué?

— Porque tú te mereces mucho mas que un comerciante.

— ¿Y si no me sale otro novio mejor?

— Pero, criatura, si sabes que te ha de salir, si sabes que te han dicho que te has de casar con un hombre que tenga el empleo mas alto de la corte, lo cual es lo mismo que decirte que te has de casar lo ménos con un ministro....

— Tiene usted razon, que me lo han dicho.

— ¿Y no crees en ello?

— Sí, señora.

— Pues no creerás muy de veras, cuando no echas noramala todos los novios que no sean el prometido.

— ¿Cree usted sin la menor duda en lo que la gitana nos dijo?

— Creo como en que me tengo de morir. Si cuando yo era muchacha hubiera creido, como creo ahora, en la buenaventura, no me hubiera quedado para vestir imágenes. Despues de echarme las cartas y de mirarme las rayas de la mano, me dijo una gitana: — Has de saber, salerosa, que te va á salir un novio alcalde. Dále palabra y mano al primero que te salga, que ese será el novio que la gitanica te promete. Pocos dias despues me salió un novio, cuyo nombre me era desconocido; pero como no era alcalde ni siquiera alguacil, pues era un pobre zapatero y nada mas, le di calabazas y creí que la gitana me habia engañado. Pasó lo ménos un año, y fuí á ver á una amiga mia que acababa de casarse, y me encontré con que su marido era el novio que á mí me habia salido, y se llamaba Juan Alcalde. Nadie me volvió á decir por ahí te pudras, y me quedé alpiste por no haber creido á pié juntillas en lo que me dijo la gitana.

— Pues yo no quiero que me suceda lo que á usted. Creo lo que la gitana de Chamberí me dijo, y me decido á dar calabazas al que me escribe esta carta, que muy tonta seria una en casarse con un tendero, pudiendo casarse lo ménos con un ministro y tener excelencia.

— Bien hecho, hija. Ahí es nada la diferencia de un mostrador á una poltrona.

Cármen dió calabazas al comerciante como se las habia dado al sastre.

Pasaron dos años, y Cármen rechazó á otros dos novios, por la sencilla razon de que su categoría no pasaba de la del comerciante, y ella aspiraba lo ménos á un ministro.

Un dia entró el señor cura en casa radiante de alegría y orgullo, anunciando que traia una gran noticia para Cármen.

Cármen y doña Ciriaca, alborotadas con aquel anuncio y aquella alegría, interrogaron al cura.

— Vamos, ambiciosilla, dijo este á Cármen, que al fin te vas á salir con la tuya de casarte con un hombre que esté cien varas mas alto que los sastres.

— ¿Qué quiere usted decir con eso, tio?

— Quiero decir que nada ménos que un conde, el conde de Altos-humos, á quien ya conoces de vista, me ha pedido tu mano.

Cármen y doña Ciriaca se miraron como diciendo: ¿Qué t, a, l, tal? ¿Falta ya mucho para que se cumpla la prediccioncita de la gitana?

— Tio, ¿y qué le ha contestado usted?

— Que necesito consultarte, y que si tú eres gustosa en ello, yo lo seré sobremanera. Mujer, ya supongo que tú aceptarás con mil amores la mano del conde, pero no era cosa de decirle que sí, apénas abrió el pico.

— Pues tio, ha hecho usted bien en no decirle que sí, porque francamente..... el conde es buen mozo y rico, pero yo espero casarme con uno que valga mas aun.

— En el nombre del Padre y del Hijo..... Muchacha, ¿te has vuelto loca, ó te chanceas?

— Pues no señor, saltó doña Ciriaca, ni se chancea ni se ha vuelto loca la chica. El conde de Altos-humos es noble y rico; pero Cármen se merece otro mas alto, y con otro mas alto se ha de casar.

— Doña Ciriaca, por María santísima, cállese usted y no diga disparates, que usted es quien con sus simplicidades levanta de cascos á la muchacha.

— Mire usted, señor, el que se ha de callar es usted, que no sabe de la misa la media.....

— ¡Cómo se atreve usted, exclamó el señor cura indignado, á poner reparos al desempeño de mi ministerio!.....

— Pero, señor, si yo no digo nada de eso, que lo que digo es..... lo que decia su hermana de usted, que esté en gloria, que Carmencita se ha de casar con un príncipe.

— Vamos, si digo y repito que á usted hay que dejarla ó matarla. Cármen, hija mia, habla tú, que eres mas razonable. ¿No aceptas la loca fortuna que Dios te depara?

— Tio, déjeme usted pensarlo, que no es puñalada de pícaro.

— Pues bien, hija, piénsalo de aquí á mañana, que mañana mismo tengo que contestar con un sí ó con un no al señor conde.

Aquella noche Cármen y doña Ciriaca tuvieron nueva junta, y convinieron en que el conde no llenaba las condiciones predichas por la gitana, porque al fin y al cabo era un señor mas ó ménos noble, que no tenia mas empleo que el de comerse sus rentas.

El señor cura, rojo de indignacion y de vergüenza, llevó al dia siguiente al conde de Altos-humos unas redondísimas calabazas con que le obsequiaba la hermosa Cármen.

IV.

Particularmente desde que el conde de Altos-humos pidió la mano de Cármen, Cármen y su consejera áulica, doña Ciriaca, esperaban todos los dias ver á una embajada real entrar por las puertas del señor cura párroco de Santa Cruz á pedir la mano de Cármen para un príncipe; pero pasaban meses y meses y años y años, y Cármen rayaba en los veinticinco, y ni siquiera un ministro sin cartera suspiraba por la sobrina del señor cura.

Con el disgusto que esto le causaba, Cármen empezó á desmejorarse, y con gran dolor de su corazon notaba que el

número de adoradores de oreja era cada vez menor, hasta el punto de haber dia en que recorria medio Madrid, sin que siquiera un torero andaluz exclamase al verla pasar: ¡Bendito sea lo bueno!

Doña Ciriaca empezaba á perder su fe en la prediccion de la gitana.

— No te desanimes, hija mia, que todavía no eres costal de paja, la decia. Es verdad que en llegando á los veinticinco, nosotras las mujeres vamos hácia abajo; pero, qué demonche, como dijo el otro, el que tuvo retuvo y guardó para la vejez. El caso no es para que te desanimes, sino para que no te muestres tan melindrosa como hasta aquí.

Cármen se acercó con muchos mimos á su tio un dia que este estaba para hacer gracias, y le dijo:

— Tio, ¿hace mucho tiempo que no ha ido usted por casa del conde de Altos-humos?

— Pocos dias hace que estuve allá.

— ¿Y permanece aun soltero el conde?

— Sí.

— ¡Válgame Dios, qué tontería hice yo en no casarme con él!

— Calla, mujer, no hables de eso, porque me desespero cuando pienso en ello.

— ¿Y el conde no ha vuelto á decirle á usted nada de mí?

— Ni una palabra. Tiene los humos muy altos para no haberse resentido de tan injusto desaire.

— Tiene usted razon, que fué injusto.

— Eso es decir que hoy no rehusarias la mano del conde?

— Le confieso á usted que no. Ya podia usted, querido tio, que tanto me quiere, y que tanto se interesa por mi felicidad, hablar de mí al conde, así con la habilidad y el talento que usted tiene.....

— ¡Muchacha! ¿qué es lo que dices? Te parece decoroso que vaya yo á ofrecerle tu mano?.....

— No, señor, eso no; pero podia usted tantear el vado, á ver si el conde renueva su peticion. Ande usted, tio, que usted tiene habilidad para eso.....

— ¡Válgame Dios, estas mujeres son capaces de hacer pecar á un santo! Bien, hija, bien: iré á ver al conde, le hablaré de tí, á propósito de cualquier cosa, y veremos por dónde salimos.

En efecto, el señor cura fué al dia siguiente á casa del conde.

— ¡Oh señor cura! exclamó el conde muy placentero al verle. Me alegro mucho de que venga usted por acá. Acabo de comprar un precioso niño Jesus de talla para mi oratorio, y quiero que me dé usted su opinion acerca de su mérito artístico.

— Con mucho gusto, señor conde. Vamos á ver esa preciosa escultura. Ya sabe usted que en punto á imágenes la gente de iglesia somos voto.

El señor cura hizo grandes elogios del niño Jesus, que estaba todavía sin vestir, y que en efecto era escultura de mérito; pero á todo esto el buen señor no habia encontrado ocasion de hablar al conde de su sobrina, cosa que le tenia muy caviloso y disgustado.

— ¿Con que hoy, le dijo el conde, se quedará usted á comer conmigo?

— Tendria en ello mucho gusto y mucha honra, señor conde; pero no acostumbro á comer fuera de casa. Mi sobrina es tan arreglada, y tan mujer de su casa, que tiene formal empeño en que siempre coma la familia reunida. Un poco de esclavitud es para mí el complacer en esto á Carmencita, pero este buen gobierno vale tanto en una mujer, y sobre todo hoy que tanto escasean las verdaderas mujeres de su casa, las mujeres como mi sobrina, que paso gustosísimo por todo.

El conde al oir este elogio de Cármen, tan traido por los cabellos, se puse un poco serio; pero recobrando en seguida su amable sonrisa, dijo:

— Ciertamente que Carmencita es una mujer adorable.

— Gracias, señor conde, contestó el señor cura reventando de gozo y creyéndose todo un Maquiavelo. Puedo asegurar á usted que mi sobrina deseará tener ocasion de demostrar á usted su agradecimiento por el buen concepto que tiene usted de ella.....

— Pues voy á tomarme la libertad de abusar de su amabilidad.

— ¡Qué abuso ni qué ocho cuartos, señor conde!.....

— Quisiera que Carmencita, cuya habilidad y cuyo talento son tan grandes, se tomara la modestia de vestir este niño Jesus.

— ¡Con mil amores, señor conde, exclamó el buen párroco lleno de alegría, casualmente para estas cosas se pinta sola mi sobrina. Tal maestra ha tenido en doña Ciriaca!

El cura se dirigia un momento despues á su casa admirándose de su habilidad para la intriga y la diplomacia, y deseando llegar para dar á su sobrina la buena noticia de que el conde no guardaba el menor resentimiento por las calabazas, puesto que se dignaba pedir un favor á la que se las habia dado.

— ¡Carmencita, victoria! victoria! exclamó apénas vió á su sobrina. Ha triunfado mi diplomacia.

— ¿Qué, tio, ha renovado la peticion? preguntó Cármen con ansiedad.

— Todo se andará, hija, todo se andará. Por de pronto te pide un favor, te pide una fineza.....

— ¿Y qué fineza es, tio?

— Que le vistas un precioso niño Jesus.....

— ¡Infame!..... ¡grosero!..... gritó Cármen echándose á llorar de rabia. ¡Vengarse de mí destinándome á vestir imágenes!!.....

V.

Cármen rayaba ya en los veintisiete años y estaba soltera, no porque esperase aun casarse con un príncipe, sino porque ni siquiera el conde la queria.

El temor de quedarse para vestir imágenes, es decir, de tener que aceptar el empleo que el conde la habia propuesto, era su constante pesadilla.

Doña Ciriaca desconfiaba ya tanto de las gitanas, que se

habia acogido por completo á la proteccion del tio de los pajarracos, para hacerse rica.

Tú, Felisa, que como tienes el alma y la cara hermosas, huyes de todo lo repugnante y feo, no te habrás acercado nunca al tio de los pajarracos, y será preciso que en pocas palabras te le dé yo á conocer. El tio de los pajarracos se establece en las calles y plazas de Madrid con una coleccion de aguiluchos y mochuelos, en cuyo criterio confía el vulgo mas que en el propio, pues para jugar á la lotería acude al tio de los pajarracos, quien, por cuanto vos contribuisteis, le da la papeleta, que uno de los avechuchos saca con el pico del casillero donde hay una porcion de ellas arrolladas.

Tal vez tenga razon el vulgo en creer á los animales con criterio superior al suyo.

Doña Ciriaca y Cármen entraron un dia en la tienda de comestibles de donde se surtia el señor cura, con objeto de escoger una arroba de buen bacalao para la cuaresma. El tendero, que creia, tal vez con razon, que la mejor fineza que podia hacer á sus parroquianas era ensalzar su hermosura, y decirles que estaba muerto por ellas, no quiso privar á Cármen de esta fineza.

— Vamos á ver si nos saca usted buen bacalao, le dijo Cármen.

— Le tengo hermosísimo, aunque no tan hermoso como usted, contestó galantemente el tendero.

— ¡Ande usted, burlon!

El tendero echó sobre el mostrador dos ó tres bacaladas, que no gustaron á Cármen ni á doña Ciriaca.

— Me parece que no hacemos negocio, dijo Cármen.

— ¡Ay cuánto daria yo porque los dos le hiciéramos! murmuró el tendero á su oido.

— ¡Buenas alhajas están ustedes los hombres! contestó Cármen sonriendo con toda la gracia que tenia disponible.

— ¿No tiene usted mejor bacalao que este? preguntó doña Ciriaca.

— ¡Mejor que este, señora! Si este es bacalao de boda.

— Guárdele usted para la suya, dijo Cármen.

— Si yo he resuelto no casarme, replicó el tendero, y añadió en voz baja al oido de Cármen, pero me casaria si usted me quisiera.

A Cármen le dió el corazon un vuelco de alegría.

— ¿Pero lo dice usted de veras? preguntó Cármen al tendero por lo bajo.

El tendero temió que le cogiera la palabra, contestó con una evasiva y mudó de conversacion.

Doña Ciriaca preguntó el precio del bacalao y exclamó al saberlo:

— Jesus, qué caro! Vamos, ya veo que no nos casamos.

— Tiene usted razon, vámonos, dijo Cármen muy mal humorada, abandonando la tienda.

Pasó un año, pasaron dos, Cármen rayaba en los veintinueve y pertenecia aun al estado honesto.

Un dia vió al dueño de una zapatería, que era un jóven soltero, parado enfrente de su casa mirando á sus balcones.

Cármen recordó que, allá en sus buenos tiempos, la habia echado mas de un chicoleo al verla pasar por la puerta de la zapatería, y se estremeció de gozo al ocurrírsele la idea de que por ella hacia el oso en la acera de enfrente.

Mas de una vez, al verle parado allí, tomó la mantilla y con protexto de ir á la iglesia, salió á la calle; pero el zapatero no se le acercaba.

El mal éxito de esta prueba no defraudó sus esperanzas; Cármen creyó que el zapatero no se atrevia á declararle su amor de palabra, y esperaba que de un momento á otro se le declarase por escrito.

Algunos dias despues, al venir el señor cura de la iglesia, dijo á doña Ciriaca y á Cármen:

— Vamos á tener pronto boda en la vecindad.

— ¿Quién se casa? preguntó Cármen.

— La chica del sastre de la boardilla.

— ¿Con quién?

— Con el zapatero de ahí arriba.

Por primera vez de su vida le ocurrió aquel dia á Cármen pensar qué sabor tendrian los fósforos.

Pasó cerca de otro año. Doña Ciriaca estaba muy atareada haciendo, por encargo del señor cura, un traje para la Vírgen de la Soledad. Doña Ciriaca no se incomodaba porque la diesen estas ocupaciones, pues hacia cerca de treinta años que apénas tenia otras, y estaba convencida de que su destino era vestir imágenes, á ménos que le cayese la lotería, pues no hay vieja que vista imágenes siendo rica. Aquí tenemos explicado por qué doña Ciriaca jugaba á la lotería con tal furor.

Una mañana, al llegar el señor cura de la iglesia, dijo á su sobrina:

— Hay que renovarle tambien el traje á la Vírgen de los Dolores. Como doña Ciriaca está tan ocupada, es necesario que tú, Cármen, te encargues de ello.

— ¡Tio, tambien usted me insulta! exclamó Cármen hecho una serpiente.

El pobre cura cayó en la cuenta de la aversion de su sobrina á vestir imágenes, y procuró inútilmente aplacar el enojo de Cármen.

Pocos momentos despues, Cármen salió á la calle á comprar, Dios sabe para qué, media docenita de cajillas de fósforos de esos que huelen á demonios.

El fosforero, á quien Cármen se dirigió, estaba descontentísimo de su comercio, que hacia pocos dias habia emprendido cansado de descansar y harto de ayunar, desde que por ser ya demasiado grande para monaguillo, le habian despedido de la parroquia de San Sebastian donde desempeñaba aquel destino. Para disipar su mal humor, se entretenia en echar chicoleos á todas las jóvenes ó viejas, bonitas ó feas que se acercaban á él.

— ¡Benditas sean las rubias, que por una como usted iria yo á presidio! exclamó al ver á Cármen.

— Déjese usted de conversacion, contestó esta, y déme media docena de cajillas de las que huelan peor.

— ¿Qué, se va usted á suicidar, rubita?

— No lo sé.

— Es que si está usted desconsolada, yo la consolaria á usted.

— ¿Cómo?

— Casándome con usted.

Cármen no tenia ya tanta prisa en comprar los fósforos, y la prueba es que se entretuvo hablando con el fosforero mas de media hora, al cabo de la cual volvió á casa sin un fósforo para un remedio.

Al dia siguiente, Rufo, que así se llamaba el ex-monaguillo, no vendia ya fósforos, y Cármen anunciaba á su tio muy contenta que le habia salido un novio, excelente muchacho, como podrian informar en la parroquia de San Sebastian.

Los informes que del ex-monaguillo dió al tio de Cármen su colega el párroco de San Sebastian, fueron excelentes. En efecto, solo le habian echado de la parroquia por ser ya demasiado grande para monaguillo.

Cármen tenia mucha prisa de casarse, y su tio, conociendo la razon, apresuró cuanto estaba de su parte el dia de la boda.

— El muchacho, decia el señor cura, no tiene oficio ni beneficio, pero ya le buscaremos por ahí un empleillo cualquiera.

La boda se verificó, y aquel dia Cármen salió hecha un brazo de mar por esas calles de Madrid de bracero con su marido.

Al dia siguiente el señor cura volvia de la iglesia muy alegre, y apénas entró en casa exclamó:

— Rufo, te traigo una buena noticia. Alégrate, hombre, que ya no eres paseante en corte. El campanero de Santa Cruz ha hecho dimision, y has obtenido tú su empleo, ¡el empleo mas alto de la corte!

— ¡Vírgen santísima! gritó doña Ciriaca, ¡la prediccion de la gitana se ha cumplido!

Y poco despues tomó la mantilla y se dirigió á Chamberí en busca de la *decidora* de la buenaventura, para pedirle perdon por haber dudado de su ciencia adivinatoria, y sobre todo para pedirle unos números con los cuales pudiera sacar un terno que la relevase de vestir imágenes.

GRAMATICA PARDA.

I.

En tiempo del rey que rabió, daba mucho que hablar el cura de San Babilés, lugarcillo no lejano de la corte.

Era el señor cura hombre de peso, pues no bajaba el suyo de ocho arrobas; pero no era esto lo que le habia hecho célebre, eran sus pretensiones de sabio y sus reprimendas á los que creia ménos sabios que él, que eran todas las personas á quienes conocia, fuesen sábias ó ignorantes.

Casi todos sus feligreses creian que en efecto el señor cura era un pozo de ciencia, y si no digo todos, es porque entre ellos habia uno que en este punto no participaba de la opinion general: este uno era Márcos, el pastor del lugar, que con gran escándalo de sus convecinos, solia decir por lo bajo para que el señor cura no lo oyese:

— ¿*Queris* que os diga lo que á mí me *páice* del señor cura? Pues es que el señor cura no sabe de la misa la media.

Yo no sé si el señor cura sabia á medias ó á enteras la misa; pero sí, que en cuanto á latin, sabia tanto como yo.

Si Márcos tenia pobre opinion del saber del señor cura, el señor cura la tenia pobrísima del saber de Márcos.

No se acercaba este una sola vez á saludar al señor cura, sin que el señor cura le pusiese de bruto que no habia por donde cogerle, y todo porque el pastor no sabia cómo se llamaban las cabras en latin.

II.

El rey que rabió regresaba de una gran cacería, acompañado de los principales personajes de su corte, y se detuvo á descansar un rato y á tomar un tente en pié bajo unos árboles, cerca de San Babilés.

El alcalde de San Babilés, gran admirador de la sabiduría del cura párroco, salió á saludar á su majestad.

— ¿Qué tal es tu pueblo? le preguntó el rey.

— Señor, contestó el alcalde, el pueblo no es gran cosa, pero si vuestra majestad fuera por allí, veria un hombre sabio si los hay.

El rey que rabió abrió tanto ojo al oir esto, pues era muy amante del saber, como que rabió de tanto como sabia.

— ¿Y quién es ese fenómeno? preguntó al alcalde.

— No es *fieromemo*, señor, que es el señor cura del lugar.

El rey se decidió á ir á San Babilés, y en efecto, poco despues llegaba allá y se encaminaba á casa del cura, extrañando que este no se hubiese apresurado á salir á recibirle.

El cura disculpó su desatencion diciendo que no habia salido á recibir á su majestad, porque al saber que su majestad entraba en el pueblo, tenia ya la sopa en la mesa y no le gustaba comerla fria ni pasada.

Si no fué entónces cuando el rey rabió, seria porque no le diese la gana.

III.

El rey tomó asiento en la sala del señor cura é hizo que este se sentara á su lado.

Los mofletes del señor cura habian cargado ya un poquillo á su majestad; pero su majestad dijo para sí:

— Bah, hago mal en juzgar á este hombre por las apariencias: si ha preferido comer la sopa en sazon á salir á recibirme, será porque profesa la filosofía estóica, y si tiene

gordos los mofletes, será porque la satisfaccion de saber mucho le engorda.

En seguida su majestad trabó conversacion con el señor cura, y despues de un cuarto de hora de preguntas y respuestas, sacó en limpio que el señor cura de San Babilés era un glotonazo lleno de ignorancia y vanidad.

Y su majestad dijo para su coleto, sayo, capote ó lo que gastase, que eso no he podido averiguarlo:

— Yo haré que á este buen señor le disminuyan un poco esos carrillos de monja boba que tiene, y que demuestran que en lugar de comer para vivir y vivir para servir á Dios y al prójimo, vive para comer y servirse á sí propio. Y no me contentaré con esto, que le daré una leccioncita de modestia que le enseñará á no tenerse por un sabio cuando, segun las trazas, el mejor dia revienta de lo contrario.

Ya he dicho que el rey era tan sabio, que de sabio rabió, porque es de advertir que la sabiduría, cuando se mete en camisa de once varas, da ratos muy pícaros. Así es que apénas habló cuatro palabras con el cura de San Babilés, conoció los puntos que calzaba en punto á talento, sabiduría y bondad, el tan cacareado sabiondo.

— Señor cura, le dijo, veo que la fama que goza usted de sabio es merecida; pero para convencerme mas y mas de ello, le voy á hacer á usted tres preguntitas, que de seguro las contesta usted satisfactoriamente, sin que le bullan los sesos, y tanto mas, cuanto que le voy á dar á usted un mes de término para que me conteste.

— Pregunte vuestra majestad cuanto guste, que aquí estoy yo para contestar en el acto, dijo el cura dándose tono.

— Pues bien: hace tiempo deseo encontrar quien acierte á contestar estas tres preguntas: primera, ¿cuánto valgo yo? segunda, ¿en cuánto tiempo podré dar la vuelta al mundo? tercera, ¿cuál es el error en que yo estoy pensando? Me parece que estas tres preguntas no le darán á usted mucho que hacer, porque sabios como usted las contestan por debajo de la pata.

— No tanto, señor, no tanto, que las preguntitas tienen un par de perendengues.

— ¡Qué han de tener, hombre!..... Para un zamarro como el que cuida las cabras de San Babilés, no digo que no los tengan; pero no para un sabio como usted. Pero, en fin, no es puñalada de pícaro la contestacion. Hoy estamos á 17 de abril; de hoy en un mes, es decir, el 17 de mayo, le espero á usted en mi palacio, donde me ha de dar usted la contestacion; en la inteligencia de que si acierta usted, le hago archipámpano de Sevilla, y si no acierta, hago que le paseen á usted por las calles de la corte, montado en un burro, y cascándole media docena de azotes en cada esquina.

El señor cura quiso replicar que no admitia el trato; pero su majestad le interrumpió poniendo cara de perro, y diciendo al alejarse:

— Nada, nada; no me venga usted con lilailas; lo dicho dicho, que tengo palabra de rey.

IV.

El mes de mayo comenzaba á correr, y el cura de San Babilés no habia podido aun resolver los tres problemas que el rey le habia propuesto.

En vano habia acudido indirectamente á todos sus feligreses, ménos al cabrero, á quien tenia por el mas negado de todos. Y digo que habia acudido indirectamente, porque su orgullo no consentia que acudiese de otro modo. Véase de qué modo habia acudido.

— Oye tú, Destripa-terrones; si el rey te preguntase cuánto vale, cuánto tiempo necesita para dar la vuelta al mundo, y en qué error está pensando, ¿qué le contestarias?

Destripa-terrones, como todos sus convecinos, despues de cavilar un rato rascándose la mollera, contestaba que no sabia.

Y el señor cura, dándose tono de que él lo sabia perfectamente, llamaba animal de bellota al pobre Destripa-terrones,

y á otro con la misma pregunta y la misma invectiva al ver que recibia la misma respuesta.

El pobre señor cura se desesperaba viendo que se acercaba el término del fatal plazo y la azotaina. Apénas comia ni dormia, que se pasaba los dias y las noches cavila que cavila, unas veces encerrado en su habitacion, y otras recorriendo las solitarias cercanías de San Babilés.

Y con tantas cavilaciones, ayunos y vigilias, su humanidad iba disminuyendo prodigiosamente.

El señor cura enflaquecia, y el cabrero engordaba. La razon de que enflaqueciera el señor cura, ya la sabe el lector; la de que engordara el cabrero, la va á saber.

El cabrero sabia el gran apuro en que el señor cura se hallaba, y engordaba lleno de satisfaccion, porque tenia tirria al señor cura, de quien tantos sofiones habia recibido por la gravísima culpa de no saber cómo se llamaban las cabras en latin.

Llegó el 16 de mayo, y el señor cura se consideraba ya sobre el borriquito recibiendo los consabidos en los esquinazos de la corte, ó mejor dicho, en otro sitio que no conviene nombrar.

V.

Haciendo el señor cura de San Babilés el último esfuerzo de imaginacion en las cercanías del pueblo, se encontró con Márcos.

— Señor cura, le preguntó el cabrero, ¿qué demonches le pasa á usted que se va quedando tan desmejorado?

— ¿Y á tí qué te importa, grandísimo bruto? le contestó el cura muy quemado.

— Se lo pregunto á usted por si uno puede.....

— ¡Qué has de poder tú, animal, cuando ni siquiera has podido aprender la gramática latina!

— Sí, señor; pero he aprendido la gramática parda. Mire usted, señor cura, no andemos con *desimulos:* yo sé lo que

le pasa á usted, y que mañana lleva una zurribanda en la corte si no se fia usted de mí.

— Qué, ¿sabes tú lo que vale el rey, el tiempo en que su majestad puede dar la vuelta al mundo y el error en que está pensando?

— Dejémonos de eso, señor cura, y vamos á otra cosa. Mañana al amanecer nos *venemos* los dos á estos andurriales y cambiamos de ropa; es decir, que yo me visto de cura y usted se viste de pastor, y miéntras usted queda guardando las cabras de San Babilés hasta la tarde que yo venga para que descambiemos de ropa, yo me planto en cuatro zancadas en la corte, me presento á su *rial* majestad y le saco á usted del compromiso.

El señor cura echó en horamala al cabrero que tal desatino le proponia, y continuó cavilando inútilmente por aquellas soledades; pero llegó la noche y llegaron al colmo sus apuros. Entónces no tuvo mas remedio que llamar al cabrero y decirle que aceptaba el trato.

Cura y cabrero quedaron citados para el amanecer.

VI.

Como el cura habia enflaquecido tanto como habia engordado el cabrero, resultaba que el traje del cura le estaba al cabrero como pintado, y el del cabrero al cura otro que tal.

Márcos tomó el camino de la corte, que distaba cosa de dos ó tres leguas, y el señor cura quedó cuidando las cabras.

Cuando llegó Márcos á palacio, ya el rey, sentado en su trono y rodeado de toda la nobleza de la corte, esperaba al cura de San Babilés.

El cabrero fué introducido en el gran salon del trono, y el rey al verle, dijo á uno de los ministros que le acompañaban cuando estuvo en San Babilés:

— ¡Jesus, qué desmejorado está!..... Bien dije yo que habian de disminuir sus carrillos de monja boba..... ¡Pero qué, si está completamente desconocido!

Y su majestad hizo seña al cura de San Babilés para que se le acercara.

— Vamos á ver, le dijo, ¿viene usted ya en disposicion de contestar á mis tres preguntas?

— Sí, señor.

— Ya sabe usted lo que le espera si no acierta.....

— Señor, ya lo sé.

— Vaya la primera pregunta: ¿cuánto valgo yo?

— Vale vuestra majestad 29 dineros.

— ¡Cómo se atreve usted! replicó el rey muy ofendido.

— Cristo valió 30 dineros, y creo que vuestra majestad no pretenderá valer tanto como Cristo.

— Me doy por satisfecho, contestó el rey. Vamos con la segunda pregunta. ¿Cuánto tiempo necesito para dar vuelta al mundo?

— Si vuestra majestad se monta en el sol, veinticuatro horas.

El rey y sus cortesanos prorumpieron en aplausos al oir esta contestacion, conviniendo en que era completamente satisfactoria, pues el rey y sus cortesanos eran flojillos en astronomía.

— Ea, continuó su majestad, las dos primeras preguntas están bien contestadas. Vamos á ver si con la tercera acaba usted de ganar el archipampanazgo de Sevilla, que es una brevita de las buenas. ¿En qué estoy yo pensando?

— En que yo soy el cura de San Babilés.

— ¡Azotaina tenemos! exclamó el rey.

— ¡Azotaina! ¡azotaina! repitieron los cortesanos llenos de gozo.

— Señor, replicó el de San Babilés, no hay azotaina que valga. ¿No piensa vuestra majestad que yo soy el cura de San Babilés?

— Sí, pero habia de ser en error lo que yo pensara.

— Pues un error es, porque vuestra majestad piensa que yo soy el cura de San Babilés, y soy el cabrero.

— ¿Y cómo lo pruebas? preguntó el rey.

Márcos no pudo contestar, porque en aquel momento penetró

en el salon el alcalde de San Babilés, á quien ya el rey conocia, diciendo que venia á poner en conocimiento de su majestad un caso grave que ocurria en el pueblo, y que consistia en haber desaparecido el cabrero y haberse vuelto loco el cura hasta el punto de haberse vestido de pastor y puéstose á guardar las cabras del lugar.

En pocos momentos quedó probado que el que habia contestado las tres preguntas era el cabrero, y que las tres preguntas habian sido perfectamente contestadas.

El rey que rabió, pensó por un momento que á pesar de los pesares habia allí tela, no solo para azotar, sino tambien para ahorcar, pero hizo al cabrero archipámpano de Sevilla con diez mil realitos al año, y condenó al cura á no quitarse el traje de cabrero, ni abandonar las cabras de San Babilés hasta el 17 de junio inmediato.

Se conoce que su majestad estaba aquel dia mas para gracias que lo está hoy el autor de este cuento.

LA COMPOTA.

I.

Este era un rey, pero no sé de dónde, pues la historia debe estar ya tan fastidiada de preguntas y respuestas, que no me he atrevido á preguntárselo. Lo único que sé es que se llamaba Perico, que estaba casado con una tal Mari-Castaña, y que se pasaba la vida pensando cómo se las habia de componer para formar un buen ministerio, y diciendo, al ver que todos los que formaba le salian malos: — ¡No, pues cómo á mí se me hinchen las narices!.....

La reina Mari-Castaña era una gran cocinera, y miraba con indiferencia la política. Entónces no estaban aun en íntimas relaciones la política y la cocina, porque á los ciudadanos de aquel tiempo, como eran todos unos barbarotes, no les habia ocurrido una cosa muy sencilla: que para fortalecer el corazon basta fortalecer el estómago, su vecino, y que para encender el fuego patrio basta una media chispa.

El rey Perico estaba muy quemado con la indiferencia política de su mujer, y eran muy comunes entre sus majestades peloteras del tenor siguiente:

— ¿Sabes, mujer, que voy á variar de principios?.....

— No hay dia que no varies.

— Estás muy equivocada, que no he variado nunca.

— ¡Jesus qué hombre tan embustero! Pues apuradamente tengo yo poco cuidado de que nunca salga á la mesa dos dias seguidos un mismo principio!.....

— Pero, mujer, si se trata de otros principios.....

— Pues no puedo ponerte otros, que en la plaza va todo por las nubes, y ya no sabe una de que echar mano.

— ¡Dále bola! Con tu pícara aficion á la cocina haces unas ensaladas.....

— Tunante, ¿qué tienes tú que decir de las ensaladas que yo hago? Ni el rey, con ser rey, las come mejor que la que has comido hoy.

— ¡Vaya una pata de gallo!

— ¿Qué, estaba malo el gallo en pepitoria?

— Mujer, óyeme y no me quemes la sangre.....

— ¿Te atreverás á decir que estaba quemada la sangre con cebolla que almorzaste esta mañana?

— No digo tal cosa. Lo que digo es que no hay modo de entenderse contigo, y te dejo ántes que se me hinchen las narices.

Y la pelotera terminaba yéndose el rey á su despacho á ocuparse en los asuntos políticos, y la reina á la cocina á ver si espumaba el puchero.

Estos altercados daban muy pícaros ratos al rey Perico. El rey se tentó una mañana las narices, y pareciéndole que estaban un poco hinchadas, se decidió á prohibir formalmente á su mujer la entrada en la cocina; pero un suceso inesperado vino á hacerle mudar de parecer, y por consiguiente á probar que no habia tal hinchazon.

Como el rey salia pocas veces de palacio, y la reina salia todas las mañanitas á la compra, resultaba que quien recibia los memoriales dirigidos á sus majestades era la reina. Una mañana estaba esta en la pescadería, disputando sobre si la merluza habia de ser á tres ó á tres ménos cuartillo, cuando se acercó un pobre cesante, que le dió respetuosamente un memorial y echó á correr.

El memorial estaba concebido en estos términos:

«Señor: El exponente es un súbdito leal de V. M., y por mas señas cesante, pues los pérfidos consejeros de V. M. le limpiaron el comedero para colocar á un burro, de la familia de uno de ellos. Así, pues, no puede ménos de poner en conocimiento de V. M. que sus desleales ministros están amasando un gran pastel; y no dice mas, porque á buen entendedor, etc.»

— ¡Qué osadía! ¡qué audacia! ¡qué iniquidad! exclamó la reina Mari-Castaña, bramando de cólera al leer este memorial. Haber en palacio quien se atreva á hacer pasteles olvidando que esa es una especialidad mia! Haber en palacio quien quiera echarme la pata precisamente en lo que mas noble gloria me proporciona! Lo sabrá el rey inmediatamente, y si su majestad es tan calzonazos que no ahorca á esos traidores mas pronto que la vista, nos veremos las caras!

Y la reina echó á correr á palacio cada vez mas furiosa.

— ¡Perico! gritó á su marido, lee, lee ese memorial, y ve en lo que se entretienen tus pérfidos consejeros. Ahórcalos inmediatamente, no tengas misericordia con ellos, ó si no, el mejor dia en lugar de echarte sal en el puchero, te echo soliman de lo fino.

El rey Perico sospechó que el pastel de que hablaba el memorial era mas indigesto de lo que la reina se figuraba, y empezó á hacer averiguaciones con la prudencia y sagacidad que requieren los negocios de estado. De estas averiguaciones resultó, que el pastel que amasaban sus ministros, tenia por objeto nada ménos que destronarle.

Presos los desleales consejeros, fueron sentenciados á muerte.

No hallando misericordia en el rey, á quien por primera vez de su vida se le habian hinchado un poco las narices, acudieron á la reina. Al saber la reina que el pastel de que eran culpables los ministros no era de los que ella hacia con tanta perfeccion, intercedió tan eficazmente con su augusto esposo, que á este se le deshincharon las narices.

— Ea, dijo el rey á su mujer, ya que te empeñas, les perdono la vida, y me contento con que salgan desterrados del reino. ¡Hay que confesar que para hacer pasteles te pintas sola!

Al oir la reina este elogio, se puso tan ancha, tan ancha, que desde aquel dia data la pícara invencion del miriñaque.

— ¡Vean ustedes, pensó para sí el rey Perico, por dónde demonios la aficion de mi mujer á la cocina me ha librado de una catástrofe! Si mi mujer no hubiera tenido la manía

que tiene, hubiera envuelto la merluza con ese memorial, y yo no hubiera podido averiguar la que me estaban armando esos tunos. Hay que convenir en que Dios no hace las cosas á humo de pajas. Dejemos á mi augusta esposa que siga con la manía que Dios le ha dado. Pero ¿cómo demonches me las compondria yo para librarme de tanto y tanto pícaro como me rodea? Sucede que los malos corrompen á los buenos, y la corrupcion se va haciendo tan general, que á la vuelta de pocos años, si esto sigue así, no voy á tener un servidor honrado. La culpa me tengo yo por ser tan bragazas, pero canario, ¡cómo un dia se me hinchen de veras las narices!...

II.

El disgusto del rey Perico con la corrupcion que se iba apoderando de sus servidores iba en aumento, y en aumento iba tambien la aficion de la reina Mari-Castaña al arte culinario.

Ocasiones habia en que el rey daba al demonio esta aficion, pero muy pronto se conformaba con ella y hasta la aplaudia recordando lo del pastel, y pensando que si Dios habia dado á la reina aquella aficion, ya sabia Dios lo que se hacia.

Un dia se recibió en la corte noticia de que el rey de Jauja, aliado y pariente del rey Perico, se disponia á visitar á este último.

La alegría de la reina Mari-Castaña no tuvo límites con esta noticia, porque se le iba á presentar á la augusta señora ocasion de lucir sus dotes de cocinera.

— ¡Como quien no dice nada, vamos á tener á comer al rey de Jauja, donde se come y se bebe y no se trabaja! exclamaba Mari-Castaña, saltando de gozo como una chiquilla. Un juez tan competente como ese era el que yo necesitaba para que se apreciasen debidamente mis trabajos, cuyo mérito no comprenden paladares vulgares como el de mi augusto

esposo. Necesito averiguar qué platos son los favoritos de S. M. jaujesa, y lo averiguaré, aunque me cueste el oro y el moro.

En efecto, la reina Mari-Castaña envió á Jauja con aquel importante objeto á un tal Cachano, sujeto de toda su confianza; pero pasaban dias y dias, y aunque la reina llamaba á Cachano con dos tejas, Cachano no volvia. Envió otro sujeto con la misma comision, y tampoco volvió. Envió el tercero, y tambien se quedó por allá.

Entónces no tuvo mas remedio que contar al rey lo que le pasaba, á ver si el rey adivinaba en qué consistia aquello.

— ¡En qué ha de consistir! le contestó el rey, en que en Jauja se come y se bebe y no se trabaja.

— Pero esos canallas debieron haber recordado que yo soy reina de su patria.

— Pero han recordado que la barriga es reina del mundo.

— ¡Así se les vuelva veneno!.....

— No te dé cuidado, mujer, que yo daré instrucciones reservadas á mi ministro plenipotenciario en Jauja, para que averigüe y me diga qué manjares prefiere nuestro augusto aliado.

El rey Perico cumplió su promesa, y pocos dias despues recibió una comunicacion de su representante en Jauja, anunciándole que el manjar favorito de su majestad jaujesa era la compota de manzana.

Las manzanas eran fruta rarísima en los estados del rey Perico. Sin embargo, se logró reunir una cesta de ellas, y la reina las guardó siete estados bajo tierra, temerosa de que les metiesen mano los chicos, que eran el enemigo malo.

Al fin llegó el rey de Jauja, y hubo en su obsequio repique de campanas, novillo de cuerda, iluminacion y besamanos.

Y á propósito de besamanos, debo advertir que sucedia una cosa muy singular en la corte del rey Perico y la reina Mari-Castaña. Todos los vasallos de estos augustos monarcas se daban de pescozones por besar la mano á la reina, y se relamian los labios despues de haberla besado. ¡Lo que es tener con frecuencia la mano en el guisado!

Era la víspera del gran banquete en que el rey Perico y la reina Mari-Castaña iban á obsequiar á su majestad jaujesa.

El rey Perico estaba en su despacho pensando en dos cosas: primera, cómo se las habia de componer para formar un buen ministerio; y segunda, cómo se las habia de amañar para celebrar con el rey de Jauja un tratado de extradicion de criminales, en que para evitar lástimas en sus estados, se estipulase que los criminales se extrajesen ahorcados y todo.

En estas sérias cavilaciones estaba, cuando cate usted que viene la reina llorando como un becerro, y arrancándose los pelos á puñados.

— ¡Ay, Perico de mi alma, que somos perdidos!

— Pues, ¿qué es lo que pasa, mujer?

— Una gran desgracia.

— Explícate con doscientos mil demonios, que no me llega la camisa al cuerpo.

— Me he encontrado podridas todas las manzanas.

— ¡Vaya una embajada! Pues échaselas á los cerdos.

— ¡No estás mal cerdo tú!

— ¡Mujer, no me hurgues, que se me hinchan las narices!

Y así diciendo, el rey dió con la puerta en las suyas á la reina, que se retiró llorando sin consuelo, porque ya no podia hacer la compota de manzanas, en que fundaba sus mas legítimas esperanzas de gloria.

Preocupado el rey Perico con los graves negocios de estado, no volvió á pensar en el conflicto en que se veia su mujer, y al dia siguiente, á la hora de comer, se sorprendió no poco al ver á la reina completamente tranquila, ó por mejor decir, alegre y satisfecha.

La gran comida empezó.

Al rey de Jauja se le alegraron los ojillos al ver el primer plato.

— V. M., le dijo el rey Perico, encontrará poco apetitosos los manjares de esta tierra, acostumbrado á los de Jauja, que en punto á manducatoria es el país que lleva la gala.

— Ca, está V. M. errado. En Jauja sabe á demonios cuánto uno come.

— Pues hombre, si dicen que en Jauja se come y se bebe y no se trabaja.

— Justo y cabal.

— Pues entónces no comprendo.....

— ¡Jesus, qué torpe es V. M.! Como en Jauja no se trabaja, hay que comerlo todo crudo.

— ¡Toma, y que tiene V. M. mucha razon! Pues no habia yo caido en eso. Hace mucho tiempo que ando dándole vueltas á un proyecto para la supresion del trabajo en mis estados, pero le voy á dar carpetazo, porque si suprimo el trabajo, estará todo patas arriba.

— Como sucede en Jauja.

— Hombre, ¿por qué no trabaja V. M. para restablecerle allí?

— ¿Que por qué no trabajo? porque allí no se trabaja.

— Y á propósito de proyectos y trabajos de estado, quisiera que entre V. M. y yo celebrásemos un tratado de extradicion de criminales.

— No tengo inconveniente. Vaya V. M. apuntando sus condiciones.

— La primera que ponga es que mis súbditos se han de extraer ahorcados y todo.

— Eso no puede ser, amigo.

— ¿Y por qué?

— Porque en Jauja no se trabaja.

— ¡Pues es una gaita eso!

En estas y otras conversaciones que nada tienen tampoco de inverosímiles, el rey de Jauja comia como un sabañon, y la reina reventaba de orgullo, y rabiaba por decir que ella era la autora de los guisos que tan á su gusto encontraba S. M. jaujesa, pero se contenia aguardando la verdadera oportunidad de abandonar el incógnito.

Esta oportunidad llegó al llegar á la mesa una magnífica compota de manzanas, que hizo dar al rey Perico un grito de sorpresa, y al rey de Jauja un grito de gula.

En un abrir y cerrar de ojos se embutió S. M. jaujesa un platazo de compota, y se dispuso á embutir otro.

— Parece, le dijo la reina, que la compota no le disgusta á V. M.

— ¡Qué me ha de disgustar, señora, si se come uno los dedos tras ella! En mi vida he comido cosa mas rica. Es cosa de gritar que salga el autor.

— El autor, dijo la reina, desfalleciendo de emocion y alegría, es esta humilde servidora de V. M.

— ¡Bravo! ¡bravo! gritó el rey de Jauja con la boca llena. ¿Cómo demonio se las ha compuesto V. M. para hacer cosa tan rica?

— Le daré á V. M. la receta para que su augusta esposa...

— No se moleste V. M., porque en Jauja no se trabaja, interrumpió el huésped á la reina, sirviéndose el tercer plato de compota, y desabotonándose el chaleco, para desahogar un poco la barriga.

La comida terminó alegremente, y miéntras el rey de Jauja se retiraba á su cuarto á reposarla, la reina Mari-Castaña se retiraba al suyo con mas orgullo que una reina.

El rey de Jauja partió á la mañana siguiente, despues de besar la mano á la reina, relamiéndose los labios como cada hijo de vecino, y despues de honrar nuevamente á aquella augusta señora, pidiéndole para el camino los restos de la compota de manzanas.

— Pero oye, dijo el rey Perico á su mujer, ¿cómo te las compusiste para hacer la compota, que estaba diciendo comedme?

— Mira, ya sabes tú que por muy podrida que esté una cesta de manzanas, siempre hay muchas que tienen un pedacito sano que es riquísimo, como no puede ménos de serlo, habiéndose conservado sano entre la general corrupcion. Pues separé todos los pedacitos sanos con muchísimo cuidado, y con ellos hice la sabrosísima compota que tan estrepitoso triunfo me ha valido.

— ¿Y qué hiciste con lo podrido?

— Lo eché inmediatamente al muladar.

— Pues vengan esos cinco, y adios, que voy á ver si me doy tan buena maña como tú á hacer compota.

Al dia siguiente amaneció el rey Perico con las narices hinchadas como un tomate, y metiéndose entre sus vasallos, separó los pocos sanos de los muchos podridos, hizo con los sanos una riquísima compota de ministros, capitanes generales, gobernadores, magistrados, etc., y echó los podridos al muladar, ó séase presidio.

Suplico á los señores periodistas que reproduzcan este cuento siempre que haya crísis ministerial, y sobre todo, suplico á los señores reyes que cuando hagan compotas, tengan mucho cuidado de no echar á la compotera lo podrido y al muladar lo sano.

FIN DE LOS CUENTOS POPULARES.

APENDICE.

LAS VECINAS.

Es innegable que la literatura, y sobre todo la literatura popular, ejerce gran influencia en las costumbres. No hay necesidad de decir que esta influencia es buena ó mala segun es la literatura. Citaremos un hecho como una prueba mas de esta influencia. El cuento á que se refiere esta nota, se publicó por primera vez en *Las Novedades*, diario que tenia gran circulacion, y dos dias despues recibí la siguiente carta, cuyo original conservo con mas cuidado que conservaria un diploma académico.

«Muy señor mio: aunque no tengo el honor de conocer á «usted, ni usted me conoce, me tomo la libertad de escribirle, «para decirle á usted que mis hijos y yo rogaremos siempre «á Dios porque le dé tanta dicha como usted nos la ha dado «con el artículo que puso ántes de ayer en *Las Novedades*, «pues mi esposo se habia separado de nosotros hace mas de «medio año tan solo por tonterías de su genio y el mio, y «en cuanto ha leido lo que traia el periódico ha vuelto á casa «y todo se ha acabado, aunque todos los amigos de casa no «habian podido convencerle para que volviera y viviésemos «en paz y gracia de Dios.

«Dispense usted que no ponga mi nombre ni dónde vivi«mos, pues ya conocerá usted por qué lo hace su segura ser«vidora, Q. S. M. B. *G. B.*»

LA OBLIGACION.

Todavía existen las personas que juegan, en este cuento, en que me he limitado á referir los hechos tales como pasaron.

CASILDA.

De este cuento conozco una traduccion portuguesa, otra francesa, hecha en Bélgica, y otra inglesa hecha en Nueva-York. Es inútil advertir que está sacado de la vida de Santa Casilda, vida que ha inspirado á la señora Doña Dolores Gomez, de Cádiz, un bellísimo libro, que rebosa en todas sus páginas talento y poesía.

JAUN-ZURÍA.

Años há que el editor de un periódico literario me pidió con muchas instancias un cuento, advirtiéndome que me le pagaria bien. Escribí este con cuanto esmero me fué posible, y se le envié al editor, que le publicó, y me mandó á decir pocos dias despues que no me le pagaba porque el cuento *era bastante seco*. A pesar de su sequedad, *Jaun-Zuría* mereció grandes elogios de una ilustrada Revista belga, que publicó una excelente traduccion, y no ha merecido ménos benevolencia de otros periódicos nacionales y extranjeros que le han reproducido.

Este cuento encierra para mí el recuerdo de la pérdida de un buen amigo y la de un precioso manuscrito, en que estaba minuciosamente consignada la tradicion vizcaina que yo seguí. Una familia de orígen vascongado, que llevaba el apellido de Lóizaga, dignamente representado hoy en el Sr. D. Timoteo de Lóizaga, diputado á cortes por Durango, regaló á un amigo mio, llamado D. Francisco Dastys, un manuscrito referente á las cosas de Vizcaya, con objeto de que Dastys, que sabia que aquella familia me trataba personalmente, me le comunicase. El manuscrito era realmente precioso. Hácia el siglo XVI, cierto sujeto escribió á un caballero vizcaíno muy anciano y conocedor de las cosas de su país, á cuyo gobierno habia pertenecido muchos años, pidiéndole noticia de las cosas de Vizcaya. El anciano recopiló en ocho ó diez pliegos de papel lo mas curioso que sabia, que era mucho, y envió el manuscrito á su amigo. Este manuscrito fué el que vino á mis manos. Apénas le habia hojeado, Dastys me le pidió

para que le viese un amigo suyo, prometiéndome devolvérmele dos ó tres dias despues. Esto era en julio de 1854. Dos dias despues estalló la revolucion, y el pobre Dastys fué muerto de un balazo en la Puerta del Sol, al dirigirse á su casa, y todos los esfuerzos que despues hice para averiguar el paradero del precioso manuscrito fueron infructuosos.

EL PRINCIPE DESMEMORIADO.

En un libro muy curioso, titulado *Galateo español*, escrito por Lúcas Gracian Dantisco, é impreso por primera vez en 1700, con los correspondientes sonetos laudatorios, entre los cuales hay uno de Lope de Vega, sobremanera hiperbólico, se ingiere un cuento que lleva el título de *Novela del gran Soldan con los amores de la linda Axa y el príncipe de Nápoles*. De esta novela ó cuento tomé el asunto del *Príncipe desmemoriado*.

LOS CONSEJOS.

Este cuento es muy conocido con el título de *Los tres consejos*. No sé si tal como yo le cuento será digno de figurar en un libro; pero tal como el pueblo le cuenta, de seguro no lo es.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

Este cuento, ó mas bien este episodio de viaje, es rigorosamente histórico.

LA ZORRA Y EL LOBO.

En las provincias del norte es muy popular este cuento, al que se añade una porcion de travesuras de la zorra, de que he prescindido por parecerme poco ingeniosas. Allí no solamente se atribuye á la zorra sagacidad, sino tambien gracia. Siendo yo muy niño me contaba mi madre, que esté en gloria, entre otros, el siguiente cuentecillo, que se comprenderá mejor sabiendo que uno de los rios mas caudalosos de las Encartaciones pasa por el concejo de Sopuerta, donde pasé la niñez, y desemboca en el mar en Poveña. «Queriendo

la zorra alcanzar unas uvas muy ricas que estaban sobre el rio, se cayó al agua. La corriente era muy impetuosa, y la zorra, por mas esfuerzos que hacia, iba rio abajo. Una porcion de gente que estaba á la orilla del rio vió á la zorra y empezó á reirse y burlarse de ella. — Señores burlones, dijo la zorra, si piensan ustedes que siento el percance, se llevan ustedes chasco. A Poveña tenia que ir á unas diligencias, y ya ven ustedes que me ahorro gastos de caballería.»

LA BALLENA DEL MANZANARES.

Se da mate á los madrileños contando que estos se alborotaron un dia con la noticia de que habia aparecido una ballena en el Manzanares, y que al bajar al puente de Toledo provistos de toda clase de instrumentos para pescar y descuartizar el gran cetáceo, se encontraron con que la ballena era la albarda de un burro. ¡Bien caros cuestan al *pobre* Manzanares los elogios que sin culpa suya le han prodigado los poetas!

LAS ANIMALADAS DE PERICO.

Tambien es este cuento popular, si bien, como en todos los del mismo orígen, no he conservado mas que el tono y los episodios mas ingeniosos.

EL CAMINO TORCIDO.

Tan no es cuento este cuento, que el dia en que escribo esta nota me ha asegurado Don Fernando, el marido de Elisa, que va á dar de puntapiés á Víctor el dia que vuelva á ver en los periódicos algun epigrama suyo alusivo á su mujer.

LA MUJER DEL ARQUITECTO.

Esta es una de las mil tradiciones toledanas que el señor Latour ha recogido y consignado en su hermoso libro *Toledo y las orillas del Tajo.*

OFERO.

Si bien recogí de un campesino este cuento, no creo que sea popular en España. Me han dicho que en algunas comar-

cas de Italia lo es mucho, y allí San Cristóbal viene á ser el Hércules ó el Sanson del cristianismo.

LA ENAMORADA.

Aseguro bajo palabra de hombre honrado que este cuento es rigorosamente histórico.

DE PATAS EN EL INFIERNO.

La idea de este cuento, mala ó buena, me pertenece por completo.

EL PERRO NEGRO.

Atravesábamos, ya de noche, algunas personas de mi familia y yo el monte de Otañe con direccion á las Encartaciones, y casi al llegar á la mitad de aquella soledad, nos alcanzó un jóven conocido de mi hermano, nos saludó efectuosamente y continuó su camino con nosotros.

— ¿Viene usted de Castro? le pregunté.

— No, señor; he venido á Otañe en busca de una oveja que se me ha extraviado, y como me han dicho que ustedes habian pasado hácia Vizcaya, he echado á correr para alcanzarlos, porque lo que es de noche no paso yo solo el monte de Otañe.

— ¿Pues qué, hay por aquí ladrones?

— Ca, no, señor. Por esta tierra bien puede usted andar con una bolsa llena de onzas en la mano, que nadie se meterá con usted.

— ¿Y entónces qué teme usted?

— ¿Qué temo? Que me salga el perro negro, contestó el jóven sonriendo.

Esta contestacion excitó mi curiosidad, que el jóven se apresuró á satisfacer, aun á riesgo de fastidiar á mi hermano y mis sobrinas haciéndoles escuchar un cuento que ya sabian. Cuando el jóven acababa de contar el cuento, llegámos á la cruz colocada por Miguel donde fué asesinada Agustina. Mi terror era tal que creí ver al perrillo negro entre las alisas que dan sombra á la cruz. Los pueblos del norte, y particularmente los montañeses, abundan en historias lúgubres de aparecidos. Reuniendo los recuerdos de mi niñez y lo mucho

que despues me han contado en mi país, tengo una gran coleccion de estas historias. Un dia pensé escribirlas y publicarlas con el título de *Cuentos de vivos y muertos;* pero desistí de ello temeroso de hacer mal al pueblo en vez de hacerle bien, que es lo que siempre procuraré en mis escritos.

LA PUERTA DE BRAZO-MAR.

Si algun interes tiene este cuento, ó mas bien artículo, es puramente local; pero le incluyo en este libro porque el episodio histórico que he referido era realmente desconocido de las personas mas conocedoras de la historia de Castro-Urdiales. Debo su conocimiento á un manuscrito que posee un amigo mio y á unos libros de genealogías que poseo. Para conocer las guerras de bandería y los linajes que hubo en Castro en la edad media, léase el *Libro de las buenas andanzas é fortunas,* que escribió Lope García de Salazar en 1471 y permanece inédito. De esta obra, de su autor y de las guerras de los Salazares, he dado larga noticia en los *Capítulos de un libro.*

LA BUENAVENTURA.

Este cuento es popular en Madrid. La persona á quien está dedicado es la señorita Doña Felisa del Barco, hermana del distinguido escritor y abogado Don Luis.

GRAMATICA PARDA.

Este cuento es popular en España y en muchos países extranjeros, con la circunstancia de que en Francia, en Suiza y aun en Alemania, se cuenta que el eclesiástico presumido de sabio era el abad de un monasterio.

LA COMPOTA.

Se escribió este cuento en 1864, y por tanto no se halla en las dos primeras ediciones de este libro. Algunos periódicos políticos de Madrid tomaron pretexto de su *moraleja* para discutir sobre el acierto con que se forman los ministerios en España. El autor del cuento, que con razon pasa por escritor candorosísimo, se llenó de asombro al ver que le atribuian *malicia* política, que nunca ha tenido.

Leipzig.—En la imprenta de F. A. Brockhaus.

